



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN PSICOLOGÍA
DOCTORADO EN PSICOLOGÍA SOCIAL Y AMBIENTAL
FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES IZTACALA

**CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDADES COMO HOMBRE JOVEN EN
EL PONIENTE DE CIUDAD JUÁREZ**

TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
DOCTOR EN PSICOLOGÍA

PRESENTA:
HÉCTOR SEBASTIAN ROSAS LANDA BAUTISTA

**TUTORA PRINCIPAL: DRA. ALEJANDRA SALGUERO VELÁZQUEZ -FACULTAD DE
ESTUDIOS SUPERIORES IZTACALA**

**COMITÉ TUTOR: DRA. LAURA EVELIA TORRES VELÁZQUEZ -FACULTAD DE
ESTUDIOS SUPERIORES IZTACALA**

**DR. GUILLERMO NÚÑEZ NORIEGA -CENTRO DE INVESTIGACIÓN EN
ALIMENTACIÓN Y DESARROLLO A.C.**

**DR. JOSÉ SALVADOR SAPIEN -FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES
IZTACALA**

DR. SALVADOR CRUZ -COLEGIO DE LA FRONTERA NORTE

ESTADO DE MÉXICO, JUNIO 2021



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Contenido

Resumen	1
Introducción	2
Capítulo 1 Marco teórico referencial	5
1.1 Construccinismo social	5
1.2 Realidad social y lenguaje.....	10
1.3 Práctica, estructuras de práctica y comunidades de práctica.....	14
1.4 Vida cotidiana y subjetividad.....	18
1.5 La identidad: un proceso subjetivo, relacional e intersubjetivo	22
1.6 Género, identidad de género y sistema sexo-genero	26
1.7 Identidades juveniles	31
1.8 Identidades, territorio y etnicidad	40
1.9 Interseccionalidad e identidad como “hombre joven”	44
Capítulo 2. Ciudad Juárez y su compleja realidad social.....	47
2.1. Densidad poblacional y ubicación geográfica.....	48
2.2 Orografía e Hidrografía.....	48
2.3 Flora y fauna	49
2.4 Breve historia de Ciudad Juárez.....	49
2.5 Ciudad Juárez en el siglo XX, ciudad de migración	52
2.6 Ciudad Juárez y la industria maquiladora, una ciudad industrial, pero pobre	56
2.7 La violencia estructural en Ciudad Juárez, del homicidio masculino al juvenicidio	66
2.8 Ciudad Juárez y las fallas en el Estado de Derecho	79
Capítulo 3 Construcción del sujeto de estudio y su problemática	83
3.1 La zona poniente de Ciudad Juárez.....	83
3.2 Jóvenes del poniente de ciudad Juárez.....	93
3.3 Justificación y planteamiento del problema de investigación	96
3.4 Hipótesis de trabajo.....	99
3.5 Objetivo general	99
3.6 Objetivos específicos	99
3.7 Preguntas que orientaron la investigación.....	100
Capítulo 4. Aproximación Metodológica.....	101
4.1 Abordaje metodológico.....	101
4.2 Acotaciones teórico-analíticas de la investigación.....	103
4.3 Elección de los participantes	105
4.4 Estrategia de acceso al contexto de estudio y su población.....	106

4.5 Técnicas para la obtención de la información	107
4.5.1 Observación, observación casual y observación participante	107
4.5.2 La entrevista semi estructurada	108
4.6 Análisis de la información	109
4.7 Consideraciones éticas	111
4.7.1 Consentimiento informado	113
Capítulo 5. Resultados y análisis de la información	115
5.1 Reflexiones en torno a la construcción de conocimiento y el análisis de la información	115
5.2 Ejercicio de reflexividad en la investigación	117
5.3 Conocimiento de tipo etic	127
5.4 El ingreso al poniente de Ciudad Juárez y a algunas de sus juventudes	128
5.5 Los informantes clave	130
5.6 Descripción del contexto de investigación a partir del trabajo de campo	132
5.6.1 “Si estuvo feo, pero ya está más tranquilo, antes no podías ni salir” (primera visita de campo, febrero de 2016)	132
5.6.2 “Usted mientras no hable y no se acerque a la policía no le va a pasar nada” (segunda visita de campo, diciembre 2016)	154
5.6.3 “Pa’ que, si nomás lo estaba vigilando” (tercera visita de campo, marzo de 2017) .	165
5.6.4 “En todos lados hay un punto” (cuarta visita de campo, octubre 2017)	177
5.7 Los Participantes	186
5.7.1 Israel (20 años)	187
5.7.2 José Luis (25 años)	194
5.7.3 Fredy (21 años)	200
5.7.4 Tomás (18 años)	208
5.7.5 Gabriel (19 años)	216
5.7.6 Edgar (19 años)	222
5.8 Experiencia subjetiva del investigador inherente al proceso de investigación	228
5.9 Conocimiento de tipo emic	231
5.10 Análisis de los discursos de los participantes	232
5.10.1 Contexto generalizado de violencia	234
5.5.2.1 “Le dieron piso, lo mataron” (homicidio masculino)	234
5.5.2.2 “Me dio pa’ bajo un rato” (perjuicios generados por las violencias de muerte)	240
5.5.2.3 “Empezaba eso de la mafia y todo ese pedo” (Narcotráfico y control social).	247
5.5.2.4 “Si nos metemos con ellos puede que hasta nos maten” (hombres jóvenes en peligro permanente por la delincuencia)	252

5.5.2.5 “Todos los que se juntan aquí son de barrio” (prácticas juveniles violentas).....	259
5.5.2.6 “Un niño no piensa en el peligro” (hombre joven: una condición social peligrosa)	268
5.5.2.7 “Pos los golpes” (violencia física en las relaciones familiares).....	273
5.5.3 Contexto de pobreza y vulnerabilidad social	279
5.5.3.1 “La economía está cabrona aquí” (carencias por ingresos económicos)	280
5.5.3.2 “¿La prepa?, ¿qué pasó?... porque pues que no teníamos dinero” (deserción escolar)	284
5.5.3.3 “Al jale” (incursión formal al campo laboral).....	288
5.5.3.4 “¿Pues de qué más?, pues una maquila” (trabajo en la industria maquiladora).....	295
5.5.3.5 “No pues desde chavillo” (trabajo infantil).....	302
5.5.3.6 “No pues algo” (conflictiva condición juvenil)	307
5.5.4 Particularidades de otros de los principales generadores de prácticas y significados dentro del proceso de construcción de identidades como hombre joven.....	310
5.5.4.1 “No lo mataron, ni nada de eso” (muerte no violenta de alguna persona querida)	310
5.5.4.2 “La loquera” (abuso de drogas).....	321
5.5.4.3 ¿Sabes qué es tener sexo? (sexualidad juvenil).....	329
5.5.4.4 “Me terminé casando” (ingreso a la vida en pareja y/o la paternidad)	332
5.5.4.5 “Ellas traen otros pensamientos” (mujeres jóvenes).....	341
5.5.4.6 “En el Facebook” (las TICyRS y el proceso de socialización juvenil).....	348
5.5.4.7 ¿En un futuro?’... pues feliz (el proyecto de vida)	352
Capítulo 6 Reflexiones finales	360
6.1 Algunas consideraciones a manera de cierre	360
Referencias bibliográficas	382

Resumen

El objetivo del presente estudio fue el de analizar el proceso de construcción de identidades como hombre joven en la zona poniente de Ciudad Juárez. Se realizó una investigación cualitativa que utilizó la observación participante y la entrevista semiestructurada como principales técnicas para construir la información. Se trabajó con seis participantes con edades de entre dieciocho y veinticinco años. El trabajo de campo se desarrolló entre los años 2016 y 2017, a partir de cuatro incursiones al contexto social y con la población de estudio, ingresos que tuvieron una duración de entre cinco y 15 días. Tomado como base los discursos de los participantes se realizó un análisis cualitativo por categorías. Se encontró que el homicidio masculino (atribuido principalmente a los cárteles del narcotráfico), las agresiones físicas y la omisión de cuidados resultaron ser los tipos de violencia que mayor importancia adquirieron dentro del proceso de construcción de identidades como hombre joven. Que las condiciones de pobreza y vulnerabilidad social generan condiciones particulares de exclusión social entre los participantes tales como deserción escolar e ingreso anticipado al campo laboral, desigualdades que problematizan la construcción de sus identidades debido a que los expulsa de aquellos ideales sociales que presentan al hombre joven como: estudiante, económicamente dependiente de los padres y sin empleo formal. Y que los participantes responden activamente ante las exigencias que la realidad de la vida cotidiana impone, desarrollando prácticas sociales que les permiten salvaguardar su integridad, formar parte de la organización social, resarcir precariamente sus carencias económicas y agenciarse de sus identidades como hombre joven que vive y socializa en el poniente de Ciudad Juárez.

Descriptor: identidad, hombre joven, violencia, pobreza, Ciudad Juárez.

Introducción

Ciudad Juárez es una ciudad fronteriza ubicada en el norte del estado de Chihuahua, la cual desde hace décadas se ha visto asolada por condiciones de pobreza y vulnerabilidad social y recientemente por altos índices de inseguridad y violencia. Adversidades que internamente se intensifican en ciertas regiones y/o grupos poblacionales.

Históricamente la zona poniente de Juárez ha concentrado los mayores índices de pobreza, vulnerabilidad social, deserción escolar, rezago educativo, delincuencia juvenil, desempleo, inseguridad y violencia. Asimismo, en la última década los hombres jóvenes de esa región se convirtieron en el prototipo de víctimas y victimarios de buena parte de las violencias que ahí acontecen, además de que cotidianamente experimentan discriminación, estigmatización y/o criminalización debido a su lugar de residencia o por las formas en las que socializan, se agrupan y construyen identidades.

En ese sentido, estudiar el proceso de construcción de identidades como hombre joven en el poniente de Ciudad Juárez resulta de suma importancia, no solo porque permite construir conocimiento científico sobre esa realidad social y sobre las subjetividades que ahí se construyen, también porque posibilita un cambio social encaminado a reivindicar los derechos humanos de esos actores sociales, lo mismo que a corregir las distintas desigualdades que estos enfrentan cotidianamente.

En estudios previos se encontró que durante décadas, miles de identidades como hombre joven en Ciudad Juárez se han construido a partir del pandillerismo (Cruz, 2014, 2016), un tipo de agrupación juvenil que puede ser pensado como una comunidad de práctica constructora de identidades predominantemente masculinas, marginadas y organizadas a partir de la violencia y la dominación, que, como parte del crecimiento exponencial del homicidio masculino que padeció la

ciudad fronteriza hace más de diez años, los hombres jóvenes y marginales devinieron el prototipo por antonomasia de la correspondiente diada víctima-victimario, que ese tipo de crimen está íntimamente vinculado con la masculinidad tradicional que utiliza la violencia como principal medio relacional (Cruz, 2011) y que algunos colectivos juveniles echan mano de actividades artísticas como el baile y las artes circenses para hacer frente al fenómeno generalizado y extendido de la violencia, lo mismo que para seguir construyendo identidades como hombre joven en esa región (Monárrez, 2017).

Esta investigación buscó analizar el proceso de construcción de identidades como hombre joven dentro de un contexto social específico, a saber, el poniente de Ciudad Juárez, un territorio que, en sí mismo, constituye un sistema histórico-cultural diferenciado capaz de identificar interna y externamente. Así bien, se estudió la incidencia que el reciente fenómeno de inseguridad y violencia ha tenido en algunas de las prácticas y significados que forman parte de dichas elaboraciones identitarias. A diferencia de otras investigaciones, en esta también se examinó la influencia que las condiciones estructurales de pobreza y vulnerabilidad social propias de la región tienen en el proceso de construcción de esas identidades. Adicionalmente, se identificaron y analizaron otros importantes generadores de acciones y sentidos que integran esas identidades como hombre joven.

Asimismo, el estudio parte del supuesto de que la violencia, la pobreza y la vulnerabilidad constituyen formas diferenciadas de dominación social que cotidianamente e inmediatamente subyugan a las personas, desigualdades que guardan relación y se hacen presentes en la organización tradicional de género, generalmente gobernada por ideologías y prácticas patriarcales que buscan la subordinación y el sometimiento de ellas por ellos, pero también de ellos hacia ellos, de las masculinidades hegemónicas hacia otro tipo de masculinidades, de ahí que los hombres

también puedan resultar sometidos y/o dañados de distintas maneras. Perjuicios que, más allá de algunos privilegios que el género provee, los hombres jóvenes padecen sistemáticamente, esto debido al poder adultocéntrico que también rige las relaciones sociales cotidianas que forman parte de las sociedades industriales, sobre todo aquellas que se establecen entre las edades sociales, toda vez que presenta a la adultez como el periodo de la vida caracterizado por la madurez emocional, la toma de decisiones y la autoridad social, al mismo tiempo que estigmatiza y descalifica a las juventudes, las infancias y las ancianidades.

Se optó por un enfoque cualitativo de investigación y una metodología hermenéutica-relacional toda vez que permiten conocer la subjetividad de las personas, las características de su realidad social y las prácticas y significados que las integran, conocimiento que se construye activa y dialécticamente entre el investigador y el investigado, interlocutores válidos y con capacidad de agencia.

Se utilizó la interseccionalidad como principal estrategia analítica y de investigación, debido a que pugna por integrar la mayor cantidad posible de condiciones imbricadas en la conformación de las realidades sociales y las subjetividades que en ellas se construyen, en este caso Ciudad Juárez, su zona poniente y algunas de las identidades como hombre joven que ahí se construyen, una identidad que resulta de la intersección entre el género, la edad social, la clase, la sexualidad y la etnia. Asimismo, el empleo de la interseccionalidad también posibilitó la identificación y denuncia de algunas de las desigualdades que cotidianamente acontecen en el poniente de Ciudad Juárez, sobre todo aquellas que afectan directamente a los hombres jóvenes de esa región, actores sociales que histórica y sistemáticamente han sido invisibilizados, discriminados, criminalizados, excluidos, marginados, incluso asesinados.

*“Al principio Dios creó el cielo y la tierra.
 La tierra era algo uniforme y vacío, las tinieblas cubrían el
 abismo, y el soplo de Dios aleteaba sobre las aguas.
 Entonces Dios dijo: “Hágase la luz”. Y la luz se hizo.
 Dios vio que la luz era buena, y separó la luz de las tinieblas;
 y llamó Día a la luz y Noche a las tinieblas. Así hubo una tarde
 y una mañana: este fue el primer día.
 Dios dijo: “Que haya un firmamento en medio de las aguas,
 para que establezca una separación entre ellas”. Y así sucedió.
 Dios hizo el firmamento, y este separó las aguas que están
 debajo de él, de las que están encima de él;
 y Dios llamó Cielo al firmamento. Así hubo una tarde y una
 mañana: este fue el segundo día.
 Dios dijo: “Que se reúnan en un solo lugar las aguas que están
 bajo el cielo, y que aparezca el suelo firme”. Y así sucedió.
 Dios llamó Tierra al suelo firme y Mar al conjunto de las
 aguas. Y Dios vio que esto era bueno.”
 (Reyna Valeria, 1960, Génesis 1:10)*

Capítulo 1 Marco teórico referencial

En este capítulo se presenta el marco teórico-referencial que sustentó la investigación. Se describen brevemente los principios que caracterizan al construccionismo social. Se destaca la importancia del lenguaje y la práctica en la construcción de las realidades sociales y las subjetividades. Se señala que la vida cotidiana constituye la realidad social por antonomasia. Se propone que la identidad constituye el punto de unión entre la individualidad y la organización social a la que se pertenece. Se señala la existencia de distintas identidades, entre las que destacan por su importancia articuladora el género, la edad social, la clase y el lugar de residencia. Se presenta la interseccionalidad como la principal herramienta teórico analítica en la investigación. Se define la identidad como “hombre joven”.

1.1 Construccionismo social

Para Berger y Luckmann (1968) la realidad que las personas experimentan cotidianamente es una construcción que ellas mismas han elaborado en colectividad. Proponen que, si bien existe una

realidad material, las significaciones que la acompañan han sido construidas histórica y socialmente.

Así bien, no existe una realidad absoluta sino distintas realidades relativas, históricas, culturales y contextuales. Realidades sociales que, más allá de sus contornos o de sus grados de independencia, no existen aisladamente, por el contrario, se encuentran interrelacionadas.

Internamente las distintas realidades son interdependientes y complementarias, mientras que externamente, forman parte de las distintas estructuras sociales (Dreier, 2011).

Asimismo, las realidades sociales se fundamentan fuertemente discursos y prácticas que por su importancia y/o recurrencia se han institucionalizado, es decir, hacen las veces de normas o leyes sociales que operan en la modalidad de creencia, obligatoriedad y verdad, orientando fuertemente los modos de relación cotidiana y las subjetividades que en ellas se construyen.

Es importante destacar que las realidades sociales no son estáticas, ni inmutables, por el contrario, son dinámicas y cambiantes, además de dialécticas (Berger y Luckmann, 1968; Cubides y Duran, 2002; Íñiguez, 2005). Un tipo de vinculación que posibilita la emergencia de “nuevos” objetos sociales, susceptibles de incorporarse dentro de la organización social de la que emanaron, lo mismo que el desuso y la desaparición de aquellos que previamente habían sido socializados.

Así bien, las realidades sociales se sostienen y reproducen en gran medida a partir de discursos y prácticas cotidianas, elaboraciones que no resultan ser una copia exacta del orden social establecido, por el contrario, conllevan cambios y transformaciones asociados con la participación repetida, activa y creativa de las personas, sobre todo cuando estas actúan colectivamente. En este sentido, las más de las veces el dinamismo social resulta casi imperceptible para las personas que lo producen y lo experimentan cotidianamente, mientras que otras veces conlleva transformaciones abruptas, claramente identificadas por los miembros que integran las distintas realidades sociales.

A los supuestos teóricos que postulan que la realidad se construye colectiva, relacional y dinámicamente se le conoce de manera general como construccionismo social. Un paradigma científico “alternativo”, que surgió como respuesta ante la crisis del modelo tradicional, a saber, el positivismo; una visión moderna que denotó incapacidades para poder dar cuenta de la complejidad y el dinamismo de los fenómenos, los procesos y los sujetos sociales (Cubides y Duran, 2002; Guba y Lincoln, 1998).

Guba y Lincoln (1998) mencionan que un paradigma puede ser pensado como un conjunto de creencias básicas que tienen que ver con los principios que representan una cosmovisión, que definen, para quien la sostiene, la “naturaleza del mundo”, el lugar del individuo en él y la posible relación frente a este y sus componentes.

Por su parte, Ito y Vargas (2005) proponen que el construccionismo social puede ser pensado como un paradigma científico de tipo comprensivo/interpretativo con las siguientes características:

1. Considera que la realidad es una elaboración humana donde la importancia de los objetos y/o acontecimientos son atribuidos por las propias personas en colectividad,
2. Asume que el conocimiento se construye relacionalmente, entre sujetos activos, representantes y portadores de una cultura determinada y,
3. Se encamina a estudiar fenómenos sociales en su especificidad, ubicados en tiempo y en espacio, tratando de conocer el punto de vista de los actores sociales y el sentido que atribuyen a sus acciones.

Al respecto, Guba y Lincoln (1998) contrastan las principales características ontológicas, epistemológicas y metodológicas entre el paradigma positivista y el paradigma del construccionismo social (ver tabla 1). Visiones que posibilitan distintas maneras de construir conocimiento y de desarrollar investigación científica.

Tabla 1. *Comparación entre los supuestos básicos del positivismo y el construccionismo social*

Supuestos	Positivismo	Construccionismo social
Ontología	Realista; supone que existe una única realidad susceptible de ser aprehensible, que actúa bajo mecanismos y leyes naturales inmutables, que da como resultado un conocimiento generalizable libre de tiempo y contexto.	Relativista: donde no existe una realidad única o absoluta sino varias realidades que son captadas en formas de construcciones múltiples, mentalmente intangibles basadas en la experiencia social de naturaleza local y específica y dependientes en su forma y contenido de las personas que las sostienen.
Epistemología	Dualista y objetivista: supone que el investigador y el “objeto investigado” son entes independientes, que el investigador es capaz de llevar a cabo su cometido sin influir en su objeto y viceversa, lo que genera un conocimiento “realmente verdadero” susceptible de ser comprobado y replicado.	Transaccional y subjetivista: asume una posición donde el investigador y el investigado se relacionan de forma interactiva, es decir, que se influyen mutuamente por lo que los hallazgos son creaciones de un proceso de interacción entre ambos.
Metodología	Experimental y manipulativa: formula preguntas e hipótesis que se establecen en forma proposicional, la cuales se comprueban mediante procesos empíricos dentro de condiciones cuidadosamente controladas, en un escenario experimental-manipulativo, apelando al método científico clásico como la única forma “razonable” y “válida” de llevar a cabo una investigación, obtener conocimiento y crear la realidad.	Hermenéutica y dialéctica: la naturaleza variable y personal de las construcciones sociales sugiere que las elaboraciones individuales pueden ser extraídas y refinadas solamente a través de las interacciones entre investigador e investigado, al mismo tiempo que son interpretadas por ambos con el objetivo de crear consenso con relación al conocimiento construido.

Elaboración personal con base en lo propuesto por Guba y Lincoln (1998)

Por su parte, Iñiguez (2005) propone cinco elementos que a su criterio distinguen al construccionismo social en tanto *corpus* teórico y práctico para el estudio y comprensión de los fenómenos sociales:

1. El antiesencialismo (las personas y el mundo social somos el resultado de procesos sociales específicos).
2. El relativismo (“La Realidad” no existe con independencia del conocimiento que producimos sobre ella o con independencia de cualquier descripción que hagamos de ella).
3. El cuestionamiento de las verdades generalmente aceptadas (el continuo cuestionamiento de la “verdad”, poniendo en duda sistemáticamente el modo cómo hemos aprendido a mirar el mundo y a mirarnos a nosotros mismos).

4. La determinación cultural e histórica del conocimiento y,
5. La importancia del lenguaje para construir la realidad social (la realidad se construye socialmente y los instrumentos con los que se construye son discursivos).

Con relación al lenguaje y sus implicaciones en la elaboración de la realidad, Gergen (2001) resalta que éste no gana sus significados a partir de apuntalamientos mentales o subjetivos sino debido a su uso práctico, en la acción directa, dentro de formas continuas de interacción social. Supuestos que permiten proponer un elemento más dentro de los principios básicos del construccionismo social, que, aunque está implícito en lo descrito anteriormente, es importante puntualizar:

6. El papel central de la acción en la elaboración social de la realidad (la realidad se aprehende y se construye en el decir lo mismo que en el hacer, es a partir de la participación social repetida, continuada y consensuada que el mundo social se objetiva y se reproduce).

Con relación a las características generales del construccionismo social desde el campo de la psicología Rizo (2015) menciona cuatro elementos que considera esenciales:

1. La primacía de los procesos sociales (se considera que las experiencias de los sujetos en el mundo son, primeramente y antes que cualquier otra cosa, fenómenos sociales, y se concibe la interacción en la vida cotidiana como la determinante de los conocimientos incorporados por los sujetos).
2. Todo lo que los sujetos conocen son productos sociales y culturalmente específicos.
3. Existe una interdependencia entre conocimiento y la acción: cada modo de conocimiento trae incorporadas formas de acción diferenciadas, lo cual conlleva, a su vez, consecuencias también diferenciadas.

4. Todo conocimiento es histórica y socialmente específico, lo que constituye un aporte crítico ante la psicología hegemónica, de corte más experimental fundada desde la óptica positivista, toda vez que desafía algunas de sus ideas constitutivas tales como el esencialismo, el individualismo y el mentalismo.

1.2 Realidad social y lenguaje

Si bien las realidades sociales se construyen relacionales y colectivamente es importante señalar que estas elaboraciones se sostienen y fundamentan en gran medida en el lenguaje.

En primera instancia el lenguaje constituye un sistema en sí mismo, el cual trasciende a los sujetos sociales toda vez que los precede y continúa. El lenguaje conforma un sistema simbólico, histórico y cultural que da orden y sentido al mundo social que se habita. Es gracias al lenguaje que las realidades sociales se presentan a las personas ya objetivadas, es decir, constituidas por un orden consensuado en el que existen objetos sociales interrelacionados (los cuales trascienden la materialidad), que han sido nombrados como tales con anterioridad y en torno de los cuales existe cierto acuerdo, elaboraciones que resultan indispensables para construir, interpretar y actuar el mundo social que se vive y se comparte (Berger y Luckmann, 1968; Núñez, 2004).

Las cosas existen en el mundo y son susceptibles de aprehenderse porque existen en el lenguaje, de ahí que los distintos procesos de significación e interpretación de la realidad se apuntalen fuertemente en él (Berger y Luckmann, 1968; Gergen, 2001; Heller, 1967; Íñiguez, 2005; Núñez, 2004; Pearce, 1998; Wenger, 1998), al igual que las estrategias que se emplean para intervenirlo y/o transformarlo (Foucault, 1976, 1988; Núñez, 2004; Urteaga y Sáenz, 2012).

Por tanto, la significación del mundo social, el proceso de socialización y la construcción de subjetividades acontecen fuertemente apoyadas en el lenguaje.

Al respecto, Berger y Luckmann (1968) señalan:

“la sociedad, la identidad y la realidad se cristalizan subjetivamente en el mismo proceso de internalización. Esta cristalización se corresponde con la internalización del lenguaje. Por razones evidentes, según nuestro análisis previo del lenguaje, éste constituye, por cierto, el contenido más importante y el instrumento más importante de la socialización”. (p. 167)

En segundo lugar, el lenguaje constituye una práctica relacional cotidiana (Gergen, 2001; Íñiguez, 2005). No tendría sentido hablar usando un sistema de símbolos personales, la utilización del lenguaje depende de la interacción con el otro y de cierta coordinación común y continuada. El lenguaje adquiere su valor social y su significado gracias a su pragmatismo relacional, al mismo tiempo que posibilita la elaboración de verdades relativas, individuales y/o contextuales.

Pearce (1998) refiere que el lenguaje construye al mundo, no lo representa, no es posible representar el mundo tal como es con anterioridad a la representación, porque el lenguaje tiene un efectivo formativo y relacional, decir cómo se llama algo no es simplemente nombrarlo o hablar sobre eso, es convocarlo a ser como uno lo ha nombrado, implica darle un sentido y significado personal, pero también social.

Con relación a los significados que subyacen al lenguaje, Núñez (2004) señala:

“La relación entre la realidad y el concepto no es transparente; el lenguaje no es un medio transparente que liga el concepto a la realidad, es en sí mismo una estructura conceptual social e históricamente construida. El significado no es una esencia de la realidad, algo intrínseco de la “cosa”; emerge dentro de un sistema de significaciones por *différence*, esto es, por diferencia y diferimiento del sentido. El lenguaje involucra concepciones de la realidad, concepciones para entenderla y para ordenarla”. (p. 25)

Tanto el uso relacional como las significaciones que subyacen al lenguaje son susceptibles de ser aprehendidas y analizadas, sobre todo si se les indaga internamente, cuando se escucha y se dialoga con las personas que los padecen y/o los utilizan.

Como se ha señalado, analíticamente existirían dos formas en las que el lenguaje crea la realidad social (en tanto sistema simbólico cultural y como medio relacional cotidiano). Sin embargo, en la

práctica social cotidiana ambas dimensiones permanentemente interactúan, se influyen y muchas veces resultan indiscernibles.

En ese sentido, la utilización sociocultural del lenguaje permite la conformación de discursos sociales, es decir, maneras particulares y relativamente estructuradas en las que se significa el mundo y se actúa en consecuencia. Al respecto, Íñiguez (2005) señala que no sería posible imaginar la existencia de un discurso por sí mismo, en solitario, por el contrario, constitutivamente siempre estaría anclado o relacionado con otros discursos, discursos y significaciones personales que guardan relación con discursos y significados sociales más amplios y estructurados, dentro de contextos sociales específicos.

Como elaboraciones socioculturales, los discursos pugnan por la autopreservación y muchas veces también por la supremacía, de ahí que quienes los encarnan y se los apropian echen mano de cualquier estrategia que les permita imponer sus formas específicas de actuar, pensar y sentir. En este sentido, es posible proponer la existencia discursos sociales “hegemónicos” que organizan fuertemente las realidades sociales y las subjetividades que en ellas acontecen. Hegemonía entendida como la dinámica cultural por la cual un grupo exige y sostiene una posición de liderazgo en la vida social (Connel, 1995), privilegio que no corresponde con la mayoría social, sino simplemente con el grupo de la sociedad que detenta el poder y hace todo lo posible para preservarlo (Taguencia, 2009). Hegemonía que generalmente gobierna la llamada economía de las relaciones del poder y, por lo tanto, orienta gran parte de los vínculos sociales cotidianos (Foucault, 1988).

Como efectos de aquellos discursos sociales hegemónicos que subyugan a los individuos, Foucault (1988) menciona tres tipos de vínculos sociales que estos establecen, los cuales permanentemente interactúan, se influyen y complementan, a saber, relaciones de dominación

(étnica, social religiosa, genérica, etaria), explotación (que separa a las personas que producen de quienes se ven beneficiadas del producto) y/o alienación o sujeción de subjetividades con base en ideales sociales impuestos y exigidos.

Los discursos hegemónicos que producen y sostienen asimetrías de poder y someten cotidiana e inmediatamente a las personas son añejos. Históricamente este tipo de discursos han tenido distintos rostros y han operado a través de distintas dimensiones o contextos sociales. A veces en versiones “patológicas”, “enfermas de poder” claramente identificables en sistemas político-totalitarios como el fascismo o el estalinismo (Foucault, 1988).

Otras veces los discursos de dominación conforman modelos políticos-económicos, como el capitalismo y su versión actualizada el neoliberalismo, que, en su búsqueda desenfrenada y rapaz de acumulación y explotación del capital privado, cotidianamente aprisionan a millones de personas, sumiéndolas en posiciones de dependencia y desventaja socioeconómica, sobre todo en regiones socioculturales como América Latina (Falero, 2005), visiones que encuentran cierta representación en algunas instituciones político-financieras.

Sin embargo, también existen casos en los que las desigualdades en torno al poder y sus representantes resultan mucho más difíciles de identificar y aprehender toda vez que remiten a ideologías y prácticas que desde hace décadas o incluso centenas han formado parte de las distintas realidades sociales, las cuales operan directamente en campos tan diversos como la ciencia, la educación, la salud o la sexualidad (Foucault, 1988), credos que, sin importar los perjuicios padecidos, las personas reproducen cotidianamente, muchas veces sin tener pleno conocimiento de ello. Ejemplo de lo anterior es la denominada “colonialidad del poder” y su consecuente “eurocentrismo”, que hacen referencia a un patrón de poder mundial de tipo colonial, moderno, capitalista y eurocentrado, que toma como base la idea de *raza* para justificar la supremacía y el

dominio amplio de los otrora conquistadores (incluidos sus financiadores) sobre los conquistados (tal y como ocurrió con las poblaciones originarias de América), una visión que ha perdurado durante siglos, haciéndose de gran parte de los capitales económico y material a nivel global, pero también de la cultura, la subjetividad y la producción del conocimiento, imponiendo al “hombre-europeo-occidental” como medida del mundo y de las cosas y “la racionalidad objetiva” como la única manera de conocer y crear conocimiento (Dussel, 1992; Quijano, 2014).

En otros casos las asimetrías de poder han llegado a constituir sistemas simbólico-relacionales que trascienden nacionalidades, culturas y épocas, tal y como ha ocurrido con el denominado sistema sexo-género, un tipo de organización social global que ha tomado como base las diferencias biológicas (el sexo) para justificar el trato diferenciado y socialmente construido entre mujeres y hombres, generalmente gobernado por el antiquísimo poder patriarcal, que ha dado como resultado la imposición de ideologías y prácticas “androcéntricas” (predominio de los “hombres y lo masculino” sobre “las mujeres y lo femenino”) o “heterosexistas” (predominio de la orientación heterosexual y la pareja reproductiva sobre las otras posibilidades sexuales y arreglos de convivencia) como ha señalado Núñez (2004). Doctrinas y prácticas autoritarias que, como se ha observado, encuentran su correlato en la división moderna de las clases sociales (Falero, 2005), pero también en la distinción que existe entre las “edades sociales”, tal y como da constancia la visión “adultocéntrica” que hace referencia al poder que la adultez detenta sobre la juventud, la niñez o la vejez, a las que sistemáticamente descalifica y/o estigmatiza (Duarte, 2000)

1.3 Práctica, estructuras de práctica y comunidades de práctica

Otra de las maneras en la que se puede construir y aprehender la realidad social es la acción social o, mejor dicho, la práctica.

En primera instancia, la práctica puede ser pensada como ese *hacer* propio de cierto contexto histórico-cultural a partir de lo cual el mundo social se construye, se aprehende, se significa y se reproduce.

Como constructora y sostén de la realidad social, la práctica opera en dos grandes dimensiones interdependientes (Dreier, 2011). En primera instancia, la práctica es concreta y está situada, constituye un proceso relacional cotidiano, normado y contextual. En segundo término, la práctica está organizada o susceptible de organizarse sistemáticamente, llegando a conformar estructuras de práctica que trascienden personas, contextos sociales y temporalidades, organizaciones que sostienen y significan realidades sociales, además de que determinan fuertemente el actuar cotidiano de quienes las habitan. Asimismo, la práctica es dinámica y dialéctica, por un lado, las estructuras de práctica inducen significativamente el hacer cotidiano de las personas, por el otro, al participar activa, cotidiana y colectivamente se generan cambios en dichas estructuras.

Al respecto Connel (1995) señala que:

“La práctica nunca se da en el vacío. Siempre responde a una situación, y las situaciones se estructuran en formas que admiten ciertas posibilidades y no otras. La práctica tampoco actúa en el vacío. La práctica hace al mundo. Al actuar, convertimos las situaciones iniciales en situaciones nuevas. La práctica constituye y reconstruyen las estructuras... la práctica humana es ontoformativa, esto es, forma la realidad en la cual vivimos”. (p. 99)

Asimismo, Dreier (2011) destaca que la práctica contemporánea es variada, heterogénea y compleja debido a que está en curso (los sujetos se encuentran implicados siempre en alguna práctica), ocurre en simultaneidad (los sujetos participan en más de una práctica a la vez) y no pocas veces opera trascontextualmente (la importancia de determinada práctica es tal que trasciende contextos y temporalidades).

Hablar de práctica es hablar de *haceres* o acciones, dimensiones que inevitablemente se apuntalan en la materialidad del cuerpo, recordando que los cuerpos no sólo son objetos de práctica

y poder simbólico que la estructura social impone y detenta, también son participantes activos con capacidad de agencia, creación y transformación social. Así, los cuerpos son “tanto objetos como agentes de práctica y con la práctica misma conformando estructuras en las cuales los cuerpos pueden ser apropiados y definidos... prácticas que se reflejan en el cuerpo y se derivan del mismo” (Connel, 1995, p. 95).

Por su parte, Wenger (1998) señala que las personas participan activa y cotidianamente en lo que denominó como “comunidades de práctica”, las cuales pueden ser entendidas como el conjunto de contextos de acción social local, organizados, dinámicos e interrelacionados, al mismo tiempo que vinculados con las distintas estructuras sociales. En este sentido, las comunidades de práctica posibilitan aprehender y analizar algunas de las relaciones que se establecen entre las personas y las estructuras sociales.

Las comunidades de práctica son omnipresentes, pueden ser formales y concretas como la iglesia del barrio o el equipo de futbol de la colonia, o bien informales y abstractas como “la familia” o “las mujeres-jóvenes”. Tienen tanta historia, fuerza y arraigo que incluso llegan a “naturalizarse”, es decir, se institucionalizan, se dan por hecho, se incorporan al “sentido común” y desde ahí operan, al mismo tiempo que dejan de percibirse como elaboraciones sociales (Wenger, 1998), tal y como ha ocurrido con la familia, la iglesia, la escuela o el trabajo, pero también con “la pandilla”, “los amigos” o “las mujeres”.

Así bien, las comunidades de práctica se fundamentan en procesos relacionales situados y contextuales en los que las personas participan activamente. Participar en comunidades de práctica implica aprender los conocimientos específicos que determinado contexto social demanda. Conlleva aceptar acuerdos colectivos para alcanzar fines comunes, incluso si estos no se enuncian explícitamente, objetivos que se logran empleando repertorios generalizados de recursos sociales

previamente instituidos, validados y organizados a partir de rutinas, sensibilidades, artefactos, vocabulario, estilos, etc. (Wenger, 1998).

Para Wenger (1998) la participación social dentro de las comunidades de práctica conlleva la experiencia de vivir en el mundo social desde el punto de vista de la filiación a determinadas grupalidades y la intervención en sus actividades, además de que puede generar significados de pertenencia, compromiso e identidad.

Es importante destacar que la participación social no es sinónimo de reproducción mecánica o automática del orden establecido, por el contrario, ella posibilita aprendizaje, conocimiento, significado, acción, creatividad y cambio social. Se puede estar en el centro de la práctica o en la periferia (Wenger, 1998), además de que es posible elaborar distintas significaciones y posturas con relación a una misma práctica (Dreier, 2011). Por tanto, la participación social tampoco queda reducida simplemente *al hacer*, también incorpora la inacción, el *no hacer* y todos los gradientes que existen entre ambas opciones, incluye la presencia de las personas, al igual que su ausencia, puede estar al servicio del orden social establecido, o bien conformar maniobras de rechazo o resistencia, de ahí la multiplicidad de negociaciones sociales que cotidianamente las personas llevan a cabo.

Finalmente, Dreier (2011) menciona la participación social contemporánea es compleja debido a que: 1) las personas se encuentran implicadas en todo momento dentro de prácticas instituidas, 2) los individuos se encuentran situados dentro de contextos locales de práctica y a partir de ahí implicados en relaciones prácticas permanentes con otras personas, otros contextos y con las distintas estructuras sociales y, 3) existe una relación dialéctica, mediada a través de la práctica, entre lo personal y lo social, entre la subjetividad y la realidad social que se habita.

1.4 Vida cotidiana y subjetividad

Berger y Luckmann (1968) señalan que la realidad de la vida cotidiana es la realidad por antonomasia debido a que se presenta como ineludible, apremiante y compartida, que demanda atención y resolución inmediata:

“Entre las múltiples realidades existe una que se presenta como la realidad por excelencia. Es la realidad de la vida cotidiana. Su ubicación privilegiada le da derecho a que se la llame suprema realidad. La tensión de la conciencia llega a su apogeo en la vida cotidiana, es decir, ésta se impone sobre la conciencia de manera masiva, urgente e intensa en el más alto grado”. (1968, p. 35)

Aunque la vida cotidiana se impone en alto grado de exigencia, también es cierto que ella provee del conocimiento y los métodos necesarios para alcanzar tales demandas. Información que se significa como necesaria y obligatoria si es que se desea formar parte de ese mundo social (Berger y Luckmann, 1968; Heller, 1967; Reguillo, 2000; Uribe, 2014).

La vida cotidiana antecede y trasciende a las personas. Se presenta como una realidad objetiva y objetivada, que adquiere significados subjetivos de un mundo coherente y organizado, lo mismo que compartido y consensuado.

Para Berger y Luckmann (1968) la objetivación de la vida cotidiana ocurre en gran medida a partir del lenguaje, de ahí la importancia de estudiarlo y analizarlo:

“Las objetivaciones comunes de la vida cotidiana se sustentan primariamente por la significación lingüística. La vida cotidiana, por sobre todo, es vida con el lenguaje que comparto con mis semejantes y por medio de él. Por lo tanto, la comprensión del lenguaje es esencial para cualquier comprensión de la realidad de la vida cotidiana”. (1968, p. 54)

Al respecto, Heller (1967) destaca que para la objetivación de la vida cotidiana son igual de importantes que el lenguaje, la participación social repetida y la vinculación relacional continua y permanente:

“La idea fundamental de la teoría de la objetivación es que las objetivaciones representan distintos niveles. El primer “nivel” lo constituyen el lenguaje, el sistema de hábitos y el uso de objetos: a este nivel lo llamo la esfera de la objetivación que es en-sí. Sin la apropiación activa

de este “nivel” no hay vida cotidiana en absoluto, pues sin ella no existe tampoco socialidad”. (1967, p. 27)

En este sentido, es posible proponer que la realidad de la vida cotidiana se objetiva a través del lenguaje, pero también mediante la acción social, elementos que a su vez integran la llamada práctica social.

Así bien, la práctica social incluye tanto las palabras como las acciones, los aspectos explícitos e implícitos, lo que se dice y lo que se hace, pero también lo que se calla y no se hace, a veces en correspondencia entre el decir y el hacer y otras veces en discrepancia, pudiendo estar bajo el predominio de una u otra dimensión. De ahí que la práctica social no esté divorciada ni de la reflexión, ni de lo abstracto y mucho menos de lo mental, por el contrario, siempre está acompañada del conocimiento, en tanto que ella misma lo construye, es subjetiva y personal, lo mismo que intersubjetiva y social.

Según Heller (1967), la vida cotidiana siempre hace referencia al ambiente inmediato y se caracterizaría por el pragmatismo, la hipergeneralización y el economismo. En este sentido, es que la vida cotidiana se organiza fuertemente en torno a dimensiones de espacio y tiempo que demandan respuestas pragmáticas, acordes y continuas (Uribe, 2014). Se configura en torno a un *aquí* (que las más de las veces echa mano del cuerpo) y un *ahora* del tiempo inmediato (Berger y Luckmann, 1968), sin olvidar que cuerpo y tiempo son dos objetos sociales con múltiples relaciones, historias y significados (Connel, 1995; Feixa, 2003, 2006; Margulis y Urresti, 1996, 1998; Valenzuela, 2015).

Asimismo, vale la pena destacar que la vida cotidiana no se agota, ni queda limitada al aquí y al ahora. En su pragmatismo e inmediatez incluye conocimientos, hechos o fenómenos significativos ocurridos previamente (Berger y Luckmann, 1968; Heller, 1967; Rizo, 2015), incluso llega a incorporar aquellos referentes que difícilmente pudieron haber ocurrido (tales como

leyendas o mitos), pero que forman parte del imaginario colectivo o del capital simbólico-cultural en el que se está inmerso.

Al respecto, Uribe (2014) menciona que el tiempo de la vida cotidiana trasciende la temporalidad lineal, toda vez que se organiza y se significa a partir de la compleja práctica social. Más que un tiempo cronológico, del cual se apoya, la vida cotidiana se fundamenta en un tiempo social en donde intersectan estructuras sociales y culturas específicas, por tanto, adquiere importancia personal y pragmática, lo mismo que contextual, histórica y global.

Así, la trama de un día “común y cotidiano” contendría fragmentos de la historia del mundo desde las realidades locales y regionales hasta las nacionales e internacionales, estaría cargada de pluralidad y simbolismo que permanentemente se renuevan y se transforman (Uribe, 2014).

Por tanto, la vida cotidiana proporciona, al nivel de los individuos particulares y en términos muy generales, una imagen de la reproducción de la sociedad tanto en el nivel macro como en el micro, niveles que inherentemente llevan implícitos la noción de cambio, como resultado de la dialéctica social (Heller, 1967).

Al respecto, Reguillo (2000) menciona que la vida cotidiana constituye un lugar estratégico para pensar la sociedad en su compleja pluralidad de símbolos y de interacciones, ya que se trata del espacio donde se encuentran las prácticas y las estructuras, del escenario de la reproducción y simultáneamente, de la innovación social.

Es importante destacar que la vida cotidiana no es lo cotidiano, en todo caso la vida cotidiana hace de mediadora entre lo cotidiano y no cotidiano que ella también posibilita, recordando que la diferenciación entre uno y otro no constituye en absoluto un fenómeno de alienación, sino un producto de la específica dialéctica inherente a la reproducción social (Heller, 1967). Así, lo

cotidiano y lo no cotidiano no sólo constituyen procesos oponentes, también conforman elementos complementarios que terminan por organizar y afianzar la vida cotidiana (Reguillo, 2000).

Lo cotidiano propiamente dicho hace referencia a la elaboración de pautas relacionales sociales habituales que a su vez crean la posibilidad de la reproducción social, está indisolublemente vinculado a lo que en un momento específico y en una cultura particular se asume como legítimo, normal y necesario para garantizar la continuidad, se constituye por aquellas prácticas, lógicas, espacios y temporalidades que garantizan la reproducción social por la vía de la reiteración (Reguillo, 2000).

Como se ha mencionado, el dinamismo inherente a reproducción social se relaciona con la participación activa de las personas en la construcción de las realidades, sin embargo, no pocas veces se ve potenciado por asimetrías de poder que generan marcadas condiciones de desigualdad que, a su vez, provocan tensiones entre las personas, sobre todo entre aquellas que padecen las desventajas. Al respecto, Rizzo (2012) menciona que la reproducción social cotidiana se conforma por: 1) un proceso significativo de carácter intersubjetivo donde el mundo social es creado y recreado cotidianamente y, 2) un proceso que lleva implícita la desigualdad en la repartición de los recursos materiales y simbólicos que forman parte de la cotidianidad.

Por su parte, lo no cotidiano puede ser pensado como aquella experiencia que interrumpe la continuidad del orden social establecido. Discontinuidad que, por un lado, posibilita la transformación social, mientras que, por el otro, terminará por ser negociada e incorporada dentro de la organización que caracteriza a la vida cotidiana.

Con relación al cambio social y la organización de la vida cotidiana, Reguillo (2000) menciona que a partir de fallos en la dimensión asociativa (entre prácticas y estructuras) y el des-anclaje espacio temporal (asociado con crisis en los patrones temporales de renovación social, la

multiespacialidad contemporánea y el desdibujamiento de las fronteras entre lo público y lo privado), la vida cotidiana puede emerger como un espacio clandestino en el que los discursos y las prácticas subvierten las reglas de los poderes establecidos, toda vez que permiten la reflexión, la crítica y la acción colectiva transformadora. Por lo tanto, la vida cotidiana también puede ser entendida como un espacio abierto, que posibilita la creatividad y el cambio social.

Finalmente, es importante señalar que la vida cotidiana hace las veces de marco de contención y significación de la realidad social, lo mismo que del proceso de construcción de subjetividades e identidades. Al respecto Uribe (2014) señala:

“La vida cotidiana es la vida de todo hombre y constituye el centro de la historia. Por ello, representa la esfera de la realidad que conciben los individuos, susceptible a los cambios y modificaciones del contexto social, lo que permite considerarla como un espacio en permanente construcción. En ese espacio, el hombre va elaborando y desarrollando la subjetividad y la identidad, a través del análisis de su propia esencia como ser social y la identificación con su cultura, en el marco de la organización y reorganización de su entorno para la satisfacción de sus necesidades mediatas e inmediatas”. (2014, p. 101)

1.5 La identidad: un proceso subjetivo, relacional e intersubjetivo

Para Wenger (1998) la identidad es una manera particular de estar en el mundo y de actuar en consecuencia.

Por su parte, Alberti (1995) refiere que la identidad se aprende y se construye como un instrumento que servirá a los individuos para regular su conducta, relacionarse con el aparato social, con los otros y consigo mismo, el cual permitirá encauzar fantasías, metas, deseos y decisiones. También propone que la identidad constituye el punto de unión entre la estructura social y el individuo, toda vez que integra la vida personal con la cultura y la época en que se vive, por lo que el análisis de una, inherentemente lleva a considerar la otra.

Así, la identidad puede ser pensada como fenómeno subjetivo de elaboración personal, al mismo tiempo que relacional e intersubjetivo, toda vez que se construye en interacción cotidiana con otras subjetividades, dentro de contextos sociales específicos (Alberti, 1995).

Por tanto, la identidad no sería ni un atributo, ni una cualidad exclusivamente personal y mucho menos un rasgo fijo del carácter que define a las personas, por el contrario, puede ser pensada como una configuración subjetiva, relacional y dinámica, a la manera de sentirse ubicado en la vida, la cual, orienta fuertemente el comportamiento significativo y cotidiano de las personas a través de los distintos contextos sociales en los que participan.

En este sentido, Salguero (2008) define la identidad como:

“El conjunto de significados y representaciones conformadas a partir de la estructura política, económica, social y cultural, instituidas históricamente; ésta integra la subjetividad e intersubjetividad de los actores sociales en los procesos de interacción social, no es un atributo o una propiedad intrínseca, sino que tiene un carácter de tipo relacional, resultado del proceso social que surge y se desarrolla en la interacción cotidiana con los otros y otras. La identidad tiene que ver con la organización por parte del sujeto, de las representaciones que tiene de sí mismo y de los grupos a los que pertenece, así como de los “otros” y de sus respectivos grupos”. (p. 4)

Por su parte, Reguillo (2003) concibe a la identidad como el lugar de la enunciación sociopolítica, las intersecciones entre prácticas y estructuras; los escenarios del conflicto y la negociación por la inclusión, elaboraciones vinculadas a los discursos, a las prácticas y a las coordenadas espacio-temporales en tanto dimensiones constitutivas de la vida cotidiana.

Así bien, no existe una identidad absoluta, fija e inamovible sino distintas identidades, tantas como contextos, comunidades, clasificaciones o condiciones sociales integran la compleja organización social contemporánea. Asimismo, es posible encontrar identidades relativas, temporales, contextuales, estratégicas o “predominantes”, capaces de supeditar y configurar a otras, que pueden sufrir fracturas, fragmentaciones y/o combinaciones.

Las identidades identifican tomando como base algún rasgo, condición o cualidad socialmente construida. Permiten el reconocimiento de sí y de los otros, posibilitan reconocer y reconocerse tanto en semejanza como en discrepancia. Para Reguillo (2003) hablar de identidad es hacer referencia a una categoría de carácter relacional que identifica y agrupa, al mismo tiempo que diferencia y disgrega.

Así bien, generalmente las identidades se configuran y organizan a partir de referentes binarios, simbólicamente opuestos y complementarios, referentes sociales que se han construido cultural e históricamente. Al respecto, Cruz (2016) menciona que las identidades están siempre signadas a los procesos intersubjetivos de similitud y diferencia, adscripción y apartamiento, proximidad y distancia, mismidad y alteridad.

Las relaciones binarias en las que se apuntalan las identidades facilitan el reconocimiento de sí y de los otros, lo mismo que una ilusión de uniformidad (necesaria para afianzar la identidad) muchas veces al servicio del control social (Butler, 1990). Sin embargo, sería erróneo y reduccionista acotar el contenido y análisis de las distintas identidades al estudio superficial de las relaciones antagónicas. Retomando a Foucault (1976), podría decirse que no basta con localizar dichos referentes, habría que intentar determinar cuáles serían las diversas versiones al interior de cada uno de ellos, al igual que sus características, conocer cómo se constituyeron, distribuyen y organizan, cuáles serían los elementos permitidos y cuáles los sancionados con relación a los discursos sociales dominantes, es decir, normativos, a partir de los cuales emergieron y ante los cuales responden.

Así, las relaciones binarias que sostienen las distintas identidades conllevan historicidad, dinamismo, practicidad, heterogeneidad y flexibilidad interna con relación a las prácticas y significados que las constituyen, sin mencionar que las identidades no existen aisladamente, como

analíticamente a veces pudiera sugerirse, por el contrario, en la cotidianidad permanentemente ineterseccionan, encontrando ahí uno de sus rasgos característicos (Cruz, 2014; J. García e Ito, 2009; Kaufman, 1989; Urteaga y Sáenz, 2012; Viveros, 2016).

Por su parte, Wenger (1998) señala que las experiencias significativas, a las que llama “vivas”, resultan fundamentales en la construcción y la transformación de las identidades. Propuesta que guarda relación con la distinción entre “vivencia” y “experiencia” que realiza Larrosa (2006), quien concibe a la primera como el mero registro de los hechos y sin mayores repercusiones para el sujeto que la testimonia, mientras que la segunda es pensada en cercanía con la pasión y los afectos que se apuntalan en el cuerpo, la cual, temporalmente escapa al entendimiento, a las palabras y a la simbolización, características que trastocan la subjetividad de quien la padece, toda vez que exigen intensos procesos de objetivación que dejan tras de sí transformaciones.

Según Larrosa (2006), la experiencia hace referencia a un “algo externo” al sujeto que difícilmente podría ser incorporado como parte de él, constituiría un tipo de alteridad particular que lo trastocaría significativamente. La experiencia es eso que le pasa al sujeto y no eso que pasa inadvertido para él, por ello incide directamente en la construcción de las subjetividades y las identidades.

En este sentido, las identidades se van construyendo y reinventando cotidianamente, apoyadas en gran medida en las experiencias inherentes a la propia existencia social. Identidades que adquieren presencia y legitimidad no sólo por lo que los discursos hegemónicos *dicen de ellas*, sino por la capacidad de respuesta, negociación y agencia por parte de quienes las encarnan, acciones que posibilitan expresiones e irrupciones identitarias distintas a las exigidas normativamente.

1.6 Género, identidad de género y sistema sexo-genero

El género puede ser entendido como el conjunto de roles, funciones, formas de comportamiento, actividades, valores y atributos que una sociedad y una época determinada consideran apropiados para mujeres y hombres.

En primera instancia, el género constituye una de las principales formas en las que históricamente se ha organizado la práctica social cotidiana, en tanto él mismo constituye una práctica social que hace referencia a los cuerpos y a lo que estos hacen, aunque no se limita a dicha dimensión, toda vez que actúa sobre el escenario reproductivo, en las estructuras corporales y en los procesos de reproducción humana, incide en el deseo, la excitación y la relación sexual, pero también en el parto y el cuidado de los hijos, así como en la significación de las diferencias y similitudes sexuales corporales (Connell, 1995).

Así bien, el género puede ser pensado como una práctica social que identifica independientemente de la voluntad de las personas. Al respecto, Marcela Lagarde (1990) menciona que las identidades que los sujetos asumirán a lo largo de la vida se desarrollarán a partir de una primera gran clasificación genérica, que posteriormente hará sentido con otras condiciones tales como la pertenencia real y subjetiva a la clase o al mundo urbano o rural. Ella también concibe las referencias y contenidos genéricos como hitos primarios en la conformación de los sujetos y de sus identidades.

Por su parte, Butler (1990) señala que sería erróneo pensar las distintas identidades sin considerar la dimensión genérica o la denominada “identidad de género”, por la sencilla razón de que las personas sólo se vuelven inteligibles cuando poseen un género que se ajusta a normas sociales reconocibles para ellas. Sin embargo, también refiere que el género no debe interpretarse como una identidad estable o un lugar donde se asiente la capacidad de acción y de donde surjan

diversos actos, sino como una identidad débilmente constituida en el tiempo, instituida en un espacio exterior mediante una repetición estilizada de actos, una temporalidad social construida, una realización performativa en la que el público social mundano, incluidos los mismos actores, llega a creer y a actuar en la modalidad de la creencia y verdad, de ahí la dificultad para desprenderse de ella.

La importancia del género en la conformación de vida cotidiana ha sido tal que incluso ha llegado conformarse sistemáticamente, trascendiendo momentos históricos y sociedades, formando parte de todas aquellas áreas tanto estructurales como ideológicas que comprenden las relaciones sociales entre los sexos, presentes en la economía, la cultura, las comunicaciones, la educación e incluso el Estado (Connel, 1995).

En este sentido, el sistema sexo-género puede entenderse como la articulación de las relaciones sociales que transforman las características sexuales diferenciadas en productos de actividad humana, un sistema que normativamente establece estereotipos, prejuicios y roles para mujeres y hombres, es decir, ideas, atributos, comportamientos y significados sobre aquello que oficialmente se considera “lo femenino” y “lo masculino”. Referentes sociales que, sin tomar en cuenta la diversidad de las personas, sus características, capacidades e intereses, constituyen los ejes rectores para construir identidades genéricas normadas y exigidas.

Para las mujeres los estereotipos de género sobrevaloran y normativamente demandan “cualidades” como: sumisión, docilidad, dependencia y afectividad. Mientras que se les atribuyen roles “reproductivos” como la crianza, el cuidado de los hijos, las labores domésticas y la provisión de necesidades familiares, actividades que ocurren en el ámbito privado (el espacio domestico) y, por lo tanto, suelen ser invisibilizadas o, en el mejor de los casos, poco valoradas, las cuales, más allá de su posible valía o disfrute, resultan opresivas y destructivas, toda vez que socialmente son

impuestas con fines de control y sometimiento (Kaufman, 1989). Bajo esta lógica la sexualidad femenina resulta ser predominantemente “pasiva” y queda acotada a la pareja legítima (monogámica) y el amor romántico como únicas vías de acceso a un placer sexual que también se exige como limitado (Donoso, 2002).

En el caso de los hombres, los estereotipos de género los presentan como seres “racionales”, “fuertes”, “protectores” y “jefes de familia”, a quienes les corresponden roles “productivos” que acontecen en el espacio público, tales como la proveeduría y el trabajo remunerado, estereotipos y roles que gozan de reconocimiento social y conllevan poder. En este sentido, la sexualidad masculina históricamente ha estado caracterizada por “el deseo sexual irrefrenable” y la “actividad”, cualidades que se simbolizan y actualizan en la “obligatoriedad” de la genitalidad centrada en el pene, la penetración sexual y la eyaculación, elementos que constituyen un eje identitario y un espacio en el que permanentemente se juega la masculinidad (Donoso, 2002), adicionalmente, los ideales normativos tradicionales de la sexualidad masculina exigen “heterosexualidad”, “potencia”, “aguante” y experticia (Connel, 1995).

Históricamente, el sistema sexo-género se ha configurado por relaciones de poder asimétricas generalmente gobernadas por los hombres, aunque más específicamente habría que decir que ha estado regido por ideologías y prácticas de poder patriarcal (Connel, 1995; Kaufman, 1989; Núñez, 2004), una visión que presenta “al hombre” como la medida del mundo y de las cosas que los conforman, lo socialmente valorado y exigido, circunstancias que sistemáticamente otorgan beneficios para los hombres y desventajas para las mujeres.

El patriarcado también muestra al hombre como esencialmente dominante, enfoque que sirve para discriminar, devaluar y subordinar a las mujeres, pero también para subyugar a otros hombres. Así bien, el poder patriarcal se caracteriza por el sometimiento y la subordinación de ellas por ellos

(Lagarde, 1990), de “lo masculino” sobre “lo femenino”, pero también de ellos hacia ellos, de lo “masculino hegemónico” sobre “otro tipo de masculinidades” (Connel, 1995; Kaufman, 1989; Núñez, 2004).

Como se ha mencionado, el imperativo de dominación patriarcal opera incluso entre los hombres, en tanto sujetos genéricos que el mismo sistema no solo clasifica, sino que jerarquiza, estratifica y aliena. De ahí que los hombres también puedan ser excluidos y dañados de diferentes maneras, ya sea porque hacen frente a los discursos dominantes (Núñez, 2004), porque participan de ellos, a veces en formas extremas y/o mortales o, simplemente porque no cumplen con los ideales masculinos que el sistema impone (Connel, 1995), afectaciones que pueden ser producidas por otros hombres e incluso autoinducidas (De Keijzer, 2006, 2016).

En este sentido, es posible hablar de un modelo hegemónico de masculinidad, el cual trasciende personajes, instituciones o representación sociales, toda vez que el dinamismo social suele trastocar cualquiera de estas producciones sociales. Así bien, la principal característica de la llamada masculinidad hegemónica (sustentada en el patriarcado) sería su lugar de privilegio, poder y autoridad dentro de las relaciones de género. Por tanto, la masculinidad hegemónica puede ser definida como: la configuración de la práctica de género que incorpora la respuesta aceptada, en un momento y cultura específica, al problema de la legitimidad del patriarcado, la que garantiza (o se considera que garantiza) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres, control que es extensivo a aquellos hombres que no cumplen con los ideales establecidos (Connel, 1995).

Con relación a la construcción de las identidades de género masculinas, Kaufman (1989) menciona que estas se organizan fuertemente sobre los ejes de la dominación y control. Por su parte, Donoso (2002) comenta que la racionalidad y el control emocional constituyen otro de los

soportes de las identidades masculinas hegemónicas. Sin embargo, se ha encontrado que las identidades masculinas construidas a partir de ideales hegemónicos resultan sumamente frágiles, casi imposibles de alcanzar y mantener debido a las altas exigencias que el sistema impone y las pocas posibilidades de acceder plenamente al poder que promueve y exige, sin mencionar que su persecución implica grandes tensiones, riesgos, perjuicios y la renuncia a una amplia gama de necesidades, sentimientos y otras formas de expresión humana, sobre todo aquellas relacionadas con la afectividad, el cuidado de sí y las necesidades emocionales (Connel, 1995; De Keijzer, 2006, 2016; Donoso, 2002; Kaufman, 1989).

Con relación a las distintas identidades masculinas, Connel (1995) propone cuatro grandes tipos, organizados a partir de los lugares que los hombres pueden ocupar dentro de la organización social contemporánea y en las relaciones de poder que ahí se establecen, agrupamiento que resulta enunciativo, nunca limitativo, ni excluyente, al contrario, en la complejidad de la práctica social vigente no resulta extraño que los hombres ocupen distintos lugares y posiciones y que desarrollen distintas negociaciones y posturas, movilidad que altera, combina y configura sus distintas identidades, ya sea temporal o contextualmente.

En primer lugar, estarían las identidades masculinas construidas en correspondencia con la hegemonía, es decir, identidades que toman como base el poder patriarcal y se configuran a partir de la dominación y el control del otro, que incluye no solo a las mujeres sino a otros hombres. En segundo término, se encontrarían las identidades subordinadas (contraparte lógica de la posición de dominación), elaboradas a partir de condiciones de discriminación, exclusión e incluso violencia, toda vez que representan todo aquello que la hegemonía patriarcal rechaza y pugna por eliminar. En tercera instancia, se ubicarían las masculinidades construidas y organizadas a partir de alianzas y/o complicidades con la hegemonía en las que, sin aceptar plenamente sus postulados,

se obtienen algunos de sus privilegios, sobre todo cuando existen afinidades, por ejemplo, la heterosexualidad, la creencia en el matrimonio o el rol de proveduría, un tipo de identidades que internamente también suelen ser bastante heterogéneas y maleables pues en ocasiones llegan a acercarse significativamente a los ideales impuestos, mientras que otras veces se alejan fuertemente de ellos. Finalmente, existirían las identidades masculinas construidas desde la marginalidad, subjetividades invisibilizadas a las que no solo se les niega el reconocimiento como “verdaderos hombres”, sino incluso el estatus de sujetos con los mismos derechos humanos, esto como resultado de la intersección con otras condiciones sociales de desventaja, tales como la clase, la raza o la etnia.

Es importantes señalar que las prerrogativas inherentes a la hegemonía no pocas veces son cuestionadas e interpeladas debido a los prejuicios que generan, desacuerdos que suelen provocar tensiones entre las y los implicados, así como distintas acciones encaminadas a redistribuirlos privilegios o conservarlos según sea el caso. Sin embargo, tampoco es extraño que quienes detentan el poder recurran a la violencia (en cualquiera de sus múltiples dimensiones) para defenderlo y/o preservarlo. Así bien, la violencia constituye para muchos hombres el medio relacional por antonomasia que está al servicio de la hegemónica y el poder patriarcal. Ideologías y prácticas que inciden y afectan a las mujeres, a otros hombres y al propio sujeto que las desarrolla (Connel, 1995; Cruz, 2011, 2014; Kaufman, 1989).

1.7 Identidades juveniles

Entre las distintas identidades que caracterizan a las sociedades contemporáneas se encuentra la juventud, una construcción sociocultural relativa en tiempo y espacio, la cual se presenta como “una fase” dentro del “ciclo de la vida”, ubicada entre la infancia y la adultez (Patiño, 2009;

Urteaga y Sáenz, 2012; Villa, 2011). Estadios biográficos igualmente contruidos que presuponen fronteras más o menos laxas y formas más o menos institucionalizadas de paso, significación y actuación entre ellos (Feixa, 2003).

Patiño (2009) menciona que aunque la historia occidental de la juventud es añeja, su emergencia como categoría social puede ubicarse en la sociedad moderna del siglo XVII, en las bases del capitalismo que reclamó un nuevo sujeto social, mucho más domeñable, rentable y mejor calificado (en comparación con los adultos) para participar en los “nuevos” procesos masivos de producción, especialmente en las actividades industriales con las que estaban “más familiarizados”.

Sin embargo, la integración de este nuevo sujeto social en las estructuras productivas y reproductivas de la sociedad fue parcial en términos de reconocimiento e independencia, la redefinición de los límites entre adultos y jóvenes generó una “nueva división (en el sentido de repartición) de los poderes”, a favor de los primeros (Urteaga y Sáenz, 2012).

Desde su emergencia como categoría social, la juventud se ha caracterizado por su situación liminal en las relaciones de poder, la cual acontece entre la supuesta dependencia infantil y la autonomía de los adultos, condición que sigue incidiendo en gran parte de las relaciones sociales contemporáneas que establecen quienes encarnan y asumen la categoría (Urteaga y Sáenz, 2012).

En el momento mismo en el que emergió la “nueva etapa de vida”, los jóvenes comenzaron a experimentar un control social por parte de los adultos, quienes construyeron una mirada “adultocéntrica” que supone una lectura de la juventud desde un lugar periférico, que homogeniza y encasilla sus formas existenciales bajo etiquetas de “irresponsabilidad”, “irreverencia”, “indisciplina”, “grupo social de riesgo-amenaza” (Duarte, 2000). Representaciones que, entre otras acciones, le han permitido al Estado y a otras instituciones asumir posicionamientos de vigilancia,

control e incluso de represión (Reguillo, 2005), argumentando que las personas jóvenes “no pueden cuidarse solas”, “no saben lo que quieren o hacen”, discursos con tanto arraigo social que incluso los propios jóvenes llegan a interiorizar y asumir como verdaderos.

El adultocentrismo también impone ideales sociales sobre el *deber ser* de la juventud, el cual generalmente se organiza en torno a la noción de moratoria social (Feixa, 2006; Margulis y Urresti, 1996, 1998; Patiño, 2009; Reguillo, 2003; Villa, 2011), que, más allá de las exigencias que las sociedades imponen y de las distintas significaciones culturales que integran el mundo adulto contemporáneo, concibe a los jóvenes como sujetos para el futuro, como sujetos susceptibles de ser reconocidos y validados socialmente solo al alcanzar la adultez. Así, en las sociedades industriales predomina la idea de que la juventud constituye un “periodo de vida” que debe estar dedicado a la preparación y el aprendizaje de los elementos que integran el mundo adulto, una visión que al mismo tiempo deniega el presente de las personas jóvenes, niega su *ser*, en tanto sujetos sexuados con deseos, anhelos e intereses propios, actuales y vigentes que suelen ser distintos a los que los adultos le presuponen o quieren atribuirles.

Entre las estrategias de control social que han alcanzado a la juventud desde su emergencia destacan aquellas que Foucault (1976) denominó como el bio-poder y la bio-política:

“Ese bio-poder fue, a no dudarlo, un elemento indispensable en el desarrollo del capitalismo; éste no pudo afirmarse sino al precio de la inserción controlada de los cuerpos en el aparato de producción y mediante un ajuste de los fenómenos de población a los procesos económicos. Pero exigió más; necesitó el crecimiento de unos y otros, su reforzamiento al mismo tiempo que su utilizabilidad y docilidad; requirió métodos de poder capaces de aumentar las fuerzas, las aptitudes y la vida en general, sin por ello tornarlas más difíciles de dominar; si el desarrollo de los grandes aparatos de Estado, como instituciones de poder, aseguraron el mantenimiento de las relaciones de producción, los rudimentos de anatomo y biopolítica, inventados en el siglo XVIII como técnicas de poder presentes en todos los niveles del cuerpo social y utilizadas por instituciones muy diversas (la familia, el ejército, la escuela, la policía, la medicina individual o la administración de colectividades), actuaron en el terreno de los procesos económicos, de su desarrollo, de las fuerzas involucradas en ellos y que los sostienen; operaron también como factores de segregación y jerarquización sociales, incidiendo en las fuerzas respectivas de unos y otros, garantizando relaciones de dominación y efectos de hegemonía; el ajuste entre la

acumulación de los hombres y la del capital, la articulación entre el crecimiento de los grupos humanos y la expansión de las fuerzas productivas y la repartición diferencial de la ganancia, en parte fueron posibles gracias al ejercicio del bio-poder en sus formas y procedimientos múltiples. La invasión del cuerpo viviente, su valorización y la gestión distributiva de sus fuerzas fueron en ese momento indispensables”. (1976, p. 171)

Foucault (1976) también menciona que la hegemónica sociedad burguesa del siglo XIX se caracterizó por una intensa represión que llegó a constituir el modo fundamental de relación entre poder, saber y sexualidad. Configuración que incidió fuertemente en la organización de las sociedades industriales y en las formas de relación que ahí se establecieron, un momento histórico-cultural que coincidió con el inicio de la globalización de la juventud, de ahí que haya influido fuertemente en su conformación social normativa, cuyos elementos centrales siguen estando presentes hoy día (Feixa, 2006; Patiño, 2009; Reguillo, 2003). En esa época proliferaron normas y leyes, tanto en Europa como en América, que dejaban de manifiesto el reconocimiento social de esta nueva “etapa de vida”, a la que además de proteger había que seguir normando y controlando. Se crearon nuevas instituciones exclusivas para los jóvenes y las ya existentes (familia, escuela, iglesia, trabajo, prisión) se reconfiguraron para reforzar su control (Taguena, 2009).

Así bien, la “familia burguesa” ya consolidada y en vías de globalización, pudo postergar en sus jóvenes el ingreso al campo laboral, a la vida en pareja y/o a la parentalidad, dotándolos de tiempo y dinero suficiente para dedicarse al estudio y a la capacitación de actividades cada vez “más especializadas”, sobre todo aquellas asociadas con los puestos o empleos que detentaban mayor reconocimiento y/o poder dentro de la organización social de la época (Patiño, 2009). De ahí que los hombres jóvenes, de clases privilegiadas y escolares se convirtieran en el prototipo ideal de juventud, representación que durante décadas excluyó a las mujeres jóvenes (incluso a las de las clases sociales privilegiadas), lo mismo que otros hombres jóvenes no escolares, de clases sociales bajas, minorías étnicas, sexuales o religiosas.

En este sentido, “La Escuela”, que puede ser pensada como una extensión del Estado, históricamente también ha contribuido a la globalización de la juventud, lo mismo que en su control y adoctrinamiento, sobre todo cuando el proceso de enseñanza-aprendizaje se desarrolla tomando como base los discursos sociales hegemónicos de poder y control (Fize, 2007).

Con relación a los jóvenes de las clases económicas menos favorecidas, la consolidación global de la juventud también les significó una demora en el acceso al trabajo remunerado, aplazamiento que en su caso no incluyó un sostén económico, cierta independencia y mucho menos poder. Para estos jóvenes el paro fue forzoso, experimentaron la expulsión del campo laboral formal, al igual que el abandono social. Literalmente fueron arrojados a las calles, condenándolos a la subordinación adulta o a la sobreexplotación laboral informal, toda vez que la escuela nunca representó una opción viable para ellos (Feixa, 2006), jóvenes que terminaron por ser invisibilizados, explotados e incluso marginados al no ajustarse a los ideales juveniles establecidos.

Al respecto, Valenzuela (2014, 2015) concibe a la juventud como una condición social diacrónica, heterogénea y dinámica a la que se puede acceder o no, o hacerlo de distintas maneras, independientemente de la edad biológica, acceso que está determinado por la clase social y el contexto histórico-sociocultural que no sólo le otorgan orden y sentido, sino que imponen y exigen requisitos de ingreso y egreso, además del cumplimiento de prácticas sociales específicas.

Con relación a la historia occidental de sexualidad, Foucault (1976) señala que durante el siglo XIX ésta también experimentó una fuerte persecución. Menciona que el “puritanismo moderno” impuso a la sexualidad un triple decreto: prohibición, inexistencia y mutismo, circunstancias que posibilitaron su consolidación como “pecado y lujuria” y la creación de las estrategias correspondientes para asegurar su rechazo y/o eliminación, incorporando dentro de su *ratio* no

solo los haceres sexuales, sino también los decires; “pensamiento, palabra, obra y omisión”. Así bien, normativamente el acceso a la sexualidad quedó restringido a la adultez, a través de la pareja “legítima” (que se produce mediante el matrimonio) y con fines exclusivamente reproductivos. Regulación que lleva implícitas ideologías patriarcales, adultocéntricas, heterosexistas, clasistas y racistas, muchas de las cuales siguen estando presentes actualmente.

Así bien, histórica y sistemáticamente se ha tratado de limitar el acceso al saber y la experiencia sexual entre los jóvenes, prohibiciones que, en el caso de las mujeres jóvenes, las preferencias no heterosexuales, los distintos tipos de convivencia, las clases bajas y las minorías étnicas o raciales, incluso llegan a denegarles el estatus de sujetos sexuados y sociales, a los que no pocas se veces se violenta de muy distintas maneras.

Como se ha visto la raza, la clase social y el género aportaron a la juventud algunos privilegios. Los hombres jóvenes y acomodados se vieron liberados de algunas obligaciones sociales, además de que obtuvieron acceso (limitado) al poder, al saber y a la sexualidad (Villa, 2011). Sin embargo, las ventajas que la hegemonía provee a sus más allegados también tienen límites.

Como se señaló anteriormente, la juventud surgió y se consolidó a la par que el capitalismo y las sociedades consumistas, las cuales, terminaron por incorporarla dentro de su lógica de operación. A mediados del siglo XX (apoyado fuertemente en el imperativo consumista que promueve la economía capitalista), emergió un “mercado cultural y de consumo” exclusivo para los jóvenes (Reguillo, 2003; Villa, 2011).

Feixa (2006) ubica en la década de los cincuenta del siglo pasado (en la posguerra) el momento histórico donde la juventud deviene como una “cultura auténticamente internacional-popular”, sobre todo en los países industrializados. En esos años, la “nueva etapa de la vida” comenzó a ganar cada vez más terreno dentro de las distintas clases sociales, posicionamiento que no significó

que los jóvenes provenientes de alguna minoría (clase, género, etnia, religión) pudieran acceder plenamente a la categoría, en última instancia esta se constituyó como modelo identitario predominantemente aspiracional y normado, el cual comenzó a apoyarse fuertemente en la lógica consumista que hoy día gobierna buena parte de su configuración.

Otra de las características constitutivas de la juventud ha sido su “transitoriedad”, en tanto que ella misma conforma una condición social perecedera, a diferencia del género o la etnia, que aunque dinámicas y susceptibles de transformación, suelen acompañar a los individuos durante la mayor parte de su vida (Taguena, 2009; Valenzuela, 2014). Caducidad que no ha impedido que en las últimas décadas las sociedades consumistas hayan posicionado a “lo juvenil” como “objeto de deseo”, mercantilismo que no solo aliena a los jóvenes al consumo voraz y desenfrenado de la mercancía juvenil, también lo hace con aquellos que se niegan a envejecer y disponen de poder y recursos económicos suficientes para intentarlo (Villa, 2011).

Por su parte, Reguillo (2003) destaca que aunque obviamente existen variaciones significativas dentro de la condición juvenil a partir de las construcciones culturales de género, es necesario visibilizarlas, estudiarlas y problematizarlas.

Así bien, la juventud identifica y como toda identidad hace referencia a sistemas de relaciones articulados en diferentes ámbitos de interacción que pasan por instituciones como la familia, la iglesia, la escuela, los espacios en los que se producen y movilizan recursos o los territorios en los que se ejercen las prácticas de socialización (Villa, 2011).

Por lo tanto, no existe una sola identidad juvenil sino distintas formas de acceder y experimentar dicha condición social, construcciones sociohistóricas, situadas y significadas que agrupan e identifican, pero que internamente muestran gran heterogeneidad, además de que resultan porosas

y flexibles con relación a sus contenidos y delimitaciones (Duarte, 2000; Reguillo, 2005; Urteaga y Sáenz, 2012; Valenzuela, 2014).

Entre los principales referentes simbólicos que permiten la articulación y posibilitan el estudio de las identidades juveniles se encuentran, por un lado, la relación binaria, dialéctica y antagónica con la adultez, más que con la infancia, debido a su acercamiento con las relaciones de poder generalmente gobernadas por adultos (Duarte, 2000).

Al respecto, Margulis y Urresti (1998) señalan que la circunstancia cultural que emana de ser socializado con códigos diferentes, de incorporar nuevos modos de percibir y de apreciar, de ser competente en nuevos hábitos y destrezas, distancia a los recién llegados de las generaciones más antiguas, condiciones que al mismo tiempo crean tensiones entre los distintas cohortes generacionales que forman parte de las sociedades industriales, sobre todo cuando las visiones más recientes, generalmente distintas a las ya establecidas hacen referencia a “la verdad”, es decir, cuestionan la configuración de las relaciones de poder que generalmente están gobernadas por los adultos o las Instituciones que estos también comandan.

En este sentido, es importante señalar que no pocas veces los jóvenes asumen posicionamientos críticos ante los discursos hegemónicos, llegando a desarrollar prácticas sociales de resistencia o de franco rechazo, acciones que les permiten transitar desde una condición de sujetos hacia la de agentes sociales capaces de generar culturas alterativas que en las últimas décadas han irrumpido fuertemente en el espacio público, tanto en México como en otros países de América (Duarte, 2000).

Otro de los articuladores de la juventud es el grupo de pares, toda vez que en este acontece una relación de correspondencia y similitud debido a que se comparten universos simbólicos

específicos (Reguillo, 2005), independientemente de la voluntad y sin que ello suponga interacción o igualdad de condiciones (Reguillo, 2003; Urteaga y Sáenz, 2012).

Adicionalmente, el grupo de pares hace las veces de modelo referencial identificador; internamente permite agruparse y reconocerse, pero también disgregarse y diferenciarse (Duarte, 2000). Confronta con la alteridad (necesaria para afianzar la identidad) que no es sinónimo de diferencia, más bien implica verse a través de la mirada del otro (que es similar) para entender y conciliar las discrepancias existentes entre identidades que comparten los mismos referentes simbólicos expresados en ámbitos diversos, los cuales pueden ser compatibles o incompatibles, disidencias que permiten articular y organizar características precisas, contenidos, límites y sentido al continente “ser joven” (Reguillo, 2005).

Reguillo (2003) destaca algunas de las características del contexto social contemporáneo y global a partir de las cuales los jóvenes construyen identidades en tanto referente-mundo en el cual habitan estos nomádicos sujetos, a saber, el de un orden social marcado por la migración constante, el mundo globalizado, el reencuentro con los localismos, las tecnologías de información y la comunicación y las redes sociales (TICyRS) desencanto político, el desgaste de los discursos dominantes y el deterioro de los emblemas aglutinadores.

Por su parte, Valenzuela (2014) menciona que en América Latina, millones de jóvenes viven en condiciones de extrema pobreza, jóvenes que en las últimas tres décadas han tenido como único marco de referencia generacional una crisis económica prolongada que no atisba el final del túnel y que genera desconfianza en las promesas de futuro, un mundo social se significa como un referente opaco de desesperanza, que solapa la ausencia de opciones para sus problemas fundamentales y cotidianos, para sus proyectos de vida venideros y que los condena a vivir intensa y pragmáticamente en el presente.

En el caso de México, los jóvenes viven una profunda crisis estructural de la sociedad que en los últimos años se ha caracterizado por la violencia y la inseguridad, intensas crisis económicas y falta de oportunidades para desarrollar proyectos de vida dignos (Nateras, 2015, 2016; Quintana, 2010; Reguillo, 2003), elementos indisociables de las realidades cotidianas en las que millones de jóvenes mexicanos semantizan el mundo, se lo apropian y construyen identidades.

1.8 Identidades, territorio y etnicidad

Como se ha mencionado, las identidades constituyen fenómenos subjetivos de elaboración personal que se construyen simbólicamente y relacionadamente a partir de interacción con otras personas, procesos que inherentemente van ligados a un sentido de pertenencia, reconocimiento y validación personal, pero también grupal, sobre todo por aquellos con quienes se negocia y se comparte la categoría.

En este sentido, autores como Giménez (2005) o Zaragoza (2010) señalan que según las características del contexto social donde se construyan las identidades, éstas pueden configurarse predominantemente individuales, o bien predominantemente colectivas. Mencionan que, si el contexto de interacción es entre individuos pertenecientes a un mismo grupo, las identidades se apuntalarán fuertemente en la singularidad del individuo, en cambio, si la interacción tiene lugar entre grupos relativamente diferenciados, las identidades tenderán a organizarse en torno a rasgos comunes y compartidos por una colectividad y no por otra. Sin olvidar que ambas dimensiones (individual y colectiva) permanentemente interactúan, se complementan y se negocian.

En ese sentido es que Zaragoza (2010) define la identidad colectiva como la manera en que los miembros de un grupo se definen a sí mismos, pero también cómo son definidos por los “otros”

con quienes se interrelacionan, identidades que se construyen dialécticamente a través de las acciones y significados que las personas implicadas desarrollan cotidianamente.

Con relación a las identidades colectivas, distintos autores (Alcaraz, 2014; Giménez, 2005; González de la Vara, 2002; Ojeda, 2009) destacan la importancia que el territorio social adquiere en su conformación, adscripciones identitarias que Giménez (2005) denomina como identidades sociales territorializadas.

Al respecto, Alcaraz (2014) menciona que el territorio social trasciende al espacio físico, las delimitaciones regionales y/o los ordenamientos jurídico-legales que intentan regularlo. Para ella, el territorio social representa un espacio simbólico-relacional mucho más amplio, en el que convergen, además de los aspectos mencionados, elementos históricos, políticos, culturales religiosos, económicos, ambientales, organizativos y comunicacionales, a partir de los cuales se construyen significados, prácticas cotidianas y subjetividades que identifican.

Así, los territorios sociales pueden llegar a constituir sistemas culturales que emergen y se autodefinen a partir de contextos geográficos específicos, capaces de generar comunidades sociales e identidades (Ojeda, 2009), en donde las significaciones de arraigo, apego y sentido de pertenencia territorial desempeñan papeles centrales para su configuración (Giménez, 2005).

Los territorios sociales son multiescalares y concurrentes, pueden ir desde el espacio inmediato que se habita como el hogar y/o la casa, hasta los estados nación, supra-naciones (como la Unión Europea) o regiones culturales (como América Latina), pasando por los territorios próximos (la colonia, el barrio, el municipio) y/o los intermedios (regiones, entidades federativas), delimitaciones que generalmente confluyen y se superponen.

Asimismo, los territorios sociales constituyen delimitaciones arbitrarias, es decir, socialmente construidas. Elaboraciones que históricamente han ido ganando legitimidad que se sostiene, más

que por ordenamientos jurídico-legales que generan o que las producen, por sistemas culturales que integran símbolos, valores y creencias colectivas reconocidas y validadas (Giménez, 2005).

Las identidades sociales territorializadas muestran una capacidad para trascender dimensiones de espacio y tiempo. Las nociones de comunidad e identidad pueden existir y operar sin que las personas tengan que estar presentes en el lugar donde estas se construyeron y validaron. Incluso hay ocasiones en las que los procesos de movilidad, migración y globalización no anulan este tipo de identidades previamente construidas, por el contrario, pueden reforzarlas, no sin tensiones, ni modificaciones, sobre todo cuando existe una alteridad que permita afianzarla y negociarla (Alcaraz, 2014; Giménez, 2005; Ojeda, 2009)

Giménez (2005) destaca que los territorios sociales y las identidades que en ellos se construyen hacen referencia un “espacio apropiado” que opera en dos grandes dimensiones dinámicas y dialécticas. Por un lado, estarían los procesos de objetivación de la realidad, por el otro, las relaciones de poder que atraviesan la organización social contemporánea. En primera instancia, el territorio social inevitablemente exige, para quienes lo habitan, la apropiación (en términos de incorporación) de aquellos elementos que lo integran. En segundo lugar, se encuentra la determinación de lo objetivado debido a que éste no es arbitrario, obedece a la lógica histórico-cultural de las relaciones de poder que lo validan y/o legitiman. Aquello que se objetiva ha sido construido, regulado, protegido y gestionado (en términos de propiedad) por aquel sector social que en ese momento detenta el poder y quiere preservarlo.

Así bien, es posible proponer que el territorio social constituye de recurso limitado, valioso y polisémico, capaz de responder a imperativos económicos, políticos, históricos y/o culturales. De ahí que su apropiación pueda ir desde lo utilitario y funcional hasta lo simbólico-cultural. Por lo tanto, la búsqueda del control territorial incluye tanto el aspecto físico y concreto como el

simbólico (Giménez, 2005). Ordenadores que inevitablemente inciden en la configuración de las identidades.

El territorio social identifica y lo hace en tal grado que incluso puede llegar a constituir un tipo de etnicidad, uno que trasciende a la visión tradicional que concibe a los “grupos indígenas” como grupalidades cerradas, lejanas e inalterables, susceptibles de ser reconocidas y validadas exclusivamente por su “pureza de raza” o por el dominio de “la lengua” (Zaragoza, 2010). Concepción que se ve superada por el dinamismo de las realidades sociales modernas e industriales caracterizadas por la interculturalidad, los constantes flujos migratorios, las participaciones múltiples y el mundo globalizado, sociedades que, la mayoría de las veces engullen violentamente a las comunidades indígenas, despojándolas de sus territorios, recursos y cosmovisiones. Lo anterior, sin olvidar que México se forjó mediante procesos masivos de un “mestizaje colonial”, que otorgaron “al español”, a sus creencias y tradiciones poder y privilegios, mientras que “al indio” y “al negro” les correspondieron las posiciones marginales en las que incluso se les denegó el estatus de sujetos sociales (Dussel, 1992), clasificación que, además, permitió toda una codificación intermedia que otorga prerrogativas o desventajas en función de la cercanía simbólica con uno u otro extremo, ideologías que hoy día siguen presentes y afectan mucho más intensamente a las comunidades indígenas, que desde la conquista ha padecido marginalidad y violencia.

En este contexto, es posible pensar una etnicidad íntimamente relacionada con el territorio social, pero también con las relaciones de poder. Etnias que, como comenta Comaroff y colaboradores (citado en Calavia, 2011), se tornan verdaderas propietarias corporativas de un territorio y una cultura, al mismo tiempo que sus dirigentes (reyes tradicionales, caciques, consejos de ancianos, crimen organizado) integran consejos de administración formales o de facto que sacan el mayor provecho posible del capital material y/o simbólico que lo integra, personajes que

también fungen como encargados de distribuir los beneficios y/o sanciones entre sus accionistas (miembros reconocidos de la etnia).

Así bien, la etnia puede ser definida como la experiencia en términos de una filiación cultural y comunitaria que está acotada y se configura a partir de un territorio social específico y las relaciones de poder que lo configuran, el cual, integra valores y pautas de interacción y comunicación que, más allá de la singularidad de sus contenidos, pugnan por la cohesión, su continuidad y el mantenimiento del orden social establecido. Etnicidad que incluye el sentido de pertenencia asociado con el territorio social específico, el reconocimiento por parte de quienes lo habitan y que se consideran semejantes y por la presencia de una alteridad real o subjetiva sin la cual no serían posibles los procesos identitarios de similitud y diferencia.

1.9 Interseccionalidad e identidad como “hombre joven”

Como se ha mencionado, las identidades constituyen posiciones subjetivo-relacionales complejas y dinámicas, que responden pragmáticamente a realidades sociales igualmente complicadas y cambiantes. Identidades que se configuran dialécticamente con relación a realidades sociales específicas, por los lugares y posiciones que se ocupan dentro dichas organizaciones sociales, por las experiencias significativas dentro de la trayectoria de vida personal y por las negociaciones y posturas que las personas asumen al respecto.

Analíticamente las distintas identidades pueden ser aprehendidas y estudiadas a partir de condiciones sociales particulares tales como el género, la clase, la edad social, el territorio o la etnia, sin embargo, dichos elementos no operan aisladamente, ni reflejan la complejidad que las constituye, por el contrario, las distintas condiciones convergen, se influyen y se articulan. Es la interseccionalidad entre las distintas condiciones sociales y las experiencias en la trayectoria de

vida personal lo que constituye la complejidad y el dinamismo subjetivo, relacional e intersubjetivo de las identidades.

Al respecto, Urteaga y Sáenz (2012) comentan que las identidades además de agenciadas, son flexibles y siempre cambiantes, las cuales se construyen dentro de las llamadas zonas transfronterizas subjetivo-relacionales, espacios de producción creativa, “porosos” por la heterogeneidad, movilidad y/o novedad de sus actores en las que intersectan múltiples categorías tales como: edad social, género, sexo, cuerpo, clase, etnia, urbano, rural, región, global, migración, generación, nacionalidad, política, vestido, gustos musicales, etcétera.

En este estudio se concibe la interseccionalidad como estrategia analítica y de indagación que pugna por la incorporación y el análisis del mayor número posible de dimensiones imbricadas en la construcción de realidades sociales, subjetividades y la relación entre ambas, lo mismo que como herramienta de investigación que permite identificar, visibilizar y cuestionar relaciones sociales de dominación, situadas y contextualizadas (Viveros, 2016).

Con relación al estudio de la complejidad de los procesos identitarios, García e Ito (2009) proponen la utilización de la categoría “hombre joven”, una herramienta con valor heurístico que permite analizar la identidad resultante de la intersección entre el género, la edad social y la cultura, categoría que posibilita comprender los significados y las realidades sociales inherentes a la construcción de identidades.

Por su parte, Cruz (2014) amplía la complejidad de la categoría hombre joven al incluir a la sexualidad y la clase como parte de su configuración y estudio, además de que considera la incidencia de contextos sociales específicos violentos, ejercicio que también permite visibilizar adscripciones identitarias que histórica y contextualmente han sido ignoradas o excluidas al intersectar en varias condiciones sociales de desventaja.

En este trabajo se conceptualiza la categoría “hombre joven” como la identidad resultante de la intersección entre el género, la edad social, la clase, la sexualidad y la etnia. Identidad que tienen como principal eje organizador las relaciones de poder, generalmente gobernadas por la lógica de la subordinación y el sometimiento del otro, presente en distintos contextos y vínculos sociales.

Adicionalmente, la interseccionalidad permitió situar, contextualizar y analizar la realidad social que de quienes encarnan la identidad “hombre joven”, a saber, Ciudad Juárez y su zona poniente. Un territorio social caracterizado en las últimas décadas por los altos índices de inseguridad, violencia, pobreza, vulnerabilidad y precariedad, condiciones que suelen experimentarse mucho más intensamente entre la población masculino-juvenil de la región, teniendo incidencia directa en la construcción de sus identidades.

En este sentido, Reguillo (2003) señala que sería erróneo lo mismo que reduccionista pensar y problematizar a los jóvenes en términos totalitarios y/o homogeneizadores, encasillándolos en cualquiera de los externos de la popular antinomia social que, por un lado, los responsabiliza de gran parte de las problemáticas sociales que aquejan a las sociedades, mientras que por el otro, los exalta como la “única esperanza” para el cambio social que combate las desigualdades.

La apuesta sería; mirarlos como sujetos sociales y políticos, sexuados, con anhelos y deseos, lo mismo que con capacidades de agencia y gestión para construir identidades y realidades sociales (Urteaga y Sáenz, 2012), sin desconocer que los “hombres jóvenes” cotidiana y sistemáticamente, significan el mundo desde lugares de desventaja, presentes en las distintas relaciones sociales cotidianas en las que participan (familia, escuela, trabajo, el barrio), además de que contextualmente constituyen las principales víctimas de violencia mortal, hostigamiento discriminación, criminalización y estigmatización.

ME VOY lejos, padre; por eso vengo a darle el aviso.

— *¿Y pa ónde te vas, si se puede saber?*

— *Me voy pal Norte.*

— *¿Y allá pos pa qué? ¿No tienes aquí tu negocio? ¿No estás metido en la merca de puercos?*

— *Estaba. Ora ya no. No deja. La semana pasada no conseguimos pa comer y en la antepasada comimos puros quelites. Hay hambre, padre; usté ni se las huele porque vive bien.*

— *¿Qué estás ahí diciendo?*

— *Pos que hay hambre. Usté no lo siente. Usté vende sus cuetes y sus saltapericos y la pólvora y con eso la va pasando. Mientras haiga funciones, le lloverá el dinero; pero uno no, padre. Ya naide cría puercos en este tiempo. Y si los cría pos se los come. Y si los vende, los vende caros. Y no hay dinero pa mercarlos, demás de esto. Se acabó el negocio, padre.*

— *¿Y qué diablos vas a hacer al Norte?*

— *Pos a ganar dinero. Ya ve usté, el Carmelo volvió rico, trajo hasta un gramófono y cobra la música a cinco centavos. De a parejo, desde un danzón hasta la Anderson esa que canta canciones tristes; de a todo por igual, y gana su buen dinerito y hasta hacen cola pa oír. Así que usté ve; no hay más que ir y volver. Por eso me voy.*

(Juan Rulfo, 1953, *El llano en llamas*),

Capítulo 2. Ciudad Juárez y su compleja realidad social

En este capítulo se realiza la descripción y análisis del contexto de investigación y de la población de estudio. Se enuncian las características poblacionales y geográficas de Ciudad Juárez. Se analizan algunos de los elementos más representativos que integran la compleja realidad social regional. Se realiza un breve recuento sobre algunos de los eventos más significativos en la historia reciente de la ciudad. Se analizan los fenómenos migratorios que ahí han ocurrido en el último centenario, cuya influencia ha sido decisiva para la conformación de esa realidad social. Se aborda el proceso de industrialización que transformó a la ciudad, además de las condiciones de pobreza y marginación que paradójicamente se vieron favorecidas. Se revisa el fenómeno de violencia que, aunque es añejo, en la última década se elevó a niveles pocas veces vistos en la historia reciente del municipio y del país, afectando principalmente a los hombres jóvenes de esa región. Finalmente se abordan algunas de las fallas en el Estado de Derecho que imperan en la región, asociadas con la cultura de impunidad e ilegalidad.

2.1. Densidad poblacional y ubicación geográfica

Ubicada a la mitad del desierto mexicano que hoy día forma parte de la frontera norte del país, Ciudad Juárez es el centro urbano de mayor densidad poblacional del estado de Chihuahua. Según el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2015) la ciudad cuenta con 1, 391,180 habitantes. Asimismo, el Programa Nacional para la Prevención Social de la Violencia y la Delincuencia (PRONAPRED, 2015) menciona que en ese municipio se contabilizan 249,808 jóvenes de entre 15 y 24 años de edad.

El municipio de Ciudad Juárez se encuentra en la mesa central de la región norte del país a 1,840 kilómetros de su capital y a 375 kilómetros de la capital del estado de Chihuahua. Las coordenadas geográficas son 31°47' de latitud norte; 31°07' de latitud sur; 106°11' al este y 106°57' de longitud oeste (PRONAPRED, 2015).

El municipio de Juárez ocupa el 1.4% de la superficie del estado de Chihuahua y se encuentra a 1,120 metros sobre el nivel medio del mar. Colinda al norte y al oriente con los Estados Unidos de América (EUA); también en el oriente con el municipio de Guadalupe; al sur con los municipios de Guadalupe, Villa Ahumada y Ascensión; al poniente con el municipio de Ascensión. Tiene bajo su jurisdicción las localidades de Zaragoza, Loma Blanca, San Isidro, San Agustín, Tres Jacales, El Millón y Samalayuca (PRONAPRED, 2015).

2.2 Orografía e Hidrografía

El territorio de Ciudad Juárez es mayormente plano, con varias estribaciones de serranías. Las principales elevaciones son: Sierra Juárez con 1,820 metros sobre el nivel medio del mar; sierra El Presidio 1,820; sierra Samalayuca 1,760; cerro El Mesado 1,490; y cerro La Morita con 1,340, cuenta con dos depósitos o mantos de aguas subterráneas, los llamados “Bolsón del Hueco” y

“Bolsón de Mesilla”. El primero constituye la fuente única del actual abastecimiento de Ciudad Juárez y El Paso, Texas, EUA, en un 30% de sus necesidades (PRONAPRED, 2015).

2.3 Flora y fauna

La flora está constituida por zacate matón, toboso, gobernadora, ocotillo, hoja con mezquite y palma, mientras que la fauna se conforma de gatos monteses, coyotes, palomas güilotas y alas blancas, halcones y serpientes (PRONAPRED, 2015).

2.4 Breve historia de Ciudad Juárez

González de la Vara (2002) señala que la historia reciente de Ciudad Juárez, fundamental para comprender su compleja realidad social, no podría ser pensada sin considerar la noción de región social, es decir, sin tener presente la cercanía geográfica, la relación económico-comercial y sobre todo la interacción social, cotidiana y variada que existe con El Paso, Texas y sus pobladores, que a su vez implica una relación con EUA.

En primera instancia, la región social donde se ubica Ciudad Juárez puede ser definida como fronteriza, que a su vez puede ser entendida como:

“Una región geográficosocial que abarca distintas subregiones, en la que se dan no sólo lazos económicos transfronterizos sino también vínculos sociales y demográficos entre las personas asentadas a ambos lados de la frontera, que viven y se reproducen social y demográficamente conforme a este complejo sistema social, el cual comprende rasgos culturales, sociales y normativos de los dos países, pero en un híbrido peculiar que denominamos como “lo fronterizo”, y que se erige como un tercer orden social diferenciado de sus contrapartes nacionales”. (Ojeda, 2009, p. 11)

Por lo tanto, la historia regional del llamado Paso del Norte y su intempestivo advenimiento como frontera permitieron el desarrollo de una cultura “fronteriza” particular, la cual, constituye un mestizaje vivo que permanentemente produce significados y prácticas sociales a partir de la

fusión, la complementariedad y la yuxtaposición de “la mexicanidad” y del “estilo de vida americano”, en la que permanentemente convergen elementos trasfronterizos (relaciones cotidianas y variadas entre los habitantes de El Paso, Texas y Ciudad Juárez, Chihuahua) y transnacionales, como son las relaciones entre estados nación, EUA y México, caracterizadas por las asimetrías de poder económico, social y de gestión política, así como por el establecimiento de vínculos de dependencia con el vecino país (Ojeda, 2009).

La región donde se ubica Ciudad Juárez es un territorio con historia añeja, sin embargo, es a partir de la época de la conquista, principalmente por las crónicas de los exploradores de aquellos años, que se cuenta con datos que señalan asentamientos indígenas en la zona, sobre todo en las riberas del Río Bravo. Entre las etnias más representativas en aquella región destacan los *jumanos*, *sumas* y *mansos*, estos últimos nombrados así por su actitud amigable y pacífica que relatan los expedicionarios (González de la Vara, 2002).

González de la Vara (2002) menciona que fue a partir de la consolidación de la población de Nuevo México en 1610 que la región comenzó a ser frecuentada por viajeros que iban o venían del norte y cruzaban *El Bravo*, utilizándola para descansar y reabastecerse de provisiones, de ahí el mote de “El Paso” o “Paso del Norte” que adquirió el lugar y que algunas centurias después devendría en dos ciudades diferenciadas; El Paso, Texas y Ciudad Juárez, Chihuahua, pertenecientes a dos países distintos, pero íntimamente relacionadas en tanto una sola región y una cultura propia.

El mismo González de la Vara (2002), refiere que en el año 1659 y tras varios intentos previos de evangelización a los pueblos indígenas que habitaban en la zona, el fray García de San Francisco fundó la Misión católica de “Nuestra Señora de Guadalupe de los Mansos del Paso del Norte” cerca del lugar que habitualmente se utilizaba para cruzar el río. Esta misión es considerada como

el asentamiento humano más antiguo de lo que hoy día es Ciudad Juárez, cuyo nombre da cuenta de algunas de las principales características de la región, sus pobladores, principales actividades y el proceso de conversión religiosa que en aquella época operó en la región.

En el año 1824, posterior a la Independencia de México y tras la división de los estados de Durango y Chihuahua, “El paso del Norte” se adicionó a este último mediante decreto de ley que expidió el nuevo gobierno independiente (González de la Vara, 2002). Tan sólo dos años más tarde, en 1826, el Primer Congreso Constituyente del Estado de Chihuahua decretó que esta población fuera elevada al rango de Villa, llamándola “Villa Paso del Norte”(PRONAPRED, 2015), hecho que permitió su consolidación como centro político, económico y comercial en la región.

Para el año 1846 México había perdido la guerra contra EUA, quien había iniciado el conflicto un par de años antes debido a que buscaba extender su territorio. El dos de febrero de ese año se firmó el *Tratado de Paz, Amistad, Límites y Arreglo Definitivo entre los Estados Unidos Mexicanos y los Estados Unidos de América* mejor conocido como *El Tratado de Guadalupe*, acuerdo legal en el que México aceptó ceder más de la mitad de sus tierras, distribución que incidió significativamente en la configuración de la región donde hoy día se ubicaba Ciudad Juárez.

En el año de 1850, la comisión encargada de formalizar la redistribución territorial llegó a “El paso del Norte”. En un principio la población de “El Paso” estaba adicionada a México, sin embargo, un error de ubicación que presentaba el mapa utilizado para hacer los trabajos de circunscripción, sumado al interés de EUA en construir sobre ese terreno un ferrocarril que pudiera conectar sus océanos, costaron al país una franja más de territorio que incluyó la anexión de dicha población.

En 1853 se llevó a cabo otra venta de territorio nacional a EUA por un precio irrisorio. En esa ocasión el denominado Valle de la Mesilla, con poco más de 76000 kilómetros, pasó a formar parte del vecino país. Una vez más los intereses de EUA se impusieron. Aprovechando su poderío militar prácticamente se apropió de ese territorio, codiciado, entre otras cosas, por las facilidades que ofrecía a su proyecto ferroviario. Así, La Mesilla pasó a engrosar los estados que hoy día se conocen como Arizona y Nuevo México.

Una vez reorganizado el territorio nacional, el 24 de julio de 1888 el Congreso del Estado de Chihuahua cambió el nombre de la “Villa Paso del Norte” por el de “Ciudad Juárez”, en homenaje al presidente Benito Juárez García.

En 1963 y tras varias décadas de litigios entre los gobiernos de EUA y México, ocurrió la última distribución formal de los territorios en esa región. En ese año se acordó la repartición de la llamada Isla de Córdova, mejor conocida en la región como “El Chamizal”, acuerdo que implicó la recuperación de una pequeña proporción del territorio nacional (77 hectáreas), que años antes habían sido apropiadas por EUA.

Divisiones territoriales todas las anteriores que contribuyeron a conformaron la actual delimitación geográfica de lo que hoy día es Ciudad Juárez y su frontera norte, con incidencia directa en el tipo de vínculos sociales que ahí se han establecido.

Finalmente, el 20 de mayo de 2011 el Congreso estatal en turno aprobó otra modificación al nombre oficial del municipio al que llamó: “Heroica Ciudad Juárez”(PRONAPRED, 2015).

2.5 Ciudad Juárez en el siglo XX, ciudad de migración

Desde su fundación y con base en su condición fronteriza, Ciudad Juárez se ha caracterizado por ser uno de los principales puntos de atracción de migrantes en el país, la gran mayoría de ellos

nacionales (González de la Vara, 2002; Rubio, 2005), a los que recientemente se le han sumado los internacionales (Cervera y Monárrez, 2010).

Historicamente, la mayoría de los migrantes que han llegado a Juárez son personas del propio estado de Chihuahua o de entidades vecinas como Durango, Veracruz, Coahuila y Zacatecas (Pérez, 2007; S. Sánchez et al., 2015), migraciones que han incidido directamente en la configuración social interna, en donde se observan negociaciones permanentes entre varias de las identidades territoriales contruidas en otras regiones que ahí se encuentran.

Es importante señalar que cuando se habla de migrantes en Ciudad Juárez se hace referencia a una categoría bastante amplia que no queda reducida a las personas que no nacieron en el municipio.

Rubio (2005) describe tres grandes tipos de migrantes que cotidianamente han frecuentado la ciudad. Él diferencia los migrantes nacidos en otros estados y que se instalaron en la ciudad que son la mayoría (cerca del 32% de la población), los migrantes internacionales que utilizan a la ciudad para entrar y salir a EUA (4%), muchos de los cuales son nacidos en aquel país, pero hijos de residentes de la ciudad y los migrantes temporales de carácter laboral que se quedan en la ciudad periodos tiempo relativamente cortos.

Por su parte, Cervera y Monárrez (2010) describen otros dos tipos de migrantes que en años recientes también se han hecho presentes en Juárez. En primer lugar, están los migrantes que sin ningún lazo social en ese territorio intentan cruzar hacia EUA, la mayoría de ellos de manera “ilegal”, quienes, independientemente de que logren hacerlo, no se quedan a radicar en la ciudad, población flotante que, sin embargo, si se inserta en el funcionamiento de la ciudad no importando que su incursión sea muy breve o informal. En segunda instancia, están los migrantes

internacionales provenientes de otros países, particularmente de Centroamérica, personas que día a día se suman a las distintas categorías antes descritas.

En los años veinte del siglo pasado, Ciudad Juárez registró el primer incremento significativo de su población, el cual estuvo asociado con las posibilidades de empleo que emergieron en aquella región, sobre todo en actividades de diversión y entretenimiento para los turistas provenientes EUA, quienes comenzaron a visitar la ciudad con mucho mayor frecuencia debido a la llamada *ley seca* que prohibía el consumo, producción y venta de bebidas con alcohol en aquella nación, circunstancia que también favoreció el comienzo del tráfico ilegal de drogas en ese territorio.

En aquella época también contribuyeron al aumento de la población en la ciudad la llegada de los repatriados provenientes del vecino país, además del auge de la siembra de algodón que acontecía en aquella región, la cual atrajo muchas personas con deseos de trabajar (Santiago, 2013).

A partir de 1940 el crecimiento demográfico y la incipiente urbanización de Ciudad Juárez estuvieron asociados con la llegada de más migrantes. Unos pretendían cruzar hacia EUA, particularmente atraídos por el programa *Bracero* que buscaba cubrir con trabajadores mexicanos el déficit en la fuerza laboral estadounidense mermada significativamente por su participación en la segunda guerra mundial (Rubio, 2005). Otros llegaron a la ciudad debido a que huían de sus lugares de origen, territorios expulsores de población debido a sus economías en quiebra y/o a las pocas oportunidades de empleo y desarrollo (Santiago, 2013). En esos años su tasa de crecimiento poblacional alcanzó un histórico 9% anual, muy superior al porcentaje nacional de la época (Pérez, 2007).

En la década los sesenta también del siglo pasado, se observó otro crecimiento considerable de la población en Ciudad Juárez, un crecimiento de carácter explosivo y caótico, por ser desmedido

e intenso, con poca o nula planeación a futuro (Rubio, 2005; Santiago, 2013). Incremento que estuvo relacionado, por un lado, con el impulso que la industria maquiladora tuvo en esa época, basta recordar los distintos programas gubernamentales de industrialización de las fronteras que iniciaron a la mitad de la década y que movilizaron a miles de personas en esas regiones (Rubio, 2005; Santiago, 2013). Mientras que, por el otro, con la llegada de más migrantes con la esperanza de cruzar hacia EUA, muchos de los cuales se quedaron a vivir en la región al no poder cruzar o ser deportados, migrantes que en un principio consideraron a la ciudad como un lugar de paso, pero que al obtener empleo fácilmente terminaron quedándose a residir en ella de forma permanente (Rubio, 2005; Santiago, 2013).

En estos años, la llegada de nuevos pobladores propició una ocupación desmedida, arbitraria y sostenida en los territorios ubicados en la periferia de la zona urbana consolidada, sobre todo hacia el poniente, donde el precio de la tierra era bajo debido a su topología y a la carencia de todo tipo de servicios (Fuentes et al., 2018; Pérez, 2007; Rubio, 2005; Santiago, 2013).

Para el año 2000 Ciudad Juárez había alcanzado un monto poblacional 22 veces mayor al registrado en 1940, con un porcentaje de entre 35% y 50% de habitantes procedentes de distintas localidades del estado de Chihuahua o de otras entidades del país como Durango, Veracruz, Coahuila y Zacatecas, migrantes que, aunque se asentaron definitivamente en la ciudad, hoy día siguen padeciendo distintos tipos de discriminación asociados con su lugar de procedencia (Pérez, 2007; S. Sánchez et al., 2015), circunstancia que internamente ha contribuido a generar entornos interculturales con marcadas desigualdades y actitudes xenófobas.

Sánchez y Ravelo (2010) mencionan que en la última década la intensa migración que había caracterizado a Ciudad Juárez no sólo se detuvo sino que se revirtió, cambios asociados con la violencia exacerbada que aquejó a la ciudad, a la presencia del ejército, al giro del crimen

organizado hacia otras actividades criminales como la extorsión y el secuestro que afectaron a la población en general, aunado a las malas condiciones laborales de su industria maquiladora en aquellos años. Se calcula que tan solo en tres años (2008-2010), 325000 personas abandonaron la ciudad debido al clima de violencia, inseguridad y falta de empleo (Wright, 2013).

2.6 Ciudad Juárez y la industria maquiladora, una ciudad industrial, pero pobre

Para Ciudad Juárez y sus pobladores la industria maquiladora no sólo representa el principal motor económico formal de la región, también constituye un elemento central para el desarrollo de la ciudad, lo mismo que para la construcción de su realidad social y las subjetividades que ahí acontecen.

Como se ha mencionado, desde la década de los setenta del siglo XX, “la maquila”, como se le conoce coloquialmente, ha representado uno de los principales motivadores de migración en la región, contribuyendo significativamente en el crecimiento poblacional, a la conformación de la ciudad, a la interculturalidad en el municipio y en las formas de organización familiar, sobre todo entre las clases menos privilegiadas que son quienes más activamente participan en ella.

Desde su implementación como principal modelo económico-laboral de la región la industria maquiladora ayudó a crear condiciones de relativa estabilidad económica y social en Ciudad Juárez (Castellanos, 2018), estabilidad que no es sinónimo de bienestar, por el contrario, con el pasar de los años dicho modelo fue mermando cada vez más la calidad de vida de sus empleados.

En Ciudad Juárez la infraestructura urbana y social son insuficientes. Durante décadas se generaron grandes rezagos e inequidad en la distribución de las obras y servicios, las cuales se exacerbaban a partir de la consolidación de la industria maquiladora. Desigualdades que se atendieron con paliativos específicos, desordenados y de mala calidad por parte de la industria y

los gobiernos, que resolvieron mínima y temporalmente las carencias, pero que terminaron por resultar insuficientes (Cital, 2005; Pérez, 2007; Rubio, 2005; Santiago, 2013).

Geográficamente muchas de las maquiladoras se instalaron en otrora zonas agrícolas ubicadas al nororiente, lejos de las zonas urbanizadas de la ciudad, circunstancia que facilitó la emergencia de asentamientos irregulares en la periferia, sobre todo en la zona poniente (Rubio, 2005; Santiago, 2013). Un tipo crecimiento urbano caracterizado por marcadas carencias en infraestructura y servicios básicos, que, paradójicamente, se ha consolidado en la última década debido a la creación de proyectos habitacionales en masa, sobre todo en el sur y sur-poniente de la ciudad, desarrollos inmobiliarios que aunque mejoran la calidad de la vivienda, también dificultan el acceso a bienes y servicios que la marcada centricación de la ciudad genera (López y Peña, 2016), al mismo tiempo que afianza la gentrificación acontecida hacia el nororiente (Wright, 2013).

La estabilidad económica que durante décadas imperó en Ciudad Juárez y en su industria maquiladora cambió abruptamente con la llegada del nuevo milenio. En esa época se perdieron cerca de 100,000 empleos, la gran mayoría de ellos en la maquila, como consecuencia directa de la dependencia económica con EUA cuya economía entró en recesión (Rubio, 2005). Recordando que el vecino del norte, no solo constituye el principal socio comercial de México, también es país más industrializado y con el mayor Producto Interno Bruto en el mundo (Sisti, 2019) y, podría decirse, el principal representante del modelo económico-político capitalista y neoliberal.

Después de un breve periodo de recuperación económica, en el año 2008 comenzó una nueva crisis en la industria maquiladora de Ciudad Juárez, una vez más asociada con la dependencia económico-financiera hacia EUA. Dependencia que, aunque incide de manera general en la economía de todo el país, afecta mucho más rápida e intensamente a las ciudades fronterizas como Juárez. También contribuyeron a agravar la crisis económica las condiciones de inseguridad y

violencia que ahí se exacerbaron en esa época. Así bien, se calcula que para el año 2010 la industria maquiladora había perdido 120,000 empleos que, sumados a los ocurridos en el comercio y otros servicios como educación, salud y turismo, generaron tasas de desempleo pocas veces vistas en la historia de la ciudad (S. Sánchez y Ravelo, 2010).

En este sentido, en el año 2010 y en comparación con la década anterior, se observó un incremento de casi el 100% en el número de personas que percibían ingresos mensuales iguales o menores a un salario mínimo, condición que alcanzó al 32.5% de los juarenses, generalmente habitantes de las zonas periféricas de la ciudad, consolidando un cinturón de norponiente a suroriente gobernado por la pobreza y la vulnerabilidad social de sus habitantes (López y Peña, 2016).

Actualmente la industria maquiladora nuevamente muestra crecimiento y estabilidad (Castellanos, 2018), sin embargo, enfrenta una crisis *sui generis*, ahora denota un déficit en la mano de obra, es decir, existe empleo, pero no personal que desee ocuparlo (Peña, 2018). Con el pasar de los años el trabajo en la maquila ha dejado de ser atractivo para las personas de la región y de otras partes del país (S. Sánchez y Ravelo, 2010). Hoy día es posible encontrar condiciones laborales similares e incluso mejores en distintas zonas del territorio nacional, en donde los problemas de inseguridad, violencia, pobreza y vulnerabilidad social suelen ser menos intensos en comparación con lo acontecido en la ciudad fronteriza.

Se sabe que los sueldos de la industria manufacturera en Juárez siguen siendo de los más bajos a nivel estatal, oscilando entre uno y dos salarios mínimos (Peña, 2018) y que las malas condiciones laborales de sus trabajadores son una constante, circunstancias que, aunadas al estigma de violencia e inseguridad que pesa sobre la ciudad, han contribuido no sólo a detener la migración laboral, sino a revertirla (S. Sánchez et al., 2015).

A grandes rasgos la industria maquiladora hace referencia a empresas transnacionales dedicadas al ensamble de manufacturas orientadas a la exportación debido a que se benefician de acuerdos aduaneros. Sistemáticamente a estas compañías se les ha permitido la reducción o eliminación de impuestos para la importación de gran parte de los insumos utilizados en la producción, al igual que para su consecuente exportación; generalmente productos parciales. Un modelo de negocio cuyas ganancias casi siempre abandonan el país (Rubio, 2005).

Asimismo, la producción en las empresas manufactureras se basa en gran medida en el ensamble de partes de un producto intermedio o final, a partir de un trabajo repetitivo e intenso en cuanto a sus ritmos de trabajo y jornadas laborales, pero poco exigente cognitivamente (S. Sánchez y Ravelo, 2010). En Ciudad Juárez la industria automotriz, eléctrico-electrónica y de confección de ropa son las que más han prosperado a lo largo del tiempo (S. Sánchez et al., 2015).

Como modelo de negocio la industria maquiladora surge y responde al libre mercado y al consumo masivo que el sistema capitalista-neoliberal promueven. Una industria que busca llevar al extremo la relación costo-beneficio de la producción en masa, la cual toma como base la sobreexplotación de los trabajadores y los recursos naturales para incrementar lo más que se pueda las utilidades (privadas y restringidas), un tipo de vinculación que irónicamente niega el acceso a los productos entre quienes los elaboran, debido a los altos costos que se les atribuyen y que no pueden costear (Leach, 1999).

Al respecto, Sánchez y Ravelo (2010) mencionan que, en Ciudad Juárez, el trabajo en la maquila da cuenta de un capitalismo depredador que no sólo acumula capital vorazmente, sino que llega a aniquilar muchos de los derechos de sus trabajadores.

Así bien, este tipo de industria se caracteriza por ofrecer salarios bajos que atraen empresas y gente, pero no recursos para elevar la calidad de vida de sus trabajadores, un fenómeno que atrae

inversiones de poca utilidad para las posibilidades locales de desarrollo y grandes consumidoras de los escasos recursos disponibles, condenando a las ciudades que las albergan al rezago urbano, social, económico y cultural (Schmidt, 1998).

Más del 90% de las inversiones que se realizan en Ciudad Juárez se destinan a la industria maquiladora, tendiendo como principal origen de capital el proveniente de EUA y Canadá, acciones impulsadas fuertemente por el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (Castellanos, 2018), siendo las mismas naciones aquellas que reciben gran parte de las ganancias que la industria genera, mientras que la mínima parte de los dividendos producidos que se queda en el país y suele ser focalizada en sectores poblacionales con alto poder adquisitivo, muchos de ellos incluso fuera del municipio.

Así bien, Juárez puede ser pensada como una ciudad enlazada al mercado global que, al mismo tiempo, resulta asolada por la marginación y la pobreza, un ciudad en la que año tras año crece la producción y el empleo, al igual que disminuye el poder adquisitivo de sus trabajadores, sobre todo entre aquellos que laboran en la maquila (Peña, 2018).

Fuentes, Peña y Hernández (2018) reportaron que para el año 2012, En Ciudad Juárez el porcentaje de personas en pobreza alcanzó el 39.8% de la población total, personas que presentaron al menos una carencia social y cuyos ingresos fueron inferiores a la línea base de bienestar, de los cuales, el 5.6% registró pobreza extrema, es decir, que su ingreso total fue insuficiente incluso para comprar “la canasta básica” que permite satisfacer las necesidades alimentarias.

También se encontró que la población considerada como vulnerable por carencias sociales alcanzó 22% de los pobladores, vulnerabilidad entendida como la consecuencia de una o más de las privaciones siguientes: 1) rezago educativo, 2) falta de acceso a los servicios de salud, 3) falta de acceso a la seguridad social, 4) vivienda de calidad inadecuada o de espacios insuficientes, 5)

indisponibilidad de algún servicio básico en la vivienda y, 6) falta de acceso a la alimentación (Fuentes et al., 2018). Con relación al porcentaje de personas vulnerables económicamente, Fuentes y colaboradores, (2018) encontraron que el 15.9% de los pobladores alcanzaron la categoría, clasificación que hace referencia al ingreso mínimo necesario para adquirir además de la canasta básica alimentaria, bienes y servicios. Los mismos autores (Fuentes et al., 2018) señalan que el 56% de la población total manifestó un ingreso inferior a la “línea del bienestar”, mientras que 15% tiene un ingreso inferior a la línea de bienestar mínimo necesario para cubrir las necesidades básicas de alimentación y vivienda. Finalmente, la población no pobre multidimensional y no vulnerable alcanzó sólo el 22.3% de la población total del municipio, es decir, uno de cada cuatro juarenses (Fuentes et al., 2018).

En este sentido, es posible proponer que la larga y penosa historia de pobreza y vulnerabilidad social que ha acontecido en Ciudad Juárez desde hace décadas constituyen uno de los elementos estructurales y estructurantes de su realidad social y de las subjetividades que ahí se construyen, las cuales operan con mayor intensidad en ciertas zonas de la ciudad.

Es cierto que trabajar en la maquila representa un empleo prácticamente seguro, el cual ofrece seguridad social, un salario “fijo” y ciertas prestaciones, pero también lo es el hecho de que sus salarios son significativamente bajos y que existen malas condiciones laborales que se han acentuado en la última década.

En la industria manufacturera las contrataciones colectivas son prácticamente inexistentes, lo que se traduce en condiciones de vulnerabilidad y desamparo laboral y económico para sus trabajadores, de ahí que no sean extrañas las contrataciones temporales, los despidos intempestivos e injustificados, muchos de ellos masivos, además de la sobreexplotación del personal. Es un tipo de empleo donde impera la flexibilización laboral (en puestos de trabajo, en turnos y en el empleo

mismo), la pérdida gradual de beneficios que otrora habían sido atractivos para las obreras y obreros (festejos, comidas, paseos, bonos por puntualidad, asistencia o antigüedad) y el crecimiento de sanciones como suelen ser las “multas” al salario (por faltas o “puentes”) que generalmente exceden lo establecido en las leyes laborales del país, condiciones a las que recientemente se le ha sumado la “triangulación laboral” conocida popularmente como *outsourcing*, que permite a las empresas incrementar sus ganancias económicas y desligarse de obligaciones legales con el trabajador, responsabilidades que generalmente suelen ser vulneradas por el intermediario (S. Sánchez y Ravelo, 2010).

Mención aparte merecen los actos de discriminación para las personas que laboran dentro de la industria. Discriminación de género, racista, de clase, etaria y/o educativa, que se hace presente desde los requisitos de contratación y que continúa al interior de las actividades laborales propiamente dichas. Así, las personas deben tener determinado aspecto físico (“no cholos”) y talla para ser contratadas. En el caso de las mujeres tienen que demostrar previamente y durante los primeros tres meses de trabajo que no están embarazadas ya que de lo contrario no son recontratadas. Empleo donde el límite de edad máximo para el ingreso se ha ubicado en los 35 años, con estudios mínimos de secundaria. Internamente en algunas empresas el personal padece controles excesivos como son las prohibiciones para acudir al baño sin previa autorización o las restricciones en la socialización interna cotidiana que incluso impide la comunicación interna si no es para tratar asuntos relacionados con el desempeño laboral (S. Sánchez et al., 2015).

Se sabe que la instalación de la industria maquiladora en México permitió la primera gran incorporación laboral femenina extra doméstica y remunerada en el país y que Juárez no fue la excepción. A partir de los años sesenta a la ciudad llegaron cientos de mujeres procedentes de todo el estado de Chihuahua y otros estados aledaños, que, junto con muchas residentes del municipio

se incorporaron al nuevo modelo laboral-regional. Mujeres que, a través de su empleo, adquirieron cierto poder y autonomía económica e irrumpieron en el espacio público de la región (históricamente gobernado por los hombres), forzando el reacomodo de muchas de las prácticas relacionales cotidianas, toda vez que comenzaron a posicionarse como personas con capacidad de consumo y placer (Domínguez y Ravelo, 2011).

La participación masiva de las mujeres en la industria maquiladora disminuyó ciertas asimetrías de poder entre clases y entre los géneros, sin embargo, no terminó por transformar ninguno de esos sistemas simbólico-relacionales, por el contrario, en su devenir histórico es posible observar cómo ese tipo de empleo ha terminado por dificultar la movilidad social entre sus trabajadores, al mismo tiempo que ha reforzado algunos de los estereotipos tradicionales de género.

Desde su origen, la industria maquiladora incorporó a su organización y funcionamiento ideologías y prácticas de explotación, sometimiento y control, presentes desde el propio modelo de negocio, en las características del empleo y en el supuesto perfil del personal a contratar. Al respecto, Connel (1995) señala que la economía capitalista se desarrolla a partir del supuesto de la dominación, tal y como generalmente ocurre en la organización tradicional del género con la que es interdependiente. Relación que queda de manifiesto en el reparto diferenciado de tareas que han caracterizado la división sexual del trabajo, un tipo de organización social que históricamente ha limitado el acceso de las mujeres al poder y a la independencia económica asociadas con el trabajo productivo y remunerado. Desigualdades que no terminan por eliminarse con la incorporación formal de las mujeres al campo laboral, al contrario, las más de las veces se hacen extensivas y se adaptan ese contexto. Así, las mujeres terminan desarrollando tareas productivas por las que reciben menores sueldos que los hombres, o bien resultan condenadas a ocupar puestos de secundarios o de apoyo en sus trabajos sin posibilidades reales de ascender debido a su género

(Maciel et al., 2016). Adicionalmente, las mujeres se han visto condenadas a desarrollar una doble y hasta una triple jornada laboral. No solo acuden a su empleo formal y remunerado, también siguen desarrollando las labores domésticas que socialmente les han sido impuestas (no remuneradas, ni reconocidas), circunstancia constituyen una nueva forma de explotación para las mujeres que, además conlleva graves repercusiones a su calidad de vida (Maciel et al., 2016).

En este sentido, el modelo empresarial manufacturero se conformó tomando como base la supuesta docilidad y sumisión femeninas, estereotipos que prometían mayor productividad, ganancias y control de las trabajadoras (S. Sánchez y Ravelo, 2010). Ideologías que también se hacen presentes en las rígidas estructuras piramidales que caracterizan a la industria, en los ambientes laborales donde impera la creencia en las jerarquías y la sumisión total ante la autoridad y donde se promueve la competitividad desbordada, el individualismo, la fuerza y la violencia como únicas vías para construir una carrera laboral, doctrinas que las mujeres trabajadoras experimentan cotidianamente, casi siempre desde lugares de desventaja.

Adicionalmente, trabajar en la maquila le significa a las mujeres juarenses mayores riesgos a su vida y a su bienestar debido a que continuamente se ven forzadas a transitar por espacios públicos violentos, peligrosos e inseguros en donde ellas resultan las principales víctimas mortales, simplemente por su condición de género (Domínguez y Ravelo, 2011).

Contextualmente, las mujeres que trabajan en la maquila son percibidas como mujeres “de segunda”. Las llamadas “maquileras” o “maquilocas” han sido representadas en el imaginario social como “mujeres fáciles e interesadas”, que están en búsqueda permanente de hombres, a las que resulta sencillo “conquistar”, sobre todo si se les proveen algunas consideraciones económicas.

Así bien, muchas de las prácticas y discursos que padecen las trabajadoras de la maquila resultan denigrantes y durante décadas han contribuido a su cosificación, lo mismo que para

justificar su explotación laboral y las violencias de que son objeto, ideologías y prácticas que pugnan por convertirlas en “mercancía de poco valor, accesible, desechable y fácilmente reemplazable”, que las estigmatizan como “las putas” de la ciudad a quienes no está mal “eliminar” en beneficio de la inversión económica, el turismo y la tranquilidad de las familias “sanas” (Wright, 2013).

Actualmente en Ciudad Juárez, la proporción entre mujeres y hombres que trabajan en la industria maquiladora prácticamente se ha igualado, equidad que no acabó con los distintos tipos de violencia que las obreras han experimentado. Externamente la discriminación y violencia se hicieron extensivas a todos sus trabajadores. En Juárez, hombres y mujeres son señalados peyorativamente como homosexuales y lesbianas por trabajar en la maquila. En el caso de los hombres, estos suelen ser clasificados como “poco hombres” o “malos partidos” debido a su empleo y a los bajos sueldos que perciben, además de que algunos obreros también son vistos como delincuentes, sobre todo aquellos con aspecto de “cholos” (S. Sánchez y Ravelo, 2010). Internamente, muchas mujeres trabajadoras siguen padeciendo violencia de género por parte de sus empleadores y/o compañeros.

En las últimas décadas las empresas manufactureras se han enfocado en la captación de personas jóvenes; debido a que dejan mayores utilidades, soportan mejor las largas jornadas de trabajo y conocen poco o nada sobre sus derechos laborales (S. Sánchez et al., 2015; S. Sánchez y Ravelo, 2010). Reclutamiento que resulta efectivo, entre otros factores, porque la maquila les representa una de las pocas opciones laborales que les permiten construir un proyecto de vida dentro de la legalidad, sobre todo para los jóvenes pertenecientes a las clases menos privilegiadas, para quienes la educación media y/o superior constituye un lujo al que no pueden acceder.

Sin embargo, para muchas personas jóvenes el trabajo en la industria maquiladora es visto más como un medio de subsistencia que como un fin en sí mismo, una opción laboral que les permite satisfacer precariamente sus necesidades básicas de supervivencia y acceder a un sueldo que, aunque precario, resulta seguro, a seguridad social y algunas otras prestaciones (S. Sánchez y Ravelo, 2010), mientras que sus anhelos, deseos y expectativas generalmente están en otro lado, afuera de la maquila, fuera del contexto laboral. Así, trabajar en la maquila les permite acceder a pequeños privilegios y vuelve accesibles algunas condiciones sociales que otrora les estaban denegadas, aunque, paradójicamente, este tipo de empleo termina por atrapar y engullir a gran parte de esas personas jóvenes.

2.7 La violencia estructural en Ciudad Juárez, del homicidio masculino al juvenicidio

La Organización Mundial de la Salud (OMS, 2002) señala que la violencia constituye un fenómeno complejo que no obedece a una sola causa, al contrario, es el resultado de factores de riesgo y causas múltiples que interactúan en las cuatro esferas de una jerarquía imbricada (la persona, las relaciones cercanas y la familia, la comunidad y la sociedad general).

En este sentido, la violencia puede ser entendida como el uso deliberado de la fuerza física o el poder, ya sea en grado de amenaza o efectivo, contra uno mismo, otra persona o un grupo o comunidad, que cause o tenga muchas probabilidades de causar lesiones, muerte, daños psicológicos, trastornos del desarrollo o privaciones que comprometan el bienestar de los individuos, las familias y las comunidades (OMS, 2002).

Asimismo, la OMS (2002) también divide la violencia según: 1) el autor del acto violento (dirigida contra uno mismo, interpersonal y/o colectiva), 2) la naturaleza de la violencia (física,

sexual, psíquica, económica, digital, basada en las privaciones o el abandono) y, 3) el contexto de ocurrencia (familiar, pareja, comunitaria, política, escolar, laboral).

Así bien, la violencia puede acontecer por acción, pero también por omisión y afectar directa o indirectamente a las personas, además de que trascienden su materialidad (en lo político, económico o social), toda vez que incluye lo que representan y lo que significan desde su veta simbólica, es decir, lo inmaterial, lo implícito y lo latente (Nateras, 2016).

Con relación a la violencia relacional (interpersonal y colectiva) esta puede ocurrir en cualquier tipo de vínculo social, por lo tanto, incluye al Estado, sus cuerpos de seguridad, el crimen organizado o cualquier otra Institución o grupalidad que detente poder y busque preservarlo por cualquier medio, de ahí que también existan grupos sociales a los que sistemáticamente se les violenta tales como las mujeres, las infancias, las juventudes, las ancianidades, los grupos indígenas, minorías sexuales o de creencias religiosas (Nateras, 2016), prácticas simbólico-relacionales que incluso se reproducen al interior de los grupos de los que emanan.

Por su parte, Cervera y Monárrez (2010) señalan que la violencia puede ser pensada como una violación a los derechos humanos de las personas, experiencias perjudiciales y desagradables que hace poco más de una década se volvieron una constante en la vida de la población juarense, teniendo diversas manifestaciones, multiplicidad de víctimas y distribuciones espaciales.

Con relación a los perjuicios asociados con el contexto generalizado de inseguridad y violencia en Ciudad Juárez, Melissa Wright (2013) señala que entre el año 2008 y el año 2010, el 25% de la población juarense (más de 25,000 personas) abandonó la ciudad, 12,000 empleos se perdieron, 6,000 negocios cerraron, además de que una cuarta parte del total de las viviendas quedó abandonada.

En este sentido, uno de los indicadores más utilizados para medir la violencia es el porcentaje de asesinatos dolosos que ocurren durante un periodo de tiempo y lugar específico (Cervera y

Monárrez, 2010; J. Monárrez, 2013), sin olvidar que el asesinato representa sólo una de sus expresiones y que puede inscribirse en lo que Nateras (2016) denomina como “violencias de muerte”, toda vez que intencionalmente arranca la vida de quienes la padecen, que junto con las desapariciones forzadas y las ejecuciones extrajudiciales quizás sean de los delitos más significativos debido al efecto directo sobre la víctima en lo individual, pero también en lo social toda vez que generan perjuicios en el contexto social donde acontecen esos crímenes.

Así bien, las violencias de muerte constituyen delitos irreparables que no sólo afectan a las víctimas directas, sino a las personas que les son cercanas, quienes dolosa e intempestivamente pierden a un ser querido (México Evalúa, 2012). Violencias que niegan el derecho fundamental de la vida, por tanto, representan la más grave trasgresión de las leyes y normas sociales (Martínez y Howard, 2006).

En la última década, Ciudad Juárez acaparó la atención nacional e internacional, más que por su bonanza económica o industrial, por el altísimo porcentaje de asesinatos dolosos que registró, situación que durante tres años consecutivos (2008, 2009, 2010) la posicionó como la ciudad más peligrosa no sólo de México, sino del mundo (H. Almada, 2009; L. Monárrez, 2017).

Entre los años 2007 y 2010 la tasa de homicidios en Ciudad Juárez se incrementó en un 1800%, pasando de 21.2% a un 406.3%. En este sentido fue que, en el año 2008, Juárez fue nombrada como “el tiradero nacional de muertos” debido a que solo en ese año el porcentaje de asesinatos dolosos se incrementó en un 508% en comparación con el año previo (J. Monárrez, 2013).

Sánchez y colaboradores (2015) señan que entre el año 2008 y el 2011 en Juárez ocurrieron por lo menos 13,393 muertes violentas. Asimismo, se estima que el 74.2% de las homicidios acaecidos en la ciudad fronteriza entre los años 2007 y 2010 sucedieron por presunta rivalidad delincuencia (México Evalúa, 2012).

Como fenómeno social los asesinatos dolosos son susceptibles de generar “dolor social” que influye en el ánimo, en las emociones, en los sentimientos, en las afectividades, en los espíritus colectivos, en los comportamientos y actitudes, y, en general, en las subjetividades (Nateras, 2016).

En junio de 2011, la autodenominada “Caravana por la Paz, con Justicia y Dignidad” arribó a Ciudad Juárez con el objetivo de manifestarse en contra de la violencia que durante décadas había azotado a la ciudad. En esa ocasión el poeta Javier Sicilia denominó a Juárez como “el epicentro del dolor nacional” debido a la pena que embargó a miles de familias, víctimas de feminicidios, desapariciones forzadas, homicidios y secuestros (Padilla, 2016).

Cuando el fenómeno de la violencia es intenso y/o permanente también puede devenir en “trauma social” y perdurar a través del tiempo debido a que obligadamente se hace de un lugar en la memoria colectiva, además de que incide directamente en la organización social y en las subjetividades que ahí se construyen, al mismo tiempo que altera profundamente la estructura social, las normas que rigen la convivencia y las instituciones que regulan la vida cotidiana (Kovalskys, 2006).

Entre los efectos que las violencias de muerte han generado a la población juarense se encuentran los sentimientos permanentes de miedo y terror asociados con el riesgo de inseguridad y muerte que ahí acontecen cotidianamente, violencias que hace una década también provocaron una suspensión fáctica de los derechos humanos y civiles de la población en general, una condición social que Domínguez y Ravelo (2011) denominaron como “el desmantelamiento de la ciudadanía”.

Julia Monárrez (2013) menciona que cuando la muerte violenta y masiva se vuelve cotidiana, como ocurrió en Ciudad Juárez hace más de una década, los cadáveres dejan de ser posesiones individuales y/o familiares y se convierten en dadores de identidades sociales para las comunidades

que los vieron nacer y se resignan, se rebelan o aceptan con gusto verlos morir con total impunidad. Identidades comunitarias territorializadas que se construyen a través de la indefensión de las víctimas y la incapacidad del Estado para evitar que “los delincuentes” se aniquilen entre sí, por el contrario, muchas veces éste desarrolla políticas que buscan que así ocurra, en las que no pocas veces participa activamente.

Entre los tipos de asesinato se encuentran el feminicidio y el homicidio, actos dolosos con causas distintas aunque íntimamente relacionadas pues remiten a marcadas asimetrías de poder en torno al género, la clase y la edad social (Cervera y Monárrez, 2010; Cruz, 2011, 2014; J. Monárrez, 2013, 2019; Quintana, 2010; Wright, 2013). Mujeres que debido a su género son asesinadas por hombres, hombres que se matan entre ellos como resultado del ejercicio sistemático de prácticas relacionales violentas que llegan al extremo de la muerte.

Asimismo, se ha observado que los asesinatos dolosos (homicidio y feminicidio) afectan más intensamente a las personas jóvenes y pobres, quienes, además de ser víctimas mortales sistemáticamente resultan revictimizadas debido a su clase social, lugar de residencia, estilo de vida o género (Cervera y Monárrez, 2010; Cruz, 2011, 2014; J. Monárrez, 2013, 2019; Quintana, 2010; Wright, 2013).

Por su parte, Monárrez (2013) señala que, a partir de una narrativa de criminalización fuertemente impulsada por el Estado, en Juárez las víctimas mortales generalmente pierden sus identidades individuales que las distinguieron hasta el momento de su muerte, para adquirir identidades asignadas, cambiadas y distorsionadas que los convierten en los borrados, los anulados y/o los criminales.

Con relación al homicidio masculino este resulta ser un fenómeno social añejo en Ciudad Juárez (Martínez y Howard, 2006), sin embargo, a partir del año 2008 creció exponencialmente en

correlación con la presencia incontrolada del crimen organizado en dicha región (Cruz, 2011, 2011; J. Monárrez, 2013; L. Monárrez, 2017). Al respecto, Cruz (2014) menciona que en el periodo de mayor violencia (del año 2008 al año 2011) en Juárez al menos se registraron más de 9,500 homicidios de hombres.

También contribuyó al aumento del índice de homicidios la supuesta “guerra contra el narco” que emprendió Felipe Calderón y continuó Enrique Peña, ya que implicó la militarización de varias zonas del país y la frontera norte, tal y como ocurrió en Ciudad Juárez entre los años 2008 y 2010, a la que le siguió la ocupación de la Policial Federal Preventiva (PFP). Un tipo de intervención de Estado que adicionalmente provocó violaciones a los derechos humanos de la población juarense cometidas por Ejército Mexicano (EM) y por la hoy extinta PFP, entre las que destacan: actos de tortura, detenciones arbitrarias, cateos sin orden judicial, abusos sexuales, desapariciones forzadas y ejecuciones arbitrarias (Meyer, 2010; J. Monárrez, 2019; S. Sánchez et al., 2015).

Otro de los perjuicios que generó la escalada de violencia en Juárez fueron las decenas de miles de víctimas indirectas. En 2017, la organización Derechos Humanos Integrales en Acción A. C. (DHIA) en colaboración con la *University of Texas in El Paso* (UTEP) estimaron que aproximadamente 12,000 niños, niñas y adolescentes en Juárez perdieron a alguno de sus padres como resultado de "la guerra contra las drogas". Víctimas indirectas que las más de las veces fueron invisibilizadas y, por lo tanto, desatendidas, muchas de las cuales hoy día son personas jóvenes o adultas que participan activamente en la organización social de la ciudad, llevando a cuentas los efectos perjudiciales que las violencias de muerte les generaron.

Asimismo, la violencia que sacudió a Juárez encontró en los hombres jóvenes marginados el prototipo de víctimas y victimarios (Cruz, 2011; L. Monárrez, 2017), tal y como lo confirmó la masacre de 15 jóvenes estudiantes la noche del 30 de enero del año 2009 en la colonia Villas de

Salvacar, al sur de Ciudad Juárez, quienes al encontrarse reunidos en una fiesta, presumiblemente fueron asesinados por otros hombres jóvenes al servicio del narcotráfico, víctimas mortales que inmediatamente fueron criminalizadas por el Estado.

Violencia sistémica y estructural que Quintana (2010) nombró como *juenicidio*, entendido como el fenómeno social que da cuenta del asesinato de jóvenes con total impunidad, interdependiente del “triple fracaso del Estado mexicano” en regiones como Ciudad Juárez. Fracaso en la estrategia contra el crimen organizado emprendida por Felipe Calderón que contribuyó e exacerbó las violencias de muerte. Fracaso estructural de las políticas de Estado dirigidas a los jóvenes toda vez que durante décadas fallaron en proveerles seguridad, salud, educación y un proyecto de vida digno. Fracaso histórico del modelo económico y social basado en una economía oligopolizada y subordinada que cada año excluye a miles de jóvenes de campo laboral, al mismo tiempo que aprisiona a quienes lo consiguen a la sobreexplotación y el subempleo.

Por su parte, Valenzuela (2015) concibe el juenicidio como aquella condición límite en la cual se asesina a sectores específicos de la población juvenil, desacreditados por las formas en las que construyen identidad tales como su lugar de residencia (el poniente de Ciudad Juárez), las formas de socialización (agrupaciones que se apropian de espacios públicos) o por asumir ciertas adscripciones identitarias previamente desacreditadas (“cholos”, “pandilleros”, “de barrio”).

Construcciones identitarias juveniles que, como en el caso de Ciudad Juárez, acontecen en entornos de precarización, pobreza y estigmatización del estereotipamiento social de las conductas juveniles y de género, en las que se observa el predominio de ideologías y prácticas relacionales violentas que son llevadas al extremo de la muerte, una banalización del mal que permite a los asesinos matar sin mayores culpas o cargas emocionales, el descrédito de las instituciones

encargadas de preservar los derechos humanos y civiles de la población, el despliegue de corrupción, impunidad, violencia y muerte, siempre bajo la complicidad del Estado, ya sea por omisión, como ocurre con su incapacidad de garantizar el pleno Estado de Derecho, o por acción, sobre todo cuando criminaliza, persigue e incluso asesina a determinados sectores juveniles.

Según El Banco Mundial (2012), el homicidio fue la principal causa de muerte prevenible entre los jóvenes de 10 a 29 años y representó el 38.2% de los asesinatos ocurridos en México de 2000 a 2010, teniendo a Ciudad Juárez como la urbe que mayor incidencia registró.

Quintana (2010) menciona que tan solo en un año (2007-2008), en Ciudad Juárez ocurrieron por lo menos 1350 casos de juvenicidio cuyas víctimas tenían 19 años o menos. Por su parte, Cruz (2016) señala que entre el año 2008 y el año 2011 en Juárez acontecieron por lo menos 4,000 asesinatos de hombres menores de 29 años. Víctimas mortales que sistemáticamente son criminalizadas, a las que peyorativa y contextualmente se les clasifica como “cucarachas”, “cholos”, “delincuentes”, “narquillos”, “del poniente” (J. Monárrez, 2013; L. Monárrez, 2017; Wright, 2013).

Jóvenes que más allá de sus adscripciones identitarias o del papel que desempeñan en los actos violentos, suelen ser personas con pocas o nulas posibilidades de acceder a la educación, vivienda, recreación, a un trato digno, a la cultura, a un proyecto de vida en el aquí y en el ahora (Nateras, 2016). Juventudes cuya existencia transcurre entre el abandono, la violencia y la exclusión social (M. Almada, 2012), que, cómo comenta Díaz (2008), a nadie le importan, provenientes de familias en condiciones de pobreza y vulnerabilidad social, hijos de migrantes unos y otros de madres solteras muchas veces abandonados por el trabajo en la maquila. Jóvenes con apenas educación básica y pocas alternativas para construir un proyecto de vida digno dentro de la legalidad, que transitan entre la informalidad y la ilegalidad, un poco estudiantes, un poco delincuentes, muchos

de ellos consumidores de drogas. Jóvenes que son vistos como “carne de cañón” por parte de los grupos delincuenciales que aprovechan las condiciones sociales para reclutarlos, a veces de manera forzada, a cambio de un “sueldo”, que, aunque precario, supera considerablemente lo que se gana trabajando como obrero o ejerciendo algún oficio que son los tipos de empleo a los que comúnmente pueden acceder (Cruz, 2014).

La presencia incontrolada de los cárteles de las drogas y sus “nuevas formas de operación” también contribuyeron a la consolidación del juvenicidio en Ciudad Juárez, toda vez que incluyeron: 1) su incursión en otros delitos de alto impacto igualmente rentables como la trata de personas, tráfico de armas, narcomenudeo, secuestro y extorsión, 2) el ejercicio sistemático de prácticas relacionales violentas, muchas veces mortales, como una forma de acceso y preservación del poder, presentes en todas sus operaciones delictivas, que además se hicieron extensivas a la población en general y, 3) el reclutamiento masivo de jóvenes para ocupar las posiciones más bajas dentro de su estructura organizacional, encargados de ejecutar actos delictivos y/o violentos que son los que mayores riesgos implican.

Al respecto, Núñez y Espinosa (2017) refieren que el narcotráfico puede ser pensado como un dispositivo de poder sexo-genérico que produce sexualidad y género, es decir, ideas, valores, actitudes, percepciones, prácticas, relaciones, subjetividades, identidades sexuales y de género que tienen como eje de articulación la dominación, muchas veces mortal. Ideologías y prácticas interdependientes de aquellas identidades masculinas que se construyen a partir de la hegemonía que sistemática y normativamente persigue la subyugación del otro (Cruz, 2011), lo mismo que con el poder adultocéntrico que subordina a las juventudes ante la adultez. Concepción que permite entender la facilidad con la que muchos hombres jóvenes de la región ingresan al dispositivo y acceden al poder que éste produce, eso sí, ocupando los lugares con menores privilegios y mayores

riesgos dentro de su organización, que aunque les permite paliar las condiciones de pobreza y vulnerabilidad en las que han estado sumidos, terminan por aprisionarlos dentro de los mismos contextos sociales, además de que prácticamente les aseguran destinos mortíferos o catastróficos. Mientras que sus líderes se consolidan como poseedores casi exclusivos del dispositivo y el poder-sexo-genérico, al mismo tiempo que siguen gozando de relativa seguridad y bienestar en su estilo de vida, privilegios que les permiten abstraerse de las condiciones de inseguridad, pobreza y precariedad que gobiernan en Juárez, toda vez que viven en zonas residenciales exclusivas ubicadas incluso fuera del municipio, el estado o el país.

Por su posición geográfica, Ciudad Juárez ha sido un lugar privilegiado para el trasiego de drogas hacia EUA, que es el país con el mayor mercado de consumo a nivel mundial, una actividad que con el pasar de los años se convirtió en una verdadera industria global que opera negocios transnacionales ilegales. Economías ilícitas que no por ello dejan de ser determinantes en la caracterización de actividades económicas y culturales en la región donde operan, tal y como ocurre en Ciudad Juárez (Domínguez y Ravelo, 2011; J. Monárrez, 2013).

Tradicionalmente el territorio donde se ubica Ciudad Juárez había sido controlado por *el cártel de la ciudad* que en la década de los noventa llegó a ser considerado como la organización criminal más importante del continente (Domínguez y Ravelo, 2011). Sin embargo, en el año 2007 aconteció una ruptura con el cartel de Sinaloa, quien llegó a la ciudad fronteriza para “disputarle la plaza” y que, supuestamente, años después terminaría por ganar (S. Sánchez et al., 2015; S. Sánchez y Ravelo, 2010). Hecho que provocó una encarnizada y mortal batalla por el control del territorio que de un lado tuvo a *los del Chapo*, mientras que del otro al cartel de Juárez que en esa época se unió a “Los Beltrán Leyva” y “Los Zetas”.

Rápidamente ambos grupos criminales conformaron distintos brazos armados con los recursos humanos que el contexto social ofrecía. La añeja estructura delincencial del cartel de la ciudad, durante años le permitió incorporar a sus filas a varios integrantes de los distintos grupos policiacos de la entidad, un tipo de agrupación que en ese momento fue conocido como “La Línea”, mote con el que hoy día se identifica a ese cartel en general. El grupo de Sinaloa también hizo lo propio, integró un grupo homólogo conocido como “Gente Nueva”, el cual comenzó a consolidarse en Juárez.

Asimismo, el crimen organizado aprovechó la estructura pandilleril existente en la ciudad para reposicionar y anteponer la propia, mucho más poderosa, violenta y mortífera que la que le antecedió. Circunstancia que ayuda a explicar la efectividad en el reclutamiento masivo de hombres jóvenes pandilleros por parte de los carteles del narcotráfico, actores sociales que debido a la familiaridad en las prácticas y significados que integran su socialización cotidiana, sin mayores dificultades transitan de un dispositivo de poder sexo-genérico a otro, a saber, del pandillerismo al crimen organizado.

Para el año 2008, se tenían registradas por lo menos 600 pandillas que desarrollaban alguna actividad delictiva dentro de la ciudad (L. Monárrez, 2017). En el año 2009 la Secretaría de Seguridad Pública del Municipio de Juárez tenía identificadas 490 bandas criminales, con alrededor de 12,000 integrantes, de los cuales el 78% de ellos eran jóvenes de entre 12 y 17 años (Cruz, 2014).

Así, echando mano de las añejas disputas pandilleriles en la ciudad, los grupos del crimen organizado conformaron “otro tipo de ejércitos”, a saber, grupos bélicos integrados en su mayoría por integrantes de pandillas, quienes terminaron agrupándose antagónicamente. Por un lado, “Los aztecas”, al servicio de *los de casa*, mientras que por el otro “Los Mexicles” y “Los Artistas

Asesinos”, también conocidos como *los doblados* por trabajar para *los de afuera*. Agrupaciones delincuenciales cuyos integrantes carecían de adiestramiento formal en tácticas de combate o el manejo de armas (como sí lo tenían los policías o militares reclutados), pero que tenían un largo historial de violencia, frustración, exclusión, pobreza y precariedad del cual echaron mano.

Con el pasar de los años, los grupos armados antagónicos se hicieron del control amplio del territorio que cada uno habita y domina, sobre todo barrios pobres ubicados en la periferia de la ciudad, dominio que además del ejercicio del narcotráfico incluye el desarrollo de otros delitos como el narcomenudeo, la extorsión, el tráfico de personas o la venta de armas, pero también una buena parte del control de las actividades públicas que en ellos acontecen.

Aunque el juvenicidio irrumpió abruptamente en Ciudad Juárez hace una década, las prácticas violentas no comenzaron en ese momento, ni son atribuibles exclusivamente al crimen organizado, en última instancia estos grupos posibilitaron junto con otras instituciones como el Estado, el Ejército o La Familia que se alcanzaran niveles nunca antes vistos en la historia reciente del municipio e incluso del país (Domínguez y Ravelo, 2011; J. Monárrez, 2013; S. Sánchez et al., 2015, 2015; Wright, 2013).

En Juárez la omisión de cuidados para niños y jóvenes y la violencia física intrafamiliar y pandilleril han sido una constante desde hace décadas (M. Almada, 2012), al igual que la alta incidencia de sus jóvenes en actos delictivos (Cervera y Monárrez, 2010).

En el último lustro la inseguridad y las violencias de muerte disminuyeron significativamente en Juárez. Decremento asociado con la implantación de algunas estrategias gubernamentales y de la sociedad civil, al repliegue de las fuerzas armadas, pero sobre todo a los acuerdos pactados entre los cárteles del narcotráfico (S. Sánchez et al., 2015). Fueron ellos quienes acordaron un control territorial de facto, donde el nor-poniente-centro es gobernado por el cártel de la ciudad, mientras

que el sur-oriente por los de afuera, pacto que queda al descubierto en la red de narcomenudeo que acontece al interior del municipio o en la reciente escalada de violencia asociada con la recaptura del líder visible del cártel de Sinaloa, Joaquín Guzmán Loera, que generó reacomodos internos y nuevas disputas.

En este sentido, es posible proponer que, con base en su sistema histórico-cultural, de género, económico y político, la violencia devino estructural, al mismo tiempo que estructurante de la realidad social de Ciudad Juárez y de las subjetividades que ahí se construyen (S. Sánchez et al., 2015), propiciando el desarrollo y mantenimiento de una amplia gama de ideologías y prácticas relacionales violentas y cotidianas, las cuales adquieren distintas manifestaciones, se hacen presentes en distintos contextos sociales, además de que provocan una gran variedad de víctimas y victimarios que se concentran en ciertas áreas de la ciudad.

Como se ha mencionado, la génesis de la violencia es compleja con causas múltiples interdependientes entre las que destaca el contexto histórico cultural que permitió su emergencia y normalización. En el caso reciente de Ciudad Juárez, la violencia estaría íntimamente relacionada con condiciones estructurales de desigualdad social, crisis económicas que agudizan y extienden la pobreza y la marginación, fuertemente influidas por la dependencia económica con EUA, una cultura regional de impunidad e ilegalidad que durante décadas ha generado fallas graves y sistemáticas al Estado de Derecho, la presencia incontrolada de cárteles de las drogas que en los años recientes se enfrascaron en mortales disputas por el control del territorio, con la militarización empleada por el Estado para, supuestamente, acabar con los grupos criminales, con un entorno cultural donde la ideología de género mantiene vigente formas tradicionales y estereotipadas de ser hombre y mujer, una cultura del homicidio, del uso de armas de fuego, del consumo de alcohol y drogas, una cultura del silencio y la complicidad.

En este contexto, los fenómenos del homicidio masculino y el juvenicidio que acontecen en Ciudad Juárez, pueden ser pensados como prácticas sociales violentas que llevan al extremo el imperativo de dominación que caracteriza a algunos sistemas simbólico-relacionales como el patriarcal, el capitalista o el colonialista. Así bien, buena parte de los asesinatos dolosos masculinos (homicidio y juvenicidio) que acontecen en Juárez pueden ser pensados como una especie de transacciones mortíferas entre hombres (Connell, 1995; Kaufman, 1989), que, como señala Foucault (1988), constituyen relaciones violentas que actúan sobre el cuerpo o las cosas, las cuales fuerzan, someten, quiebran o destruyen, cierran la puerta a todas las posibilidades de negociación debido a que anulan en tal medida al otro que hasta acaban con su vida, un tipo de vinculación que tiene como polo opuesto la pasividad y la sumisión absolutas.

2.8 Ciudad Juárez y las fallas en el Estado de Derecho

Aunado a los altos índices de inseguridad y violencia que se han registrado en Ciudad Juárez en los últimos 30 años se han observado niveles similares de impunidad, ilegalidad e injusticia (Cruz, 2014), circunstancias que dan cuenta de fallas graves y sistemáticas en su Estado de Derecho.

El Estado de Derecho puede entenderse como el Estado cuyo poder y actividad vienen regulados y controlados por la Ley, así, El Estado de Derecho consiste fundamentalmente en el “imperio de la ley”: Derecho y Ley entendidos en este contexto como expresión de la “voluntad general, es decir, construido y consensuado en sociedades democráticas (D. García, 2011).

Asimismo, García (2011) señala que para que el Estado de Derecho sea reconocido y opere como tal requiere cumplir con al menos cuatro requisitos: 1) división de poderes; 2) garantía de

los derechos fundamentales; 3) primacía de la ley por ser expresión de la voluntad general frente a las demás normas jurídicas y, 4) soberanía nacional.

El mismo García (2011) propone que es posible hablar de ausencia del Estado de Derecho cuando, entre otras circunstancias, aparece la impunidad.

Por su parte la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (2015) también destaca la relación existente entre el deterioro del Estado de Derecho y la impunidad, debido a que no se garantiza la impartición de justicia, al mismo tiempo que se facilita el mantenimiento y la reproducción de delitos violentos:

“La falta de la debida diligencia ante actos de violencia genera impunidad, y que ésta a su vez propende nuevos incidentes de la misma violencia que debía ser eliminada. En particular, cuando los delitos de violencia, tanto aquéllos cometidos por particulares como por agentes del Estado, quedan impunes, se perpetúa la violencia, ya que los perpetradores no enfrentan las consecuencias de sus actos y se crea una espiral de impunidad. También se ha corroborado que la impunidad que rodea la mayor parte de los actos de violencia contribuye a su repetición. Esta impunidad es en sí misma una forma de discriminación en el acceso a la justicia”. (p. 47)

Para el periodo que va del año 1993 al año 2018 se tienen registrados por lo menos 1,850 feminicidios en Ciudad Juárez, cifra que no integra las centenas de mujeres y niñas “desaparecidas” (J. Monárrez, 2019). Delitos misóginos y sexistas que se han visto favorecidos por condiciones de impunidad en el caso de los perpetradores e injusticia con relación a las víctimas. Circunstancias que quedan de manifiesto en los numerosos pronunciamientos al respecto, que han realizado organismos de defensa de derechos humanos tanto nacionales como internacionales a lo largo de más de dos décadas (ver tabla 2).

Con relación al homicidio masculino también se observan condiciones graves de impunidad e injusticia. Hace una década el porcentaje de impunidad para el delito del homicidio a nivel nacional se ubicaba alrededor del 84% (México Evalúa, 2012), mientras que en Ciudad Juárez la porcentual llegó a alcanzar el 99%. Sosa (2014) refiere que; según la Fiscalía General del Estado de

Chihuahua entre los años 2003 y 2013 se registraron 11 mil 598 asesinatos en Juárez, de los cuales 10 mil 340 carpetas tenían el estatus de “investigación”, en 670 existían acusados y sólo 206 casos judicializados, es decir, sólo el 1.9% de los asesinatos cometidos en esa década habían sido investigados y el probable responsable sentenciado.

Las fallas en el Estado de Derecho en Ciudad Juárez asociadas con la impunidad e injusticia son amplias. Además del feminicidio, el homicidio masculino y el juvenicidio existen otros delitos de alto impacto que no se persiguen, ni castigan, entre los que destacan: la trata de personas, el tráfico de armas, la extorsión, el secuestro, el pago por protección, el incendio de negocios, el robo de vehículos con violencia, la violencia sexual contra las mujeres, las agresiones a minorías sexuales y la desaparición de niñas, mujeres y hombres (Meyer, 2010).

Es importante destacar que en Juárez no solo los grupos delincuenciales atentan contra el Estado de Derecho en Ciudad Juárez, también lo hacen los cuerpos de seguridad del Estado como el EM y la PFP, instituciones gubernamentales a las que se les atribuyen numerosos delitos como tortura, detención arbitraria, allanamiento de morada, cateos ilegales, trato cruel o degradante, robo, retención ilegal, amenazas, desaparición forzada, intimidación, daño en propiedad ajena y violaciones a la libertad y la seguridad jurídica (Meyer, 2010).

Tabla 2. *Principales recomendaciones de los organismos nacionales e internacionales con relación a la violencia feminicida ocurrida en Ciudad Juárez*

Año de elaboración	Institución	Documento
1998	Comisión Nacional de Derechos Humanos	Recomendación No. 44/98 Caso de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez y sobre la falta de colaboración de las autoridades de la Procuraduría General de Justicia del Estado de Chihuahua
1999	Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas	Informe de la Relatora, Sra. Asma Jahangir, relativo a las ejecuciones extrajudiciales, sumarias o arbitrarias y presentado en cumplimiento de la resolución 1999/35
2001	Comisión Interamericana de Derechos Humanos	Informe Situación de los derechos de la mujer en Ciudad Juárez, México. El derecho a no ser objeto de violencia y discriminación
2002	Naciones Unidas	Informe del Relator Especial sobre la Independencia de los Magistrados y Abogados, Dato Param Coomaraswamy, presentado de conformidad con la resolución 2001/39 de la Comisión de Derechos Humanos
2003	Amnistía Internacional	Informe: Muertes Intolerables. México:10 años de desapariciones y asesinatos de mujeres en Ciudad Juárez y en Chihuahua.
2003	Comisión Nacional de Derechos Humanos	Informe Especial de Comisión Nacional de Derechos Humanos sobre los Casos de Homicidios y Desapariciones de Mujeres en el Municipio de Ciudad Juárez
2003	Naciones Unidas	Diagnóstico Sobre la Situación de los Derechos Humanos en México
2003	Naciones Unidas	Informe de la Comisión de Expertos Internacionales de la Organización de las Naciones Unidas, Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito, sobre la Misión en Ciudad Juárez, Chihuahua, México.
2003	Comisión Interamericana de Derechos Humanos	Relatora especial para los derechos de las mujeres de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos. Situación de los derechos humanos de la mujer en Ciudad Juárez, México: El derecho a no ser objeto de violencia y discriminación
2005	Naciones Unidas	Informe de México producido por el Comité para la Eliminación de la Discriminación contra la Mujer bajo el Artículo 8 del Protocolo Facultativo de la Convención.
2005	Consejo de Europa	Relatora del Comité de Igualdad de Oportunidades para Mujeres y Hombres de la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa. Desapariciones y homicidios de un gran número de mujeres y niñas en México.
2006	Naciones Unidas	Relatora especial sobre la violencia contra la mujer, sus causas y consecuencias. Integración de los derechos humanos de la mujer y la perspectiva de género: la violencia contra la mujer. Adición: Misión a México. (E/CN.4/2006/61/Add.4).
2009	Comisión Interamericana de Derechos Humanos	Resolución de responsabilidad del Estado mexicano por la falta de la debida diligencia en investigar la desaparición y muerte de Claudia Ivette González, Esmeralda Herrera Monreal y Laura Berenice Ramos (“campo algodoner”).

Elaboración personal con base en lo propuesto por El Colegio de la Frontera Norte (2006), la Comisión Mexicana de Defensa y Promoción de los Derechos Humanos A.C. (2007) y Monárrez (2019).

“-Mi teatrillo tiene tantas puertas de palcos como queráis: 10, o ciento, o mil, y detrás de cada puerta os espera lo que vosotros vayáis buscando precisamente. Es una bonita galería de vistas, caro amigo; pero no le serviría de nada recorrerlo así como está usted. Se encontraría atado y deslumbrado por lo que viene usted llamando su personalidad. Sin duda ha adivinado usted hace mucho que el dominio del tiempo, la redención de la realidad y cualesquiera que sean los nombres que haya dado a sus anhelos, no representan otra cosa que el deseo de desprenderse de su llamada personalidad. Esta es la cárcel que lo aprisiona. Y si usted, tal como está, entrase en el teatro, lo vería todo con los ojos de Harry, todo a través de las viejas gafas del lobo estepario. Por eso se le invita a que se desprenda de sus gafas y a que tenga la bondad de dejar esa muy honorable personalidad aquí en el guardarropa, donde volverá a tenerla a su disposición en el momento en que lo desee.”
(Hermann Hesse, 1927, El lobo estepario)

Capítulo 3 Construcción del sujeto de estudio y su problemática

En el presente capítulo se analiza el contexto social de investigación y las características de la población de estudio, a saber, la zona poniente de Ciudad Juárez y los hombres jóvenes que ahí habitan y socializan. Se muestra cómo muchas de las condiciones sociales adversas que integran la realidad social de Ciudad Juárez se exacerban en su zona poniente, sobre todo la inseguridad, la violencia, la pobreza y vulnerabilidad social. También se describe cómo dichas condiciones se focalizan en los hombres jóvenes que ahí habitan, además de que inciden en la forma en que se relacionan y construyen subjetividades. Finalmente se presenta la relevancia de investigar el proceso de construcción de identidades como hombre joven en la zona poniente de Ciudad Juárez, toda vez que histórica y contextualmente las personas que encarnan esa identidad han resultado ser víctimas recurrentes de distintos tipos de violencia.

3.1 La zona poniente de Ciudad Juárez

Las categorías “poniente” y “oriente”, adquieren ubicación, referencia y sobre todo significación a partir de un sistema territorial y sociocultural más amplio y específico del cual forman parte.

Hablar de poniente y oriente es hacer referencia a localizaciones topológicas e identitarias que, en primera instancia, toman como punto de referencia “un centro” y lo que este representa y significa, generalmente valor e importancia contextual debido a los procesos de centrificación (López y Peña, 2016) y gentrificación (Wright, 2013) que ahí suelen ocurrir.

Generalmente la “zona centro” de las ciudades resulta ser de gran valía para sus habitantes, debido a que es ahí donde ocurre gran parte de las actividades económicas, políticas y sociales, lo que la convierte en un lugar privilegiado pues ahí se ubican las fuentes de empleo, comercio, gobierno, diversión, salud y/o servicios, por lo tanto, la cercanía con este lugar es un factor que, al ser deseado por los pobladores origina una competencia que explica los precios “elevados” de ese territorio y de las áreas que le son cercanas (López y Peña, 2016).

No pocas veces la centrificación también genera gentrificación, la cual puede ser entendida como una estrategia global emprendida por personas con poder y privilegios que busca expulsar a las personas pobres de los territorios que consideran valiosos, en tanto que los primeros se consideran dueños y significan a estos últimos como invasores a los que se debe desterrar. Asimismo, la gentrificación emplea la transformación del entono en términos de “modernización” y “exclusividad” con la finalidad de volverlo inaccesible económica y simbólicamente para la gran mayoría de las personas, al mismo tiempo que afianza el poder de los propietarios quienes gestionan y explotan el territorio social en función de sus interés (Wright, 2013).

La zona centro de Ciudad Juárez en realidad está ubicada al norte del municipio, tanto como la propia delimitación de las naciones lo permite, localización que contribuyó significativamente en su conformación y en la importancia que adquirió. En la zona centro de la ciudad se ubica la frontera norte del país en esa región. Ahí se encuentra el Puente Internacional Paso del Norte, un corredor económico-turístico que, desde finales del siglo XIX, contribuyó en gran medida al

desarrollo y la consolidación de la ciudad debido a las recurrentes visitas de los vecinos del norte, quienes, durante décadas y motivados por las ventajas económicas y/o legales que su ciudadanía les otorga de este lado de la frontera, han cruzado para adquirir todo tipo de bienes y servicios.

Circunstancias, todas las anteriores, que facilitaron la configuración de la zona centro de Ciudad Juárez como el epicentro económico, político, religioso, recreativo y cultural, distribución que con el pasar de los años generó gentrificación y segregación socioespacial, esta última entendida como la conformación de patrones de interacción espacial de grupos o personas que comparten características económicas, sociales y culturales que, al mismo tiempo, genera disparidades en el acceso y la distribución espacial del equipamiento y la infraestructura (López y Peña, 2016).

Como se ha mencionado, a partir de la década de los sesenta, se observaron migraciones masivas en Ciudad Juárez. A la ciudad llegaron miles de personas, en su mayoría pobres, sin recursos económicos suficientes para adquirir una vivienda en la zona urbana consolidada, lo que propició una ocupación desmedida y arbitraria de los territorios ubicados en la periferia de la zona centro, sobre todo hacia el norponiente donde el precio de la tierra era bajo debido a las condiciones irregulares del terreno y a la usencia de los servicios básicos, un tipo de ocupación territorial que en muchos casos incluyó la invasión de suelo y los asentamientos irregulares (Fuentes et al., 2018; López y Peña, 2016; Santiago, 2013).

Este tipo de expansión urbana generó espacios centrales consolidados que terminaron por presentar problemas de deterioro físico y funcional, como fue el caso del centro de la ciudad, al mismo tiempo que espacios periféricos en el borde de la mancha urbana, sobre todo en el norponiente, con problemas de dotación de servicios como pavimentación, equipamiento, transporte e infraestructura, habitados en su mayoría por migrantes y personas pobres y/o vulnerables (Cital, 2005; Moreno, 2007).

Caso contrario a lo ocurrido en la zona nororiente, que comenzó a desarrollarse como la zona privilegiada en cuanto a todo tipo de servicios en donde hoy día se ubican zonas residenciales como: El Campestre, Los Nogales, Las Quintas, Bosques de Senecu, Pradera Dorada y Campos Elíseos, por mencionar solo algunas (López y Peña, 2016).

En este sentido, Domínguez y Ravelo (2011) dividen a Ciudad Juárez en dos grandes tipos de regiones, una urbanizada y restringida, en la que históricamente se han invertido recursos públicos y económicos, gobernada y/o habitada por la reducida, pero dominante clase privilegiada (empresarios, políticos, líderes delincuenciales) y otra marginalizada, que concentra a la mayor parte de la población juarense, donde imperan la falta de servicios, recursos e infraestructura, territorios caracterizados por una estética de lo precario y el déficit. Distinción que más que hacer referencia a zonas geográficas claramente identificadas constituye una metáfora que hace referencia a un orden social y económico dominante en la ciudad desde hace décadas, caracterizado por la pobreza y la precariedad para la mayoría de sus habitantes, recordando que tres de cada cuatro juarenses son pobres y/o vulnerables socialmente (Fuentes et al., 2018), distribuidos a lo largo de la ciudad, sobre todo en la periferia, en un cinturón que periférico que va de norponiente al suroriente, sin dejar de olvidar que, históricamente, la población pobre, migrante e indígena se ha concentrado en su zona poniente (Cervera y Monárrez, 2010; Cital, 2005; Fuentes et al., 2018; López y Peña, 2016; Pérez, 2007).

Así bien, desde hace décadas la zona poniente de Ciudad Juárez se ha constituido como la representación por antonomasia de la pobreza y la marginalidad en la ciudad (López y Peña, 2016), conformando un imaginario social a partir de lo excluido, lo indeseado, lo advenedizo y/o el tiradero social, que incluso llega a denegar carta de identidad como juarense para muchos de sus

habitantes (S. Sánchez y Ravelo, 2010), en contraposición de la edificación de la media y el lujo en el nororiente, habitada por los “verdaderos juarenses” (López y Peña, 2016).

En 1990, la zona nororiente, conocida como PRONAF (en referencia al Programa Nacional Fronterizo), aglutinaba la mayor proporción de la población con mayores ingresos; el sector más viejo de asentamiento en la ciudad, la reducida clase media y la pequeña, pero dominante clase alta, distribución que se hizo mucho más marcada una década después (López y Peña, 2016).

Ciudad Juárez tiene una economía particular que genera un gran número de empleos formales en estratos de ingreso bajo, la gran mayoría de ellos dentro de la industria maquiladora. Estructura de empleo que, en las últimas dos décadas, permitió la emergencia de numerosos desarrollos habitacionales de interés social ubicados en la periferia de la ciudad, sobre todo en el suroriente. Viviendas dirigidas, en su mayoría, a la clase obrera, cuya ubicación favoreció un fenómeno de dispersión poblacional que genera segregación residencial y de diferencia de clases debido a que carecen de todo tipo de servicios presentes en la zona urbana consolidada y porque la mayoría de sus habitantes son personas con ingresos económicos bajos (López y Peña, 2016).

Con la llegada del nuevo milenio, muchas parejas jóvenes (hoy día con hijos igualmente jóvenes) decidieron emigrar de la zona poniente hacia el suroriente, buscando una mejor calidad de vida, sin embargo, muchas de ellas se vieron obligadas a abandonar ese proyecto de vida sin más opción que retornar al poniente (M. Almada, 2009). Ante la pérdida del empleo y/o prestaciones laborales muchos pobladores no tuvieron la posibilidad de continuar pagando su crédito de “INFONAVIT”. Otros más cedieron ante la imposibilidad de poder asumir los gastos que generaba su nuevo estilo de vida asociado con la adquisición de la vivienda.

Regresar al poniente de la ciudad tiene para algunas familias jóvenes un significado “como de regresar a la pobreza”, ya que independientemente de que el ingreso familiar sea el mismo y que

disminuyen algunas dificultades para resolver la vida familiar cotidiana debido a la red social de apoyo con la que se cuenta en ese territorio, existe una construcción social de que tener una casa con “todos los servicios” (agua, luz, drenaje, pavimento) en una zona plana de la ciudad, significa una mejoría en la calidad de vida (M. Almada, 2009).

En este sentido, la utilización de categorías como poniente y oriente permiten acceder a aquello que Nateras (2016) denomina como *lo situado*, a esos marcadores sociales o culturales que se entretrejen en los mecanismos y dimensiones de la construcción de identidades.

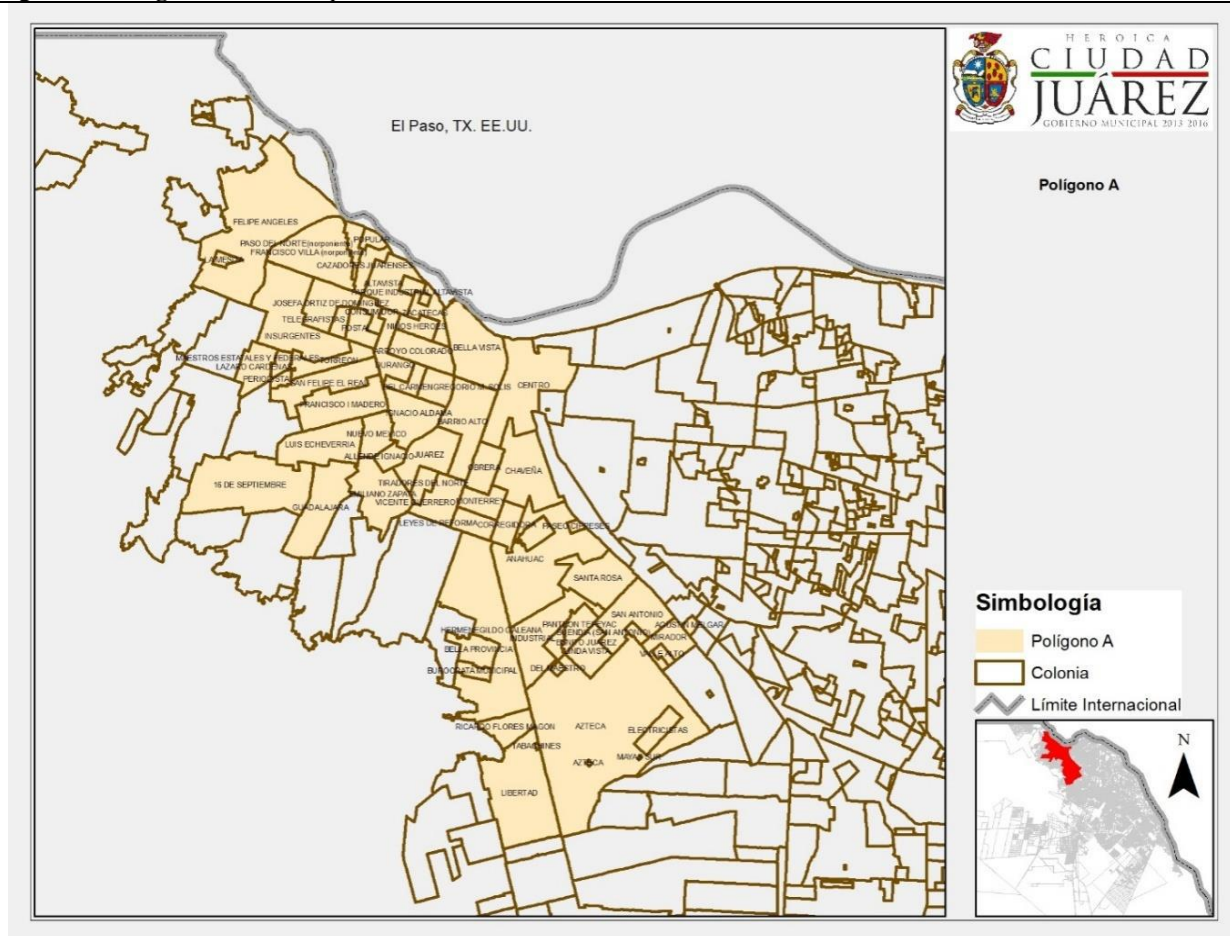
Por tanto, hablar del poniente o del oriente de Ciudad Juárez más que remitir a posiciones geográficas claramente identificables hace referencia a espacios simbólico-relacionales diferenciados y reconocidos contextualmente. En este sentido, la utilización de las categorías poniente y oriente inherentemente conlleva adscripciones étnicas, culturales e identitarias para quienes reconocen, nombran, habitan y conviven esos territorios sociales (Domínguez y Ravelo, 2011). Así bien, el poniente de Juárez está representado en el imaginario social a partir de condiciones sociales como pobreza, vulnerabilidad social, inseguridad, delincuencia, violencia y exclusión, mientras que el oriente se significa como la zona de privilegios, riqueza y bienestar.

Como se ha mencionado, la realidad es una construcción social que permanentemente genera nuevos objetos sociales, los cuales son incorporados e institucionalizados dentro de la organización social de la que emanaron (Berger y Luckmann, 1968). De ahí que existan distintos intentos de institucionalizar la denominada “zona poniente” de Ciudad Juárez.

En este estudio se empleó la clasificación territorial utilizada para elaborar el “Diagnóstico integral del municipio de Juárez, Chihuahua, 2015” (PRONAPRED, 2015). Estudio que, con fines analíticos y de intervención, dividió a la ciudad en tres grandes regiones a las que denominó “polígonos”. El polígono “A” es el correspondiente a la zona norponiente y está integrado por 56

colonias (ver figura 1). Elección que facilitó la delimitación del contexto de investigación y su población, lo mismo que su análisis.

Figura 2. Polígono "A". Norponiente de Ciudad Juárez



PNPSVD (2015)

Geográficamente, la zona poniente se conforma en su mayoría por terrenos irregulares de relieve topográfico (colinas y pendientes) ya que forma parte de la denominada Sierra de Juárez, delimitación natural para la ciudad en esa área. Terrenos donde abundan los causes de arroyos o bajadas muy acentuadas por su cercanía a la sierra, que también constituyen zonas de drenaje o escurrimiento (Cervera, 2015).

Urbanísticamente el tipo de terreno que gobierna en la zona poniente de Ciudad Juárez suele estar pensado para poblaciones con mayor poder adquisitivo debido al alto costo que conlleva la

construcción e instauración de los servicios básicos y su mantenimiento (Acosta, 2009), caso contrario a lo ocurrido en ese territorio, debido a que fueron las personas más pobres, particularmente migrantes quienes ahí se asentaron (Santiago, 2013).

La zona poniente de Ciudad Juárez se caracterizó por haberse ocupado mediante procesos progresivos de urbanización, se trata de asentamientos irregulares que desde su origen no han ofrecido a sus habitantes seguridad jurídica, ni estructural, además de que han tenido que pasar por diferentes etapas de consolidación urbana, generalmente lenta y desfasada en comparación con el resto de la ciudad (Cital, 2005; Domínguez y Ravelo, 2011; Moreno, 2007; Pérez, 2007).

Según datos del PRONAPRED (2015), el 25% de las casas que se ubican en la zona poniente se encuentran abandonadas, por lo general, construcciones hechas con materiales de desecho industrial que no protegen adecuadamente del clima extremo de la ciudad. Viviendas que además presentan hacinamiento, sin servicio de gas natural, pero sí con electricidad, drenaje y agua potable, aunque estos dos últimos suelen ser de mala calidad. Hogares ubicados en colonias donde los servicios urbanos y sociales como pavimentación, alumbrado, centros de salud, guarderías, escuelas son mínimos.

En toda la ciudad se contabilizan alrededor de 3,960 espacios de recreación y esparcimiento; áreas verdes que incluyen camellones, glorietas, parques y plazas, sin embargo, la zona poniente cuenta con sólo el 3.43% (135) de esos espacios, al mismo tiempo que es la zona con mayor densidad poblacional de la ciudad (PRONAPRED, 2015).

En Ciudad Juárez se observan algunos asentamientos indígenas a los que de manera general y contextualmente se les nombra como “Tarahumaras” (Rarámuris) debido a que son la mayoría, aunque también se encuentran hablantes de náhuatl y de lenguas mixtecas. En el municipio se contabilizan poco menos de 7 mil personas pertenecientes a alguno de estos grupos étnicos, una

población reducida si se compara con los casi 6 millones que habitan en el país (Pérez, 2007). Minorías étnicas que, a partir de actos de discriminación y segregación, adquieren representatividad y cierta visibilidad dentro de la zona poniente, tanto que incluso han llegado a constituir uno de sus elementos identitarios, tal y como da constancia la institucionalización de la colonia “Tarahumara” que ahí se ubica, nombrada así por el grupo étnico que la habita, el cual, además de pobreza, vulnerabilidad y exclusión social, presenta problemas graves en el consumo nocivo de alcohol (Pérez, 2007).

La zona poniente presenta el mayor porcentaje de pobladores en situación de pobreza extrema y en condiciones de vulnerabilidad (Fuentes et al., 2018), además de los niveles educativos más bajos del municipio. El 34.4% de su población no cuenta con alguna forma de empleo y el 26.9% trabaja en la maquila (PRONAPRED, 2015), es decir, recibe ingresos significativamente bajos que no alcanzan para cubrir adecuadamente las necesidades básicas de alimentación, salud y vivienda.

En este sentido, Castells (citado en López y Peña, 2016) señala que, la ciudad no es un reflejo de la sociedad, es la sociedad misma, relación que queda de manifiesto en interdependencia que existe entre la geografía de la violencia y la de la pobreza que acontecen en Ciudad Juárez.

Domínguez y Ravelo (2011) señalan que el fenómeno de la violencia feminicida y homicida en la ciudad regularmente acontece y se escenifica en territorios en los que impera una condición social que tiene por norma el déficit, tanto en infraestructura, como en economía, servicios, seguridad, empleo y justicia, particularidades que durante décadas han caracterizado a la zona poniente.

Por su parte, Cervera (2015) destaca que en Juárez distintos tipos de violencia (feminicidio, homicidio, delincuencia juvenil y maltrato infantil) se distribuyen mayormente en direccionalidad

norponiente-suroriente, la misma direccionalidad de los déficits de infraestructura y equipamiento urbano en la ciudad.

Al respecto, Nateras (2016) destaca que la pobreza desde lo individual y la exclusión social y marginalidad desde su vertiente amplificada, constituyen otra de las vetas estructurales de la violencia. En este sentido, es posible proponer que tanto las condiciones de pobreza, vulnerabilidad y marginalidad, lo mismo que la violencia, devinieron estructurales y estructurantes de su realidad social y de las subjetividades que ahí se construyen.

En este sentido, la región poniente constantemente resulta ser el principal referente con relación los distintos tipos de violencia que acontecen en la ciudad, no sólo porque en ella se desarrollan sino porque muchas víctimas y victimarios suelen ser habitantes de esa zona (Cervera, 2015; Cervera y Monárrez, 2010).

Con relación a los feminicidios ocurridos entre 1993 y 2011, Cervera (2015) señala que tanto la residencia de las víctimas como el escenario del delito se distribuyeron geográficamente de manera elipsoide, con una dirección norponiente-suroriente, en donde la zona poniente de la ciudad muestra un predominio para ambas categorías, convirtiéndola en la principal zona crítica para el delito.

Así bien, aunque en el poniente de Ciudad Juárez existen colonias sumamente seguras y sin mayores manifestaciones de inseguridad y violencia, en general esa región, históricamente ha sido la más conflictiva del municipio, con los índices más altos de maltrato infantil, delincuencia juvenil (Cervera y Monárrez, 2010), inseguridad y violencia (PRONAPRED, 2015).

Durante décadas en la zona poniente se observó la presencia de un gran número de pandillas enfrentadas violentamente por el control del territorio (M. Almada, 2012), grupalidades que en los

últimos años fueron cooptadas por los grupos del narcotráfico que ahí se asentaron, pero también aniquiladas por el crimen organizado cuando no quisieron integrarse a sus filas.

Así, la zona poniente resultó ser el principal campo de batalla entre los grupos del narcotráfico que se disputaban el control de la región, pelea que en la mayoría de los casos fue desarrollada por hombres jóvenes que ahí habitan y socializan (Díaz, 2008).

Para el año 2015 la zona poniente presentó una tasa delictiva superior al promedio municipal en delitos como el homicidio, el robo a casa, negocio, transeúnte y las lesiones dolosas (PRONAPRED, 2015).

Según el PRONAPRED (2015), en la zona poniente existen por lo menos 317 instituciones públicas y privadas que realizan algún tipo de intervención psicosocial que apoyan en la prevención del delito y la violencia, aunque la gran mayoría de ellas resultan ser escuelas públicas (238), sobre todo de los niveles básicos (23 guarderías, 40 kínderes, 125 primarias, 21 secundarias, 18 preparatorias y 4 de nivel superior). Mientras que los centros especializados para la atención psicosocial de la inseguridad y la violencia (centros de salud y centros comunitarios estatales y municipales) sólo suman 13 instituciones.

En la zona poniente también destaca el número de iglesias católicas (40) y los centros de rehabilitación contra las adicciones (26) que en su mayoría operan bajo el modelo de ayuda mutua con tratamientos residenciales (PRONAPRED, 2015).

3.2 Jóvenes del poniente de ciudad Juárez

Según datos del “Diagnóstico integral del municipio de Juárez, Chihuahua, 2015” (PRONAPRED, 2015), en la zona poniente de la ciudad habitan poco menos de 40 mil personas jóvenes con edades de entre 15 y 24 años.

Por su parte, Cervera (2015) menciona que la zona poniente de Juárez muestra una alta probabilidad de incidencia delincencial juvenil, posibilidad que al mismo tiempo correlaciona con los déficits en infraestructura educativa, sobre todo en el nivel medio superior, lo mismo que con la ausencia de amenidades para los jóvenes, tales como parques e instalaciones deportivas.

En el periodo que va del año 2007 al año 2010, 2,456 jóvenes cumplieron alguna sentencia en la Escuela de Mejoramiento Social para Menores de Juárez (EMSMJ), la mayoría de ellos hombres (91.3%), siendo la región poniente la que más residentes aportó, mientras que las infracciones más comunes fueron el robo (en sus distintas modalidades), daños y lesiones (Cervera, 2015).

Es importante señalar que a partir del año 2010 comenzaron a registrarse “nuevas” infracciones entre los jóvenes reclusos en la EMSMJ tales como el secuestro y la extorsión, conductas tipificadas como delitos que estuvieron íntimamente relacionadas con las operaciones del crimen organizado (Cervera, 2015), al mismo tiempo que con aquellas subjetividades que tiene como eje articulador la dominación generalizada del otro.

En este sentido, se ha observado la facilidad con la que las personas jóvenes de la zona poniente son cooptadas y enroladas por la delincuencia organizada, sobre todo para participar en el narcotráfico y el narcomenudeo y/o las redes de explotación sexual comercial (M. Almada, 2009).

Entre los años 2011 y 2015 se registraron 429 asesinatos en la zona poniente, lo que representa una tasa de homicidios superior a la municipal (PRONAPRED, 2015), cuyas víctimas principales una vez más resultaron ser hombres jóvenes, a los que sistematizadamente se les criminaliza, toda vez que se les presupone como delincuentes al servicio de los grupos del narcotráfico (J. Monárrez, 2013; Wright, 2013).

En el poniente de Juárez las violencias de muerte no son las únicas que afectan a sus jóvenes, muchos de ellos llevan a cuentas otro tipo de experiencias violentas. Dentro del entorno familiar

muchas personas jóvenes sufrieron violencia durante su infancia, siendo la omisión de cuidados y el maltrato físico las prácticas más comunes (Cervera, 2015). Mientras que en el espacio público los hombres jóvenes cotidianamente experimentan discriminación, estigmatización, criminalización e incluso agresiones físicas, jóvenes a los que, con base en su lugar de residencia, manera de vestir, hablar o relacionarse, se les cataloga como “drogadictos” o “delincuentes”, que además sufren detenciones arbitrarias, extorsiones y hostigamiento por parte de los cuerpos de seguridad (M. Almada, 2012).

“Los adultos” que habitan en la misma región tienen la percepción de que los jóvenes son el segundo conflicto socio-comunitario más importante del entorno, solo detrás de la inseguridad y la violencia, percepción que se refuerza cuando estos se agrupan en espacios públicos como la calle (PRONAPRED, 2015). Entre los pobladores de otras zonas existe la representación social de que en el poniente viven “los delincuentes” que bajan a robar al oriente (Moreno, 2007).

Con relación a las agrupaciones juveniles en la zona poniente de Ciudad Juárez durante décadas se observó la alta incidencia del pandillerismo, conocido contextualmente como “el barrio”, el cual puede ser pensado como una comunidad de práctica constructora de identidad (Wenger, 1998), que es predominantemente masculina, estratificada, jerárquica y violenta, la cual, se caracteriza por la búsqueda y la demostración pública de poder a través de la dominación de los territorios sociales (que incluyen a las personas que los habitan, sobre todo otras agrupaciones juveniles) mediante el ejercicio de la fuerza física y otras acciones violentas, prácticas que también sirven para socializar y reconocer públicamente a otros hombres (Cruz, 2014).

Al respecto, Almada (2012) menciona que en las últimas décadas la vida de miles de jóvenes en el poniente de la ciudad ha transcurrido entre el abandono, la violencia y la exclusión social, ante lo cual su colonia, “el barrio”, le ha permitido a cientos ellos, resarcir ciertas carencias afectivas,

construir lealtades, conformar una “nueva” familia (simbólica) y un sentido de vida, transformando la exclusión social en identidad.

Con referencia al consumo de drogas, Pérez (2007) refiere que del total de los hombres jóvenes que habitan en la zona poniente, el 50% de ellos había consumido algún tipo de droga ilegal, siendo la cocaína (crack) y la heroína las sustancias de mayor impacto.

3.3 Justificación y planteamiento del problema de investigación

Ciudad Juárez muestra condiciones, económicas, culturales, geográficas, políticas e históricas particulares que se entremezclan e influyen recíprocamente, conformando lo que Jusidman (2007) denomina como su intensa, compleja y particular realidad social, caracterizada por fuertes asimetrías de poder que se hacen presentes en los distintos contextos que conforman su estructura, lo mismo que en muchos de sus vínculos sociales cotidianos que ahí se establecen, desigualdades que inciden significativamente en las formas de relacionarse y en la construcción de subjetividades.

Entre las principales circunstancias que configuran la realidad social de Ciudad Juárez destacan su condición de frontera y su inherente cultura fronteriza-juareense fuertemente influida por el amplio e intenso poderío de EUA, un flujo constante y permanente de migrantes que en la última década perdió dinamismo, una economía legal fuertemente apoyada en una pujante pero inestable industria maquiladora, la cual ofrece sueldos bajos y malas condiciones laborales, una violencia estructural y sistémica que ha provocado que durante décadas hombres dañen y asesinen a miles de mujeres simplemente por su condición de género y que entre ellos (sobre todo adultos y jóvenes) se maten como resultado del predominio de ideologías y prácticas violentas al servicio de la dominación, una alta incidencia de sus jóvenes en actos delictivos, generaciones de niños que han

sufrido descuidos y maltratos al interior de la familia de origen, una larga tradición pandilleril (generalmente violenta, estratificada y territorializada), un Estado de Derecho maltrecho debido al largo historial de impunidad e ilegalidad, una ideología de género que mantiene vigentes formas tradicionales y estereotipadas de ser hombre y mujer, una cultura del silencio y la complicidad, del uso de armas de fuego, del consumo de alcohol y otras drogas.

Es importante señalar que, aunque en Ciudad Juárez existe una compleja y muy particular realidad social, ésta no es homogénea, no impacta por igual a sus miembros. En la ciudad existen regiones donde las condiciones sociales que integran su realidad se intensifican, además de ciertos grupos poblacionales que resultan mucho más afectados.

Históricamente, el poniente de la ciudad se ha caracterizado por ser una de las zonas más inseguras, violentas y conflictivas del municipio y la de mayores índices de pobreza y vulnerabilidad social. Asimismo, los hombres jóvenes de esa región reiteradamente han sufrido discriminación, criminalización y hostigamiento, además de que se convirtieron en el prototipo de víctimas y victimarios en la reciente escalada de violencia.

Por tanto, se puede señalar que en Ciudad Juárez existen distintas realidades contextuales que se articulan y que una de ellas es la de la zona poniente. Y que existen distintas maneras de negociarlas, significarlas, crear subjetividad y relaciones intersubjetivas. Identificando variaciones construidas y configuradas a partir del género, la raza y la clase social (Connel, 1995; Cruz, 2011, 2014; Kaufman, 1989; Viveros, 2016), por el estadio biográfico por el que se atraviesa (Duarte, 2000; Feixa, 2006; Margulis y Urresti, 1998; Reguillo, 2003; Urteaga y Sáenz, 2012), el territorio simbólico que se habita (Alcaraz, 2014; Calavia, 2011; Domínguez y Ravelo, 2011; Giménez, 2005; Zaragoza, 2010), la posición que se ocupa dentro de la estructura social, la importancia

pragmática en la que se está implicado (Dreier, 2011) y las experiencias afectivas significativas dentro de la trayectoria de vida personal (Larrosa, 2006; Nateras, 2016; Wenger, 1998).

Dimensiones que pueden articularse en la identidad como hombre joven, la cual es entendida como la identidad resultante de la intersección entre el género, la clase, la edad social, la sexualidad y la etnia. Articulación que se sustenta en la interseccionalidad (Viveros, 2016), de ahí que la identidad como hombre joven se emplee como categoría analítica y de investigación que además de dar cuenta de la configuración de la realidad social del poniente de Ciudad Juárez, de las particularidades de algunas de las subjetividades que ahí se construyen y sobre la relación que existe entre ambas dimensiones, también posibilita identificar, visibilizar y cuestionar relaciones sociales de dominación, situadas, contextualizadas y encarnadas específicamente.

Así bien, la utilización de la identidad como hombre joven permitió asumir el principio de complementariedad en el análisis para la investigación social propuesto por Cubides y Duran (2002), el cual pugna por estudiar al “objeto social” en por lo menos tres niveles posibles: 1) como elemento singular, 2) como un conjunto imbricado de relaciones y 3) como posible operador de cambio en el sistema social abierto al que este pertenece.

En este sentido, el estudio del proceso de construcción de identidades como hombre joven dentro de la zona poniente de Ciudad Juárez permite construir y ampliar el conocimiento sobre la compleja realidad social de la ciudad, su contextualización en la zona poniente, al igual que sobre las formas de elaboración subjetiva y relacional, conocimiento crítico que constituye un bien común que posibilita la transformación socio-identitaria, sobre todo para los sujetos investigados (Perilla y Pérez, 2011), hombres jóvenes que histórica, social y contextualmente han sido invisibilizados, silenciados, ignorados, excluidos, discriminados, estigmatizados, violentados e incluso asesinados, toda vez que sistemáticamente ocupan distintos lugares de subordinación

dentro de la organización social de la ciudad, de ahí la importancia de darles voz, en tanto sujetos activos en la construcción de la realidad social y de sus identidades, cuyas voces pueden ser escuchadas por otros y resignificadas por ellos.

3.4 Hipótesis de trabajo

La violencia, la pobreza y la vulnerabilidad social inciden en las prácticas y los significados que forman parte del proceso de construcción de identidades como hombre joven en el poniente de Ciudad Juárez.

3.5 Objetivo general

Analizar el proceso de construcción de identidades como hombre joven en poniente de Ciudad Juárez.

3.6 Objetivos específicos

Analizar cómo el contexto generalizado de violencia incide en las prácticas y significados que forman parte del proceso de construcción de identidades como hombre joven en el poniente de Ciudad Juárez

Estudiar de qué manera influyen las condiciones de pobreza y vulnerabilidad social en las prácticas y significados que integran el proceso de construcción de identidades como hombre joven en el poniente de Ciudad Juárez.

Identificar las particularidades de otros de los principales generadores de prácticas y significados dentro del proceso de construcción de identidades como hombre joven en el poniente de Ciudad Juárez

3.7 Preguntas que orientaron la investigación

¿Cómo incide el contexto generalizado de violencia en las prácticas y significados que forman parte del proceso de construcción de identidades como hombre joven en el poniente de Ciudad Juárez?

¿De qué manera influyen las condiciones de pobreza y vulnerabilidad social en las prácticas y significados que integran el proceso de construcción de identidades como hombre joven en el poniente de Ciudad Juárez?

¿Cuáles son las particularidades de otros de los principales generadores de prácticas y significados dentro del proceso de construcción de identidades como hombre joven en el poniente de Ciudad Juárez?

“Dejando de lado los motivos, atengámonos a la manera correcta de llorar, entendiendo por esto un llanto que no ingrese en el escándalo, ni que insulte a la sonrisa con su paralela y torpe semejanza. El llanto medio u ordinario consiste en una contracción general del rostro y un sonido espasmódico acompañado de lágrimas y mocos, estos últimos al final, pues el llanto se acaba en el momento en que uno se suena enérgicamente. Para llorar, dirija la imaginación hacia usted mismo, y si esto le resulta imposible por haber contraído el hábito de creer en el mundo exterior, piense en un pato cubierto de hormigas o en esos golfos del estrecho de Magallanes en los que no entra nadie, nunca. Llegado el llanto, se tapará con decoro el rostro usando ambas manos con la palma hacia adentro. Los niños llorarán con la manga del saco contra la cara, y de preferencia en un rincón del cuarto. Duración media del llanto, tres minutos.”
(Julio Cortázar, 1962, Historias de cronopios y de famas)

Capítulo 4. Aproximación Metodológica

En este capítulo se enuncian las características del abordaje metodológico. Se puntualizan las acotaciones teórico-analíticas de la investigación. Se describe la forma en que se seleccionó a los participantes, la estrategia de investigación y las técnicas empeladas para construir la información. Se muestra la manera en la que se analizó la información. También se presentan las consideraciones éticas que orientaron el desarrollo del estudio.

4.1 Abordaje metodológico

El construccionismo social fue el marco teórico-referencial a partir del cual se realizó la investigación, un paradigma comprensivo/interpretativo que: 1) considera que la realidad es una elaboración humana en la que la importancia de los objetos y/o acontecimientos es atribuida por las propias personas en colectividad, 2) asume que el conocimiento se construye relacional y cotidianamente entre sujetos activos, representantes y portadores de una cultura determinada y, 3) se encamina a estudiar fenómenos sociales en su especificidad, ubicados en tiempo y en espacio, tratando de conocer el punto de vista de los actores sociales y el sentido que estos atribuyen a sus acciones (Ito y Vargas, 2005).

En este sentido, se optó por un enfoque cualitativo de investigación debido a que permite comprender la perspectiva de los participantes acerca de los fenómenos que los rodean, además de profundizar en sus experiencias, perspectivas, opiniones y significados, es decir, en la forma en que perciben subjetivamente su realidad (Hernández et al., 2010).

Asimismo, el enfoque cualitativo posibilita estudiar en profundidad los fenómenos sociales y explorar la red de relaciones simbólicas que son parte de las significaciones y prácticas de las personas que los experimentan (Salguero, 2008).

En este estudio, el enfoque cualitativo de investigación permitió identificar algunas de las principales prácticas y significados que intervienen en el proceso de construcción de identidades como hombre joven en la zona poniente de Ciudad Juárez.

Ito y Vargas (2005) señalan que en la investigación cualitativa se privilegia la cercanía relacional y subjetiva entre sujetos para obtener, además de conductas observables, estados internos, además de que permite aprehender el significado de la conducta y las características del contexto de la interacción social.

Así bien, en este tipo de abordaje se hace énfasis en la relación sujeto-sujeto, el sujeto “investigador” restituye el estatus de sujeto a lo “investigado”, lo que implica que el proceso de producción de conocimiento es construido por un diálogo entre visiones que involucra la participación activa de ambos como artífices principales igualmente validos (Cubides y Duran, 2002).

Así, para analizar el proceso de construcción de identidades como hombre joven se empleó una metodología hermenéutica y dialéctica, la cual considera la naturaleza variable y subjetiva de las construcciones sociales y la susceptibilidad de acceso a ellas (refinamiento e interpretación) a través de la interacción y el dialogo entre investigador e investigado (Guba y Lincoln, 1998).

Asimismo, el presente estudio se desarrolló considerando las tres dimensiones que Reguillo (2003) considera como fundamentales para aquellas investigaciones que toman como referencia algún paradigma comprensivo-interpretativo, en este caso el construccionismo social: 1) la capacidad activa de los sujetos en la construcción de la realidad, 2) el lenguaje y las prácticas no sólo como vehículos sino como constructores de realidades y, 3) la problematización constante de los propios supuestos del investigador.

4.2 Acotaciones teórico-analíticas de la investigación

La presente investigación quedó acotada por los supuestos del construccionismo social (Berger y Luckmann, 1968; Cubides y Duran, 2002; Gergen, 2001; Guba y Lincoln, 1998; Íñiguez, 2005; Pearce, 1998; Rizo, 2015), la conceptualización de la identidad (Alberti, 1995; Cruz, 2011; Giménez, 2005; Salguero, 2008; Wenger, 1998) entendida como el punto de unión entre la sociedad y el individuo que configura una manera particular de estar en el mundo y actuar en consecuencia y por la categoría analítica y de investigación “hombre joven” (García e Ito, 2009) que en este estudio quedó definida como la identidad resultante de la intersección entre el género, la clase, la edad social, la sexualidad y la etnia, una identidad que tiene como eje articulador las relaciones de poder en donde los sujetos que la encarnan, repetida y sistemáticamente ocupan posiciones de subordinación (Urteaga y Sáenz, 2012; Viveros, 2016).

Para investigar el proceso de construcción de identidades como hombre se decidió estudiar la vida cotidiana y algunas de las principales experiencias afectivas en la trayectoria de vida de cada uno de los participantes. Dimensiones que más que temas de estudio, fungieron como lugares metodológicos para interrogar la realidad social de la zona poniente de Ciudad Juárez (un territorio caracterizado por las condiciones de pobreza, vulnerabilidad social, inseguridad y violencia), la

subjetividad y la relación que existe entre ambas, toda vez que en ella se fundamenta el proceso de construcción de identidades.

En este sentido, Reguillo (2003) destaca que el análisis de la vida cotidiana constituye una estrategia de investigación transcontextual, lo mismo que transpersonal debido a que ayuda a solventar algunas dificultades metodológicas que subyacen en la investigación social asociadas con los contornos imprecisos del sujeto de investigación y sus prácticas sociales.

Explorar la vida cotidiana permitió aprehender prácticas y significados individuales asociados con la construcción de identidades como hombre joven, las particularidades que conforman la organización social del poniente de Ciudad Juárez y, sobre todo, la relación e interdependencia que existe entre ambas dimensiones.

Por su parte, el estudio de las experiencias afectivas facilitó el análisis de algunos de los principales generadores de acción y sentido relacionado con el proceso de construcción de las identidades (Alcaraz, 2014; Larrosa, 2006; Nateras, 2016; Wenger, 1998), experiencias que las más de las veces tienen correlatos sociales.

Al respecto, Iñiguez (2006) señala que existen semejanzas subjetivas entre los hombres que experimentan los mismos fenómenos sociales, relación que queda de manifiesto y puede ser aprehensible a través de sus discursos, de ahí que también señale que no sería posible encontrar un discurso que exista por sí mismo, sin estar anclado y relacionado con otros, dentro de sistemas culturales específicos.

Así bien, el proceso de construcción de identidades como hombre joven que aquí se intentó analizar resultó a todas luces un fenómeno complejo que acontece en las denominadas zonas transfronterizas de los procesos subjetivo-relacionales en donde intersectan: edad social, género,

sexo, cuerpo, clase, región, globalización, migración, generación, nacionalidad, política, vestido, gustos musicales, etcétera (Urteaga y Sáenz, 2012).

4.3 Elección de los participantes

Los jóvenes con los que se realizó el estudio habitan, conviven y se relacionan en el denominado polígono “A” de Ciudad Juárez, ubicado en la región norponiente y constituido por 52 colonias (PRONAPRED, 2015).

La elección de los participantes puede considerarse como no probabilística y por conveniencia (Hernández et al., 2010), a partir de los siguientes criterios de inclusión:

- Hombres mayores de edad
- Residentes de la zona poniente de Ciudad Juárez con al menos 10 años de antigüedad
- Participación voluntaria

Se trabajó con seis hombres jóvenes con edades entre los 18 y 25 años, habitantes del denominado polígono A de Ciudad Juárez, con un tiempo de residencia en la zona mayor a 10 años al momento de llevar a cabo el estudio, quienes firmaron “un consentimiento informado” y decidieron participar voluntariamente en la investigación.

La elección de los participantes se realizó en dos fases. La primera de ellas, más cercana a la construcción del objeto de estudio y su problemática, se llevó a cabo con base en criterios de vulnerabilidad social, entendida como la inseguridad e indefensión que experimentan las comunidades, familias e individuos en sus condiciones de vida cotidiana a consecuencia del impacto provocado por algún tipo de evento o condición económico-social que puede resultar traumática, lo mismo que por la insuficiencia de los recursos y/o las estrategias que utilizan las personas para enfrentar los efectos de ese evento (Pizarro, 2001).

Así bien, la revisión bibliográfica y el trabajo de campo permitieron ubicar algunas de las principales condiciones sociales que impactan negativamente en la vida cotidiana y/o afectiva de sus pobladores, a saber, la violencia, la pobreza y la vulnerabilidad social. También posibilitó identificar regiones y segmentos poblacionales en los que dichas condiciones se exacerban, a saber, la zona poniente de Ciudad Juárez y los hombres jóvenes que ahí habitan.

En un segundo momento y una vez que aconteció el ingreso al contexto y la población de estudio, la selección de los participantes se desarrolló con base en criterios de conveniencia en la que se estudian casos típicos, lo mismo que representativos del contexto de análisis, una estrategia metodológica que permite el desarrollo de la investigación, la generación de conocimiento de manera expedita y la optimización de los recursos (Hernández et al., 2010). Así, dadas las limitaciones que cualquier proceso de investigación conlleva y considerando el respeto, la importancia y el seguimiento que cada participante merece, se determinó trabajar con los primeros seis jóvenes que cumplieran con los criterios de inclusión.

4.4 Estrategia de acceso al contexto de estudio y su población

Distintos autores (Ito y Vargas, 2005; Ramírez y Gouveia, 2011; Valles, 1999) señalan que, más que una técnica de recolección de información, el trabajo de campo constituye una estrategia de investigación en sí misma, una que es amplia y potente, la cual posibilita observar y aprehender cómo viven y se organizan grupos y/o personas en su cotidianidad.

Ramírez y Gouveia (2011) señalan que el trabajo de campo permite al investigador social adentrarse en una comunidad social específica, con la intención de conocer e interpretar las actividades de la gente que se encuentra inmersa en ella.

En este sentido, la presente investigación utilizó el trabajo de campo como principal estrategia de investigación, la cual incluyó una revisión bibliográfica sobre la realidad social de Ciudad Juárez y su zona poniente, la incursión al campo propiamente dicha, la identificación y la participación en algunos los principales contextos de socialización para los hombres jóvenes de esa región y el encuentro y la socialización con los informantes clave y los participantes.

Asimismo, el trabajo de campo también sirvió como base para la elaboración y refinamiento del marco teórico, la guía de entrevista y la interpretación de la información co-construida.

4.5 Técnicas para la obtención de la información

En correspondencia con los abordajes de investigación cualitativa y con el construccionismo social, se privilegió la utilización de técnicas de investigación relacionales y participativas, tales como la observación (casual y participante) y la entrevista semiestructurada.

4.5.1 Observación, observación casual y observación participante

Probablemente la observación sea la técnica más antigua utilizada por las personas para conocer el mundo y obtener conocimiento. A partir del construccionismo social y desde una perspectiva cualitativa de investigación, se sabe que a partir de la observación es posible entrar en contacto con los fenómenos sociales y estudiarlos y que la observación implica un papel activo del observador ante lo observado, de ahí que inevitablemente exista una injerencia (subjética y/o relacional) sobre aquello que se observa, sobre todo si es otra persona, influencia que es recíproca.

Según Valles (1999), se utiliza la observación directa en pos del “realismo”, es decir, con el objetivo de conocer los fenómenos tal y como ocurren en sus escenarios naturales, para estudiar la reconstrucción de sus significados, contando con el punto de vista de los sujetos observados,

además de que permite al observador contar con su versión de los hechos, objetivos que son sucesibles de lograrse si se adopta una posición activa al respecto, si se asume y se desarrolla una observación participante.

En este sentido, la observación participante puede entenderse como una estrategia metodológica compuesta por una serie de técnicas de obtención y análisis de datos que van desde la observación propiamente dicha o casual hasta la participación directa, pasando por distintos grados y combinaciones de implicación y acción social (Valles, 1999).

4.5.2 La entrevista semi estructurada

Para Miguel Valles (1999) la conversación, junto a la observación y el análisis de documentos, forma parte del trípode técnico fundamental en la investigación social. También menciona que, cuando la conversación es relativamente estructurada, puede denominarse como entrevista y que existen varios tipos, diferenciables a partir de los objetivos que cada uno persigue.

En la presente investigación se emplearon dos tipos de entrevista.

El primer lugar, se utilizó la entrevista “conversacional” (Valles, 1999), que forma parte tanto de la observación casual como de la observación participante. Recordando que el lenguaje constituye una de las principales prácticas relacionales (Gergen, 2001; Íñiguez, 2005), de ahí el predominio en su utilización como técnica de investigación, toda vez que posibilita el acceso relacional y discursivo con el contexto de investigación y los participantes.

En segunda instancia, se utilizó la entrevista “semi estructurada” o “focalizada”, que, según Nicolini (2015), es una técnica de investigación individual caracterizada por la existencia de una pauta de entrevista, lo que implica que el investigador posiciona ciertas temáticas de acuerdo a intereses de estudio previamente definidos, además de que asume un rol mucho más activo en la

dirección de la conversación. Esto implica hablar con los interlocutores sobre lo que hacen y de lo que son, o más bien, sobre lo que creen hacer y ser.

En este sentido, los discursos de los sujetos deben ser obtenidos relacionamente y comprendidos contextualmente, es decir, como productos de la interacción social que los genera y por medio de la cual se recogen e interdependientes del contexto sociales donde ocurre la interacción y la socialización. De esa manera es que el habla de los sujetos remite a prácticas y significados individuales, lo mismo que contextuales y relacionales, aprehensibles interna y discursivamente (Nicolini, 2015).

Como técnica de investigación, la entrevista semiestructurada no es rígida, ni en la enunciación de las preguntas, ni en su cronología, por el contrario, permite el empleo de los cuestionamientos en función de las pautas conversacionales construidas en cada encuentro, además de que posibilita introducir cuestionamiento adicionales para precisar conceptos u obtener mayor información sobre los temas de interés (Hernández et al., 2010).

Tomando como base el construccionismo social, el concepto de identidad, la categoría hombre joven y la información recabada durante la inmersión al campo, se desarrolló un guion de entrevista. Asimismo, la elaboración de las preguntas que conformaron el interrogatorio se realizó a partir de los “conceptos clave” relacionados al objetivo de la investigación (Nicolini, 2015), a saber, analizar el proceso de construcción de identidades como hombre joven en la zona poniente de Ciudad Juárez.

4.6 Análisis de la información

Para Ito y Vargas (2005), el análisis de la información dentro de la investigación cualitativa tiene como objetivo fundamental la elaboración de cierta realidad lo más cercano posible a la

construcción que los participantes han hecho de ella, información que se construye relacional y contextualmente en la que investigador e investigado participan activamente.

Asimismo, esta investigación consideró que la realidad se elabora socialmente y que los instrumentos con los que se construye son discursivos, accionables, relacionales, cotidianos y contextuales (Berger y Luckmann, 1968; Íñiguez, 2005; Pearce, 1998; Reguillo, 2003). De ahí que el análisis del discurso permita dar cuenta de la subjetividad de quien habla, sobre lo que hace y del contexto social donde se construye, relación que no es explícita, por el contrario, es necesario encontrar las prácticas y significaciones que ahí subyacen.

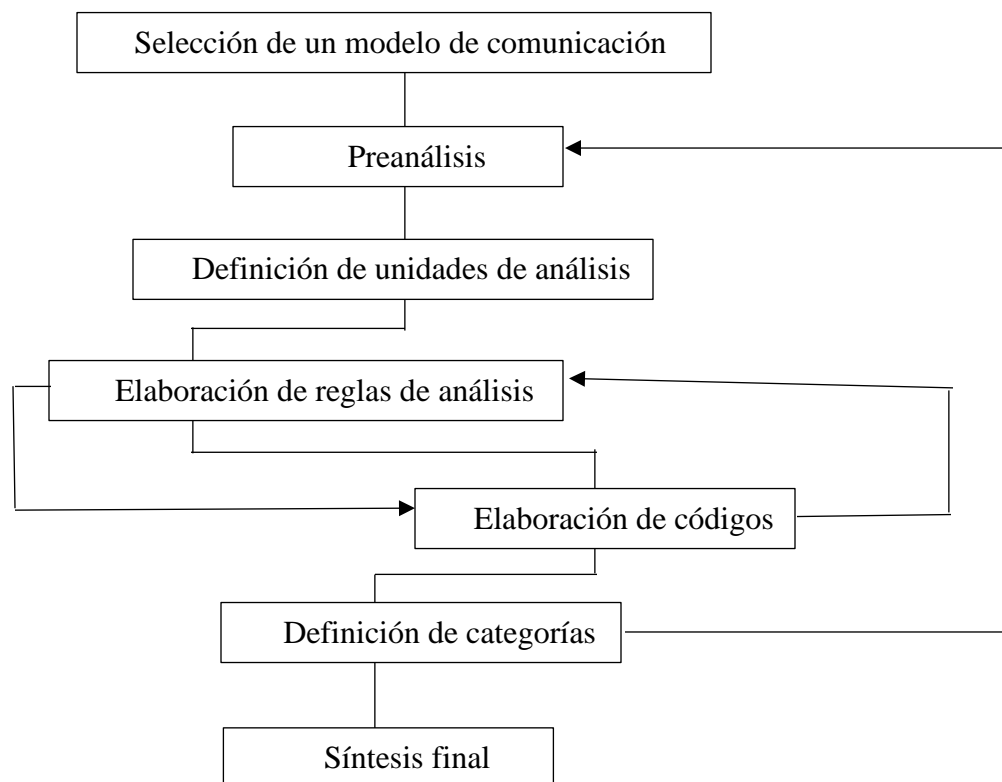
Así bien, se optó por realizar un análisis de contenido de tipo cualitativo para estudiar los discursos de los participantes obtenidos mediante entrevistas semiestructuradas. Análisis que según Valles (1999, p. 387) puede ser definido como interpretacional, toda vez que no presupone la existencia de estructuras que el investigador tenga que desentrañar... más bien, lo que se pretende es la identificación (y categorización) de elementos (temas, pautas, significados, contenidos) y la exploración de sus conexiones, de su regularidad, rareza y de su génesis y sus posibles significaciones.

Por tanto, el análisis de la información es entendido como un ejercicio hermenéutico orientado por los referentes teóricos, el trabajo de campo y la subjetividad del propio investigador.

El análisis de contenido desarrollado en esta investigación tomó como base el contenido manifiesto de los discursos de los participantes obtenidos mediante las entrevistas, es decir, que procede de prácticas sociales que instrumentalmente recurren a la comunicación para facilitar la interacción, para posteriormente buscar la emergencia de aquellos significados latentes que subyacen a las producciones discursivas (Piñuela, 2002), en este caso, los asociados con el proceso de construcción de identidades como hombre joven.

Finalmente, el análisis cualitativo de contenido de los discursos de los participantes se realizó tomando como base la propuesta técnica que Cáceres (2003) propone (figura 2).

Figura 2. *Propuesta el análisis cualitativo pospuesto por Cáceres (2003)*



4.7 Consideraciones éticas

La investigación social, al igual que la socialización cotidiana, implica enfrentar distintos y variados dilemas éticos que pueden ser entendidos como aquellas valoraciones que hacen referencia al actuar de las personas y su relación con el bien común, es decir, sobre aquello cuya existencia es preferible a su ausencia (Mondragón, 2007).

También se sabe que la investigación social posmoderna no es inocua para sus participantes, toda vez que se desarrolla a partir de procesos subjetivo-relacionales entre sujetos activos que construyen conocimiento. Conlleva procesos creativos y reflexivos que inciden en la subjetividad

de los implicados, los cuales, en algunos casos pueden resultar riesgosos o potencialmente perjudiciales para los implicados.

Por lo tanto, ni los dilemas éticos, ni los riesgos asociados con la práctica investigativa pueden ser evitados, sin embargo, sí pueden ser reflexionados y en muchos casos atenuados.

En el presente estudio, los dilemas éticos y los riesgos asociados se hicieron presentes desde el momento de la elección del tema de investigación y hasta la publicación de la información, pasando por el trabajo de campo, la selección de los participantes, la manera de construir el conocimiento y el refinamiento de la información. Dilemas y riesgos que se atendieron tomando como base el “Código Ético del Psicólogo” (2007), aunado a los principios de beneficencia, autonomía, justicia (Mondragón, 2007) y valía (M. González, 2002), los cuales se describen a continuación:

Beneficencia: anteponer el bienestar de los participantes por encima de cualquier riesgo que el estudio pudiera representarles.

Autonomía: respetar la capacidad de cada participante para tomar las decisiones importantes en vida, según sus propios valores y deseos, libres de coerción, manipulación o interferencias.

Justicia: dar voz a los participantes, en tanto sujetos sociales que históricamente han sido invisibilizados, discriminados y estigmatizados.

Valía: reafirmar la categoría de actor social en cada uno de los participantes en tanto poseedores de derechos y libertades, reconocidos como “expertos” e “interlocutores válidos” en la construcción de conocimiento.

Por tanto, estas consideraciones éticas se encaminaron a garantizar el respeto de los derechos humanos, creencias y valores de los participantes, a anteponer su seguridad al desarrollo de la investigación, a asegurar que su participación y permanencia durante la investigación fuera

voluntaria, a guardar la confidencialidad y privacidad, a reiterar la posibilidad de réplica o contra argumentación sobre la información construida, además de ofrecer la posibilidad de recibir contención psicológica, como estrategia para atenuar los posibles efectos subjetivos perjudiciales derivados de su participación.

Así bien, la presente investigación reconoce que:1) durante su desarrollo existieron riesgos entre los que destacan la sensibilidad de la información construida, de ahí la importancia de guardar el anonimato de los participantes y de omitir toda aquella información que permitiera su identificación y, 2) el estudio también puede ser considerado como un bien común toda vez que generó conocimiento científico crítico sobre la realidad social del poniente de Ciudad Juárez y su incidencia en las prácticas y significados asociados con el proceso de construcción de identidades como hombre joven. Conocimiento que lleva implícita la posibilidad de un cambio socio-identitario encaminado a revertir desigualdades e injusticias contextuales y poblacionales, al mismo tiempo que reconoce la capacidad de agencia, gestión y decisión en cada uno de los participantes para asumir posiciones, posturas y acciones al respecto.

4.7.1 Consentimiento informado

La presente investigación se realizó de acuerdo con el artículo 122, capítulo IV, del Código Ético del Psicólogo (2007) que refiere lo siguiente: “El psicólogo que realiza una investigación o estudio, bajo cualquier circunstancia, obtiene consentimiento informado de los participantes. Tal consentimiento informado se documenta de manera apropiada, informándoles la naturaleza de la investigación”. (p. 82)

En este sentido, el Reglamento de la Ley General de Salud en materia de Investigación para la Salud (2014), define el consentimiento informado como el acuerdo por escrito, mediante el cual,

el sujeto de investigación o, en su caso, su representante legal, autoriza su participación en la investigación, con pleno conocimiento de la naturaleza de los procedimientos y riesgos a los que se someterá, con la capacidad de libre elección y sin coacción alguna.

Adicionalmente, esta investigación consideró al consentimiento informado como un acuerdo consensuado entre el investigador y el investigado, organizado en torno a la confidencialidad y la salvaguarda de la información construida relacionamente, cuya vigencia no concluye con la finalización de las entrevistas, con el cierre formal de la investigación, ni con la publicación de la información, sino que será permanente.

“El modo más cómodo de conocer una ciudad es averiguar cómo se trabaja en ella, cómo se ama y cómo se muere. En nuestra ciudad, por efecto del clima, todo ello se hace igual, con el mismo aire frenético y ausente. Es decir, que se aburre uno y se dedica a adquirir hábitos.”
(Albert Camus, 1947, La peste)

Capítulo 5. Resultados y análisis de la información

En este capítulo se presentan los resultados de la investigación y su análisis. Se reflexiona sobre las formas en las que se construyó conocimiento y el esfuerzo realizado para tratar de integrarlas. Se desarrolla un ejercicio de reflexividad que intenta mostrar a los lectores el posicionamiento ético y político del investigador, inherentes en el desarrollo de la investigación. Se presenta la estrategia empleada para acceder al contexto y la población de estudio. Se describen las generalidades de los informantes clave y el apoyo que ofrecieron a la investigación. Se realiza una descripción del contexto de investigación a partir de las cuatro incursiones al campo que se realizaron. Se presenta a cada uno de los participantes de la investigación. Finalmente se realiza una breve reflexión sobre la experiencia subjetiva por parte del investigador

5.1 Reflexiones en torno a la construcción de conocimiento y el análisis de la información

En este capítulo se exponen los resultados obtenidos en la investigación, conocimiento que, como se ha mencionado, fue construido mediante procesos relacionales y hermenéuticos.

Metodológica y analíticamente es posible diferenciar dos grandes tipos de conocimiento construidos durante la investigación, identificables a partir del lugar de quien presenta.

Así, uno de estos conocimientos estuvo gobernado por las interpretaciones que realizó el propio investigador sostenidas en gran medida por el trabajo de campo y la observación participante, el cual puede ser catalogado como “etic” (genérico, predictivo, exterior), es decir, elaborado “desde afuera”, por alguien “externo” al contexto social de estudio y su población, un conocimiento

construido por interpretaciones de segunda instancia, mediadas por las experiencias subjetivas padecidas durante la investigación, lo mismo que por los referentes teóricos que se mencionaron en los capítulos previos, al igual que por la propia historia de vida del investigador, elementos que permanentemente interactúan, se influyen y se confunden (Cubides y Duran, 2002; Reguillo, 2003).

El otro tipo de conocimiento fue el que correspondió al proceso relacional acaecido entre el investigador y cada uno de los participantes, el cual tomó como base la entrevista semiestructurada para ser co-construido. Conocimiento que puede ser definido como de tipo “emic” (interior, específico, finalista) debido a que privilegia el punto de vista de los investigados, discursos que fueron asumidos como “verdaderos”, “validos” e interdependientes del contexto social al que pertenecen, interpretaciones de primera instancia que los participantes elaboran a partir de su experiencia social cotidiana (Cubides y Duran, 2002; Reguillo, 2003). Un tipo de conocimiento que se buscó privilegiar en la investigación.

Asimismo y con base en lo propuesto por Cubides y Duran (2002), este estudio intentó confrontar y articular hasta donde fue posible las interpretaciones de segunda instancia (etic, realizadas por el investigador, “desde fuera”) con las interpretaciones de primera instancia (emic, hechas por los participantes “desde adentro”), lo anterior, como un intento de asumir una “actitud de reflexividad objetiva” que posibilite establecer una relación dialógica entre investigador e investigados que abone al cambio y a la transformación social encaminada al respeto de los derechos humanos de los participantes y a construir sociedades más justas e igualitarias en términos de acceso a las mismas oportunidades de desarrollo.

Es importante señalar que la actitud de reflexividad resulta inherente a la práctica investigativa que se fundamenta en perspectivas interpretativo-hermenéuticas, miradas que no sólo buscan

problematizar al “sujeto de estudio”, sino su contexto social y las herramientas utilizadas para conocerlo, intentan conciliar hasta donde es posible la oposición “exterior-interior” como parte de la tensión indisociable a la producción de conocimiento científico, que estudia fenómenos y/o actores sociales complejos (Reguillo, 2003).

5.2 Ejercicio de reflexividad en la investigación

El ejercicio de reflexividad puede ser entendido como una forma de mostrar a las audiencias que participaran en el estudio (participantes, informantes, tutores, revisores, el Programa de Maestría y Doctorado en Psicología del Universidad Nacional Autónoma de México [UNAM], lectores, etc.) la inversiones personales que el investigador transfirió en su desarrollo, algunos de los sesgos que orientaron la investigación, las sorpresas y las “derrotas” durante su elaboración, las formas en las que los tropos literarios prestan fuerza retórica al reporte investigativo y/o las formas en que se han evitado o suprimido ciertos puntos de vista (Cubides y Duran, 2002; Gergen, 2018; Reguillo, 2003; Viveros, 2016).

En este ejercicio de reflexividad se intenta mostrar quién es el que escribe, desde dónde lo hace y lógica interna que orienta su escritura, siempre con referencia a un otro que desde el inicio orientó el diseño y el desarrollo del estudio, un otro que ha encontrado representación en la población de estudio, en cada uno los informantes clave y de los participantes y/o en los lectores del presente escrito, un otro con quien se ha buscado dialogar y construir conocimiento.

Para desarrollar el ejercicio de reflexividad el investigador ha decidido emplear una redacción en tercera persona, con lo cual, discursivamente se busca reafirmar el distanciamiento anhelado cuando se intenta pensar, lo previamente pensado.

Así bien, el que escribe lo hace a partir de una condición social que le ofrece ciertos privilegios, hombre adulto-joven de 38 años de edad, ciudadano, oriundo y residente de la Ciudad de México, heterosexual, casado y sin hijos (aún). Alguien quien hoy día goza de una posición económica y académica privilegiada en comparación con las medias nacionales, recordando que según datos del Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (2019) en México existen más de 52 millones de personas en condición de pobreza y que el promedio de escolaridad en el país se ubica en los 10.1 años, lo que equivale al segundo año de la educación media superior, mientras que en Ciudad Juárez el 78% de su población puede ser clasificada como pobre o vulnerable con un nivel educativo municipal de 9.6 años, que en zonas como el poniente desciende hasta alcanzar los 6.6 años, es decir, estudios truncos a inicio del nivel secundaria.

Un hombre que, como millones de personas en el país, fue socializado a partir de valores y técnicas de la denominada “pastoral cristiana” (Foucault, 1988). Alguien que, como comentó el cineasta español Luis Buñuel, “pertenece, y muy profundamente, a la civilización cristiana”, “cristiano, si no por la fe, por la cultura”, “si acaso hereje y por lo tanto católico por filiación” (Solórzano, 2005). Un linaje que en “El Nuevo Mundo” se edificó mediante diversas técnicas de dominación colonial, las cuales se intensificaron y diversificaron en la América Latina (un sistema cultural amplio del que México forma parte), esto como resultado de los procesos de universalización y secularización del siglo XIX impulsados en gran medida por el aporte francés (en lo cultural) y anglosajón (en lo técnico) que terminaron por relegar a la marginalidad el mundo "español", a diferencia de lo ocurrido con parte de Norte América (la anglosajona y la canadiense-francesa) que, gracias a su herencia colonial británica y francesa, pudieron hacerse de la hegemonía en el continente y después a nivel global (Dussel, 1964). Por tanto, el que escribe se reconoce como un laico-cristiano latinoamericano (Dussel, 1992) y mexicano, que, aunque busca alejarse

de toda creencia mítico-religiosa, sigue conservando como parte de su subjetividad algunos de los principios socializadores de dicho paradigma.

Se sabe que la civilización cristiana es amplia y que llegó a constituir uno de los principales sistemas político-religiosos en Europa y América, cuyo poderío sigue operando en realidades sociales de América Latina como la de México. Como Institución, desde hace centenas la pastoral cristiana ha perseguido el control y la sujeción intensa, variada y masiva de los individuos, “pensamiento, palabra, obra y omisión” (Foucault, 1988), objetivos que las más de las veces se contraponen con los principios emancipatorios y subversivos que supuestamente orientaron la vida de Cristo y que teóricamente constituyen la base de su dogma de fe. Al respecto, la escritora Isabel Allende (1982), en su novela; “La casa de los espíritus”, resume la contraposición ideológica y práctica que durante centenas ha existido entre Institución Eclesiástica en la regiones como América Latina y los principios en los que se fundamenta: “Hijo mío, La Santa Madre Iglesia está a la Derecha, pero Jesucristo siempre estuvo a la Izquierda” (p. 201).

Históricamente, en México la pastoral cristiana ha buscado reivindicar las condiciones sociales de pobreza y precariedad que durante centenas han asolado a la mayoría de sus pobladores, al mismo tiempo que ha exaltado el ascetismo y la penitencia como las principales vías de acceso al “bienestar” y la “felicidad venidera y eterna” negadas en esta tierra, ideologías que han abonado al control de las masas y a la justificación de las desigualdades sociales.

“Entonces Jesús dijo a sus discípulos: De cierto os digo, que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos. Otra vez os digo, que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios”. (Reyna Valeria, 1960, v. Mateo 19:23)

“Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación. Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados... porque de ellos es el reino de los cielos”. (Reyna Valeria, 1960, Mateo 5:2).

Elena Poniatowska (1969) en su novela “hasta no verte Jesús mío”, muestra algunas de las características subjetivas asociadas a la pastoral católica mexicana, constituida a partir de una mezcla de cosmovisiones europeas (sobre todo españolas) y prehispánicas, que la mayoría de las veces ha servido para justificar el dominio, la precariedad, el sufrimiento y el castigo que históricamente han padecido grandes sectores poblacionales en el país, sobre todo los grupos indígenas:

“¿Por qué vine de pobre esta vez si antes fui reina? Mi deuda debe ser muy pesada ya que Dios me quitó a mis padres desde chica y dejó que viniera a abonar mis culpas sola como lazarina. Debo haber sido muy mala; por eso el Ser Supremo me tiene en la quinta pregunta para poder irme limpiando de mi cizaña. Para reconocer el camino espiritual necesita uno atravesar muchos precipicios, dolores y adolescencias. Así el protector que nos guía puede manifestarse a través de nuestro sufrimiento”. (p. 10)

Doctrinas las anteriores que el investigador no solo rechaza categóricamente, sino que pugna por revertir. El que escribe considera que las condiciones de pobreza y precariedad suelen ser el resultado de formas de organización socioeconómica caracterizadas por marcadas asimetrías de poder, elaboraciones, que, sin minimizar su arraigo y poderío, son susceptibles de cambios y transformaciones. De ahí que el investigador acepte y promueva el cambio social encaminado a construir sociedades más justas e igualitarias en términos de acceso a las mismas oportunidades, recursos y beneficios, tomando como base los principios de igualdad y no discriminación para todas las personas.

Como se ha mencionado, la pastoral cristiana también promueve, al menos discursivamente, el lazo social, la ayuda y la solidaridad con el otro, sobre todo con “el necesitado”, un tipo de altruismo que, si bien promete la gloria de Dios, también permite visibilizar y atender a aquellos grupos sociales en condiciones de vulnerabilidad:

“Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me

cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí... De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis". (Reyna Valeria, 1960, Mateo 25:34).

Premisas (lazo social, ayuda y solidaridad) que de manera general el investigador acepta, además de que las reconoce como constitutivas de su subjetividad, cuyo campo de acción alcanza la práctica investigativa que aquí se presenta. Admisión que, aunque se relación con la pastoral cristiana inherente a los proceso de la conquista colonial, se asocia más estrechamente con el proceso de socialización vivido durante la infancia (las más de las veces alejado de instituciones religiosas propiamente dichas), comandado en gran medida por abuela materna, una católica empedernida que cotidianamente practicaba la solidaridad y la ayuda al prójimo encarnado en el familiar, el vecino, el "marigüano" el "loco" del barrio, pero, sobre todo, con su nieto.

Escribe quien creció y se socializó en un barrio popular, ubicado en norte de la Ciudad de México, otrora la periferia. En un contexto social "violento" donde los estereotipos y roles tradicionales de género no sólo organizan muchas de las prácticas sociales cotidianas, sino que encuentran refuerzo, arraigo y complementariedad en las condiciones de pobreza y vulnerabilidad social que suelen acompañar este tipo de organizaciones sociales. Experiencias estas que, además de contribuir en la conformación de la subjetividad del investigador, facilitaron el desarrollo de la investigación. Fue gracias a la "familiaridad" entre los marcos referenciales de socialización masculina y de clase que se facilitó el establecimiento de los procesos relacionales que sostuvieron el estudio.

Académicamente, el investigador reconoce una marcada identidad "puma", sostenida en gran medida por el gran cariño y el agradecimiento que le tiene a la UNAM, toda vez que la institución le ofreció, como a miles de estudiantes más, la oportunidad de estudiar gratuitamente, beneficio sin el cual difícilmente hubiera podido realizar una carrera académica (estudios de educación

media superior, licenciatura, maestría y doctorado), caracterizada, las más de las veces, por la “libertad de cátedra”, la pluralidad, el pensamiento crítico y el compromiso ético y social. Elementos identitarios institucionales que también integran la subjetividad del investigador y por lo tanto orientaron el desarrollo de la investigación.

El que escribe también se asume como psicoanalista, una práctica moderna, las más de las veces burguesa, pero también subversiva, la cual desde su surgimiento ha pugnado por la reivindicación de las personas como sujetos sexuados y con sexualidad, sobre todo entre aquellos quienes históricamente han padecido intentos que buscan negarles dicha condición (niños, jóvenes, mujeres, personas con preferencias sexuales no heterosexuales), sujetos sexuados y sociales que, más allá de las exigencias culturales específicas, son capaces de agenciarse de sus prácticas, deseos y significados.

Así bien, el autor concibe a las personas como sujetos sociales, sexuados y con capacidad de agencia, es decir, como personas que elaboran realidades sociales y subjetividades fuertemente influidas por las estructuras sociales que les preceden (generalmente organizadas asimétricamente con relación al poder), pero capaces de asumir un papel activo al respecto, de ahí que puedan transformarlas, que nacen con órganos sexuales (sexo biológico) que generalmente se toman como base para justificar prácticas y significaciones diferenciadas y normativamente construidas para mujeres y hombres (el género), las cuales desconocen la amplia gama de experiencias subjetivas, afectividades, posicionamientos, creencias, acciones y objetivos que pueden adquirir (sexualidad) y que al mismo tiempo, orientan la búsqueda y/o consecución de placeres particulares (deseo). Sujetos-agencia capaces de disentir, elegir, pensar, sentir y actuar como mejor les parezca, sin que ello atente contra los derechos y libertades de otros individuos o grupos.

Un profesionista que, a partir de la lectura de un reportaje periodístico sobre “la juventud *narca* en Ciudad Juárez” (Díaz, 2008) y mientras cursaba estudios de maestría, no pudo entender cómo aquellos actores sociales, “muy parecidos” a los que veía cotidianamente dentro de su práctica clínica, daban cuenta de “proyectos de vida” a partir de “la muerte”. Alguien que se confrontó intempestivamente con una alteridad juvenil ajena hasta ese momento. Jóvenes que, ante la pregunta: “¿cómo te ves en cinco años?”, respondían con regularidad y cierta resignación fundamentada en sus prácticas sociales cotidianas; “no me veo”. Discursos juveniles que exigieron ser aprehendidos y analizados desde distintos campos del saber, ejercicios que llegaron a conformar las bases de la presente investigación.

A partir de ese momento, el investigador comenzó a seguir con mayor atención la escalada de violencia que aconteció en Ciudad Juárez en los años venideros, sobre todo aquella relacionada con el homicidio masculino. Fenómeno social este que rápidamente se convirtió en capital polisémico del que echaron mano distintos actores sociales. Para algunos medios de comunicación los asesinatos dolosos constituyeron el principal insumo para “la nota roja”, un tipo de mercantilismo perverso que echa mano de las violencias de muerte para elevar los niveles de audiencia y, por tanto, las ganancias. En lo político, la violencia ha sido utilizada como “promesa de campaña” por quienes buscan llegar al poder y casi siempre terminan por incumplirla. Mención aparte merece Felipe Calderón Hinojosa, quien encontró en el fenómeno del narcotráfico el pretexto idóneo para intentar legitimar su controversial acceso al poder y así comenzar su tristemente célebre “guerra contra las drogas” que tan solo durante su sexenio (2006 a 2012) dejó más de 121,000 muertes violentas en todo el territorio nacional (Lara, 2018). También la comunidad académica y la sociedad civil (sobre todo la juareense), se ocuparon del fenómeno de la

violencia homicida que aconteció en la entidad, casi siempre con el objetivo de denunciarla y atenderla, aunque también existieron casos en los que se lucró con ella.

Como se ha mencionado Ciudad Juárez fue considerada por tres años consecutivos (2008, 2009, 2010) como la ciudad más peligrosa no sólo de México sino del mundo, que, sumados a larga y lamentable historia de feminicidios, generaron en el investigador una representación social de ese territorio como una entidad altamente peligrosa y violenta, en donde no era extraño encontrar personas “ejecutadas” en cualquier parte del espacio público, o bien donde existía una alta probabilidad de quedar atrapado en algún enfrentamiento armado entre los grupos del narcotráfico que ahí operan y/o las fuerzas armadas que hasta ahí se desplazaron para tratar de “exterminarlos”. Representación social que a todas luces fue exagerada, pero que guardaba cierta relación con lo descrito por Domínguez y Ravelo (2011), quienes en esa época clasificaron ese territorio como “una gran zona de peligro” debido al clima de inseguridad y violencia que se vivió y que además generó un estado terror prácticamente generalizado entre su población.

Durante casi siete años se reforzó en el investigador el deseo de estudiar académicamente el fenómeno de las violencias de muerte que acontecían en Ciudad Juárez, el cual había encontrado en sus hombres jóvenes las víctimas y victimarios por antonomasia, esto con el objetivo de contribuir en la transformación de esa realidad social y apoyar en el desarrollo de proyectos de vida alternos para estos actores sociales. Así, en febrero de 2016 y en calidad de estudiante de doctorado en psicología social y ambiental en la UNAM, subsidiado por el Estado (a través del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología) y viviendo a más de 1800 kilómetros de distancia de Juárez, el investigador decidió que la mejor manera de aprehender la complejidad de esa realidad social y sus subjetividades era hacerlo *in situ*, incorporándose dentro de esa organización social.

Ya en Juárez y como parte del trabajo de campo, el investigador encontró que el fenómeno de la violencia había bajado de intensidad en comparación con los años previos. Hallazgo que en un principio le generó felicidad y tranquilidad, experiencias que muy a su pesar resultaron ser mucho más breves de lo que hubiera deseado. No tardó mucho tiempo en descifrar y comprender que ese descenso se debía en gran medida a los acuerdos pactados entre los grupos de poder que decidieron dejar de “calentar la plaza”, para así poder continuar con sus actividades delictivas con las menores complicaciones posibles, control que se hizo mucho más evidente y aprehensible en la socialización cotidiana que ocurría en zonas como el poniente de la ciudad. Con relación a dicho control, el investigador experimentó impotencia y desanimo ante lo que consideró una imposibilidad directa e inmediata de cambio social, no por la disposición de personal y recursos, sino por los peligros que representaban para los actores sociales el desarrollo de las acciones necesarias para conseguirlos, tal y como lo constataron algunos integrantes de organizaciones civiles que trabajan en la zona poniente de Juárez, quienes han sufrido amedrentamiento e incluso amenazas directas por parte de supuestos integrantes de los grupos delincuenciales que ahí operan debido al trabajo comunitario que buscan realizar.

Si bien el fenómeno de la violencia impulsó en gran medida la investigación, desde el momento en el que investigador ingresó al contexto de estudio se confrontó con la magnitud de las condiciones de pobreza y la vulnerabilidad social que desde hace décadas han imperado en Ciudad Juárez, sobre todo en las zonas periféricas ubicadas en el nor-poniente y sur oriente. Percepción que, incidió en la reconfiguración de la investigación.

Fue también gracias al trabajo de campo que el investigador pudo visibilizar y significar la importancia de las labores que desde hace décadas desarrolla una buena parte de la sociedad civil juarense. Experimentó alegría y esperanza después de haber conoció distintas instituciones que

desde hace décadas trabajan arduamente para atender no solo el fenómeno de violencia, sino las condiciones de pobreza y vulnerabilidad social, instituciones que en su mayoría trabajan con niñas, niños y joven pertenecientes a zonas marginadas como el poniente. Una labor que a juicio del investigador no ha sido reconocida, ni apoyada en la magnitud que merece y que, lamentablemente, esta investigación tampoco puede hacerlo, al menos no directamente, debido al riesgo que representa para quienes dan vida a esas instituciones su identificación plena.

El investigador reconoce que, deliberadamente omitió incluir información que obtuvo durante el trabajo de campo. Decisión que constituye uno de los varios dilemas éticos que tuvo que resolver a lo largo de la investigación. En primer lugar, la información obtenida correspondía a prácticas sociales que sin mayores explicaciones pueden ser denominadas simplemente como “intensas” debido a la sensibilidad de sus formas y significados, cuya divulgación muy probablemente generaría perjuicios directos para sus ejecutantes. En segundo lugar, dicha información se construyó en encuentros “informales”, en la intimidad de la vida cotidiana con los informantes clave toda vez que le permitieron acceder a ella, esto sin que mediara un acuerdo previo de confidencialidad, experiencias que, paradójicamente, dan cuenta de la fuerte vinculación que se estableció entre el investigador y los informantes clave como parte del proceso de investigación.

El investigador reconoce el sesgo teórico, metodológico y analítico que representa el hecho de haber trabajado con hombres jóvenes que construyen identidades en espacios públicos, como “la calle”, “las canchas” o “el centro comunitario”, elección que indirectamente puede contribuir a seguir invisibilizando a otras identidades que no se construyen en dichos espacios y que, por lo tanto, constitutivamente toman distancia de aquellos ideales normativos masculinos y juveniles que imperan en la región.

El investigador también acepta que el proceso de investigación transformó significativamente su subjetividad, al mismo tiempo que reforzó su deseo de seguir desarrollando investigación social con jóvenes, sobre todo aquella encaminada a denunciar los perjuicios que esos actores sociales padecen cotidianamente, esto con objetivo de contribuir al cambio social que busca disminuir desigualdades e injusticias. Sin embargo, también manifiesta que, muy probablemente, no desarrollaría la labor investigativa en los mismos términos en los que aconteció este estudio, debido a los riesgos que experimentó, muchos de los cuales devinieron reconocibles *a posteriori*.

Finalmente, el investigador reconoce que, aunque su investigación pudo ayudar a transformar la realidad social y las subjetividades de los participantes, sus alcances se enmarcan dentro de los estudios descriptivos (que no pueden ser considerados como simplistas o superficiales, ni como subordinados a los estudios “correlacionales” o “explicativos” como el paradigma científico tradicional sugiere) debido al diseño de investigación y a las acotaciones teórico-metodológicas en las que se sustentó. Acepta que, si bien el estudio trató de asumir un punto de vista crítico ante la realidad social de Ciudad Juárez, en especial su zona poniente y sobre su incidencia en la construcción de identidades como hombre joven, el posicionamiento fue predominantemente teórico (¿o convendría decir retórico?), pues no consideró la acción social transformadora como parte de los objetivos investigativos, elección que estuvo fuertemente influida por la inexperiencia del investigador, pero también por los riesgos que este tipo de acciones conllevan para quienes las realizan.

5.3 Conocimiento de tipo etic

Las narraciones que siguen a continuación forman parte de las interpretaciones que elaboró el investigador como parte del proceso de investigación, un conocimiento de tipo etic, de ahí la

decisión de empelar una redacción en primera persona, en tano recurso comunicacional que resalta lo personal de las experiencias relacionales referidas.

5.4 El ingreso al poniente de Ciudad Juárez y a algunas de sus juventudes

Ramírez y Gouveia (2011) señalan que, aunque pareciera obvio, resulta fundamental resolver el acceso al campo, para así poder abordar una comunidad social sin ser un extraño a ella, tanto en el ámbito físico, como con relación a la información construida.

En este sentido el ingreso al contexto de estudio y su población se realizó, en gran medida, gracias a una de las varias asociaciones civiles que se ubican en el poniente de la Ciudad, la cual será referenciada solamente como Centro Comunitario (CC), una institución que trabaja principalmente con niñas, niños, mujeres y hombres jóvenes, a quienes les ofrece servicios de atención integral, toda vez que realiza intervenciones educativas, de salud, recreativas, laborales, de alimentación y en algunos casos incluso económicas.

Los datos de identificación del CC y algunas de sus características institucionales y operativas se han omitido deliberadamente debido al riesgo que esto representa para las personas que ahí socializan, incluidos los usuarios, pero también a colaboradores, sobre todo porque parte de la información recabada hace referencia al crimen organizado, a “la mafia”, un actor social que como se ha dicho, gobierna violentamente buena parte de las actividades que ocurren en el espacio público de la zona poniente de Juárez.

Es importante destacar que el CC (que incluye a las personas que lo encarnan y las actividades que realizan) fue fundamental en el trabajo de investigación. No solo posibilitó el diseño y la implantación de la estrategia de ingreso al contexto de estudio y a su población, también me ofreció condiciones de contención y seguridad en los mismos términos en los que las ofrece a sus

colaboradores y usuarios, es decir, de manera relativa, siempre en alerta permanente para proteger y protegerse.

Además de acogerme durante las cuatro visitas de campo que realicé, el CC también me dio la oportunidad de colaborar como “voluntario” en cada una de ellas. Me permitió incorporarme en gran parte de las actividades que realiza cotidianamente, tanto interna como externamente, gracias a lo cual pude conocer y relacionarme con bastantes niñas, niños y jóvenes de la región, que, aunque no participaron formalmente en el estudio, sí permitieron que aprehendiera su realidad contextual y conociera su subjetividad, además de que en algunos casos sirvieron como intermediarios con quienes sí fungieron como participantes de la investigación.

Así bien, fue gracias al CC que pude ingresar a la vida cotidiana de varios niños y jóvenes del poniente de Juárez, conocer a quienes fungirían como los informantes clave, identificar algunos de los contextos sociales donde los jóvenes participan cotidianamente y construir las estrategias específicas de vinculación con cada uno de los participantes del estudio.

Desde mi primera visita de campo a Ciudad Juárez conocí el CC. En esa ocasión mi actuar se limitó a conocer la institución y las actividades que realiza. Fue a partir de la segunda visita que mi participación comenzó a ser mucho más activa tanto en el CC como fuera de él, sobre todo en la zona poniente. Al permitirme ser voluntario, pude asumir un papel mucho más activo dentro las actividades que desarrollan el CC, facilidades que me permitieron establecer vínculos sociales mucho más estrechos con algunos de sus colaboradores y asistentes, de entre los cuales surgieron mis informantes clave. Éstos, a su vez, me permitieron conocer y acceder a otros contextos de socialización juvenil cotidiana en el poniente de Ciudad Juárez, contextos que oscilaron entre en el espacio público y el privado. En la tercera y la cuarta visita, además de continuar con mis actividades como “voluntario” en el CC, participé activamente en otros contextos de socialización,

eso sí, siempre echando mano de esa institución como mi carta de presentación y referencia con mis nuevos conocidos. No solo cumplía con “un horario” dentro del CC, también acompañaba a mis informantes clave en varias de sus actividades cotidianas, incluso llegué a socializar ya sin su presencia, sobre todo durante las entrevistas con los participantes del estudio, dentro de contextos sociales que comenzaban a parecerme “familiares” y habituales, sintiéndome cada vez menos “extraño”, en una ciudad conformada en gran medida por migrantes.

5.5 Los informantes clave

Las mismas precauciones de confidencialidad se tomaron con relación al CC también se asumieron con relación los informantes clave, quienes, con base en el papel activo que han asumido dentro de su organización social, pueden ser catalogados como agentes sociales y, por lo tanto, fácilmente reconocibles, circunstancia que igualmente los vuelve vulnerables ante los grupos de poder.

Fue gracias a mis informantes clave que conocí y puede acceder a otros contextos de socialización juvenil distintos al CC. Ellos me mostraron la existencia de “las canchas”, “el parque”, “la iglesia”, “la escuela”, “la calle”, “el jale” o “el barrio”, comunidades de práctica en la que no solo me relacioné con varios hombres jóvenes, también encontré a algunos de los participantes del estudio.

Es importantes señalar que la incursión en los “otros” contextos juveniles se hizo casi siempre fuera del horario de servicio del CC, es decir, por la tarde-noche o en fines de semana, durante “el tiempo libre” de los informantes. Tuve la suerte de que estos hombres me invitaran a sus casas, conocer a sus familiares y amigos, además de que me incluyeron en algunas de sus actividades sociales máspreciadas. Así, en su compañía participé en actividades artísticas, deportivas,

musicales, de entretenimiento, haciendo grafitis, yendo a *las segunditas*, visitando bares icónicos en la avenida Juárez, aunque las más de las veces la pasamos platicando, casi siempre en casa de mi acompañante en turno, conociéndonos, dialogando, escuchando música, echando una “birriecilla” y compartiendo los alimentos. Me hicieron regalos, sobre todo ropa para enfrentar las inclemencias del clima cuya lógica nunca terminé de comprender en su totalidad. Organizaron comidas y fiestas en mi honor para recibirme o despedirme en cada una de mis visitas. Permanentemente se dieron a la tarea de buscar participantes para el estudio. Uno de ellos incluso me prestó varias veces y sin mayor reparo su automóvil, lo hizo apoyado en la confianza que me tuvo y con el objetivo de facilitar mi traslado dentro de la zona poniente, sobre todo cuando existía la posibilidad de realizar alguna entrevista para la investigación.

Así fue como pude adentrarme en la vida cotidiana de varios jóvenes que viven en el poniente de la ciudad, la cual trasciende por mucho las actividades que se realizan en el CC.

La vinculación tan intensa que tuve con mis informantes me permitió dar cuenta de las condiciones de pobreza y precariedad que aquejan a la mayoría de los habitantes de la zona poniente de Juárez, circunstancias que en mayor o menor medida alcanzaban a mis interlocutores, de ahí que las hubiera experimentado indirecta y temporalmente, identificables en la calidad de vida, en su vestimenta (casi siempre ropa usada), en los alimentos que consumíamos, en la conformación de sus viviendas (construidas con materiales de desecho de la maquila que en ocasiones todavía contaban con pisos de tierra) ubicadas en zonas donde la falta de servicios públicos como alumbrado, pavimentación y seguridad eran una constante.

5.6 Descripción del contexto de investigación a partir del trabajo de campo

A continuación, se describen brevemente algunas de las experiencias relacionales y subjetivas que acontecieron durante el proceso de inmersión y participación en el contexto y con la población de estudio, a saber, la realidad social de Ciudad Juárez y, más específicamente, la que acontece en su zona poniente, sobre todo, en aquellos contextos públicos en donde algunos de los hombres jóvenes de la región participan cotidianamente.

El trabajo de campo se realizó a partir de cuatro visitas realizadas entre los años 2016 y 2017, con duraciones que van desde los cinco hasta los 15 días. La inmersión al campo ocurrió de manera gradual tanto en tiempo como en involucramiento a partir de la participación continuada y repetida como voluntario en el CC. Al inicio se realizó observación directa y casual, la cual devino en observación participante propiamente dicha, la cual trascendió las actividades que se realizan en el CC.

5.6.1 “Si estuvo feo, pero ya está más tranquilo, antes no podías ni salir” (primera visita de campo, febrero de 2016)

En febrero de 2016 realicé mi primera visita de campo a Ciudad Juárez. Nunca antes había visitado la ciudad. Hasta entonces mi conocimiento sobre ella era exclusivamente teórico, el cual estaba gobernado por información sobre los altos índices de inseguridad y violencia que habían acontecido.

Precisamente, fue el fenómeno de la violencia desmedida y mortal el que echó andar el desarrollo del estudio. El clima de violencia no sólo había generado miles de víctimas mortales, sobre todo hombres jóvenes, también había creado millares de víctimas indirectas que intempestivamente perdieron a un ser querido. Me interesaba visibilizar a algunas de esas víctimas

indirectas e investigar algunos de sus efectos en las formas de relación y en la conformación de subjetividades. Intereses que encontraron articulación en el análisis del proceso de construcción de identidades como hombre joven en el poniente de Ciudad Juárez.

Después de haber hecho varias modificaciones teórico-metodológicas al proyecto de investigación encaminadas a fortalecer la viabilidad del mismo, había llegado el momento de constatar y contrastar el conocimiento teórico adquirido con la realidad de vida cotidiana en *Juaritos*, como cariñosamente se le nombra entre quienes la habitan. Había que vivir *en carne propia* esa realidad social, decisión que, además de implicaciones académicas (las visitas de campo resultaban ineludibles para continuar con el desarrollo de la investigación), me exigió asumir responsabilidades económicas (para desarrollar el trabajo de campo la UNAM me apoyó con una de las cuatro visitas, las tres restantes la costee yo) y de autocuidado (el riesgo que implicaba llegar a una ciudad que fue considerada como la más peligrosa del mundo).

A finales de 2015, echando mano de mi condición académica y profesional, establecí el primer contacto formal con algunos de los residentes de Juárez. Se me ocurrió que podía comenzar mi ingreso al campo acogido por mis “homólogos”. Me di a la tarea de buscar a “otros” psicólogos que, como yo, trabajasen en el área clínica y/o social en Ciudad Juárez. Acoté mi búsqueda a los profesores y/o investigadores que laboraban en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ). A partir de información pública contenida en el sitio web de la UACJ y con base en la trayectoria académica y laboral, seleccioné a seis profesionistas por considerar que había afinidades con mi trayectoria, y, por lo tanto, con el proyecto de investigación, profesionistas a quienes intenté contactar por medio de un correo electrónico. Esta forma de vinculación me permitió presentarme formalmente y describir brevemente el objetivo del estudio, además de solicitar una reunión presencial con mis posibles interlocutores. Un tipo de vinculación que no

solo buscaba fortalecer la viabilidad proyecto, sino posibilitar un primer acercamiento guiado al objeto de estudio y su problemática. Solo uno de los profesionistas atendió a mi solicitud, fue un psicólogo y docente que además trabajaba en la atención psicológica institucional, trayectoria profesional que terminó por ayudarme bastante en la realización del trabajo de campo.

Mi interlocutor contestó mi correo electrónico manifestándome su sorpresa y satisfacción al saber que alguien a casi 2000 kilómetros de distancia estuviera interesado en realizar una investigación con los jóvenes de Juárez. Me proporcionó su número telefónico y acordamos entrevistarnos personalmente un par de meses después para ver de qué manera podría apoyarme en el desarrollo del estudio. Ya en vísperas de la reunión le escribí nuevamente para confirmar nuestro encuentro, hasta ese momento nuestras conversaciones habían sido breves y generales, no habíamos hablado en profundidad de ningún tema, mucho menos sobre la inseguridad y la violencia que habían aquejado a la ciudad, circunstancia que era mi mayor preocupación. En esa segunda comunicación tampoco me atreví a expresar directamente mis temores, me preocupó más el hecho de parecer crítico sobre el lugar de residencia de mi futuro anfitrión, así que me limité a pedirle recomendaciones con relación a la ubicación de mi futuro hospedaje, mientras que mis miedos solo pudieron ser externados veladamente: “¿alguna recomendación especial que usted considere pertinente?”. Amablemente me recomendó algunos hoteles que estaban cercanos a las instalaciones de la UACJ, que es lugar donde él labora y donde ocurriría nuestro encuentro. Con relación a las recomendaciones me sorprendió su respuesta, al mismo tiempo que me hizo reír y me tranquilizó en cierto grado: “es necesario que tengas en consideración que febrero suele ser el mes más frío del año para que tomes las medidas necesarias en cuanto a ropa calentita”.

El día dos de febrero, día de la candelaria, con bastante ropa térmica y más temeroso que emocionado, llegué muy de mañana a una gélida Ciudad Juárez. Desde el momento de mi arribo

puede experimentar las particularidades del clima en esa región, al igual que su influencia en las formas de interacción social cotidiana. Unos días antes de mi llega había nevado, temperaturas no mayores a los cinco grados centígrados me dieron la bienvenida en la ciudad fronteriza.

En esa primera visita decidí hospedarme en un hotel que se ubica muy cerca de las instalaciones de la UACJ. Como evidentemente no conocía la ciudad, aquella vez decidí tomar un taxi para llegar a mi hotel, pues entre éste y el aeropuerto existen poco más de 15 kilómetros de distancia. El aeropuerto se encuentra ubicado en la zona sur-poniente de la ciudad, mientras que el hotel seleccionado está en el norte, literalmente a un par de kilómetros de la frontera con EUA, de la aduana y del Puente Internacional “Córdova- La Américas”, muy cerca del parque “El Chamizal”, que es el único territorio que el vecino país regresó a México después del *Tratado de Guadalupe*, este último un lugar bastante conocido y visitado por los juarenses cuando el clima así lo permite, sobre todo en fines de semana, no sólo porque constituye uno de los pocos espacios públicos recreativos al aire libre con los que cuenta la ciudad, sino porque en el imaginario social ese espacio representa una pequeña victoria en contra del poderío del vecino país (González de la Vara, 2002). Espacialmente, “El Chami”, como se le dice cariñosamente, cuenta con otro plus que aumenta su atractivo, a saber, que hace frontera con el vecino país, es un lugar desde donde se aprecia el “Chuco” (sobrenombre que se le da “al otro lado”), un territorio ominoso para quienes viven de este lado de la frontera, familiar y anhelado, lo mismo que temido y rechazado.

El trayecto del aeropuerto al hotel no tardó más de veinticinco minutos, casi nada para las personas que vivimos en ciudades donde el tráfico es un problema cotidiano. Durante el recorrido pude apreciar la arquitectura de la ciudad, predominantemente construcciones cúbicas de grandes dimensiones en extensión, pero de una sola planta, una ciudad “chaparra” como señala Acosta (2009), en la que no se ha explotado el espacio aéreo para edificar y donde se observa con bastante

regularidad inmuebles abandonados, lo mismo que deteriorados por el clima y el paso del tiempo. Como parte de la arquitectura del entorno también son comunes los terrenos baldíos y arenosos, que recuerdan que la ciudad se asentó en una zona semidesértica. Fue la única vez que lo hice, tanto hospedarme en un hotel como utilizar un taxi, este último un servicio realmente caro y poco socorrido por los propios juarenses. En las visitas posteriores me instalé en casa de alguna familia de la región y utilicé prioritariamente el transporte público; *la ruta*, esto con el objetivo de conocer mejor el estilo de vida de la mayoría de las personas que ahí habitan.

Una vez que me hube instalado, me alisté y me dispuse ir al lugar de la cita. Decidí que llegaría caminando, pues solo había un poco más de un kilómetro y medio de distancia entre mi hotel y las instalaciones de la UACJ que era mi lugar de destino. Confirmé con el encargado de hotel la ruta a seguir, quien, mirándome un tanto extrañado y más por cortesía que por estrategia, me dio algunas referencias más para facilitar mi viaje. Caminé un par de largas cuabras, antes de caer en cuenta que era una de las pocas personas que en ese momento estaban en la calle, instante en el que entendí la mirada de extrañamiento del encargado, además de que recordé que a mi llegada muy amablemente me había informado que el hotel contaba con servicio de taxi “por si necesitaba salir a algún lado”. Mi calidad de extranjero salía a relucir rápidamente, no me había quedado clara la influencia del clima en la vida cotidiana de la ciudad. En esa ocasión el frío era intenso y pocos lo desafiaban, seguramente sólo aquellos que no tenían otra opción para trasladarse o visitantes ingenuos como yo que no terminaban por asimilar la intensidad del clima.

Ya en el campus universitario, sin mayores problemas pude encontrar la oficina de mi informante. Me presenté con la recepcionista que estaba a la entrada de edificio, al mismo tiempo que le pedí que, por favor, informara de mi llegada a mí futuro anfitrión. Aquella mujer me atendió muy amablemente (actitud que encontré en prácticamente todas las personas con las que conviví

en Juárez), quien además de que me ofreció “un café” mientras esperaba, ofrecimiento que muy probablemente se vio reforzado por mi notable tiritar resultante de la gélida travesía. Con el cuerpo entrando en calor gracias la bebida, comencé a explorar con la mirada el entorno. Miré, a través de las puertas de cristal que internamente delimitaban el inmueble, que aquella mujer se acercaba a un hombre de tez morena y baja estatura, para después dirigirle algunas palabras. Después de un breve diálogo entre ellos ambos voltearon a verme. A la distancia noté cierto desconcierto en sus rostros. Presuroso aquel hombre se paró de su asiento, salió de su oficina y se dirigió hacia mí, visiblemente apenado y un tanto atropellado me pedía disculpas por haber olvidado nuestro encuentro, señalando que, “por cuestiones de agenda”, ese día no podría recibirme. Sin entender bien qué pasaba, acordé con él una nueva cita para el día siguiente otra vez por la mañana, encuentro que ahora incluía una invitación a desayunar, una atención que probablemente fue motivada por la pena que mi anfitrión experimentó debido a su olvido. Así, una vez más aquel hombre se disculpó, para luego retirarse rápidamente pues su grupo escolar lo esperaba desde hacía algunos minutos para iniciar clases en un auditorio contiguo. Un tanto decepcionado y algo enojado, no tuve más opción que retirarme del lugar, apenas eran las 10 de la mañana y no tenía otra actividad planeada para ese día, así que decidí vagar por el campus universitario.

Más para resguárdame del frío que para trabajar fui a la biblioteca en donde permanecí un par de horas, sin embargo, no podía perder la oportunidad de poder conocer a algunos de los jóvenes que ahí estudiaban. Una vez que el frío cedió un poco y aprovechando que la hora de la comida se acercaba salí de ahí. Ya en los pasillos de la universidad, le pregunté a una solitaria mujer joven sobre las opciones que el lugar ofrecía para comer. Después de pensarlo un poco ella se decidió por la cafetería escolar, finalmente era otro lugar cerrado que protegía bastante bien del clima. Aunque la joven amablemente me dio las instrucciones para llegar a aquel lugar, también se ofreció

a acompañarme, al parecer percibió que yo no conocía bien el campus, ella por su parte tenía tiempo libre mientras aguardaba la llegada de su pareja sentimental. De camino a la cafetería comenzamos a conversar, pronto supe que era originaria de Veracruz, pero que llevaba viviendo en Juárez 15 de sus 19 años de vida. En aquella época sus padres, como miles de personas más, decidieron mudarse debido a las oportunidades de trabajo que existían en aquella región. Instalados en la cafetería ofrecí invitarle algo de comer, ella se negó y solo aceptó beber una “soda” mientras me acompañaba, yo por mi parte pedí una hamburguesa con papas que ella se atrevió a recomendar. Mientras preparaban la comida continuamos conversando. Esa joven, al igual que prácticamente todos mis interlocutores, no tardó en preguntarme sobre los motivos de mi visita a Juárez. Cuestionamientos a los que sistemáticamente llegué responder: “soy psicólogo de la UNAM... vine a Juárez porque quiero hacer una investigación con jóvenes de acá... quiero conocer mejor a los jóvenes de acá de *Juaritos*”. Respuestas que generalmente satisfacían a quienes me interpellaban, además de que solían generar cierto agrado hacia mi persona debido a mi identidad “puma” que siempre fue reconocida y bien recibida. “No cambiaría a Juárez por ninguna otra ciudad... tiene cosas malas, pero también tiene cosas muy divertidas, esta chida vivir aquí, la verdad”, fueron las palabras que la joven refirió una vez que le pedí que me hablara sobre su vida en ese lugar. Hablamos brevemente durante unos minutos más, lo hicimos hasta que su novia llegó a acompañarnos pues ya había sido avisada de la ubicación de su pareja. Ambas chicas se alegraron al verse, mi acompañante me presentó a la recién llegada para después retirarse visiblemente emocionadas. Yo, por mi parte, me quedé hasta terminar de comer la hamburguesa que comenzaba a enfriarse.

La población migrante ha sido una constante en Ciudad Juárez, sobre todo la procedente de otras partes del estado y de otras entidades vecinas, tal y como dieron cuenta otros jóvenes

universitarios con los que tuve oportunidad de hablar un par de horas después, uno de ellos oriundo de Sinaloa, mientras que la otra era originaria de la Ciudad de México, en ambos casos las oportunidades laborales para los padres también motivaron la respectiva mudanza.

Al siguiente día mi anfitrión me habló de los “juarochos”, sobrenombre que contextualmente se le da a la población veracruzana que ha migrado a Juárez. Me comentó que dicha grupalidad “era muy nutrida y cerrada”, “sólo se ayudan entre ellos”, lo mismo que los “torrioneros” que es el cote que se le da a los migrantes que proceden de Torreón o del estado de Coahuila. Clasificaciones identitarias la anteriores que no sólo dan cuenta de los procesos migratorios regionales que acontecen en la ciudad desde hace décadas, sino de los procesos de discriminación que muchas veces los acompañan y perduran (S. Sánchez et al., 2015).

Ese primer día en Juárez y después de media tarde conocí a aquella mujer joven estudiante nacida en la Ciudad de México, quien se mostró bastante abierta al diálogo. La conocí afuera de uno de los salones de clase que desde hacía un par de horas yo merodeaba, lo hacía con la intención de identificar a algún docente de la carrera de psicología con quien poder hablar y vincularme, otra forma en la que pensé, podría apuntalar la viabilidad de la investigación, objetivo que jamás se concretó. En su lugar conocí a un grupo de jóvenes estudiantes que en ese momento tenían “hora libre”, así que conversaban animadamente mientras llegaba el momento de su siguiente clase. Me acerqué a ellos con la esperanza de recibir orientación con relación a aquellas materias escolares y/o profesores con quienes podría tener cierta similitud epistémica. No pudieron ayudarme con dicha empresa, sin embargo, me permitieron conocerlos. No pasó mucho tiempo para que yo comenzara a interactuar más directamente con la joven, a quien apodaban como “chilanga”. Así la nombraban sus compañeros desde el día que se enteraron que ella había nacido en “La Gran Tenochtitlan”, sin importar que hubiera migrado cuando apenas tenía dos años de edad. Esa joven

viajaba regularmente a la capital del país, “todavía tengo familia allá”, “casi siempre voy en vacaciones, me voy a casa de mis tías, ellas viven en Iztapalapa, ¿si conoce por allá?”, experiencias que sirvieron de pretexto para comunicarnos. Hablamos bastante sobre la Ciudad de México, sobre todo de los lugares turísticos que ella había tenido oportunidad de conocer y visitar, al mismo tiempo la joven repetidamente hacía comparaciones entre ambas ciudades, “allá hay mucho tráfico”, “hay mucha gente”, “aquí no hay tanto transporte como allá”, “acá no hay muchas cosas que hacer”. Finalmente me habló sobre la violencia que había aquejado a la ciudad años antes: “hace unos años sí estaba feo, no se podía ni salir... ahorita ya está más tranquilo”. Uno de sus compañeros que hasta el momento había permanecido en silencio comentó: “por ahí del 2011, no podíamos salir a ninguna lado... a uno de mis amigos lo mataron en un bar... llegaban y agarraban parejo”, ¿quiénes?, pregunté, un tanto dudoso, con voz notablemente más tenue el joven respondió: “los de afuera”, “¿los de afuera?” reviré, “sí pues... *los del Chapo*”, respuesta a la que le siguió un silencio tenso y prolongado que nos forzó a cambiar abruptamente de tema, así que nuevamente retomamos la conversación sobre las semejanzas y diferencias entre Ciudad Juárez y la Ciudad de México.

Sin darme cuenta había oscurecido, además de que la temperatura nuevamente comenzaba a bajar considerablemente, así que decidí que era momento de regresar a mi hotel. También regresé caminando, pasé a lado de la ciclopista que está frente al campus universitario, la cual estaba ocupada a pesar del frío que se sentía, lo mismo que las canchas de fútbol americano contiguas. Actividades deportivas cotidianas que me animaron a continuar mi trayecto. En ese momento lo hacía mucho más calmo y relajado en comparación con lo ocurrido por la mañana, también sentía que el frío era mucho más tolerable, tal vez efectos indirectos de las palabras de mi segunda interlocutora, las cuales me habían tranquilizado. En mi transitar, veía una población que, más allá

del clima, pero sobre todo de la inseguridad y la violencia, salía a la calle y continuaba con sus actividades cotidianas, un signo de que las condiciones sociales habían mejorado. Circunstancias me animaban a continuar con la investigación. Días después conocí en *la ruta* a otro joven universitario quien amablemente se ofreció a guiarme desde el centro de la ciudad hasta el campus universitario donde él estudiaba y que era contiguo a mí morada provisional. También este joven me comentó sobre la inseguridad y la violencia que, en su caso experimentó de manera periférica: “yo nunca vi nada de eso que salía en la noticias, cabezas o gente colgada de los puentes... una vez solamente me tocó oír balazos, pero no vi nada”.

Días de después y ya de regreso en la ciudad de México, reflexionaba sobre la disminución gradual en los índices de violencia e inseguridad que se había registrado en los años previos en Juárez, era evidente la satisfacción de los juarenses por dicho cambio, aunque también notaba que había cierta necesidad de hablar de lo ocurrido, una necesidad de seguir significando ese fenómeno y sus consecuencias.

Mi segundo día en Juárez también dio frutos. Antes de nuestro encuentro mi interlocutor ya había ubicado no menos de ocho asociaciones civiles que trabajaban con jóvenes en la entidad y que podían servir a los propósitos de mi investigación. Me invitó a desayunar tal y como un día antes lo había prometido. Una vez que comimos le agradecí la cortesía y la información sobre las asociaciones civiles, al mismo tiempo que comencé a pedirle indicaciones para poder iniciar con las visitas. Me llevé una muy grata sorpresa cuando me informó que ya había hecho los arreglos pertinentes en su trabajo para disponer de gran parte de su jornada laboral y poder llevarme a conocer todas y cada una de las instituciones. Debo reconocer que sin su ayuda difícilmente hubiera podido trasladarme y conocer los establecimientos en un mismo día, incluso considero que, no hubiera podido encontrar algunas por cuenta propia.

En Juárez el transporte público está centralizado, es deficiente, obsoleto y caro. La gran mayoría de las rutas parten desde el centro histórico o se dirigen hacia él. El costo del recorrido va de los 10 a 15 pesos y no es extraño que haya que pagar más de un peaje si se quiere visitar algún lugar que no esté ubicado en la zona centro, sobre todo si se vive en la periferia de la ciudad. *La ruta* se organiza mediante flotillas de autobuses que a su vez se agrupan mediante colores, los cuales orientan sobre la zona de la ciudad que recorren, así, las personas buscan abordar “la rosa”, “la verde” o “la café” según las características de ubicación y necesidades de traslado. En *la ruta* el tiempo de traslado suele ser sumamente largo debido que existe poca oferta de autobuses, hay que esperar a que estos “hagan base” y porque su recorrido es bastante lento en distancias relativamente cortas debido a que los choferes van “buscando pasaje”. Como otros servicios públicos, *la ruta*, se vio rebasada por el crecimiento poblacional y urbano de la ciudad que se extendió hacia las orillas, no de forma concéntrica y ordenada, sino longitudinal y caótica en dirección norponiente a sur-oriental, crecimiento que contribuyó a deteriorar más la calidad del servicio ya de por sí malo desde su origen.

“La zona centro” (que en realidad está en el norte de la ciudad) y su consolidación, dan cuenta de intensos procesos de centricación y gentrificación en la ciudad (López y Peña, 2016; Wright, 2013). Mención aparte merece la avenida Juárez, una vía emblemática que se sitúa en el corazón del centro histórico, la cual concentra una gran cantidad de comercios entre los que destacan farmacias, tiendas, casas de cambio, restaurantes, bares y cantinas, un lugar que otrora se abarrotaba del turismo estadounidense que cotidianamente cruzaba para divertirse, consumir alcohol y adquirir todo tipo de insumos y/o servicios. Aun así, por el lugar siguen transitando centenas de personas que diariamente buscan cruzar la frontera en ambos sentidos, además de que en fines de semana se abarrota, pero ahora de juarenses, muchos de ellos obreros y obreras

procedentes de barrios pobres ubicados en la periferia, quienes se han reapropiado de algunos de los espacios públicos de diversión y entretenimiento que otrora eran exclusivos.

“Ciudad Juárez parece una salchicha” comentó mi guía, haciendo referencia a la distribución geográfica de la ciudad, lo decía al tiempo que recorríamos el municipio en dirección de sur a poniente visitando las asociaciones civiles seleccionadas. Aquel recorrido duró cerca de seis horas, en las que mi acompañante me habló sobre algunas de las características de la organización social de la ciudad; “Juárez es el tiradero de Estados Unidos”, al mismo tiempo señalaba un lote de automóviles “usados americanos”, tan comunes y relativamente baratos en Ciudad Juárez. “Todo lo que ya no quieren los gringos viene a parar aquí a Juárez”, refirió con relación a una tienda de electrodomésticos usados procedentes de EUA. En ciudad Juárez los mercados ambulantes, conocidos contextualmente como *las segundas* o *segunditas*, son abundantes y sumamente socorridos, los cuales se caracterizan por vender todo tipo de artículos usados provenientes “del otro lado”, sobre todo ropa “americana”, que los propios pobladores importan en sus cruces cotidianos. En la zona centro y norponiente es común encontrar comercio ambulante de este tipo, a veces de manera organizada o relativamente establecida y otras veces totalmente improvisada, en solitario, en medio de alguna calle poco transitada, toda vez que constituye una forma de autoempleo para muchas de las personas de la región. Al igual que mi guía, Domínguez y Ravelo (2011) utilizan la metáfora “del tiradero social” para describir otro fenómeno que acontece en Juárez, a saber, la reiterada cosificación que padecen las mujeres, su asesinato y los escenarios en donde las violencias de muerte se manifiestan; entornos gobernados por la marginación y la precariedad, en donde los cuerpos inertes son desechados sin mayor pudor.

Después de haber visitado cinco asociaciones civiles finalmente llegamos al CC, ubicado en la zona poniente, una zona en donde predominan la pobreza y la precariedad, las cuales quedan de

manifiesto en la estética del entorno, gobernado por construcciones deterioradas o en eterna obra negra. En el lugar nos recibió el coordinador de la Institución. Por su parte, mi guía, que desde el comienzo del recorrido había echado mano de su condición laboral y académica para que nos recibieran, una vez más hizo lo propio, se presentó y expuso los motivos de nuestra visita, estrategia que otra vez dio buenos resultados. El encargado del centro se mostró bastante amable con nosotros, al parecer las credenciales de mi acompañante habían rendido frutos, así que cortésmente nos mostró el lugar y nos habló un poco de las actividades que ahí realizaban. Yo ponía especial interés en aquellas acciones que incluían la participación de jóvenes, sobre todo aquellas de tipo comunitario, toda vez que servían a los intereses de la investigación, sin embargo, lo que más llamó mi atención fue la dinámica relacional que ahí acontecía. Sin mayor reparo niños y jóvenes entraban y salían de las instalaciones cuya puerta permanecía abierta en todo momento a pesar del frío, algunos se entregaban gustosamente a alguna de las actividades estructuradas que se impartían internamente, otros más deambulaban por las instalaciones sin manifestar alguna otra intención, mientras que otros permanecían tendidos en los sillones que están junto a la recepción jugando con algún celular, platicando o simplemente guareciéndose del frío. Dicha dinámica me atrapó, en ese momento sentí el impulso de querer conocer más a detalle el CC. Era más de media tarde y la hora de la comida había pasado, el cansancio y el hambre hicieron que nuestra visita durará menos tiempo en comparación con las que habíamos hecho previamente, así que rápidamente nos dispusimos a partir. Nos retiramos del lugar no sin antes pedirle al encargado que me recibiera al siguiente día para conocer más de cerca las actividades. Aceptó de inmediato, me dio su número telefónico y me explicó las generalidades para poder llegar al CC. También me pidió que cuando estuviera en la zona centro le “echara una llamada” para recibir indicaciones más precisas sobre la ubicación, el color y el título específico de *la ruta* que me llevaría de vuelta al

CC, finalmente nos retiramos. Mi interlocutor, más por cortesía que por ganas, ofreció continuar con el recorrido pues aún faltaban un par de asociaciones civiles que conocer, ofrecimiento que rechacé debido al cansancio que percibí él. Visiblemente más relajado sugirió llevarme al centro de la ciudad para conocerlo y familiarizarme con él, acepté la sugerencia al tiempo que lo invité a comer en esa zona, con lo que esperaba devolver la cortesía matutina del desayuno. Otra vez con amabilidad, rechazó mi invitación, comprendí que en ese momento él prefería terminar nuestro recorrido así que no insistí más. Después de agradecer su ayuda, me dejó cerca de “el monumento” (al presidente Benito Juárez) y se retiró, faltaban algunos minutos para que fueran las cuatro de la tarde así que decidí comer por ahí para comenzar a familiarizarme con la zona, antes de tomar *la ruta* que me llevaría de regreso a mi hotel.

El tercer día por la mañana me preparé para ir al centro de la ciudad, que era la primera escala en mi trayecto hacia el CC. Salí de mi hotel y una vez más caminé hasta la parada del autobús que se ubica casi frente a la entrada del campus universitario. Las salidas previas me habían preparado para finalmente salir bien equipado contra el frío, así que lo sentí mucho menos intenso en comparación con los días previos. Esperando *la ruta* vi a un par de personas con “hieleras”, que después comprobé hacían las veces de “termos”, quienes comercializaban algún tipo de producto. Rápidamente descubrí que vendían comida. No había desayunado así que el hambre agudizaba mi sensibilidad ante ese tipo de estímulos. Casi de inmediato le preguntarle a uno de ellos: “¿qué vende?”, “burritos” (un taco hecho con tortillas de harina y distintos tipos de guisados), “¿de qué tiene?”, “deshebrada en verde, deshebrada en rojo, *wini* (salchicha) y frijoles con queso”, contestó amable comerciante. En esa ocasión pedí frijoles con queso y *deshebrada en verde*. Presuroso comencé a comer los burritos ahí sentado en la parada del autobús, a sabiendas de que era muy probable que tuviera tiempo suficiente antes de que llegara *la ruta*. Ese fue mi principal alimento

durante toda mi estancia en Juárez, tanto por disponibilidad como por economía. En la ciudad es bastante común encontrar en la calle personas o establecimientos que venden burritos, con costos que van desde los 10 hasta los 15 pesos. Independientemente de donde estuviera hospedado, el procedimiento para llegar al CC era el mismo, había que llegar al centro de la ciudad para después tomar *la ruta* correspondiente que me llevaría a la zona donde este se ubica. La “base” de dicha ruta se encuentra a espaldas de la catedral, en una calle donde abundan pequeños negocios entre los que se encontraba uno de comida; ahí vendían burritos y café y generalmente fue el lugar donde tomé mi desayuno, lo hice de esa manera porque me permitía optimizar el tiempo de traslado, pues en ocasiones *la ruta* tardaba hasta 30 minutos “haciendo base” antes de comenzar con su recorrido, tiempo suficiente para poder desayunar, o bien para comprar y llevar el desayuno hasta el CC. Me gustaba desayunar en ese lugar porque, además de optimizar el tiempo de traslado me permitía apreciar la vida cotidiana de algunos de los habitantes de la región.

Después de casi treinta minutos llegué al centro de la ciudad, desde donde llamé por teléfono al encargado del CC, tal y como me lo había pedido un día antes para recibir las últimas indicaciones del recorrido; “¿dónde estás?, vete pa’ la catedral, ahorita pasamos por tí”, fueron las palabras que recibí. Un tanto sorprendido, lo mismo que confundido seguí sus instrucciones. Sin mayores problemas llegué al lugar y aguardé ahí, aunque en realidad no lo esperaba en la catedral de Nuestra Señora de Guadalupe, sino en La Plaza de Armas (LPA) que está enfrente, cruzando una banqueta amplia en donde se comercian distintos tipos de “recuerdos” de la visita al santuario y/o a la ciudad.

LPA se conforma por un parque pequeño adornado con una fuente y un kiosco, ambos discretos, deteriorados y descuidados. Ahí también se ubica una estatua de “El rey del barrio”, de Tin Tan, que, junto con Juan Gabriel, resultan ser dos de los principales referentes artísticos de la ciudad,

este último cuenta con un mural monumental elaborado por Damasco, un artista local bastante conocido en la región, quien decidió plasmar al “Divo de Juárez” en la pared de un gran edificio ubicado la famosa avenida Juárez, tan solo a unos cientos de metros de ahí, el cual, recibe o despide, según sea el caso, a quienes cruzan la frontera. De los tres adornos, la estatua de Tin Tan había resistido mejor el paso del tiempo, sin olvidar que ésta es mucho más joven en comparación con los otros adornos. Desde hace décadas, LPA ha sido centro de reunión para muchos actores sociales de la ciudad, ahí se encuentran turistas, feligreses, paseantes, trabajadores, estudiantes, compradores y, por supuesto, vendedores de cualquier bien o servicio, toda vez que aprovechan las aglomeraciones que ahí se forman para ofrecer sus productos. En ese lugar las personas disfrutan de una *soda*, un café, agua, un helado, un elote, fuman, platican o simplemente descansan. Sin embargo, LPA también cuenta con actores sociales “de planta”, entre los que destacan boleros, globeros, fotógrafos, vendedores de dulces, elotes, golosinas y bebidas, además de consumidores crónicos de alcohol y drogas ilegales. Asimismo, con base en el número de personas y en el tiempo de permanencia, parecería que estos últimos son los verdaderos dueños del lugar, no solo porque ahí se reúnen, sino porque permanecen en él gran parte del día y la noche, a diferencia de los otros ocupantes que pasan menos tiempo en ese lugar. Los consumidores de drogas generalmente ocupan una porción considerable de aquella plaza, ahí se reúnen para consumir las sustancias en grupo y socializar, lo hacen de tal manera que por momentos pareciera que en el lugar se desarrolla una verbena propiamente dicha, mientras que otras veces el entorno parece una sala de hospital, donde los consumidores convalecen en grupo debido al suplicio que genera la abstinencia de las sustancias.

Después de esperar unos minutos en LPA, recibí una llamada telefónica por parte del encargado del CC para informarme que ya estaba cerca del lugar, quien a los pocos minutos apareció en

escena, iba a bordo de un automóvil en compañía de otros dos hombres jóvenes que, después supe, también colaboraban en la institución. De inmediato me reconoció, al mismo tiempo que con gritos me apresuraba para que abordara el auto que estaba estacionado en “zona prohibida”. Dudé un poco que fuera la misma persona que había visto un día antes, pero presionado por la posibilidad de la infracción vial, un tanto temeroso me subí al auto. Conforme me acercaba a ese carro pude apreciar que los demás tripulantes me miraban con cierto recelo, muy probablemente yo los miraba de la misma forma así que su actitud correspondía con la mía.

Ya arriba del auto y sin mayores cortesías mi conocido me presentó a los otros tripulantes quienes de inmediato comenzaron a cuestionarme. Me preguntaron si ya conocía la ciudad o si era la primera vez que la visitaba, preguntaban sobre mi lugar de procedencia (aunque ya lo intuían sólo con escucharme hablar) y sobre los motivos de mi estancia. El diálogo en realidad era más un interrogatorio, se sentía como un examen, pero no de conocimientos sino de aptitudes, me estaban “calando”, estaban tratando de ver “qué tipo de hombre era” y “qué tan hombre podía ser”. Al enterarse de que era la primera vez que visitaba la ciudad decidieron darme “el recorrido turístico”; “date vuelta, vámonos pa’ la Cuauhtémoc, pa’ que conozca lo que es el verdadero Juárez” dijo el encargado del CC. Bajamos por la avenida Vicente Guerrero, dimos vuelta en avenida Paso del Norte hasta “la Chaveña”, ese fue el primer “lugar turístico” que me mostraron, una colonia emblemática que creció a la par de la ciudad debido a que ahí se ubicaba la estación del ferrocarril que durante años le dio vida a la localidad, además de que albergó a buena parte de los personajes icónicos de la ciudad (Tin Tan, Juan Gabriel, “El Peluche Peña, un famoso pitcher que jugó en las grandes ligas). Regresamos hacia la zona centro de la ciudad a través de calles transitadas y llenas de negocios, entre las que empezaban a destacar hoteles y bares en los que comúnmente hay venta de drogas ilegales y comercio sexual, a veces de manera forzada, actividades controladas por el

cártel de la ciudad según supe algunos meses después. Entorno que también constituye una de las principales zonas de riesgo para las mujeres debido al alto índice de secuestros y desapariciones que ahí han acontecido. “¿Ya conoces ese bar?”, “ahí se pone bueno, nomás debes andar con cuidado porque la viejas te ponen pastilla”, “una vez sacamos a este güey bien pedo de ahí, ¿te acuerdas?”, “ese está bueno, nomás que la morras tienen *bisnes* con los policías... te atoran a la salida”, “esta calle es de puras putas... digo; por si quieres, ¿o te gustan los jotos?”, cuestionamientos a los que respondía mecánicamente, casi siempre con monosílabos ya que también trataba de guardar en la memoria algún referente de la ruta recorrida. Caí en cuenta que era imposible atender a ambas tareas, así que sin más me decanté por el dialogo, recordé que de cualquier manera ese era el “recorrido turístico”, es decir, no valía la pena tratar de aprenderlo, probablemente no volvería recorrerlo otra vez, sin mencionar que todo ese territorio era nuevo para mí. Rápidamente identifiqué la lógica que gobernaba el proceso relacional que se estaba desarrollando, el cual no me era ajeno, por el contrario, participé de él buena parte de mi infancia y juventud, así que sin más decidí entrar al juego en los mismos términos que mis interlocutores demandaba, asumiendo una actitud que pude ser pensada como de complicidad masculina (Connel, 1995). “A mí no me gustan los jotos, pero a lo mejor a estos dos sí... los vi muy agarraditos de la mano cuando me subí al carro” le dije al conductor del automóvil, al tiempo que señalaba al encargado del CC y al otro acompañante. Después de unos instantes en los que se hizo un silencio tenso las carcajadas brotaron; “¡no!, qué pasó, cómo crees”, me respondió el encargado del CC, “ya ven güeyes, ya los descubrieron” reviró nuevamente el conductor, así comenzamos a hablar mucho más relajados, el interrogatorio se volvió más una plática en la que ahora sí esos hombres comenzaban a conocerme y a “abrirse” conmigo, mostrándome parte de su cotidianidad. Esta fue la primera de varias “pruebas de masculinidad” en las que me vi involucrado durante el proceso

de investigación, casi siempre en correspondencia con estereotipos y roles de género tradicionales presentes en las prácticas relacionales en las que participé, que pueden ser catalogadas como predominantemente androcéntricas, heterosexistas y adultocéntricas.

Durante el recorrido uno de los pasajeros recordó que un joven que regularmente asistía al CC se había ausentado en la última semana así que decidieron terminar con “el recorrido turístico” y retomar las actividades institucionales, decidieron pasar por su “barrio” para ver si lo encontraban, esa vez no tuvieron suerte. Aproveché la situación para preguntar sobre las actividades que cada uno de ellos realizaba en la institución, petición que fue aceptada por los tres, brevemente cada uno de ellos describió sus principales actividades. No pasaron más de 30 minutos desde que me recogieron hasta que finalmente llegamos al CC.

Era medio día y para mi sorpresa también la hora de la comida en el CC, después supe que ese era el primero de los dos momentos en los que en ese lugar se sirven alimentos, distribución que permite que los niños y jóvenes que acuden por la mañana al CC comieran antes de retirarse por la tarde a la escuela, el segundo momento acontecía después de las dos de la tarde y estaba dirigido a aquellos visitantes que llegaban en ese horario, generalmente después de su jornada escolar matutina. En aquel momento el comedor se encontraba lleno, ahí estaba reunida buena parte de las personas que dan vida al CC, no solo había usuarios también estaba presente la mayor parte del equipo de colaboradores. Mis acompañantes rápidamente se olvidaron de mí y se dispusieron a comer, el encargado del centro recordó que yo los acompañaba y más por cortesía que por empatía me invitó al convite. No hacía mucho yo había hecho lo propio así que cortésmente rechacé la invitación. El encargado insistió nuevamente, pero en esa ocasión se dirigió a uno de los cocineros en turno, un hombre-joven, alto, fuerte y robusto; “he X sírvele a este bato, no ves que viene del D.F., nomás pa ver cómo cocinas”. Mal encarado, el joven sirvió sopa en un plato y lo llevó hasta

donde yo estaba sentado, se acercó a mí amenazadoramente para después azotar el recipiente en la mesa y preguntar: “eh, ¿tú qué *güachas* por estos lados?, un tanto nervioso respondí en el mismo tono de quien me interpelaba, enérgicamente respondí con lo primero que vino a mi mente, utilicé una frase que uno de mis amigos de juventud repetía constantemente: “nariz de perro gris” (nada)... nomás vengo a conocer a la bandita” (a los jóvenes). El cocinero se sorprendió con mi respuesta, la cual probablemente no entendió del todo, aunque sí pudo identificar el tono que yo había empleado, volteó a ver al encargado quien sólo se encogió de hombros como diciendo: ¿para qué preguntas?, y sin más siguió comiendo. Ya con una actitud mucho más amistosa, por no decir que sumisa, aquel hombre joven se sentó a mi lado y comenzó a preguntar si era verdad que yo venía del DF y sobre los motivos de mi visita. Después de confirmar que procedía del DF y conocer que yo estaba ahí con fines investigativos enfocados en conocer a los jóvenes de la región aquel joven se mostró visiblemente interesado, parecía que quería participar del estudio. Sin más comenzó a relatarme hechos significativos en su vida, tanta fue su confianza (o necesidad de hablar) que algunas horas después, no sólo me regaló una rebanada de pastel que celosamente guardaba de los demás miembros de la comunidad, resistiendo estoico los reclamos por el privilegio recibido, también se ofreció a llevarme de regreso hasta el hotel donde me hospedaba.

Después de que terminó la comida, el encargado del CC me mostró nuevamente el lugar, en esa ocasión el recorrido incluyó mi presentación formal con los colaboradores de la institución y con algunos de los usuarios. Acto seguido me incitó a incorporarme en alguna de las actividades que se realizaban internamente. Esa vez elegí participar en un juego de voleibol que se realizaba en uno de los patios de la institución, el cual estaba gobernado mayormente por mujeres y niños, la mayoría de los hombres jóvenes se encontraban en un salón contiguo, metidos en un torneo de “fútbolito” al que en esa ocasión no fui invitado.

Figura 3. Fotografías de la estatua Tin Tan ubicada en LPA, Mural de Juan Gabriel ubicado en la avenida Juárez y mural de Grisel Paola Ventura Rosas desaparecida en el Centro de la ciudad el 11 de noviembre de 2011, Ciudad Juárez, Chihuahua.



Elaboración propia (2016)

Antes de las cuatro de la tarde busqué de nuevo al encargado del CC, a sabiendas de que las actividades en la institución estaban próximas a concluir, lo hice porque antes de partir quería explorar la posibilidad de que me recibieran como voluntario en la institución, además de preparar mi regreso al hotel. Un tanto desconcertado y con algunas reservas, el encargado aceptó mi petición casi de inmediato; “sí, yo creo que no hay pedo, nomás necesito avisarle a X porque él es el director, pero yo creo que no hay pedo, si te acepta, yo hablo con él”. Acordamos que nos veríamos de nuevo al siguiente día por la mañana, aprovecharíamos que el director estaría ahí en CC para poder cerrar el acuerdo del voluntariado, también me especificó que ahora sí tendría que arribar yo solo al CC así que me explicó la parte del recorrido que estaba pendiente, por último me informó que el joven cocinero que había conocido a mí llegada sería el encargado de apoyarme en mi regreso, él tenía el encargo de hacer “la despensa” del CC y provecharía la situación para acércame a mi hotel, así que sin más me acompañó al estacionamiento para esperar a mi nuevo guía.

Antes de comenzar el recorrido de regreso a mi hotel, el encargado del CC fue bastante insistente con el cocinero, una y otra vez le repitió el lugar exacto donde tenía que dejarme para que pudiera tomar *la ruta*, además de que ponía especial énfasis en el hecho de que mi guía tenía que esperar en el lugar hasta que yo abordara el camión, así lo tenía que hacer porque esa zona “está medio pirata” (era peligrosa) y podía ser riesgoso que yo esperara ahí solo. Ya en la camioneta institucional que se utiliza para ese tipo de actividades, el joven me contó más sobre su vida, cosas impactantes, sus relatos incluían pandillerismo, asesinatos, consumo de drogas, riñas, intento de homicidio, relaciones con “el narco”, además de un abrupto cambio comportamental asociado con su participación en el CC. Yo escuchaba atento, sentía un poco de miedo, íbamos los dos solos, transitando por barrios donde otrora él “no se podía parar” porque “lo querían quebrar”. Su relato, además de intenso era extenso, desde hacía algunos minutos habíamos pasado por el

lugar previsto originalmente para mi descenso, sin embargo, él necesitaba más tiempo para terminar su relato, así que sin mayores consideraciones decidió modificar su ruta: “chingue su madre, te llevó hasta tu hotel, ahorita me regreso rápido”. Finamente llegamos, me dejó a la entrada de mi morada, le agradecí y me despedí, al tiempo que en mi mente seguía repasando algunos puntos de su trayectoria de vida. En las visitas subsecuentes mantuvimos un trato cercano y amistoso. Yo generalmente buscaba pasar algún tiempo con él en la cocina o en algún otro lugar, al mismo tiempo que él gustaba de narrarme más historias de su vida “pasada”, esa que aconteció antes de incorporarse activamente a las actividades del CC.

5.6.2 “Usted mientras no hable y no se acerque a la policía no le va a pasar nada” (segunda visita de campo, diciembre 2016)

Mi segunda visita de campo a Ciudad Juárez aconteció en diciembre de 2016. Una vez más me había puesto en contacto con el encargado del CC para informarle de mi llegada. Previamente habíamos acordado que cada vez que yo viajara a Juárez podría volver a incorporarme como voluntario en la institución. Así, también con un clima frío, pero mucho más soportable en comparación con la primera visita, el 12 de diciembre, día de la Virgen María de Guadalupe, arribé por segunda ocasión a *Juaritos*. Menciono la fecha de la celebración religiosa porque, además de complicar mi llegada al aeropuerto de la Ciudad de México debido a las múltiples peregrinaciones que ese día acontecen en toda la ciudad, en esa ocasión llevaba en mi maleta algunos escapularios de “La Morenita”, los cuales había comprado con la intención de regalarlos entre algunas de las personas que conocí en la primera visita de campo, debido a que se habían mostrado fieles creyentes de la Virgen María y de “Chuyito”. Para mí representaban ofrendas de respeto, agradecimiento e incluso de paz con algunos de mis interlocutores.

En mi primera visita a Juárez noté que mi condición de “chilango” facilitaba actitudes ambivalentes hacia mi persona entre quienes formaban parte de la comunidad del CC.

En primer lugar, notaba cierta aversión hacia mí, constantemente se burlaban por mi manera de hablar, repetidamente cuestionaban los motivos de mi estancia en aquel lugar, además de que me hacían “recomendaciones” sobre mi seguridad que, más que favorecer mi autocuidado, me hacían sentir temor e inseguridad; “qué hace por acá, acá está muy feo”, “no vaya de aquel lado, no le vaya a pasar algo”, “¿a poco anda solo, no le da miedo?”. Actitudes que pueden ser pensadas como reacciones defensivas ante la presencia de un otro que es visto como extraño, como el extranjero, que simbólicamente amenaza la cohesión e identidad grupal, en este caso la identidad juareense amenazada por el “chilango”. Comportamientos todos los anteriores que se ven reforzados por la histórica centralidad política y económica de la capital, generando desigualdades de todo tipo con el resto del país y cierto encono hacia los habitantes del extinto Distrito Federal, lo mismo que por el fenómeno de inseguridad y violencia que en años recientes aquejó a los juarenses y que los obligó a emprender todo tipo de acciones defensivas y de autocuidado de manera permanente y cotidiana.

En segunda instancia, había algo en mi persona que al mismo tiempo les parecía atractivo. Se mostraban bastante intrigados por la vida en la CDMX, siempre con comparación con lo acontecido en Juárez. “¿Allá hay carne seca?... ¡No!... ¿entonces qué comen?... ¿chapulines?, ¿eh Héctor, sí es cierto que allá en el DF hay gente que vive en las coladeras? Sin embargo, entre las inquietudes de mis nuevos compañeros hubo una constante, se mostraron particularmente interesados en “La Basílica de Guadalupe”. Desde la primera visita de campo, noté que gran parte de las personas con las que conviví llevaban una vida religiosa particularmente intensa, casi siempre católicos, es decir, veneradores de la Virgen de Guadalupe, que dicho sea de paso también

es la “santa patrona” de la ciudad y la titular de su basílica. Así, aprovechando mis conocimientos sobre la religión católica y la Basílica de Guadalupe, la cual había visitado docenas de veces durante mi infancia debido al fuerte catolicismo que se practicaba en mi hogar y a la cercanía geográfica entre la que fue mi casa y el templo (a poco más de tres kilómetros de distancia), decidí llevar algunos presentes religiosos que supuse serían valiosos para mis anfitriones. Atenciones que me permitieron establecer relaciones mucho más estrechas y cordiales con algunos de los colaboradores del CC.

“CD JUAREZ, LA BIBLIA ES LA VERDAD LEELA”, es una frase que puede leerse casi desde cualquier lugar dentro del poniente de la ciudad. La leyenda está escrita con letras monumentales en El Cerro Bola, mejor conocido como El Cerro de la Biblia, una cordillera que junto con el Camino Real (nombre que se le da en esa zona a la vía periférica de la ciudad) delimitan el territorio urbano en esa zona. La autoría de la frase es atribuida a la Iglesia Cristiana, que con ese tipo de acciones lleva más de 30 años promoviendo su ideología dentro de la sociedad juarense, cosmovisión que poco a poco se ha hecho de un lugar dentro de la organización social de la ciudad.

A lo largo de todo el trabajo de campo pude apreciar la importancia que las instituciones y/o las creencias religiosas tienen en la vida de cientos de personas en el poniente de la ciudad, tanto que incluso pueden llegar a organizar y reorientar sus vidas. Importancia que cobró mayor fuerza durante el fenómeno de la inseguridad y la violencia exacerbadas, toda vez que la religión constituyó una de las pocas opciones de atención al que pudieron acceder sus miles de víctimas. Basta recordar la visita político-religiosa que el Papa Francisco realizó a Juárez en febrero de 2016, la cual motivó la construcción de un auditorio *exprofeso* para llevar a cabo una homilía multitudinaria. Padilla (2016) destaca la importancia que tuvo para la sociedad juarense la visita

del pontífice. El Gobierno en turno maquilló la ruta por la que habría de transitar su “santidad”, se instalaron semáforos y señales nuevas para mostrar una ciudad equipada, limpia y ordenada, imagen que contrastó con la pinta de cruces negras sobre fondo rosa que realizaron las madres de víctimas de feminicidios y homicidios para denunciar la falta de justicia que durante décadas ha perpetuado los crímenes. Padilla (2016) también refiere que la visita del Francisco generó enormes expectativas entre los juarenses, en especial en las víctimas de las múltiples violencias que ahí han acontecido durante décadas, quienes, quizás esperaban un retazo de justicia compensatoria divina, justicia salida de la boca de un Papa, expectativas que se cumplieron parcialmente debido a que este trató de atender tanto las exigencias sociales como los compromisos políticos. Al final el Papa Francisco se reuniría brevemente con algunos empresarios, activistas, migrantes y grupos de jóvenes.

En el poniente de Ciudad Juárez muchas “iglesias”, que trascienden religiones e Instituciones, hacen las veces de “centro de día” para decenas de niños y jóvenes de la región. Constituyen espacios libres de drogas que durante gran parte del día ofrecen condiciones de relativa seguridad a sus visitantes. Lugares donde los asistentes reciben alimentos y otros cuidados, además de que pueden participar en actividades artísticas, recreativas, deportivas y evidentemente religiosas. Comunidades de práctica que, en las últimas décadas, se han visto bastante socorridas por centenas de jóvenes de la religión, en donde no sólo establecen vínculos afectivos, amorosos o eróticos, sino que reconfiguran sus identidades, incorporando algunos de principios teológicos que las caracterizan.

Un joven con el que tuve oportunidad de convivir estrechamente durante todo el proceso de investigación me comentó la importancia que las creencias religiosas desempeñaron en el cambio comportamental que experimentó, transformación que incluso puede pensarse como identitaria, la

cual coincidió cronológicamente con la escalada de violencia y control que los grupos del narcotráfico asumieron en esa región, incluido “su barrio”. Él había sido pandillero, con un largo historial delictivo que incluía robos, secuestro y asesinato, además de que se “salvó” de que el narco “lo quebrara” por mantener ese estilo de vida, una vez que este se había apropiado del ese territorio. Sin más el joven abandonó su estilo de vida, según él, el cambio se debió a la intervención “divina”. La religión no sólo lo había ayudado a alejarse del pandillerismo, la delincuencia y el consumo de drogas, también le otorgó la oportunidad de trabajar en una asociación civil ahí en el poniente: “yo se lo debo todo (el cambio comportamental) primero a Chuyito, después a la virgencita y finalmente a X... sin ellos yo creo que ya estaría muerto... ya no fumo (cocaína), la verdad sí de vez en cuando me echo mis birriecillas y un toquecillo, pa dormir bien acá, pero ya de todo lo demás tranquilo”.

La influencia de las comunidades religiosas en Juárez es tal, que incluso llega hasta el interior del su Centro de Readaptación Social (CERESO). Uno de mis informantes calve estuvo recluido brevemente en el CERESO, ahí pudo constatar una práctica social que suele ser bastante conocida en la región, sobre todo entre quienes han estado presos o han tenido algún familiar o conocido recluido. Institucionalmente, cuando una persona ingresa formalmente al CERESO es asignada a alguno de sus dormitorios en función de su “perfil delictivo”, sin embargo, internamente el espacio ya está gestionado y controlado por los propios reclusos, quienes desde hace algunos años han dividido el lugar en dos grandes áreas, una que está gobernada por personas que trabajan para el cartel de la ciudad y otra por *los doblados*. Así, cuando un miembro de algún grupo criminal ingresa al CERESO, internamente es acogido por sus congéneres. Cosa distinta ocurre cuando el recluso no pertenece formalmente a ninguno de los grupos criminales, ahí “la suerte” determina su futuro. El recién llegado es asignado aleatoriamente a alguno de los territorios gestionados y

controlados, ubicación que conlleva una afiliación delictiva obligatoria, viéndose forzado a participar en las actividades que cada uno de esos grupos delincuenciales desarrolla, tanto interna como externamente. Sin embargo, también existe una tercera opción, una que permite librar la adscripción delincencial forzada, a saber, declararse “cristiano” y formar parte de esta comunidad religiosa, la cual goza de reconocimiento, respeto y un espacio físico al interior del penal. La decisión de identificarse como cristiano no sólo implica participar en los rituales religiosos, también exige, so pena de ser expulsado de la comunidad y ser cooptado por los grupos delincuenciales, una abstinencia absoluta con relación al consumo de drogas ilegales, cuya venta interna es controlada por dichos grupos, una práctica que además constituye otra de sus formas de reclutamiento interno.

Figura 4. *Fotografías del Cerro Bola, mejor conocido como El Cerro de la Biblia, Ciudad Juárez, Chihuahua.*



Elaboración propia (2016)

En esta segunda visita me instalé en casa de una joven pareja que vivía a muy pocos kilómetros del centro de la ciudad. En esa zona el transporte público es bastante socorrido por lo menos hasta la siete de la noche cuando comienza a escasear y que termina por extinguirse solo un par de horas después. En esa ocasión también había llegado muy de mañana a Juárez, sin embargo, mi traslado en *la ruta* desde el aeropuerto y posteriormente hasta el CC me habían demandado por lo menos tres horas de mi tiempo, al que se le sumó el empleado para instalarme y alistarme. Aquel día arribé al CC a media tarde, poco tiempo después del primer horario de comida. Fue tanta mi premura por llegar al lugar que durante el trayecto caí en cuenta que había dejado en mi maleta los escapularios que había llevado para regalar.

Al llegar al CC saludé a la recepcionista, quien rápidamente me reconoció. Pregunté por el encargado o el director, pero ninguno estaba en ese momento. Un tanto confundido decidí subir al comedor, no sólo porque tenía hambre, sino porque pensaba que ahí podría encontrar algún rostro familiar con quien pasar el rato antes de incorporarme formalmente a alguna de las actividades institucionales. El lugar estaba prácticamente vacío, sólo el cocinero y un joven despistado que no había comido con el resto del grupo lo ocupaban, cada uno no hacía lo propio. Tan pronto entré al lugar el cocinero me reconoció. Gustoso me invitó a comer, yo con en el mismo animo acepté; era sopa de pasta, tortillas de harina y “discada”; un platillo que es bastante común en Juárez, el cual generalmente se prepara con “wini”, carne molida, chorizo y una salsa “roja”.

Después de comer permanecí unos minutos más en la cocina, ayudando a lavar los utensilios al mismo tiempo que platicaba con mi conocido, poniéndonos al día sobre lo ocurrido desde mi última visita. En ese momento entró una mujer que no reconocí, no la había visto antes, un par de horas después supe que no hacía mucho había sido contratada para ayudar con el aseo de la institución, una práctica bastante común entre algunas de instituciones que conocí, en las que

comúnmente contratan a personas de la comunidad ya sea como recepcionistas, cocineros, veladores, personal de aseo, etc. Intervención comunitaria que no sólo ayuda económicamente a algunos de los pobladores de la región, sino que favorece la legitimidad, presencia y arraigo de las intuiciones dentro del contexto social donde estas se ubican, facilitando las negociaciones relacionales y subjetivas cotidianas entre los habitantes y los colaboradores de las instituciones.

Mi acompañante rápidamente me presentó con ella, para después bromearla. Como ocurrió repetidamente durante del trabajo de investigación, al oírme hablar la mujer se sorprendió. Aprovechando que el cocinero se había olvidado de nosotros, pues había vuelto a sus actividades, sin más la mujer se acercó a mí y preguntó: “¿de dónde es?, ¿qué anda haciendo hasta acá?”, “¿usted ya sabe de dónde soy no?”, le respondí, al mismo tiempo que le sonreía. La mujer también sonrió y movió la cabeza afirmativamente; “del DF, ¿no?”, contestó tímidamente. Le respondí de igual manera, sólo moví la cabeza en señal de aprobación. “Vine a conocer la ciudad, a aprender cómo trabajan en por acá en el CC”, enuncié sin que ella hubiera preguntado algo más, lo hice de esa manera porque quería anticiparme al cuestionamiento que repetidamente se hacía sobre mi presencia en Juárez: “¿y no le da miedo?, por acá está muy feo”, negué con la cabeza. En realidad, en esa ocasión me sentía mucho más tranquilo y seguro en el poniente de la Ciudad, empezaba a adaptarme a la cotidianidad del entorno, tal y como lo hace la mayoría de sus pobladores. La mujer insistió de nuevo; “¿no le da miedo que la vaya a pasar algo?... ¿conoce por de aquel lado? ¿No?!... yo vivo pa´ allá arriba, no vaya a ir para allá solo eh, está peligroso” una vez más contesté negativamente, pero ya con un sentimiento de incomodidad. En ese momento escuché un barullo que provenía de la recepción. A la distancia pude reconocer la voz del encargado del CC que bromeaba con algunos de los asistentes, situación que me permitió dar por terminada nuestra breve conversación, argumentado que “debía” ir al encuentro de “mi superior” institucional para

informarlo de mi llegada. Ese día no volví a hablar con aquella mujer, de hecho, hice todo lo posible para evitarla, después comprendí que su actitud y sus palabras en realidad me habían provocado miedo. Como ya era tarde no pude incorporarme formalmente a ninguna actividad, así que deambulé entre varias de ellas. No pasó mucho tiempo para que la jornada laboral concluyera, así que sin más me preparé para regresar a casa, no sin antes recordar otra vez las palabras de aquella mujer.

Al día siguiente, ya con los escapularios en la mano, lo primero que hice al llegar al CC fue repartirlos entre las personas con las que mayor trato había tenido en mi primera visita. Le obsequié uno a un joven que devino en uno de mis informantes clave; le gustó mucho, en la visita subsecuente me contó que se lo había puesto a su hijo recién nacido “para que le hiciera el paro” pues había contraído una fuerte enfermedad que lo mantuvo varias semanas en el hospital, al final el niño logró salir del padecimiento y el joven creyó que en algo había ayudado mi regalo.

Eran un par de docenas de escapularios las que llevaba para regalar y después de haber repartido los que consideré indispensables todavía me sobraban algunos. Minutos después me encontré nuevamente con la mujer que el día anterior había conocido, tímidamente me acerqué a ella y en voz baja le pregunté si profesaba alguna religión, “soy católica” respondió, “si no se ofende le regalo un escapulario de los que traje de allá de la Villita”. Mi ofrecimiento la sorprendió gratamente, así que lo recibió gustosa. Pocos minutos después me di cuenta de que una de las niñas que estaba en el centro la seguía mucho y muy de cerca; “es mi nieta” me comentó, para después preguntarme si era posible que le regalara otro escapulario para ella, “claro que sí” respondí. Ese día por la tarde antes de terminar su jornada laboral, la mujer me buscó para agradecerme nuevamente por los obsequios. Me dijo que su nieta estaba muy contenta con su regalo y finalmente concluyó; “usted mientras no hable y no se acerque a la policía no le va a pasar nada”, consigna

que, de entrada, me tranquilizó, pero que poco tiempo después generó nuevas dudas y temores. Días después decidí pedir mayores explicaciones a lo dicho por la mujer. Uno de mis informantes me respondió sobre el posible significado; “pues es que la policía de la ciudad está con el cártel de aquí y si te oyen hablar pueden pensar que eres *volteado*, que eres de los de afuera”. A partir de ese momento cada vez que me llegaba a cruzar con algún policía en Juárez experimentaba una fuerte ansiedad que me forzaba a alejarme del lugar lo más rápido posible, claro intentando pasar desapercibido para esos policías que muy probablemente ignoraron mi presencia. También opté por llevar a todas partes mi credencial de estudiante de la UNAM, creyendo que, si algún día me detenían o me cuestionaban sobre mi manera de hablar o los motivos de mi estancia en Juárez, la identificación respaldaría mis intenciones que evidentemente eran académicas e investigativas. Me queda claro que el poder del amuleto escolar sólo fue efectivo para mí, toda vez me tranquilizó y me ayudó para realizar el trabajo de campo. Ninguna vez me detuvo la policía, ni ningún otro actor social, aun así, sigo llevando mi credencial de estudiante de la UNAM a cualquier lugar que visitó a allá en Juárez, un objeto al que, sin darme cuenta, le atribuí poderes protectores, muy parecidos a los que suelen atribuírsele a los escapularios que regalé.

En el poniente de Juárez “la policía” es objeto de una gran clasificación binaria con relación a su afinidad con los grupos delincuenciales. Entre sus pobladores existe una representación social con bastante arraigo y presencia que, por un lado, ubica a gran parte de los integrantes de “la policía estatal”, como afines o trabajadores del cartel de la ciudad. Por el otro, se posiciona a los cuerpos de seguridad, en este caso los federales, como allegados a *la gente del Chapo*. Al respecto y casi un año después de mi segunda visita de campo, por asares del destino en la Ciudad de México conocí a un ex integrante de la PFP, quien estuvo en operaciones en Ciudad Juárez durante el año 2010. Ese hombre me habló sobre los motivos que lo hicieron convertirse en “chofer de

Uber” que fue el contexto en el que nos conocimos. Me refirió que después de haber trabajado durante cinco años en el EM, fue transferido a la PFP con la promesa de obtener un “grado mayor” en comparación con el que en ese momento tenía dentro de las fuerzas armadas, además de un mejor sueldo y prestaciones laborales. Promesas que, a su dicho, no solo fueron incumplidas, sino que terminaron por ser desconocidas, motivando despidos “injustificados” y masivos dentro de la PFP de los que formó parte, en los que sistemáticamente se argumentó que esos policías “no habían pasado los exámenes de confianza”, circunstancia que lo forzó a trabajar en “el Uber” y que terminó por posibilitar nuestro encuentro. En esas estábamos cuando me platicó que en Juárez varias veces vio cerca la muerte. Me recordó el atentado con “coche-bomba” ocurrido en la ciudad fronteriza en julio de 2010. Según él, su “patrulla” se dirigía a atender una llamada de auxilio, debido a un supuesto secuestro de un policía municipal, sin embargo, otros compañeros llegaron antes al lugar, fueron ellos quienes sufrieron el atentado que dejó, por lo menos, cuatro personas muertas; un policía y tres civiles. Al preguntarle sobre los posibles autores y motivos del atentado me respondió terminantemente: “fueron los de *la línea*, ya nos traían... ya nos habíamos echado a varios de ellos... es que nosotros íbamos limpiando el terreno junto *con la gente del Chapo*... ya nos estaban cazando”. El 04 de enero de 2019, Vicente Zambada Niebla alias “el Vicentillo”, declaró en calidad de testigo ante la Corte Federal del Distrito Este de Nueva York en el juicio contra “el Chapo Guzmán” que: el Cártel de Sinaloa pagó sobornos al EM y a la PFP en el 2008 para librar la “narcoguerra” contra el grupo que en esa época conformaron “los Carrillo Fuentes” (Cártel de Juárez), “los Beltrán Leyva” y “los Zetas” (EL UNIVERSAL, 2019). El 10 de diciembre de 2019, Genaro García Luna, exsecretario de seguridad pública en el gobierno de Felipe Calderón (2006-2012), fue arrestado en Texas, EUA, tras ser acusado de recibir “millones de dólares” por parte del Cártel de Sinaloa para traficar cocaína y recibir protección (Esquivel, 2019).

Más allá de la supuesta afinidad delincencial de los cuerpos policiales, en el poniente de la ciudad estos grupos son vistos como actores sociales generadores de violencia y muerte, que toman como principales víctimas a los jóvenes de la región. Uno de los participantes en la investigación refiere lo siguiente sobre “la policía” ahí en Juárez:

“pues pasados de verga los güeyes, son pasados de vergas, nada más porque traen una placa y *un cuete* se sienten diferentes, nada que la justicia, pero pinche justicia, ¡vale verga!, si porque pues somos personas y por *un fierro* o por algo así cualquier persona muere, somos iguales, personas y pensamos, no pensamos igual, pero pues sí, si queremos algo diferente no, algo con más paz, algo más, y ver que hasta eso pues, hasta los policías te vienen quebrando, es más, te llevan, te esposan y pues *te quiebran* y pues quién fue, y pues quién sabe, son pasados de verga esos güeyes”. (Israel, comunicación personal, 25 de marzo de 2017).

5.6.3 “Pa’ que, si nomás lo estaba vigilando” (tercera visita de campo, marzo de 2017)

En marzo de 2017 realicé mi tercera visita de campo, una vez más el clima de la ciudad se mostró intenso, aunque en esa ocasión fue extremadamente cambiante. Lo primero que experimenté fue un calor penetrante y seco cuyas temperaturas superaron los 30 grados centígrados durante el día. Condiciones que por la noche cambiaban bruscamente, pues el termómetro descendía hasta los ocho grados centígrados. Otros días el viento se hizo sentir con ímpetu, fue tanta su fuerza que generó una “alerta amarilla” en la ciudad, dificultando incluso las operaciones del aeropuerto de la ciudad. En esa ocasión las autoridades recomendaban no salir a la calle si no era necesario debido al riesgo que representaban los embates del dios Ehécatl (dios mexica del viento) ya que podían derrumbar alguna de las grandes estructuras presentes a lo largo de toda la ciudad, sin mencionar lo molesto que resultaba sentir los granos de arena en los ojos que el viento hacía volar por todo el entorno, condición que intempestivamente me forzó a recordar una vez más que la ciudad se había edificado en medio del desierto mexicano. En esa ocasión padecí la intensidad del clima, no sólo por sus cambios bruscos, sino porque una vez más no salía preparado para ello. En esta visita de campo pasaba gran parte del día fuera de mi hogar temporal.

Generalmente salía por la mañana hacia el CC y regresaba casi siempre a media noche, sólo para cenar algo ligero, dormir pocas horas y comenzar de nuevo al siguiente día. El reciente servicio de “Uber” en la ciudad me ayudó bastante en esta visita de campo. Mi regreso a casa ya no estaba condicionado a los horarios de *la ruta*, ni al *raite* que mis informantes clave podían darme cada uno en su auto “americano sin papeles” de legalización, ahora ya podía permanecer el tiempo que considerara pertinente en el poniente y volver cuando así lo decidiera sin depender de alguien y con relativa seguridad.

La tercera visita de campo muy probablemente fue la más intensa no sólo en duración (la cual se extendió hasta los 15 días en los que perdí un par de kilos), sino en la implicación contextual y relacional en el poniente de la ciudad, tuve experiencias relacionales que alteraron significativa y permanentemente mi subjetividad. La información recabada durante las entrevistas me impactó demasiado, lo mismo que mi inmersión al contexto, sobre todo cuando prescindía de mis informantes. Así bien, en esta visita el trabajo de campo me resultó particularmente intenso, el cual me exigió nuevos procesos de elaboración subjetiva que terminaron por alcanzaron el propio proceso del dormir. En esos días, casi todos mis sueños se trasmudaron en pesadillas, caracterizadas por representar peligros que permanentemente me asediaban. En esta visita se realizaron tres de las seis entrevistas que integran la investigación, sin mencionar las demás ocasiones en las que otros jóvenes me dejaron “plantado”, es decir, que en último momento decidieron no acudir a nuestra cita o de plano concluyeron que no participarían en la investigación, a sabiendas de que era con fines académicos y que su confidencialidad era prioritaria, motivaciones que eran sus mayores preocupaciones.

Con respecto a la negativa de algunos jóvenes para formar parte del estudio puede identificar algunas de sus causas. En primer lugar, noté cierto hartazgo entre los pobladores del poniente,

sobre todo entre los hombres jóvenes, por lo menos entre aquellos que participaban continuamente en el CC. En la última década la presencia de “los investigadores” se había vuelto una constante en esa región. Al CC habían llegado varias personas a hacer “entrevistas” a niños y jóvenes que ahí participaban, entrevistadores que después de llenar “formatos y/o cuestionarios” no volvían a ser vistos nuevamente por ahí. De hecho, varios compañeros y asistentes en el CC se mostraron sorprendidos con cada uno de mis regresos a la institución: “mira este bato si regresó... eres el único que se ha aferrado, otros no duran, vienen uno o dos días y ya no regresan”. Otro de los motivos que pudo contribuir a la negativa de participar en el estudio fue el riesgo asociado con este tipo acciones. Uno de mis informantes me comentó, porque también lo padeció, que en la última década “las entrevistas” con “los medios de comunicación” se habían vuelto algo cotidiano. La violencia que aconteció en la zona también sirvió “al amarillismo” y “la nota roja”, así, los supuestos reporteros llegaban al lugar buscando este tipo de información, toda vez que se había convertido en uno de los principales insumos mediáticos. Me refirió que en una ocasión un medio de información “gringo” entrevistó a un grupo de jóvenes de la región que formaba parte de un “colectivo de música”, que, a su vez, apoyaba a otros jóvenes que querían aprender el oficio, actividades que constituyeron el eje de lo expresado por ellos durante las entrevistas. Semanas más tarde, las imágenes de aquellos jóvenes aparecieron en un noticiario “americano”, sus voces habían sido sustituidas, lo mismo que sus identidades, alteraciones que presentaron a los jóvenes como “sicarios”, como “aztecas” al servicio del cartel de Juárez. La noticia se distribuyó rápidamente en la región y varios de estos jóvenes sufrieron amenazas por parte de los verdaderos integrantes del crimen organizado, quienes no tardaron mucho en ubicarlos. Fue tanto el peligro que incluso algunos decidieron cambiar su lugar de residencia mientras se “calmaba el pedo”. Este no fue el único incidente en su tipo. En este sentido, se entienden las resistencias de algunos jóvenes para

hablar sobre la organización social que impera en el poniente de Juárez, gobernada en gran medida por prácticas relacionales violentas que encuentra representación en los grupos delincuenciales, toda vez que les representan riesgos reales e inmediatos a su seguridad.

En esa ocasión me hospedé con un joven estudiante de enfermería y su padre, la casa estaba relativamente cerca de la avenida Paseo Triunfo de la Republica y del parque Borunda, un espacio que al igual que “el Chami” es bastante socorrido por los juarenses, sobre todo en fines de semana. En ese parque hay juegos mecánicos, puestos de comida y antojitos, además de que sirve como escenario para la realización de distintos eventos artísticos, culturales o deportivos, muchos de ellos gestionados y visitados por jóvenes. En ese momento me desplazaba bastante bien por la ciudad utilizando *la ruta*, por lo menos en la zona centro y norponiente que fueron las zonas que mayormente frecuenté durante la investigación. Como mucha gente de la región había aprendido a ubicarme en la ciudad echando mano de lugares representativos tales como “la X” (monumento a la mexicanidad), “el Chami”, “el parque de las tortugas”, “el Borunda”, “el monumento” o “el cigarrote” (monumento al nuevo ciudadano), aunque los referentes que más utilicé porque así lo aprendí de mis interlocutores fueron los famosos “esmar” (E-Mart), una cadena de supermercados con gran presencia en Ciudad Juárez que son de gran ayuda para la orientación interna. Así, “el esmar de la Altamirano”, de “la Chaveña” o de “Altavista”, se volvieron lugares cotidianos dentro de mis recorridos diarios en el transporte público, en esos lugares hacía cambio de ruta para llegar al poniente o regresar hacía el centro de la ciudad.

En el CC iniciaba actividades como voluntario alrededor de las 10 de la mañana (horario precedido por casi hora y media empleada en el trayecto desde mi hogar temporal), las cuales concluían poco antes de las cinco de la tarde de lunes a viernes que era el horario institucional. Sin embargo, en mi caso después de la jornada laboral me incorporaba a otras prácticas y contextos

sociales dentro de la zona poniente de la ciudad, casi siempre en compañía de alguno de mis informantes o de algún colaborador de la institución con quien tenía mayor relación, quienes me invitan a participar en las actividades que ellos desarrollaban después de colaborar en el CC.

Uno de mis informantes fue un adulto-joven que desde hacía algunos años participaba activamente en el CC, ya no como usuario, sino como trabajador. Contratación que contribuyó significativamente en la transformación de su identidad y que constituye una estrategia de intervención juvenil en sí misma, la cual es bastante socorrida entre las asociaciones civiles ubicadas en el poniente de Juárez, lo mismo que eficaz. Dicha intervención tiene la particularidad de enfocarse en aquellos jóvenes que denotan mayores riesgos asociados con su estilo de vida, el cual se busca transformar debido a que les representa grandes riesgos; ya sea porque no estudian, consumen drogas, carecen de empleo, apoyo familiar o porque comienzan a meterse en “cosas malas”. Así, cuando las instituciones cuentan con recursos económicos suficientes suelen ofrecer a algunos de estos jóvenes la posibilidad incorporarse en ellas ya no como usuarios sino como trabajadores y recibir un sueldo, que, junto con los demás servicios que estas ofrecen, ayuda bastante a paliar las condiciones de precariedad en las que suelen estar sumidos. Generalmente, los empleos que se les ofertan a estos jóvenes son de “apoyo a las actividades institucionales”, empleo que les demanda asumir un papel mucho más activo en su coordinación y desarrollo, incluso algunas de estas pasan a estar bajo su responsabilidad, acciones que regularmente les generan sentido de pertenencia, compromiso y reconocimiento que terminan por transformar su identidad a la que se le suman las ideologías institucionales.

Desde la primera visita de campo también descubrí que, quien detentaba el verdadero control de la zona poniente era “la mafia”, dominio que no excluía las constantes disputas con sus rivales. Control que se intensificaba y se hacía más evidente conforme me adentraba en el contexto social

de estudio y en la vida cotidiana de sus habitantes. Los grupos de narcotráfico controlan gran parte de las prácticas sociales que acontecen en el espacio público. No sólo controlan el trasiego masivo de drogas, también el narcomenudeo tan común en la región y otros delitos que ahí acontecen. Uno de mis informantes, ex consumidor de drogas ilegales, me explicó que en esa época “el cartel de la ciudad” tenía la “política” de “no vender *crystal*”, un tipo de anfetamina sumamente rentable, lo mismo que adictiva, la cual puede consumirse por vía inhalatoria (fumada) o intravenosa (inyectada). Según mi informante, el motivo para no comercializar *el crystal* era su alto poder adictivo que no pocas veces alcanzaba a sus propios integrantes. El cartel de la ciudad sólo comerciaba marihuana, cocaína y *tachas* (otro tipo de anfetamina que se comercia en pastillas), este última en menor medida, casi siempre en el centro de la ciudad, al interior de los bares, principalmente para turistas o para algunos residentes. Otro de los motivos de la restricción estaba relacionado con las disputas que había mantenido con el cártel de Sinaloa, quien era el principal distribuidor de anfetaminas dentro del territorio. Así bien, el consumo y/o la venta de *crystal* hacían las veces de indicador contextual que mostraba que grupo criminal dominaba el territorio en cuestión. En la zona poniente de la ciudad estaba “prohibido” el cristal, no se podía consumir y mucho menos vender, quien se atrevía a hacerlo corría el riesgo de ser asesinado por el brazo armado del cartel, una especie castigo mortal por consumir el producto de “la competencia”, amenazas que eran reales, tal y como ocurrió en repetidas ocasiones con decenas de consumidores quienes resultaron violentamente asesinados. Hecho que ayuda a explicar algunos de los posibles móviles de las varias ejecuciones ocurridas al interior de centros de rehabilitación en Ciudad Juárez, acaecidas entre los años 2008 y 2010. Caso contrario ocurría en el suroriente, el cual también tuve oportunidad de conocer, en donde la comercialización interna de cristal es una

constante, cuyos consumidores son fácilmente identificables debido a los ráídos y grandes estragos físicos que la sustancia les provoca.

“La mafia” controla y/o incide en el desarrollo de muchas de las actividades públicas en las que los jóvenes de la región participan, son los grupos del crimen organizado quienes deciden si estas se realizan o no, siempre cuidando “no calentar el punto”, así ocurrió con algunas de las actividades comunitarias que el CC desarrolla habitualmente, o con algunas agrupaciones juveniles como “el pandillerismo”, “el barrio”. Los grupos del narcotráfico controlan “todo”, incluso la reventa de cervezas, las famosas “clandestinas”, que se comercializan cuando concluye el horario establecido por las autoridades municipales para su venta formal. Esos grupos son quienes venden los “permisos” para su comercialización, castigando incluso con la muerte a quienes se atreven a hacerlo por su cuenta. Así, “el narco” se encuentra presente a lo largo de toda la organización social del poniente de la ciudad, a veces de manera abstracta como representación social, sin un rostro claro que emerge en la plática más casual y cotidiana con cualquiera de los pobladores de la región. Prácticamente todas las personas con las que conviví conocen a alguien que forma o ha formado parte de “la mafia”, algún conocido, un vecino o incluso algún familiar, todos tienen una historia que incorpora al narco y las actividades económicas que de ello se desprenden. Narraciones que en la última década se caracterizaron por incluir actos violentos muchas veces mortales. Otras veces el narcotráfico se materializa entre los propios pobladores de la región, contextualmente fácilmente identificables, personas que suelen ocupar posiciones bajas o intermedias dentro de la organización criminal, toda vez que los grandes líderes viven en otras partes de la ciudad e incluso del país.

En una ocasión acudí a una de las tantas canchas de futbol improvisadas que hay en el poniente de Ciudad Juárez. La noche previa mí informante y yo habíamos estado presentes en “el torneo”

que en ella se desarrollaba. En el lugar me presentaron a varios jóvenes que integraban un equipo de fútbol el cual acababa de participar en la competencia, así que sin más aproveché la ocasión para conocer a los chicos y pedirles que participaran en la investigación. Un par de ellos aceptó, uno de ellos me citó al día siguiente por la tarde para hacer la entrevista. Mi informante y yo llegamos puntuales al mismo lugar donde la noche previa habíamos acordado la reunión. En esa ocasión el entorno lucía desierto, contrario a lo vivido en la noche anterior, sin embargo, nuestro posible participante no llegó, lo supimos después de casi una hora de esperarlo, momento en el cual la representación del narco se materializó. Nosotros esperábamos estacionados al inicio de una gran pendiente sin pavimentar, justo a un costado de una de las tres tiendas que circundan la cancha de fútbol, cuando intempestivamente escuchamos los estruendos que los grandes motores automotrices suelen generar, provenían de un auto deportivo de lujo, el cual contrastaba fuertemente con la precariedad del entorno. El carro avanzaba muy despacio a lado nuestro, al mismo tiempo que era escoltado por una camioneta negra con vidrios polarizados. Mi acompañante y yo permanecimos en silencio aquellos segundos que duró el recorrido, instantes que a mí me parecieron horas. Callamos no por gusto sino por miedo, las palabras habían escapado de nosotros, también contuvimos la respiración hasta donde nos fue posible. Con la mirada seguimos la caravana hasta que la perdimos de vista. Acto seguido mi acompañante recuperó el aliento y echó a andar de nuevo *el molino de palabras*, comentó que el conductor del lujoso automóvil “era del hijo del *bueno*”, de aquel que “controlaba *el punto*”, “un azteca” bastante conocido en la región al servicio del cartel, quien además de ser el encargado de la venta de drogas en la zona, también tenía bajo su mando a un buen número de adeptos dispuestos a participar en cualquier actividad delincuencia que se les demandara.

Después de lo ocurrido, inmediatamente decidimos retirarnos del lugar. Mecánicamente nos dirigimos hacia la casa mi informante. Antes de llegar pasamos a la tienda en donde compramos unas “birrias” y un poco de “botana”. Esa tarde hablamos poco, pasamos el tiempo escuchando música, comiendo y bebiendo, probablemente tratando olvidar lo ocurrido. Días después regresé yo solo al mismo territorio para intentar hacer una entrevista con el otro joven que había accedido participar en la investigación, yo me sentía incómodo, temeroso, tenía la sensación de ser vigilado, efectos directos de mi experiencia previa. Afortunadamente en esa ocasión el joven que esperaba no tardó mucho en llegar, y mejor aún, me pidió que nos mudáramos a otro lugar para hacer la entrevista, la cual aconteció sin mayores sobresaltos. En los días subsecuentes un joven estudiante de secundaria que acudía cotidianamente al CC y con quien conviví estrechamente durante mi trabajo de campo, me comentó que justo en esos días me había visto “ahí por las canchas”; “lo vi el otro día ahí en X... ¿traía el carro del X verdad?”, “sí... ¿por qué no me saludaste?”, le pregunté, “no, pa’ que, si nomás lo estaba vigilando”, dijo sonriendo aquel pequeño y delgado ser, para después alejarse. Muy parablemente fue una broma, sin embargo, eso me hizo pensar que las más de las veces mi presencia no pasó desapercibida en los distintos contextos donde participé, especialmente cuando lo hacía de forma individual, sin el respaldo colectivo, sobre todo cuando rondaba algún *punto* controlado por el cartel.

La presencia del narco en Juárez es palpable y no sólo alcanza la zona poniente. Uno de mis informantes me invitó a conocer la emblemática avenida Juárez que otrora era una zona casi exclusiva para los turistas procedentes de EUA, la cual, cayó prácticamente en desuso debido a la inseguridad y la violencia que aconteció hace más de una década, una zona que en años recientes fue reapropiada por muchas personas que habitan en el poniente de la ciudad, incluidas mujeres, sobre todo trabajadoras, quienes a pesar de los riesgos que les representa acudir a esa zona se

siguen haciendo presentes, hecho que constituye una especie de resignificación de clase y de género en cuanto la apropiación del espacio público y la diversión que acontece en la ciudad.

Esa vez hicimos el recorrido de “los siete bares”, entramos “al Sinaloense,” “al 15”, “al Zoo”, etc.; “los viernes se pone bueno, pura *maquilera*” comentó uno de mis acompañantes recién que inició el recorrido, ese día era sábado así que la afluencia no era tan alta. Entre tanto, discretamente mi informante me indicaba quienes eran las personas encargadas de la venta y distribución de drogas, algunas de las cuales lo conocían y saludaban, eran familiares de niños y/o jóvenes que visitaban en CC, conocidos del barrio, o bien ex proveedores en sus años de consumidor. Me decía dónde estaban “los puntos”, en dónde se ejercía la prostitución e incluso en qué lugares había cierta tolerancia para consumir drogas, casi siempre en el interior de los baños del establecimiento en cuestión, en donde también ocurría la compra-venta. En ese momento no fui consciente del riesgo en el que estaba, cómo sí lo fueron mis acompañantes. Constantemente ellos me hacían cambiar de acera o apresurar el paso, hubo lugares a los que de plano no nos acercamos, lugares en donde se concentraban algunas personas que, a dicho de mis informantes, “también eran aztecas”, así que convenía mejor alejarse y evitar cualquier posibilidad de desavenencia.

En otra ocasión, otro de mis informantes insistió en acompañarme a tomar *la ruta* que me llevaba de regreso al lugar donde me hospedaba, ese lugar estaba en el centro de la ciudad, un par de cuadras detrás de la catedral. Me sorprendió un poco su insistencia y más que decidiera permanecer conmigo hasta que abordara el transporte público, sobre todo porque yo ya había realizado el mismo trayecto en varias ocasiones, la única diferencia era que se había hecho un poco más tarde de lo habitual. Como ya había oscurecido muchos comercios ya habían cerrado y el flujo de personas era significativamente menor que cuando los establecimientos operan. Difícilmente pudo explicarme que, a pocos metros del lugar, había *un punto* en ese momento poblado por

vendedores y compradores, cada uno haciendo lo suyo. Circunstancia que hacía peligroso el hecho de estar parado en las inmediaciones de ese lugar “sin hacer nada”. Las dificultades para entender lo que mi informante quería decirme se debieron a que él trataba de hablar lo más bajo posible, cuidándose de no hacer referencias directas, ni al tema, ni a la ubicación *del punto*, actitudes que terminaron por generarme temor y desconfianza, así que, entre palabras cortadas y gestos incomprensidos, esperé con ansias la llegada de mi tan anhelada *ruta* para que me sacara de ahí.

Figura 5. Fotografía de niñas participando en torneo de futbol femenino en la zona poniente, Ciudad Juárez, Chihuahua.



Elaboración propia (2017)

Figura 6. Fotografías de casas en la zona poniente de Juárez y de jóvenes de la zona poniente de Ciudad Juárez, Chihuahua.



Figura 7. Fotografía del equipo campeón un torneo amateur en la zona poniente, Ciudad Juárez, Chihuahua.



Elaboración propia (2017)

5.6.4 “En todos lados hay un punto” (cuarta visita de campo, octubre 2017)

En octubre de 2017 realicé la cuarta visita de campo. En esa ocasión el clima fue benévolo, temperaturas de entre los 18 y 20 grados centígrados me acompañaron durante toda mi estancia. Nuevamente me hospedé cerca de las instalaciones de la UACJ, aprovechando que en las mismas fechas participaría en un congreso académico organizado en sus instalaciones.

Aquella vez habité un inmueble sin compañía de otros moradores. Me quedé en una casa que se utilizaba exclusivamente con fines de arrendamiento cuyos propietarios vivían en El Paso, Texas. Después supe que las más de las veces el inmueble era requerido por un tipo de turismo bastante socorrido en la ciudad, a saber, personas que arriban a la ciudad para visitar el Consulado General de EUA, casi siempre para tramitar “la visa” y poder cruzar “al otro lado”, turistas que generalmente proceden del interior del estado de Chihuahua o de estados vecinos.

Asimismo, los habitantes de Ciudad Juárez también son visitantes asiduos al Consulado, lo visitan porque igualmente buscan hacerse de “papeles” que les permitan transitar legalmente hacia el vecino país. Por un lado, están las personas de clases bajas que intentan cruzar hacia EUA, sobre todo a El Paso, debido a necesidades económicas y/o laborales, pues, aunque saben que allá son sobreexplotadas o subcontratadas también reconocen que es fácil encontrar empleo cuyo sueldo resulta mucho más competitivo de lo que podrían ganar de este lado de la frontera. En Juárez es bastante común que cientos de personas crucen diariamente la frontera para ir a trabajar, quienes pueden dedicar varias horas al día en esos trayectos. Otras más permanecen allá por periodos de tiempo relativamente cortos, varios días o semanas, ya sea porque su trabajo así lo demanda o porque conviene a su economía y descanso. También hay algunos que deciden establecerse de manera permanente allá, sacrificando el regreso a este lado de la frontera mientras se hacen de “la residencia americana”. En el poniente de Ciudad Juárez no es extraño que algunas personas, sobre todo madres de familia, “trabajen en el Chuco”, quienes generalmente se dedican “a la labor” doméstica (Israel, comunicación personal, 25 de marzo de 2017), que se emplean “limpiando casas, ahí en El Paso” (Gabriel, comunicación personal, 26 de octubre de 2017), o que se ocupan de los trabajos de crianza y cuidado de niños y jóvenes que no son sus hijos, que trabajan de “nodrizas”, es decir, que “le ayuda a una señora, a una doctora a cuidar a sus hijos, a ayudarles a estudiar, hacer sus tareas y todo” (José Luis, comunicación personal, 29 de marzo de 2017). Por otro lado, también existe una cantidad importante de juarenses que cotidianamente cruzan la frontera no por necesidades económicas, al contrario, su situación financiera y/o académica les permite migrar y disfrutar de ciertos beneficios tales como escuelas, trabajos, servicios, comercios y sobre todo seguridad, incluso hay quienes pueden darse el lujo de cambiar de residencia de manera legal y acomodada, situación que en la última década se exacerbó debido al clima de

violencia que aquejó a la ciudad, ventajas que la mayoría de los juarenses ven denegadas (Wright, 2013).

Habían pasado siete meses desde mi última visita a Ciudad Juárez, periodo en el que había comenzado con el primer análisis de la información recabada. En ese momento las reflexiones giraron en torno al trabajo de campo que se había realizado previamente. Con posterioridad, se encontró que muchas de las prácticas relacionales establecidas durante el trabajo de campo habían constituido situaciones de riesgo considerables, toda vez que incluían la presencia de armas de fuego, la venta y el consumo de drogas ilegales, la relación con personas cuya vida se veía amenazada debido al “ajuste de cuentas” entre pandillas o grupos criminales, incluso cierto acercamiento con algunos “aztecas”. A partir de dichas reflexiones, mi tutora y yo acordamos que había que priorizar la seguridad, concluimos que había que hacer un par de entrevistas más para completar la investigación y que las inmersiones contextuales y relacionales tendrían que ser menos intensas en comparación con la visita previa, esto para minimizar los riesgos. Se acordó que el trabajo de campo quedaría acotado a mis actividades dentro del CC, circunstancia que ofrecería mejores condiciones de seguridad. También se pensó que se podría incorporar al estudio a un par de jóvenes que acudían al CC, aprovechando se ya se había establecido una vinculación con ellos. Idealmente, yo trabajaría como voluntario en el CC y regresaría a casa a trabajar en el análisis de la información, plan que se ajustó en gran medida a lo previsto, sin embargo, a mi llegada algunos de mis conocidos habían organizado una comida en mi honor, mientras que otros habían planeado salir conmigo ese fin de semana, tenían planeado llevarme a conocer “la PRONAF”, una zona comercial orientada hacia el oriente de la ciudad, la cual cuenta con distintos centros de entretenimiento, bares y restaurantes. Entre semana esa zona es bastante socorrida por jóvenes estudiantes universitarios debido a que es bastante cercana a escuelas como la UACJ,

mientras que los fines de semana hasta ahí acuden “otros jóvenes” que, a primera visita, se perciben distintos de aquellos que son residentes del poniente con los cuales yo había convivido estrechamente, espacios sociales donde las diferencias de clase se vuelven evidentes. Acudí a la comida lo mismo que a *la salida*, en ambos casos los encuentros resultaron breves y ligeros en comparación con lo ocurrido en visitas anteriores. Así, en mi última visita de campo dejé de pasar todo el día con mis informantes, permanecí menos tiempo en el poniente de la ciudad, mi vinculación relacional cotidiana estuvo acotada, las más de las veces, a las actividades instituciones en el CC.

En el CC me sentía bastante a gusto, durante dos años realicé cuatro estancias como voluntario. En ese lugar conocí a varias niñas, niños, mujeres y hombres jóvenes. Durante ese tiempo, algunas de esas personas dejaron de acudir a la institución, otras más se incorporaron, aunque también hubo varias que se mantuvieron durante todo el tiempo que duró mi trabajo de campo. Estas últimas me recordaban casi siempre de manera afectuosa, sobre todo hombres, quienes ahora me invitaban a participar en las actividades que realizaban dentro del CC. Probablemente la cuarta visita de campo fue aquella que más disfruté como voluntario debido a la estrecha relación que tenía con algunos de los usuarios y/o colaboradores del CC. En esa ocasión me tocó “ir al paseo con los chavos”, visitamos “las dunas de Samalayuca”, o, mejor dicho, casi visitamos las dunas.

Samalayuca es una población situada a 52 kilómetros al sur de Ciudad Juárez, poblaciones conectadas por la carretera federal 45, mejor conocida como la carreteara “panamericana” cuya extensión alcanza los 1920 kilómetros uniendo el centro y el norte del país, “después de Juárez todo es sur” decía con orgullo y cierto aire de superioridad uno de mis informantes, mientras transitábamos por aquella legendaria ruta. En esa región se encuentra una zona desértica constituida por médanos y dunas de arena que llegan a medir hasta 300 metros, las cuales se

conocen comúnmente como las dunas de Samalayuca, debido a su cercanía con dicho poblado. En años recientes las dunas devinieron un lugar turístico propiamente dicho. El ingreso al, ahora “parque ecológico”, cuesta 100 pesos por persona y generalmente es visitado para practicar “sandboarding” y “rallies”, actividades que, evidentemente, exigen aditamentos específicos y valiosos que pocos juarenses poseen, por lo menos así ocurría con muchos de los habitantes de la zona poniente. Ese fue nuestro caso.

Al paseo acudimos más de 25 personas entre colaboradores y usuarios del CC. Como ya era costumbre nuestro presupuesto para ese tipo de actividades era bastante limitado, circunstancia que no impedía los viajes y mucho menos la diversión. En esa ocasión solo disponíamos de dinero suficiente para pagar la gasolina (indispensable para el traslado) y “las sodas” que completarían la comida del día, esta última había que llegar a cocinarla a partir de los insumos que nos proveyó el CC al iniciar la travesía. Así, el ingreso a las dunas de Samalayuca quedó totalmente descartado desde el momento en el que se planeó el viaje, aunque yo lo supe hasta el momento en el que nos desviamos de la ruta señalada para llegar a aquel turístico lugar. Sin embargo, las limitaciones económicas no impidieron nuestro acercamiento a las dunas y mucho menos nuestra diversión. Un colaborador del CC conocía al encargado de “un rancho” bastante grande y cercano al parque ecológico, quien amablemente había accedido a permitir nuestro ingreso a la propiedad, facilidades que, después supe, fueron las que motivaron nuestro paseo aquel día.

Ya instalados en el rancho, casi “instintivamente” los hombres comenzamos a jugar fútbol, una que actividad que dentro del trabajo de campo puede ser considerada como una práctica relacional predominantemente masculina, la cual me permitió acceder al contexto social y con la población de estudio. Después de jugar un rato algunos nos dispusimos a preparar la comida, actividad en la que obligadamente todos los asistentes terminaron por participar. En esa ocasión nos tocó cocinar

la famosa discada, preparación que incluyó la narración del origen de platillo, atribuido a los trabajadores del campo, quienes, alejados de su hogar, se vieron en la necesidad que utilizar sus instrumentos de trabajo para cocinar sus alimentos, a saber, un gran disco de arado en donde se cocinaron y mezclaron los ingredientes que cada uno pudo aportar en aquella ocasión, lo que terminó por constituir un platillo en sí mismo.

Una vez que terminamos de comer la mayoría de los asistentes decidimos explorar el terreno y hacer senderismo, aunque muy probablemente fue el deseo, no dicho, de ver las dunas lo que nos movió a emprender la caminata. A fuerza de andar y guiados por el organizador del viaje por fin pudimos encontrar unas pequeñas dunas, las cuales escalamos sin mayores dificultades. Casi de inmediato intentamos practicar el anhelado sandboarding, lo hicimos de manera improvisada, con los materiales que el entorno preveía; desechos de una antigua construcción que se encontraba en las inmediaciones. Minutos después nuestro guía arribó al lugar y proporcionó los instrumentos idóneos para deslizarse por la pequeña pendiente: dos “tablas” que le habían prestado *exprofeso*, las cuales, hasta ese momento, habían estado celosamente guardadas para no arruinar la sorpresa, artefactos de diversión que, así como llegaron, comenzaron a ser turnados entre todos los emocionados asistentes. La espera para deslizarse por las dunas de arena era larga en comparación con la ansiedad que todos sentíamos por vivir la experiencia, espera que no tardó mucho en aumentar debido a que se rompieron las correas de una de las tablas, dejándonos con la mitad de recursos disponibles para divertirnos, aun así, me deslicé tres o cuatro veces, las mismas ocasiones en las que caí al piso riendo, secundado por todos los demás asistentes. Después de mis experiencias fallidas decidí abandonar la empresa, opté por la observación. No paso mucho tiempo antes de que algunos jóvenes comenzaran a dominar el ejercicio, lamentablemente la tarde nos

había alcanzado, indicio de que, muy a nuestro pesar, había que emprender el regreso al poniente de Juárez.

Figura 8. *Fotografía del trayecto correspondiente al paseo semanal en el CC, Ciudad Juárez, Chihuahua.*



Elaboración propia (2017)

En esta visita de campo conocí a un joven que era “nuevo” ahí en “el barrio” donde se ubica el CC, lo supe porque se convirtió en uno de los participantes de la investigación. Ese joven también era un consumidor crónico de drogas como hay muchos en la zona poniente, en su caso la marihuana era la sustancia que más consumía. Tomás de tan solo 18 años de edad comenzó a consumir drogas ilegales cuatro años antes, momento en el que también abandonó la escuela secundaria para entregarse sin mayor reparo a la calle, al barrio. Regularmente el joven fumaba “mota” en “el parque” contiguo al CC en donde podía encontrarse casi a cualquier hora del día, ahí podía consumir la sustancia solo o en grupo, todo dependía de las prácticas de negociación territorial que se iban estableciendo. Para Tomás, al igual que para muchos otros jóvenes de la zona poniente, el consumo de drogas ocupaba un lugar central en su vida cotidiana y en su

subjetividad. Conocerlo me permitió constatar la magnitud y los efectos perjudiciales asociados con dicha práctica.

Figura 9 *Fotografía de niños posando en la frontera como parte del paseo semanal que se realiza en CC, Ciudad Juárez, Chihuahua.*



Elaboración propia (2017)

Como su nombre lo indica, los grupos del narcotráfico se han enfocado en el trasiego de grandes cantidades de drogas, que tienen como principal destino EUA, sin embargo, dicha circunstancia cambió abruptamente en las últimas décadas. Moreno (2007) señala que las restricciones fronterizas sobrevenidas después del “11 septiembre” exigieron “nuevas” formas de contrabandear las sustancias. Así, la delincuencia organizada comenzó a privilegiar la introducción de pequeñas y medianas cantidades, además de la utilización de niños y adolescentes, sobre todo hombres, para llevar a cabo el trasiego de drogas, toda vez que su estatus jurídico-legal minimiza los riesgos y aumenta la rentabilidad del ilícito (DHIA y UTAP, 2017; Moreno, 2007). Dichas circunstancias incrementaron la presencia y la accesibilidad a drogas en la ciudad, sobre todo entre los niños y

jóvenes, permitiendo que Juárez además de ser un lugar de paso se convirtiera en un lugar de consumo (Moreno, 2007; Pérez, 2007).

También en esa época ocurrieron cambios en la administración delincencial de delitos sumamente añejos en la ciudad tales como el narcomenudeo y tráfico de personas. Uno de mis informantes me contó que desde hace un par de décadas el cartel se apropió de ambos ilícitos (narcomenudeo y tráfico de personas) debido que son altamente redituables. Lo hizo mediante la “jubilación forzada” de varios de sus colaboradores más antiguos, otrora socios comerciales. Los obligó a retirarse y así evitar el exterminio masivo que es capaz de desarrollar con fines de control social. En muchos casos la mafia repartió cantidades de dinero simbólicas a manera de liquidación por los servicios prestados hasta entonces. Así ocurrió con algunos de los familiares de mi informante quienes, incluso por generaciones, se habían dedicado al tráfico ilegal de personas y a la venta de drogas al menudeo. Con relación al narcomenudeo, no fueron raras las ocasiones en las que su ejercicio obedeció a la disponibilidad de las sustancias, toda vez que estas fungieron como pago en especie por los servicios ofrecidos al cartel. Actualmente la mafia controla esas y otras actividades ilegales, lo hace a través de su brazo armado, a través de la línea o los aztecas, ellos son los únicos autorizados para desarrollar esas actividades delictivas.

En los últimos años, en la zona poniente de Juárez el consumo de drogas ilegales se masificó, disminuyó la edad de inicio y se incrementó el porcentaje de casos que se convierten en dependencias severas (Moreno, Pérez, 2007). En esa región es notable como los niños y jóvenes muestran alta disponibilidad y fácil acceso a drogas ilegales, circunstancias que facilitan su consumo y la emergencia de otras conductas de riesgo. Al respecto Tomás comenta: “Vale 30 la bolsa en cada punto que hay aquí, hay uno aquí en el parque de X, hay uno aquí en X, hay otros aquí en la X, en todos lados hay, no hay un punto que no vendan mota” (comunicación personal,

28 de marzo de 2017). Las palabras del joven dan cuenta de la expansión y el dominio territorial que la mafia detenta en la zona poniente, en esta ocasión a través de la venta exclusiva de drogas, para lo cual emplea todo tipo de actos violentos, control social que, aunque ya lo había percibido de manera general en la zona centro de la ciudad, en esta ocasión se hizo explícito ahí en el poniente, alcanzando al barrio donde está ubicado el CC. Meses después y ya en la Ciudad de México uno de mis informantes me comentó vía telefónica que, en el parque contiguo al CC, habían instalado *un punto*, me lo comentó con cierta preocupación, al mismo tiempo que meditaba sobre las posibles acciones a emprender para revertir la situación, todo esto tratando de minimizar los riesgos para quienes decidieran participar en la difícil empresa de “sacar a los vendedores” de ahí.

5.7 Los Participantes

A continuación, se realiza una breve presentación de cada uno de los seis jóvenes que participaron en el estudio, narraciones que incluyen la forma de vinculación y la manera en la que se construyó el conocimiento con cada uno de ellos. Las narraciones buscan resaltar la heterogeneidad de las prácticas y los significados asociados con la construcción de identidades como hombre joven en la zona poniente de Ciudad Juárez, al mismo tiempo que intentan mostrar una complementariedad relacional, subjetiva y discursiva entre ellos, en tanto integrantes de un contexto social particular. Narraciones que incluyen concordancias, pero también discrepancias, al igual que distintas reflexiones, posicionamientos y acciones ante ordenadores sociales que les son comunes.

5.7.1 Israel (20 años)

Israel es un joven de 20 años de edad, delgado y de tez morena. El día de la entrevista usa una gorra blanca que, más que protegerlo del sol, parecería que busca ocultar su rostro, aun así, su cutis se nota áspero y descuidado, características cutáneas que a primera vista son casi imperceptibles debido a que una gran sonrisa gobierna la estética de su rostro, sonrisa de dentadura maltrecha y desatendida que por momentos da la impresión de ser permanente e inamovible. Estos rasgos caporales evidencian no sólo el abandono y la precariedad en las que el joven ha vivido a lo largo de su vida, sino el proceso mismo de construcción de identidad, recordando que el cuerpo, en el sentido amplio, es el territorio por antonomasia en el que se inscriben las diferencias e interacciones sociales, un portador de sentido que mediatiza determinaciones sociales más amplias y diferidas donde convergen y dejan huella tanto el pasado y como el presente (Margulis y Urresti, 1996), el lugar donde se apuntala y desde donde se actúa el género y la clase social (Connel, 1995), el cual da fe de la historia de vida, sus avatares y sus consecuencias (Valenzuela, 2014).

Actualmente, Israel trabaja como obrero en la maquila, un tipo de trabajo que ha desarrollado intermitentemente desde que cumplió dieciséis años de edad. En aquel momento su padre “firmó” para que pudiera “agarrar jale”, una práctica social que es bastante común en la región, la cual posibilita el ingreso “anticipado” de los jóvenes al mercado laboral formal, una “costumbre” que incluso ha sido institucionalizada en nuestro país, tal y como da constancia la legislación laboral vigente. Lo anterior en correspondencia con ciertos ideales sociales accidentales y modernos que posicionan al trabajo remunerado como signo de madurez y responsabilidad propias de la adultez, es decir, que normativamente suelen ser exigidas a los jóvenes que buscan convertirse en hombres (Patiño, 2009).

En el poniente de Ciudad Juárez muchos jóvenes se incorporan al trabajo remunerado obligados por las condiciones de pobreza y vulnerabilidad social en las que se encuentran sumidos. Otros más lo hacen presionados por algún familiar o personaje cercano toda vez que esa actividad es significada como alternativa contextual al servicio de regulación conductual de los jóvenes, la cual sirve para “hacerlos responsables” y sacarlos de “malos pasos”. Mientras que algunos más, como en el caso de Israel, lo hacen como parte de una estrategia relacional y subjetiva global que les permite salvaguardar parcialmente su integridad y continuar formando parte de la organización social del poniente de la ciudad. Posibilidades todas las anteriores que no son excluyentes, por el contrario, muchas veces suelen complementarse.

Así, hoy día entre el traslado y la jornada laboral propiamente dicha Israel dedica más de 12 horas diarias a su empleo, el cual consistete en hacer arneses: “hago arneses, va un cuadro así de puros cables, así hacen de esas madres, de esas; ¿cómo se llaman? bolsas de aire, ¡ajá!, para... y, pos... anivelo los cables, los tipeo, los encinto; ¡un desmadre!”. (comunicación personal, 25 de marzo de 2017)

La actividad laboral de Israel es una actividad intensa en cuanto a los ritmos de trabajo y las jornadas laborales, pero poco exigente intelectualmente, con pocas oportunidades de crecimiento profesional.

Independientemente del nivel educativo que se tenga, desde hace décadas el trabajo en la maquila ha sido una de las pocas opciones laborales de que disponen los jóvenes de la zona poniente. Jóvenes como Israel, que apenas tienen educación básica, saben que es fácil entrar a trabajar en la maquila, aunque también reconocen que dicho empleo representa un sueldo bajo y malas condiciones laborales que las más de las veces son preferibles a la incertidumbre financiera que pone en duda la satisfacción de las necesidades básicas de alimentación y servicios. Al respecto

Israel menciona: “¡sí la economía está cabrona aquí!, ¡si está cabrón!, más trabajo, menos sueldo y vale verga, ¡¿verdad?!” (comunicación personal, 25 de marzo de 2017).

El trabajo en la maquila tiene tanto arraigo y tradición en la zona poniente que forma parte de sus procesos relacionales cotidianos, es decir, está reconocido, negociado y validado. Un trabajo que le permite a los hombres jóvenes de la región formar parte de esa organización social, eso sí, ocupando lugares basales dentro de la jerarquía social ahí establecida.

Israel vive en compañía de su hermano, otro hombre joven que es dos años menor que él, sin embargo, reitera que cada uno se hace cargo de sí, ambos trabajan, “cada quien en su jale”. Viven en unos pequeños cuartos con pisos de tierra, paredes de madera y techos de lámina, un tipo de vivienda que abunda en el poniente de Ciudad Juárez. Su casa está ubicada dentro de un predio familiar, espacio territorial que por linaje le correspondía a su madre y después a ellos debido a que ella decidió dejar el inmueble, lo hizo porque junto con otros de sus hijos se mudó a un municipio contiguo para vivir en compañía su actual pareja sentimental. Este tipo de distribución habitacional y organización familiar también suelen ser característicos en la zona poniente. Predios familiares que internamente albergan distintas familias diferenciadas en términos de espacios físicos y responsabilidad económicas. Familias que permanentemente se reconfiguran a partir de la llegada de nuevos miembros, o bien por la partida de los ya existentes.

La situación económica y familiar de Israel ha influido fuertemente en la conformación de su cotidianidad. Por un lado, el joven se ve forzado a trabajar para poder proveerse los insumos necesarios para la sobrevivencia. Por el otro, aprovecha algunas de las libertades que conlleva el estilo de vida independiente separado de los padres. Generalmente el joven distribuye su día entre su trabajo en la maquila y la diversión con sus amigos, entre el “jale” y “la loquera”: “loquera pos... pase, pos mota, birra, ¡nomás!... la pachanga entre *homies*, pero entre drogas, una que otra

morrita pues de repente le cae y se arma... de repente le caen primos y *camaradas* y pues se arma”. (Israel, comunicación personal, 25 de marzo de 2017)

A Israel lo conocí fugazmente una calurosa tarde de marzo de 2017, o mejor dicho él me conoció a mí, yo en realidad no lo recordaba hasta que él lo mencionó: “pues estos días cuando te topé, ¡¿no?!, si eras tú, ¿no? que dije; no pues fuga... pues voy güey ahí con X, un rato y me voy pal cantón” (comunicación personal, 25 de marzo de 2017).

Esa tarde al terminar su jornada laboral Israel decidió ir al CC a buscar a uno de mis informantes, lo hizo no por las actividades que ahí se desarrollan, sino porque ambos comparten el gusto por la música rap. Previamente, mi informante se había comprometido a regalarle “un *bit*”, (una pista musical con características sonoras específicas y distintivas que sirve para musicalizar alguna composición o desarrollarla) para que el joven pudiera “armar” alguna canción, a sabiendas de que este buscaba emular a mi informante y convertirse en cantautor de ese género musical. Ese había sido el principal motivador de la visita de Israel, la cual después supe duró pocos minutos. Mi informante lo despachó rápidamente, no pudo atenderlo como el joven hubiera querido debido que estaba en una junta de trabajo, además de que en ese momento no disponía de aquel objeto prometido. Fue en este breve lapso de tiempo en el que Israel y yo interactuamos efímeramente.

La misma tarde del primer encuentro con Israel, mi informante me habló sobre él. No hacía mucho tiempo lo había conocido en “un evento de rap”, en el que mi interlocutor participó activamente. Ahí Israel lo abordó, lo hizo porque quería aprovechar la experiencia que mi informante tenía en esa escena musical, quería “agarrar más escuela” en eso del rap. En esas estábamos cuando ambos caímos en cuenta de que Israel cumplía con los criterios de inclusión para la investigación, así que sin más mi informante le llamó por teléfono y aprovechando que “le

debía un *bit*” le pidió que me ayudara con una entrevista. Claramente le propuso un trueque, una entrevista por un *bit*. Israel no opuso mayores objeciones y aceptó casi de inmediato. Ellos acordaron que nuestro encuentro ocurriría el fin de semana inmediato aprovechando que Israel descansaría de su jornada laboral, así que dispondría del tiempo suficiente para realizar la entrevista. Nuestro encuentro se pactó a media tarde en el mismo lugar donde había ocurrido nuestro fugaz encuentro, a saber, en el CC.

El día de la cita llegué temprano a la casa de mi informante que también se ubicaba en el poniente de la ciudad, quien amablemente me prestó su automóvil para ir al encuentro con Israel. Un medio de transporte que se volvería esencial para desarrollar mi trabajo de campo, no sólo hizo las veces de oficina durante tres de las seis entrevistas que realicé, también fungió como mi “acompañante” en otras tantas citas en donde otros jóvenes me dejaron “plantado”, además que hizo las veces de “credencial de acceso” en ciertos contextos sociales. Ese carro, al igual que mi informante, eran bastante conocidos en algunos “barrios” del poniente de la ciudad, fama que provenía no sólo de las actividades comunitarias en las que participa profesionalmente como parte de su trabajo en el CC, sino por su estilo de vida “anterior”, ese de pandillero que le otorgó cierto reconocimiento que inherentemente va aparejado de peligro. Así, gracias al automóvil y evidentemente a mi informante, pude internarme en ciertos contextos donde él era reconocido, lo hice sin causar mayor asombro o extrañeza, al menos esa fue mi interpretación durante gran parte del trabajo de campo.

Mi informante me dio algunas indicaciones con relación a la ruta a seguir para llegar a mi cita, instrucciones que entendí fácilmente debido que ya me ubicaba bastante bien en la zona poniente. Sin embargo, a mí me importaba más otro tipo de información, a saber, la descripción física de

Israel pues prácticamente había olvidado su aspecto. Apresurada y verbalmente mi informante retrató al joven para mí, información con la que ahora si me sentía listo para ir a mi cita.

Rápidamente me aproximé al lugar pactado. Doblé en la esquina de la calle que conduce al CC, una vialidad que intempestivamente deja de estar pavimentada como hay decenas en el poniente de Juárez, además de que para los automovilistas se convierte en un callejón ancho y profundo. Un tipo de urbanización que también es característico de la región, calles y avenidas que finalizan o inician de imprevisto. Hasta ese momento no había visitado el lugar en fines de semana, solo lo había hecho en el horario laboral habitual. En esa ocasión el entorno se miraba distinto, lucía desierto, no se veían personas en las calles que anteceden a la institución, ni se escuchaba el bullicio proveniente del kínder que le es cercano, ni el de “las canchas” o “del parque” que le son contiguos a pesar de que estos últimos son puntos de reunión habituales para niñas, niños y jóvenes de la comunidad, tampoco se veían automóviles estacionados en derredor de CC como habitualmente acontecía durante la jornada laboral. Ese día el calor era intenso, circunstancia que probablemente contribuyó a la desolación del entorno en el horario de la visita. Al final de la calle, justo frente a la entrada del CC, destacaba la delgada y espigada figura de Israel, resaltaba no por su complexión, sino porque era la única persona en aquel candente y semidesértico lugar. Conduje hasta él y desde adentro del auto pronuncié su nombre sólo para corroborar que era la persona que yo esperaba encontrar, él asintió con la cabeza, lo saludé y de inmediato lo invité a subir al automóvil. Sin pensarlo aceptó y abordo el automóvil rápidamente.

Ya adentro del auto, Israel se muestra un tanto nervioso. Constantemente mira en derredor nuestro. A través del espejo retrovisor y del lateral repetidamente inspecciona el territorio, al mismo tiempo que una y otra vez se quita de la cabeza la gorra blanca para de inmediato volverla a colocar en el sitio de donde había sido arrancada. Con el objetivo de disminuir la tensión que

percibía, más que para comenzar la entrevista, se me ocurrió preguntarle si el lugar en donde estábamos era el adecuado para llevar a cabo nuestro cometido, o bien si prefería que fuéramos a algún otro sitio; “mejor vamos a otro lado” fue lo que respondió el joven, palabras que me sorprendieron bastante. Yo me sentía a gusto y seguro en ese lugar. El sitio me parecía idóneo para hacer la entrevista. Estábamos dentro de un auto cuyo dueño era bastante conocido en esa comunidad, estacionados afuera del CC que durante años se había ganado un lugar dentro de la organización social de aquel “barrio”, una institución de la cual yo ya me sentía parte. Minutos después supe el porqué de su respuesta. Aquella zona territorial “no era su barrio”, el suyo estaba “más pa’ allá arriba”, además de que pocos días antes había sido increpado por otros jóvenes que ahí socializan, quienes lo confrontaron por ingresar a “su territorio”. En este contexto “el barrio” no sólo hace referencia a la colonia que se habita, sino al apropiamiento físico y simbólico del territorio, íntimamente relacionado con el pandillerismo.

En aquel momento el único sitio que se me ocurrió proponer como espacio para realizar la entrevista fue la casa de mi informante, propuesta que Israel aceptó gustoso, finalmente su participación en el estudio había estado fuertemente motivada por la promesa de un *bit*, así que el lugar sugerido, literalmente, lo acercaba más al que en ese momento era su objeto de deseo. De inmediato emprendimos el camino a casa de mi informante. Durante el trayecto, Israel se muestra serio, habla poco, casi siempre con monosílabos que utiliza para responder a las preguntas que le formulo. Antes de llegar al lugar, se me ocurre que podemos pasar a la tienda y comprar algo de botana y bebidas, lo hice con la esperanza de que los alimentos pudieran ayudar a hacer más fluida nuestra comunicación. Le invité una “soda”, una “birria” o “algo que se le atortojara”, eligió lo segundo, yo lo secundé y agregué algunas frituras y dulces a nuestra compra. Estrategia que funcionó de inmediato. Rápidamente Israel eligió la botana que supongo era su preferida y

comenzó a comerla presurosamente, muy probablemente el joven tenía hambre a esa hora del día, al mismo tiempo que inició a hablarme sobre las causas de nuestra reciente mudanza. Ya estacionados afuera de la casa de nuestro conocido, Israel visiblemente más relajado y con una “birria” en la mano continúa hablando sobre su vida pasada esa de “cholo, no cholo, bueno... pandillero pos”, caracterizada por la violencia y el peligro que representa para quienes participan activamente en ella. En ese momento decido encender la grabadora y comenzar formalmente con la entrevista.

5.7.2 José Luis (25 años)

A José Luis lo conocí en la calurosa primavera de 2017. Él es un joven de 25 años de edad, de tez blanca y complexión robusta. Tiene una cara redonda y cachetona, ojos claros y pequeños, siempre sonriente y con una actitud bonachona que, junto con su indumentaria, lo hacen ver algunos años más joven de lo que en realidad es. Para nuestro encuentro el joven viste con unos tenis *nike*, shorts negros y playera blanca, ambas prendas holgadas, además de una gorra, atuendo que en general se nota de buena calidad y que resultó bastante apropiado para soportar los 28 grados centígrados que ese día se alcanzaron en Juárez.

José Luis es conocido de uno de mis informantes, se conocieron gracias a la música rap, ambos son compositores e intérpretes de dicho género musical, además de que participan activamente en actividades que persiguen su promoción y difusión, acciones que a dicho del joven; buscan “convertirlo en un movimiento” ahí en Juárez.

De manera general, la música puede ser pensada como una producción creativa, histórica, cultural y de consumo, la cual, desde la posguerra ha sido bastante utilizada por las juventudes no

sólo como elemento identitario sino como medio de expresión que en algunas ocasiones permite subvertir parcial y temporalmente el orden social establecido (Feixa, 2006).

Para José Luis, al igual que para otros jóvenes de la zona poniente de Juárez, la música rap no sólo hace las veces de rasgo identitario y/o medio de expresión juvenil. Al asumirse como cantautor de rap, la práctica se posiciona como uno de los principales puntales identitarios, toda vez que le permite relacionarse consigo mismo, con los otros y con el contexto social (Alberti, 1995).

Apoyado en la práctica social del rap, José Luis ha podido elaborar relacional y subjetivamente experiencias significativas (amorosas, violentas o de precariedad), ha podido transformar su identidad e incidir en la organización social contextual. Al respecto el joven comenta:

“Si, de hecho, pues si lo que más me gusta es cantar, ahorita hago rap romántico, pero me gusta más un poco el *hardcore*, que es un poco más fuerte, más callejero. Es lo que más me gusta porque en el rap lo que yo he encontrado desde que... bueno, es que me han pasado muchas cosas en la vida y desde que empecé a escribir rap y todo, empezó a cambiar mucho en mi vida... ya después empecé a agarrarme como más así callejero, de todo lo que me pasaba, si ya escribiste romántico así pues porque no escribes de todo lo que ha pasado en tu vida y ya después empecé a escribir de lo que pasaba aquí en la calle, en mi barrio”. (José Luis, comunicación personal, 29 de marzo de 2017).

En ese sentido, vale la pena señalar que en mucha ocasiones los cambios identitarios logrados a partir de la música rap guardan relación con las identidades previamente construidas, por ejemplo, dentro de este género musical existe una vertiente bastante socorrida en la que se busca la dominación del “oponente”, lograda a través de rimas improvisadas que toman como base características físicas y/o comportamentales para atacar, lo mismo que la utilización un lenguaje sexista y discriminatorio, estrategias que pueden ser pensadas como un tipo de violencia simbólica que guarda relación con la violencia física y la dominación pública que caracterizan al pandillerismo.

Al igual que muchos de sus pares, José Luis se ha incorporado formalmente al campo laboral. El joven trabaja en la industria maquiladora, aunque él goza de ciertos privilegios. Sus estudios de

preparatoria le permiten trabajar no como obrero, sino como “auditor de calidad, “o sea prácticamente nomás checo que vayan bien todos los trabajos de los operadores” (José Luis, comunicación personal, 29 de marzo de 2017). Sin embargo, las exenciones que dicha industria ofrece no son tantas. José Luis tiene “el turno de la tarde” (trabaja de las 15 a las 24 horas), circunstancia que dificulta la interacción cotidiana con sus familiares y amigos, toda vez que sus horarios laborales difícilmente coinciden.

José Luis vive en casa de sus padres, habita con ellos y con su hermana que es algunos años menor que él, sin embargo, desde hace ya varios años la convivencia entre ellos ha sido prácticamente nula, dinámica familiar que se acentuó a partir de que el joven se incorporó al campo laboral. Al respecto el joven comenta:

“Haz de cuenta que llego prácticamente a mi casa y vivo solo, no hablo con mi familia, no hablo con mi hermana, ni con mi... no hablo con mis padres, ni con mi hermana, haz de cuenta que llego prácticamente a mi cuarto y ahí me acuesto, hago ahí mi desmadre, ahí solo”. (José Luis, comunicación personal, 29 de marzo de 2017)

En el poniente de ciudad Juárez no son extrañas las familias que denotan un marcado distanciamiento relacional y/o afectivo entre sus miembros, construido desde los años infantiles.

Muchas de las familias en el poniente de Juárez son dirigidas o tienen integrantes que trabajan en la industria maquiladora. Un tipo de empleo que incide significativamente en la organización familiar, en las formas de crianza y en el tipo de vínculos que se establecen entre los trabajadores y sus familiares, debido a que, las más de las veces, estos últimos se ven forzados a pasar largos periodos de tiempo fuera de casa debido a su empleo, además de que se ven forzados a “rolar turnos”, es decir, padecen gran variabilidad en sus horarios y rutinas diarias.

Con relación al distanciamiento afectivo dentro de la familia de origen, durante décadas los jóvenes del poniente han manifestado privaciones de ese tipo, las cuales suelen encontrar cierta satisfacción dentro del grupo de pares, en donde destaca el pandillerismo, “el barrio”, uno de los

principales grupos de socialización juvenil-masculino en la región, que no pocas veces llega a constituir una gran familia simbólica para sus integrantes, capaz de mitigar parcial y atemporalmente algunas de las carencias afectivas experimentadas dentro de la familia de origen (M. Almada, 2012; Cruz, 2011).

El primer contacto con José Luis fue a través de una llamada telefónica. Previamente y vía *WhatsApp*, mi informante lo contactó; le pidió “un paro” para que le diera una entrevista a un “bato” de la UNAM que estaba haciendo una investigación sobre “hombres jóvenes en Juárez”. Así, nuestra primera conversación fue breve. Le llamé por teléfono, me presenté someramente para después confirmar lo que mi informante ya le había dicho; que yo estaba haciendo una investigación con hombres jóvenes ahí en *Juaritos*, así que sin más le pedí que participara en el estudio. Notablemente emocionado aceptó, incluso propuso que nuestra reunión ocurriera al día siguiente. Acordamos vernos en un lugar bastante conocido en la zona poniente, fama que entre otras cosas obedece a que en ese lugar *la ruta* “hace base”, pero sobre todo por su peligrosidad.

“Aquí en la X, que de hecho tu pronuncias X o un barrio o así y; ‘¿qué?!, ¿dónde vives?’, ‘no en la X’, ‘¡a no mames, y ¿no tienes miedo de vivir allá?’, no, prácticamente cuando yo invito gente pa’ venir pa’ ca, no quieren venir, que, porque les da miedo, porque dicen que este barrio es de muy mala fama, muy mala, sí, pues que les ha dejado malas experiencias”. (José Luis, comunicación personal, 29 de marzo de 2017)

El día de la cita, llegué temprano a casa de mi informante, quien una vez más me prestó su automóvil para ir al encuentro pactado con José Luis, no sin antes darme algunas referencias con relación a la ubicación del lugar y sobre todo con relación al aspecto físico y al carácter de mi futuro entrevistado, “no hay pierde, ese güey es inconfundible... es un bato bien cagado, bien buen pedo”. A pocos minutos de haber iniciado el recorrido había arribado al lugar pactado. Llegué con bastante tiempo de anticipación, me estacioné y comprobé que mi futuro entrevistado no había

llegado, así que me dispuse a esperarlo dentro del automóvil, circunstancia que me permitió observar más detenidamente el entorno.

En ese momento me di cuenta de que el lugar era sumamente transitado, una característica poco común en la zona poniente de Juárez. Ahí las personas iban y venían, recorrían calles que a su vez albergaban distintos tipos de negocios, la mayoría de ellos socorridos, con vialidades que por momentos se saturaban de automóviles y autobuses, estos últimos los principales responsables del breve, pero repetido embotellamiento. Sistemáticamente los camiones de *la ruta* se concentraban en derredor de una especie de rotonda, la cual, hacía las veces de punto gravitacional de la actividad social de la zona. Generalmente ahí aparcaba el transporte público, a veces por pocos segundos en los que subían y bajaban usuarios para después retomar su camino, en otras ocasiones esperaban por periodos de tiempo más largos antes de iniciar su travesía que ahí comenzaba o terminaba según era el caso. Después supe que el punto de reunión estaba a sólo un par de cuadras de la casa de José Luis.

Pasaron algunos minutos desde mi llegada antes de que el joven apareciera en el lugar. De entre un par de autobuses estacionados cruzando la calle emergió su figura. Muy probablemente a la distancia reconoció el automóvil de mi informante, así lo intuyo porque se dirigió directamente y sin titubeos hacia mí. A pocos metros de distancia surgió por primera vez su característica sonrisa, al mismo tiempo que nuestras miradas se encontraron. No dudó en acercarse más al automóvil. Rápidamente cayó en cuenta que nuestro interlocutor no estaba presente. Un tanto nervioso preguntó lo que ya intuía: ¿Héctor?, le devolví la pregunta sólo por cortesía, había deducido que él era a quien yo esperaba: ¿José Luis?, ¿Quieres subir o prefieres que vayamos a algún otro lado?, le pregunté con la intención de preparar las condiciones para llevar a cabo la entrevista. “No, aquí en el parque está bien, aquí me gusta”. Bajé del auto y juntos caminamos hacia “el parque” ubicado

en el centro de aquella concurrida glorieta. Ingresamos en él por uno de sus varios accesos, en su interior había pocas personas, era media mañana en un día laboral, sólo un niño y su madre jugaban en el “sube y baja” que estaba frente a nosotros.

Ya estando en el parque a José Luis se le mira confiado y seguro, incluso pareciera hasta orgulloso. El joven eligió una banca justo en el centro del parque desde donde se podía mirar gran parte del territorio que lo circunscribe. No le da mayor importancia al ruido que generan los automóviles y autobuses que circulan en derredor nuestro, el cual, nos obliga a hablar más fuerte de lo habitual. Reposado en la banca, con los brazos extendidos sobre el respaldo y con la cabeza echada atrás, cual gobernante sentado en su trono desde el cual mira su territorio, José Luis comienza a evocar recuerdos. Me explica la distribución del lugar y las transformaciones que ha experimentado en los últimos años, muchas de ellas correlativas de experiencias significativas para él y con incidencia directa en la conformación de su identidad: “ahí había una tienda de un compa... a veces ahí nos juntábamos”, “esta calle te lleva hasta el centro...”, “sobre esta avenida yo trabajé unas calles pa’ allá abajo... fue mi primer trabajo”. Una vez más me repite que le “gusta mucho” ese lugar, porque “conoce a todos y todos los conocen”.

Otrora el parque fungía como propiedad conquistada y protegida por “su barrio”. En ese lugar se reunía cotidianamente con sus amigos, ahí dialéctica y relacionalmente era reconocido y validado como hombre joven, en esa época identificado como pandillero, como joven de barrio.

Actualmente José Luis se ha alejado del pandillerismo, sin embargo, el parque le sigue permitiendo relacionarse con su contexto social y con las personas que lo habitan, aunque ahora lo hace casi siempre desde su papel de padre. Le gusta el parque porque reiteradamente lo visita en compañía de su pequeño hijo, ahí juega y convive con él. Testimonios estos que denotan la importancia que ese territorio ha tenido para José Luis, en tanto generador y reservorio de todo

tipo de capitales para quienes lo habitan y negocian, un espacio cargado de significaciones y afectos que influyen en la organización de la cotidianidad y en la construcción de identidades asociadas con el territorio (Alcaraz, 2014; Giménez, 2005).

En ese momento se me ocurre que es hora de comenzar formalmente con la entrevista, le explico el objetivo general de la investigación y le pido que firme el consentimiento informado, posteriormente prendo la grabadora y comienza con el interrogatorio, el cual, se extendió cerca de dos horas, periodo en el que el joven narra apasionadamente distintos pasajes y aspectos de su vida, pareciera que le falta tiempo para hablar sobre sus avatares, que dicho sea de paso, generalmente están marcados por experiencias difíciles y dolorosas. Aun así, nos vemos en la necesidad de apresurar la finalización de la entrevista, son cerca de las 2:30 p.m., no tardan en pasar por él para ir al trabajo, además todavía tiene que regresar a su casa a cambiarse de ropa “en chinga” y estar listo para iniciar con su jornada laboral.

5.7.3 Fredy (21 años)

Fredy es joven de 21 años. Es delgado y de baja estatura, de manera general se muestra un tanto tímido, durante la entrevista, con una voz baja y calmada.

El joven vive con su abuela materna en un predio familiar donde también habitan algunos de sus tíos y primos, un tipo de distribución habitacional que es bastante común en el poniente de Juárez, el cual también da cuenta de algunas de las relaciones familiares que suele acontecer en esa misma región. La vinculación del joven con algunos miembros de su familia extendida es bastante estrecha, viven, trabajan y se divierten juntos, con ellos comparte no sólo “la casa de la abuela” también el espacio laboral y la práctica del deporte; tienen un equipo de futbol integrado en su mayoría por “puros primos”, ahí en su colonia son “pura familia”, ahí todos se conocen.

Actualmente el joven trabaja en la industria maquiladora. En cuanto cumplió 18 años de edad uno de sus tíos le habló del “jale” donde este trabajaba, además de que lo recomendó para que pudiera ingresar a laborar ahí. Sin mayores dificultades Fredy consiguió el trabajo. Ingresó como “operador” (obrero). Meses después hizo un curso de capacitación y “lo brincaron como soldador” que es el puesto que actualmente ocupa. El adiestramiento técnico que recibió mientras cursaba la educación secundaria le ayudó a conseguir el ascenso, un trabajo que disfruta y que lo hace sentir cómodo: “pues está chida, siempre me gustó soldar a mí, se me hace chido y es fácil el trabajo, pues no está difícil” (Fredy, comunicación personal, 26 de marzo de 2017).

Cuando Fredy tenía 16 años de edad se vio forzado a dejar sus estudios de preparatoria. Debido a dificultades familiares y financieras el joven simplemente no pudo costear el material de trabajo que le solicitaban:

“Porque pues que no teníamos dinero, como yo vivía con mi abuelita y pues no, mi mamá en ese aspecto no me apoyaba tanto monetariamente, pues fue lo que pasó. Ahorita por eso me salí de la prepa como pedían material, mucho, muy caro pues no, no podía” (Fredy, comunicación personal, 26 de marzo de 2017).

La deserción escolar, tan común entre los jóvenes de la zona poniente, le significó a Fredy una desocupación intempestiva e intensa: “en la mañana ya estaba uno echadote en la casa, ahí, pues no hacía nada, la verdad” (comunicación personal, 26 de marzo de 2017). Situación ésta que duró algunos meses, hasta que presionado por su abuela el joven se acercó a “La Iglesia”, dijo: “vamos a intentarlo” y le “gustó”, ahí encontró un espacio donde “poder hacer algo” y “pasar el rato”, casi siempre en compañía de otros jóvenes de la región.

El alto porcentaje de deserción escolar, la falta de opciones culturales, deportivas y de entretenimiento en la zona poniente, aunados al contexto de violencia e inseguridad que ahí se registran, han posibilitado que en la última década La Iglesia se haya posicionado como uno de los principales contextos de socialización para los jóvenes de esa región, lugares donde encuentran las

condiciones necesarias para poder negociar subjetiva y relacionalmente la realidad social que padecen, al mismo tiempo que pueden establecer distintos tipos de vínculos sociales, sobre todo, de tipo amistosos, amorosos y/o eróticos entre pares. Así bien, en este contexto, La Iglesia puede ser pensada como una comunidad de práctica productora de identidades evidentemente religiosas, pero también juveniles y de género.

A los diecisiete años Fredy y su pareja en turno decidieron vivir juntos. Una práctica social que también suele ser bastante común en el poniente de la ciudad; jóvenes que “tempranamente” deciden hacer vida en pareja, muchos de los cuales además acceden a la paternidad, aunque este no fue el caso del joven. Fredy conoció a la que sería su esposa en la iglesia, tuvieron un noviazgo corto que duró menos de un año, antes de hacer vida en pareja, matrimonio simbólico que también resultó breve, después de un par de años y de “puras peleas” la pareja decidió separarse.

A Fredy lo conocí en una fría noche decembrina en 2016 aunque nuestra entrevista se realizó hasta marzo del siguiente año. Lo conocí en derredor de una de las tantas canchas de futbol que hay en la zona poniente de Ciudad Juárez. Espacios deportivos genéricos que, la mayoría de las veces, han sido improvisados y gestionados por los mismos pobladores.

Desde su origen “las canchas” representa un espacio simbólico-relacional donde participan varios actores sociales, se desarrollan distintas prácticas y se negocian distintos capitales. En ese lugar no sólo acontecen actividades deportivas, también es un espacio para los juegos infantiles (que generalmente ocurren durante la mañana y la tarde), el agrupamiento juvenil (sobre todo entre hombres), lo mismo que para el consumo drogas que, aunque acontece a lo largo de día, suele intensificarse durante la noche. En derredor de esas canchas se encuentra tres “tienditas” que ofertan a los habitantes de la zona productos básicos y cotidianos, negocios que también contribuyen a la socialización en esa zona.

Con relación a la socialización juvenil que acontece en espacios públicos como “las canchas”, ésta resulta ser predominantemente masculina, organizada fuertemente a partir de la dominación y el control del territorio. Son lugares donde se desarrollan distintos tipos de negaciones entre pares. Internamente, sirven para la interacción cotidiana entre jóvenes de la misma colonia, del mismo barrio, quienes establecen relaciones a partir del lugar y la posición que ocupan dentro de su organización. Externamente, las canchas permiten que los jóvenes de un barrio se relacionen con “otros” jóvenes, procedentes de “otras” colonias, de otros barrios. Así bien, las canchas, al igual que otros espacios públicos como “el parque” o “la calle”, resulta espacios sociales altamente valorados debido a que en ellos acontecen una gran variedad de prácticas sociales, además de que sirven como referentes territoriales identitarios.

Uno de mis informantes me habló sobre una intervención bastante eficaz empleada para la resolución no violenta de conflictos entre grupos pandilleriles, la cual, en primera instancia, parecería sencilla, aunque en realidad implica grandes esfuerzos y riesgos considerables para todos los implicados debido a la fragilidad de sus lineamientos. La estrategia consistía en organizar un torneo amateur de fútbol integrado por equipos cuyos integrantes procedían de “distintos barrios”. Intervención que posibilitaba la normalización de la alteridad juvenil que hasta entonces era vista como enemiga, primero dentro de “las canchas” y después en las propias colonias, en los barrios, debido a los vínculos que suelen desarrollarse al interior de los equipos de fútbol.

La noche de nuestro encuentro Fredy no fue a jugar fútbol, su equipo lo hacía al día siguiente, sin embargo, el joven acudió a la cancha con la intención de ver los partidos que esa noche ocurrirían, lo hizo porque “luego se ponen buenos”, meses después supe que esa era una de las pocas opciones recreativas y “saludables” a las que el joven podía acceder ahí en su colonia. Por mi parte, yo había asistido a la cancha invitado por uno de mis informantes, quien desde hacía

varios años participaba activamente en la organización de torneos amateurs de futbol en el poniente de la ciudad. Experiencia que le había permitido conocer a bastantes personas que, como él, también gustaban de practicar futbol, una actividad deportiva y recreativa que además de servir a la socialización infantil y juvenil, las más de las veces, ligada al desarrollo de estilos de vida saludable, también puede ser empleada para el cambio social y subjetivo. Otro de los apasionados del futbol era el primo de Fredy, quien en ese momento se encontraba ahí reunido con otros tres jóvenes. Aprovechando la oportunidad mi informante se acercó a esos jóvenes, los saludó efusivamente y, sin más, preguntó si podían ayudarme con mi investigación: “¿qué rollo?, ¿cómo andamos?... ¿qué si no le ayudan a este bato a hacer unas entrevistas?, ¿qué pedo... es mi compa...?”, palabras que los tomaron por sorpresa. Uno de ellos se animó a preguntar: “¿entrevista de qué?”, en ese momento yo me encontraba saludando directamente a cada uno de ellos. Una vez más mi informante tomó la iniciativa y reviró: “es pa’ un proyecto de investigación... que estamos haciendo ahí en el CC?”, “¿sí o no?... ¡tiren paro!, viene de parte del CC”. Visiblemente forzados, tres de ellos asintieron con la cabeza mientras que el cuarto restante sólo miró a sus compañeros y no respondió, se había librado del asunto. Acto seguido mi informante se volvió hacia mí y comentó un tanto presuntuoso: “ahí está”, para después alejarse y seguir viendo el partido de futbol que había motivado nuestra visita. “Ahorita nos vemos” dije en tono de despedida, al tiempo que secundaba a mi informante.

Después de interactuar con los jóvenes dejé de poner atención al partido de futbol que en ese momento se desarrollaba, en su lugar me concentré en no perder de vista a mis recientes conocidos. Así, pude percatarme que, una vez que terminó el juego que había motivado nuestra reunión, los jóvenes se dispusieron a retirarse del lugar, circunstancia que me forzó a interceptarlos intempestivamente. Los volví a saludar, ahora ya sin la presencia de mi informante. Nuevamente

les pregunté si podrían ayudarme con las entrevistas, “¿ahorita?”, “¡no!, el día que me digan”, “¿de qué es son las entrevistas?”, “estoy haciendo una investigación sobre hombres jóvenes acá en *Juaritos*. Después de unos segundos en los que internamente se interrogaron con la mirada, uno de ellos aceptó participar (este chico no llegó a ser participante de la investigación, me dejó “plantado” en dos ocasiones). Fredy lo secundó, ambos trataron de convencer a los dos restantes, pero fue inútil. Intercambié números telefónicos con los dos candidatos potenciales para después despedirnos. Así, los jóvenes reanudaron su camino, perdiéndose entre la oscuridad de otra calle sin pavimentar del poniente de Ciudad Juárez, yo por mi parte me quedé un par de horas más en aquel frío lugar. Aún quedaban algunos partidos por jugarse y otros jóvenes que conocer.

En esa ocasión no fue posible realizar la entrevista con Fredy, nuestros horarios no coincidían, yo estaba por regresar a la CDMX, él tenía poca disponibilidad debido a sus horarios de trabajo, al final acordamos que nos mantendríamos en contacto, dejando pendiente nuestro encuentro para mi próxima visita a Juárez.

Unos días antes de la tercera visita de campo me puse en contacto con Fredy, lo hice vía *WhatsApp*, una aplicación de mensajería instantánea que me permitió establecer contacto con prácticamente todas las personas que formaron parte de la investigación. Le informé al joven que pronto regresaría al poniente de Juárez y que me gustaría concretar nuestro encuentro, a lo cual accedió. Ya en Juárez lo volví a contactar. En esta ocasión acordamos lugar, día y hora para nuestro encuentro. Me citó en sábado a media tarde en la misma cancha de fútbol donde unos meses antes nos habíamos conocido.

El día de la entrevista una vez más utilicé el automóvil de mi informante para llegar al lugar de la cita. Volví a llegar con anticipación. Durante el día ese lugar se miraba distinto, no se observaban personas en los alrededores, mucho menos en la cancha, en ese momento caí en cuenta que gran

parte de la urbanización estaba improvisada, la cancha se ubicaba a la mitad de lo que pretendía ser una calle, en medio del camino que conduce a un par de casas asentadas en una pequeña barranca, lo descubrí porque una camioneta atravesó el terreno por la mitad para luego ingresar en una cochera a pocos metros de distancia. Nuevamente me había estacionado frente a una de las tres tiendas que circundan la cancha de futbol, era el mismo lugar donde días antes había esperado por segunda ocasión a otro joven que nuevamente “me dejó plantado”, estaba en el mismo lugar donde previamente me había encontrado con la representación de “la mafia”. Me sentía sumamente nervioso y temeroso. En pocos minutos había visitado dos veces la tienda, comía compulsivamente para calmar mi ansiedad, así que repetidamente había que recargar el ansiolítico. Unos minutos después, que se me hicieron eternos, por fin llegó Fredy. Lo saludé cordialmente, él me respondió en el mismo tono, sin embargo, noté un poco de nerviosismo en el joven. Situación que traté de atenuar de la misma forma en que la que había hecho con otros entrevistados. Le invité una soda y aceptó. Por tercera vez entré a la tienda cuyo encargado comenzaba a mirarme un tanto extrañado. Horas después me preguntaba si la supuesta ansiedad que yo percibía en Fredy no era pura proyección de mi parte. Ya más relajados subimos al auto, eligió el exterior de su casa para hacer la entrevista, elección que me hizo sumamente feliz y me tranquilizó.

Ya estacionados afuera de su casa, Fredy comienza a explicarme la distribución del entorno y la organización comunitaria:

“Pues la mayoría de los chavos de aquí de la colonia pues todos se unen aquí con su familia, por decir de aquí para allá son puros familiares, primos o amigos que tienen viviendo desde pequeños, y pues igual de aquí para allá nosotros o de aquí para allá otros y así pues es que siempre hemos convivido, siempre”. (comunicación personal, 26 de marzo de 2017)

En esas estábamos cuando al lugar arribaron dos autos de donde bajaron varios sujetos, muchos de ellos hombres jóvenes vestidos con uniformes de futbol, quienes rápidamente se habían instalado a pocos metros de distancia. En breve habían organizado una tertulia que incluía: música,

botana, sodas y birrias como comprobé después. Algunos de ellos se acercaron a saludar a Fredy, al mismo tiempo que lo invitan a participar; “échate una... ¿no quieres?”. El joven se negó argumentando que “ahorita no podía”, estaba “ocupado”, palabras que me animaron a formalizar el inicio de la entrevista. El primer intento de entrevista fue “fallido”, ya llevábamos algunos minutos hablando cuando caí en cuenta que no había prendido la grabadora, seguramente yo seguía bastante nervioso y no lo había notado así que comenzamos “de nuevo”. Fredy rio un poco, también yo, aunque además me sentía un tanto apenado, sin embargo, la equivocación ayudó a que ambos nos relajáramos más durante la entrevista que ahora si comenzó a grabarse.

Fredy se esfuerza por contestar mis preguntas, las piensa un rato antes de emitir sus respuestas, busca cuidadosamente las palabras con las que responderá, pareciera que más que conversar conmigo está haciendo un examen, me da la impresión de que intenta dar una “buena imagen”. El joven se muestra sumamente cortés y amable conmigo. Durante toda la entrevista me habla de “usted”, actitud que cambió abruptamente algunas veces durante nuestra conversación y una vez que ésta terminó formalmente. La entrevista se realizó en la calle, al interior del automóvil de uno de mis informantes estacionado afuera de la casa Fredy. Era sábado a media tarde así que por el lugar transitaban algunos de sus pobladores, las más de las veces conocidos del joven. Mientras trascurrió la entrevista saludó a varias de las personas que en ese momento deambulaban por ahí, algunas incluso se acercaron a nosotros, “interrumpiendo” brevemente la entrevista. Quienes se aproximaron fueron hombres, jóvenes en mayoría, las mujeres se limitaron a saludarlo “de lejos”. En presencia de otros hombres Fredy sube el tono de voz, se muestra retador y en ocasiones hasta un tanto violento discursivamente, actitudes que son emuladas por sus interlocutores, entre ellos hacen bromas que por instantes dan la impresión de ser verdaderas peleas o discusiones, las cuales terminan intempestivamente para después despedirse amistosamente, casi siempre con la promesa

de “luego echarse unas”. El joven comenta que así se lleva con sus amigos, un tipo de vinculación que deja constancia de cómo la violencia, en este caso verbal, forma parte de gran parte de los procesos relacionales cotidianos entre los hombres jóvenes del poniente de Juárez: “por decir, así les hago bullying, nos hacemos bullying, así entre amigos, y esto y lo otro... si pues entre los primos, entre amigos, así como entre todos; ‘qué onda pinche negro y pedazo de popo’, y acá” (Fredy, comunicación personal, 26 de marzo de 2017). Una vez que los visitantes espontáneos se retiran el joven nuevamente asume una actitud serena y amable conmigo, pareciera que son dos personas distintas, una que participa en la entrevista y otra que se relaciona en ese contexto social. Así transcurrió nuestro encuentro.

En cuanto terminamos con la entrevista, una vez más el joven cambia de actitud, ahora ya me tutea, se muestra más espontáneo, bromea mientras hacemos planes para vernos nuevamente, promete que en la próxima reunión habrá *birrias*, me comenta que en esta ocasión no aceptó beber ninguna cerveza porque va a ir a ver a su novia, lo hizo para que esta no se enojara. También aprovecha el momento para hablarme más a detalle sobre algunos de los temas tratados, y sobre sus planes a futuro, no apagué la grabadora así que todo queda registrado. Finalmente nos despedimos y acordamos vernos en mi próxima visita a Juárez.

5.7.4 Tomás (18 años)

Durante la cuarta visita de campo mis días en el CC fueron bastante atareados. Como voluntario iba y venía al ritmo de las actividades que ahí acontecían. Sin embargo, a pesar del trajín pude dar cuenta de Tomás: un joven de 18 años edad, delgado y de baja estatura, cuyo aspecto se mira descuidado y desaliñado, con un rostro gobernado por grandes ojeras y una encía que comienza a ennegrecerse probablemente debido al humo del tabaco y la marihuana.

Tomás, como muchos otros jóvenes del entono, es un consumidor crónico de drogas, en su caso la sustancia de mayor impacto es la marihuana. Él formaba parte de un nutrido grupo de jóvenes cuya socialización está fuertemente determinada por el consumo de drogas, una práctica que reorganiza en tal grado la vida cotidiana de los consumidores que incluso puede llegar a convertirse en uno de sus principales referentes identitarios. Al respecto el joven comenta:

“Ya ahorita soy un drogadicto como dice toda la gente, yo me siento lo que dice la gente, todos los días fumando mota y andar en la calle y pos cómo que... ¿cómo le llamarían a uno así?... pos drogadicto, ¡¿no?!”. (Tomás, comunicación personal, 28 de marzo de 2017)

Tomás “siempre se la mantiene en la calle”, “puro estarse drogando”. Durante el día, el joven regularmente se reúne con otros consumidores de drogas en “el parque” contiguo al CC. Sin embargo, conforme se acerca la noche aquellos jóvenes suelen apropiarse de otro espacio público que ofrece mayor privacidad para la ingesta de drogas, a saber, un callejón a espaldas de la institución. Lo supe porque lo constaté en dos ocasiones, las mismas en las que regresé por la noche al CC para “guardar” el transporte institucional cuya utilización había demorado más de lo habitual. Parado a la entrada de CC pude ver como la oscuridad que inundaba el callejón contiguo se rompía tenue e intermitentemente debido al uso repetido de encendedores, artefactos que son bastante socorridos para la ingesta drogas, sobre todo para fumar “piedra”, un tipo de cocaína sumamente adictivo que se caracteriza por la ingesta repetida y sostenida de la sustancia.

Aquellos jóvenes consumidores de drogas son habitantes y forman parte del mismo contexto social donde se ubica el CC, sin embargo, durante el trabajo de campo no pude dar cuenta de que alguno de ellos ingresara formalmente a la institución, a lo más que llegaban era hasta su puerta, a pesar de que ésta permanece abierta en todo momento invitando al acceso. Circunstancia que no impedía el establecimiento de todo tipo relaciones entre esas grupalidades más o menos diferenciadas y delimitadas, a saber, entre los consumidores crónicos de drogas y los participantes

del CC, incluidos los propios colaboradores. Así bien, permanentemente había negociaciones subjetivo-relacionales entre ambas comunidades, dando paso a prácticas sociales complejas, variadas y flexibles, en las que no pocas veces llegaban a compartir o intercambiar prácticas e incluso participantes, en donde, además se observaban distintos tipos de implicación y compromiso práctico.

Así, en varias ocasiones vi a aquellos jóvenes consumidores de drogas socializar con algunos de los participantes del CC, quienes generalmente interactuaban en sus inmediaciones, sobre todo entre aquellos con quienes vivían en vecindad y compartían el mismo territorio social, pues ambos grupos había conocidos, amigos o incluso familiares directos. Otras veces los consumidores de drogas interactuaban directamente con alguno de los colaboradores del CC. En el caso de mis informantes, regularmente eran abordos por los usuarios de drogas cuando salían a la calle a fumar, casi siempre con la intención de obtener de ellos un cigarro “regalado”.

En mi caso, la relación explícita con ellos fue mínima, interacción que generalmente ocurría a las afueras del CC, así que las más de las veces se limitó a saludarnos, a veces de manera forzada. En un par de ocasiones jugué fútbol con algunos, lo hice con quienes se animaron a participar en una especie de torneo improvisado por los usuarios del CC. Juntos “echamos la reta” ahí “las canchas”, sin embargo, ellos decidieron hacer “su propio equipo”, circunstancia que dificultó conocernos más a fondo.

De manera general, los consumidores de drogas se me presentaron como un grupo “cerrado” al que me fue difícil acceder, sin embargo, con Tomás pasaba algo distinto. Constantemente el joven rondaba el CC. A diferencia de su grupo de pares, a veces daba la impresión de que quería ingresar al CC, aunque no se atrevía a hacerlo. En una ocasión lo encontré en la entrada. Aprovechando la experiencia y la confianza que había adquirido hasta entonces lo invité a ingresar, era la hora de la

comida y pensé que le vendría bien una buena ración de alimento, además de que sería un buen pretexto para que conociera más de cerca las actividades. El joven rechazó la invitación.

En otra ocasión en la que yo acompañaba a uno de mis informantes a fumar Tomás y otros dos hombres jóvenes se nos acercaron. Uno de ellos le pidió un cigarro a mi informante, éste dudo un poco, pero al final le obsequió a cada uno el anhelado cigarrillo. Rápidamente intuí las intenciones de mi informante. Después de “darles lumbré” les preguntó su edad, al mismo tiempo que volteó a verme. Como en otras ocasiones buscaba candidatos para mi estudio. No tardó mucho en invitarlos a participar: “eh qué pedo, quién tira paro y ayuden a este bato con unas entrevistas... es para una investigación... ¡es para la UNAM!... ¡es una investigación chingona!... no sean mamones... tiren paro”. Uno de ellos preguntó; “de qué es la investigación”, “es para conocer más a los jóvenes de aquí de *Juaritos*, quiero saber qué hacen, qué piensan... cómo es un día de su vida” les respondí. En ese momento el joven que hasta entonces había permanecido callado soltó una carcajada. Además de ser quien aparentaba mayor edad, ese joven parecía ser el líder del grupo. Burlonamente le comentó al primero: “cómo ves, quiere que le cuente cómo es un día de mi vida... cree que le voy a decir lo que hago”, una vez más volvían a reír sarcásticamente. Ahí supe que ese joven no participaría en la investigación y que probablemente sus acompañantes tampoco. Tal vez mi informante también lo intuyó así que sin terminar su cigarrillo lo apagó, al mismo tiempo que comenzó a despedirse de ellos. Yo lo secundé. Después regresamos al CC a retomar nuestras actividades.

Al siguiente día me llevé una sorpresa. Me encontré nuevamente con Tomás, no fue en “el parque” o en “las canchas” sino dentro del CC, estaba a la mitad de las escaleras que llevan al comedor, en ese momento se miraba un tanto aturdido, como perdido, sin saber bien qué hacer o cómo comportarse. Después supe que Tomás “era nuevo en el barrio”, hacía pocos meses que

había llegado ahí obligadamente. Junto con su familia, tuvo que abandonar su hogar debido a un conflicto violento que puso en riesgo la integridad familiar. El joven procedía de “otro barrio” también ubicado en la zona poniente de Ciudad Juárez, un lugar que, a dicho del joven, presentaba mayores carencias sociales en comparación con la zona donde nos conocimos, sin instituciones como el CC que pudieran apoyar a los jóvenes de la región.

“En este barrio al que quiere estudiar pos va a estudiar y al que no pos no, como aquí les dan estudios a unos que sí quieren, o a unos que no quieren, y pos es lo bueno que hay aquí, y allí en X no hay, no hay nada de esto”. (Tomás, comunicación personal, 28 de marzo de 2017)

También supe qué recién que llegó, sufrió confrontaciones violentas y agresiones físicas por parte de otros jóvenes del barrio, prácticas relacionales que resultan comunes entre los hombres jóvenes de la región, muy parecidas a aquellas que experimentaba cotidianamente en su antiguo hogar, las cuales, se ven reforzadas por su condición de “recién llegado” o por “tirarle el pedo” a las morras” de un barrio que no es el suyo, acritud esta último que da cuenta de la cosificación de cierta cosificación de las mujeres, en tanto objetos pertenecientes al territorio social que generalmente es gobernado por hombres jóvenes:

“Aquí cuando recién llegué todos me querían agarrar de bajada, y no me querían, y era bien pelionero, y vino un chorro de familia... se me querían venir en bola y pos se las cantaba yo de a uno por uno, y no querían, y pos así estuve dos, tres meses aquí, me la pasé gacho cuando llegué, si no me dejaba allá que era mi barrio menos aquí” (Tomás, comunicación personal, 28 de marzo de 2017).

Ante las repetidas confrontaciones con otros hombres jóvenes, Tomás decidió dejar de intentar establecer públicamente relaciones sociales con las mujeres jóvenes del barrio, asimismo, encontró en el consumo de drogas la forma de acceder al espacio público y de relacionarse con otros hombres jóvenes, situación que muy probablemente reforzó su dependencia a las sustancias, la cual inició alrededor de los catorce años, momento en el que fue expulsado de la secundaria por “pelionero”.

El día de nuestro encuentro, las actividades se realizaban como de costumbre en el CC, así que la hora de la comida llegó nuevamente. Una vez más invité a Tomás a compartir los alimentos, él también emuló su respuesta anterior y rechazó la invitación. Pasó ese tiempo revisando su celular, tendido en los sillones que se encuentran a la entrada de la institución, estuvo ahí hasta que terminó el convite y se reanudaron otras actividades. Tímidamente se integraba en algunas de éstas, las más de las veces observaba “desde afuera” su desarrollo, permanecía así unos minutos para después retirarse del lugar. Se le veía deambular por el CC. En ocasiones el joven salía a la calle por algunos minutos para después regresar a la institución. En ambos lugares Tomás interactuaba modestamente. Actitud que probablemente daba cuenta del proceso relacional y subjetivo que comenzaba a experimentar. Yo por mi parte volví a invitarlo a participar en la investigación. Otra vez rechazó la oferta. Sin embargo, a pesar de sus negativas yo sentía el impulso de volverlo a invitar, percibía cierta actitud en el joven que me hacía pensar que quería participar en la investigación. Me di cuenta que cada que yo entraba o salía de alguna actividad me encontraba con Tomás, me dio la impresión de que me seguía, que quería decirme algo, así que no desistí y lo volví a intentar. “¿Qué pasó, me vas ayudar con mi investigación o no?”, en esa ocasión algunos niños que estaban en derredor nuestro escucharon mis palabras, varios de ellos se mostraron sumamente interesados, tanto que incluso se propusieron como participantes sin siquiera saber de qué se trataba el estudio. Dirigiéndome al grupo, me limité a enunciar el objetivo de la investigación, a sabiendas de que, salvo Tomás, los demás escuchas eran menores de edad, es decir, no cumplían con los criterios de inclusión. Lo hice de esa manera porque intuía que el joven me estaba oyendo, así que aproveché la situación para hablar más sobre la confidencialidad de la información recabada y sobre la importancia de escuchar a los jóvenes de la región. En ese momento percibí a Tomás más relajado e interesado, poco tiempo después accedió participar.

Después de que aceptó formar parte de la investigación, le pedí al joven que me acompañara a “una sala” que acababa de liberarse, varios niños nos siguieron visiblemente emocionados, tanto que hubo quienes intentaron colarse a escondidas dentro del espacio donde se realizaría la entrevista para saber de qué iba. Ya adentro le pedí a Tomás que se acomodara donde mejor me le pareciera, era un espacio amplio con bastantes sillas así que tenía varias opciones para elegir, al mismo tiempo comencé a despedir a nuestros acompañantes que habían logrado ingresar a la sala. Después de algunos intentos por fin logré que nuestros acompañantes salieran del lugar, también decidí cerrar la puerta con seguro para evitar que nos volvieran a interrumpieran como ya lo habían hecho previamente. Durante esa negociación Tomás se mira feliz y emocionado, sentado en el fondo del salón se nota un tanto orgulloso por haber sido él, el elegido para el estudio, así lo confirmó el joven al terminar la entrevista: “sí, pos´ me sentí chido, la mera verdad, estar hablando con alguien, porque la mera verdad nunca había hecho lo que estamos haciendo hasta ahorita que me dijeron” (comunicación personal, 28 de marzo de 2017).

La entrevista con Tomás no fue sencilla, no pasó mucho tiempo para que emergieran ciertas resistencias de su parte con relación a la información indagada. Al preguntarle sobre “lo más difícil que ha vivido”, el joven se muestra reacio y, casi al momento, marca un límite:

“No pos quien sabe la mera verdad, es que a mi casi no me gusta estar platicando cosas de mí, también no me gusta quedarle mal a la gente, prefiero decirles que no a quedarles mal, si les digo que sí y luego les quedo mal... la mera verdad porque pos no sé, nunca me ha gustado que hablen de mi vida, no me gusta, no me siento cómodo estando hablando con otra gente, si en mi familia no hablo bien de mí... no me gusta, o sea que de lo que llevo dentro no me gusta hablar” (Tomás, comunicación personal, 28 de marzo de 2017).

Esta actitud en el joven denota, además de una falta de *timing* de mí parte, ciertas dificultades para acceder verbalmente a la vida afectiva, el cuidado de sí y las necesidades emocionales

(Connel, 1995; De Keijzer, 2016; Kaufman, 1989), un rasgo identitario como hombre-joven que en mayor o menor medida se hizo presente entre los participantes de la investigación.

Ante la negativa de Tomás para hablar sobre su vida afectiva, le reitero que es libre de elegir los temas a abordar y que incluso puede abandonar el estudio en el momento que así lo decida, palabras que son bien recibidas por el joven. De inmediato se nota más relajado y decide continuar con la entrevista. En mi caso, la actitud de joven me exigió mayor cautela en la forma de indagar y construir la información.

Tomás también se mostró bastante reservado para hablar sobre el estilo de vida de algunas personas del contexto, sobre todo cuando este incluía actos ilegales, delictivos o hacían referencia al narcotráfico. En estos casos, Tomás enuncia de manera general algunas de las prácticas sociales cotidianas en las que participan algunos jóvenes de la región, información que, aunque tampoco quiso ampliar, da cuenta de la heterogeneidad y complementariedad de las prácticas sociales que desarrollan los hombres jóvenes en esa región:

“No pos la mera verdad quien sabe, como yo ya no voy pa allá (a su antiguo barrio) y pos´ yo ya casi no veo lo que hay aquí, lo único que he visto es puro robo de los vecinos, unos que trabajan, unos que juegan fútbol, que tienen su equipo y pos es todo... nada más” (Tomás, comunicación personal, 28 de marzo de 2017).

Asimismo, la actitud del joven, además de una dificultad para la verbalización de la información y los afectos, también puede ser pensada como otro tipo una acción defensiva ante el peligro real que representa la identificación de aquellas personas que delinquen o forman parte del crimen organizado.

Así transcurrió nuestra entrevista, dentro de procesos de negociación intensos y permanentes, negociaciones relacionales y discursivas entre Tomás y el investigador, pero también subjetivas y personales; Tomás consigo mismo, un joven que por momentos se permitió hablar de temas que de cotidiano le resultan difíciles, dolorosos e incluso peligrosos.

Al final de la entrevista me quedé con sentimientos encontrados, por un lado, me dio mucho gusto que ese joven hubiera aceptado participar en la investigación y sobre todo que se acercara al CC. Percibí en él cierta necesidad de hablar sobre los avatares de su vida, además cierta felicidad y gusto por participar en la investigación. A partir de sus palabras y actitudes es posible decir que la experiencia le resultó gratificante, disfrutó que alguien lo escuchara y que le reiterara que sus palabras son valiosas como las de cualquier otro joven del contexto. Por otro lado, me quedé un tanto insatisfecho, me hubiera gustado conocer más sobre “eso de lo que no quiso hablar”, negativa que inevitablemente denota la importancia que para él tiene aquella información.

El joven hizo un gran esfuerzo, decidió no consumir drogas antes de la entrevista, una empresa nada sencilla para quien es dependiente a alguna sustancia psicoactiva, lo hizo por respeto a la investigación, al mismo tiempo que como estrategia de autocuidado y autocontrol, al final no queda más que agradecer su valiosa participación:

“Ahorita que fui por mi celular me dijeron que sí no quería *un gallo*, pero les dije que no, ‘ahorita no’, que estaba dando una entrevista, no mames porque ya marigüano hablo hasta lo que no, pero la mera verdad no quisiera hablarlo”. (Tomás, comunicación personal, 28 de marzo de 2017)

5.7.5 Gabriel (19 años)

Gabriel es un joven de diecinueve años edad. El joven colabora como “ayudante” en un pequeño negocio ubicado cerca del CC, empleo que hasta pocos meses antes de la entrevista intentaba combinar con sus estudios de preparatoria, lo hizo de esa manera hasta finalmente decidió abandonar la escuela. Según Gabriel, dejó “la prepa” porque ahorita lo que le interesa es “agarrar una carrerita técnica para aprender algo, así para poderle darle más adelante” (comunicación personal, 26 de octubre de 2017).

Desde hace algunos años, el joven dedica la mayoría de su tiempo libre a practicar deporte, principalmente fútbol; ya sea jugando “rebote” solo, “echando la reta” ahí en las canchas o participando en algún torneo amateur en la región. En este sentido, es posible proponer que Gabriel ha desarrollado un estilo de vida “sano” a partir de la práctica generalizada del deporte que, además del fútbol, incluye andar en bicicleta, patinar, jugar al básquetbol y el frontón, este último un deporte que incluso el permite ganar algo de dinero debido a que no pocas veces la competencia incluye la apuesta una cuota prefijada, un estilo de vida que le resulta incompatible con la ingesta de drogas, tan común en entre los jóvenes del poniente de Ciudad Juárez con los que convive cotidianamente. Al respecto, el joven señala enfáticamente que no consume “ni cigarro, ni nada de eso”.

A simple vista el cuerpo de Gabriel se observa atlético y fuerte, en todo momento ataviado con ropa deportiva, la cual se ve de buena calidad, aunque un tanto deteriorada, muy probablemente adquirida en *las segundas*, como suele ocurrir con muchos de los pobladores de la zona poniente.

Gabriel, al igual que muchos otros jóvenes, también vive en un predio familiar. En su caso lo hace en compañía de su madre y tres de sus seis hermanos; “dos ya están casados y mi hermana la que está en medio de todos, la que tiene 15 años, ella se quedó con mi abuela” (comunicación personal, 26 de octubre de 2017). Su familia de origen se ha reconfigurado significativamente en varias ocasiones, sobre todo durante su infancia debido a que la madre eligió “hacer familia” con su pareja sentimental en turno. En un par de ocasiones su mamá decidió alejarse de la casa familiar dejándolo, junto con sus hermanos mayores, al cuidado de sus abuelos maternos. A su padre biológico jamás lo conoció: “no pues a mi papá ya ni lo conocí la verdad, no recuerdo nada de él, o sea él pues no sé, él para mí no existió”. Lo poco que Gabriel sabe acerca de su progenitor ha sido gracias a su abuela materna, fue ella quien le enseñó fotografías de aquel y quien hace unos

años le avisó que ese había muerto: “falleció por sus drogas, su cirrosis”, conocimiento que muy probablemente ha reforzado su notable actitud de rechazo hacia las drogas y hacia los consumidores.

Para Gabriel, al igual que para sus hermanos, el abuelo materno fungió como su principal figura paterna: “para mí no existió (su padre biológico) ... pus nosotros nos identificamos mucho con mi abuelo porque él nos supo dar el papel de papá... mi abuelo era para mí mi papá, él y yo siempre nos criamos juntos, mis abuelos también eran mis papás” (comunicación personal, 26 de octubre de 2017). Este tipo de configuración familiar también suele ser bastante común en el poniente de Juárez, familias que se reconfiguran permanentemente y donde los miembros de la familia extensa, sobre todo los abuelos, participan activamente en la crianza y el cuidado de los más jóvenes, tanto que en muchos casos estos devienen los responsables directos y permanentes de aquellos que se suponía cuidarían temporalmente.

A Gabriel lo conocí desde mi primera visita de campo, sin embargo, tuvieron que pasar casi dos años desde nuestro primer encuentro para que el joven accediera participar en la investigación.

Debido a su estilo de vida, el joven era un visitante asiduo en “las canchas” contiguas al CC, las cuales se aprecian desde la planta alta del inmueble. Desde ahí lo miraba casi siempre que volteaba en esa dirección, ahí estaba, a veces solo y otras veces en compañía practicando algún deporte, sobre todo fútbol.

En la segunda visita de campo un grupo de niños (hombres todos) que visitaban regularmente el CC, pidieron prestado a la recepcionista del lugar, que gestiona mucho del material empelado cotidianamente en las distintas actividades institucionales, un balón de fútbol para jugar internamente. Petición que exigió mucho esfuerzo para ser atendida debido a los destrozos que suelen ocurrir en el CC cuando ahí dentro se juega al fútbol, pero finalmente la guardiana de los

valorados y escasos insumos accedió. Me invitaron a participar en el juego, el cual rápidamente creció entre la población del centro (seguíamos siendo solo hombres), no solo en cantidad sino en intensidad. Los líderes de los equipos (que usualmente suelen ser los jugadores más habilidosos y apasionados) propusieron mudar el encuentro fuera del CC, a “las canchas” contiguas, esto con el objetivo de tener mayores libertades en el juego. Sin avisar a nadie lo hicimos, no pasó mucho tiempo para que otro colaborador del CC apareciera en el lugar, seguramente más para vigilar la actividad (que incluía el bienestar del balón) que para participar de ella. Yo, por mi parte también estaba concentrado en participar el juego más que en cuidar el balón. Los equipos se rehicieron, ambos líderes, en ese momento convertidos en “capitanes”, peleaban por llevar a Gabriel a su equipo. Él por su parte, desde nuestra llegada se había apropiado del balón, al tiempo que practicaba fuertes disparos en una de las porterías, así lo hacía, sin prestar mayor importancia a la conformación de los equipos. Para ese momento ya se habían incorporado al juego otros jóvenes de la comunidad que por ahí socializaban, ya éramos demasiados considerando las dimensiones de la cancha, así que los organizadores decidieron que se jugarían “retas”. Se formaron cuatro equipos, yo participé en el primer partido teniendo a Gabriel como rival. Rápidamente comprendí porque ambos capitanes lo querían integrar en su equipo, era un muy buen jugador, mi equipo perdió el encuentro, Gabriel había anotado los dos goles necesarios para terminarlo. No hubo tiempo para lamentaciones, prontamente otro equipo ocupó nuestro lugar. Así transcurrió casi una hora, el equipo de Gabriel ganando y los demás perdiendo. La hora de la comida llegó e hizo que el juego terminara intempestivamente. Ya con el balón en la mano regresamos al CC, Gabriel por su parte se quedó en compañía de otros jóvenes de la comunidad, algunos de ellos habían participado en el encuentro, otros más sólo habían observado mientras consumían drogas, la mayoría de las veces marihuana.

En general, Gabriel era un muy buen deportista, sin importar que fuera futbol, básquetbol o frontón, en cada uno de ellos destacaba. También era común verlo en bicicleta o en patines recorriendo las canchas, al tiempo que intentaba hacer algunas acrobacias. Actividades que interrumpía regularmente cuando interactuaba con otros jóvenes del barrio, pero que tarde o temprano retomaba, al tiempo que se alejaba de sus interlocutores.

Desde nuestro primer encuentro me llamó la atención la actitud que caracterizaba al joven, por un lado, era bastante “sociable”, “todos los conocían”, se relacionaba con una gran cantidad de personas en la comunidad, sobre todo con otros jóvenes con quienes compartía la propiedad y la gestión de las canchas y el parque, en su caso para practicar deporte, mientras que los otros la ocupaban predominantemente para agruparse y consumir drogas. Al preguntarle a Gabriel “con quien se juntaba” responde que “con los de aquí del barrio”, aunque lo hace negociada y limitadamente, casi siempre apoyado en distintas prácticas deportivas, un medio relacional que le permite regular la interacción social con otros jóvenes del barrio. Al respecto el joven comenta:

“Si, pero jugamos, cuando andan bien sanos, cuando no traen nada de droga, cotorreamos... pero no estoy mucho, como eso de las siete me voy a jugar, me voy un rato y llegó como a las 10, ya me voy a mi casa, me baño y así, por eso también me quise concentrar en meterme a más equipos de fut”. (comunicación personal, 26 de octubre de 2017).

Por otro lado, el joven permanentemente mostraba una actitud un tanto distante, incluso altiva. Aunque permanentemente interactuaba con otros jóvenes, parecía que las más de las veces lo hacía “a la distancia”, “superficialmente”, como si sistemáticamente marcara un límite, así lo percibí y así lo experimenté las veces en las que quise hablar con él y conocerlo. En lo deportivo, sus habilidades lo habían convertido en un elemento bastante socorrido y valorado entre otros hombres jóvenes, mientras que los niños regularmente lo admiraban. Por su parte, algunas mujeres jóvenes que acudían al CC también lo seguían, lo cortejaban, era común verlas “escaparse” del centro para ir a hablar con él, quien simplemente las escuchaba, las más de las veces sin prestarles mayor

atención, actitud que reforzaban en ellas el interés. Yo por mi parte, desde la segunda visita, lo había invitado a participar en la investigación, siempre aceptaba, pero nunca llegaba a las citas. Horas después se aparecía por el lugar sin comentar nada sobre lo ocurrido. En ese momento lo invitaba nuevamente a hacer la entrevista, invitación que declinaba debido a que “no tenía tiempo”, acto seguido volvíamos a pactar otra fecha y hora para encontrarnos, solo para que él incumpliera nuevamente con el acuerdo que otra vez había adquirido. Así ocurrió en la segunda y en la tercera visita de campo.

Esa actitud del joven probablemente se relaciona con la forma en que se vincula relacional con otros hombres, sobre en el espacio público como “la calle”, “las canchas” o “el parque”. Constantemente algunos de los consumidores de drogas, con quienes comparte y negocia el espacio público, lo invitan a ingerir dichas sustancias; invitaciones que el joven rechaza enfáticamente y que terminan por tensar la vinculación entre ellos: “sí, si me han ofrecido... varios traen su cigarro de mota, nada más les digo; ‘¡no!, ¡no quiero!’; ‘no que sí, que éntrale’, si me han ofrecido de todo” (comunicación personal, 26 de octubre de 2017).

En la cuarta visita de campo yo tenía contemplado entrevistar a un par de jóvenes que acudían al CC, con Gabriel ya había perdido la esperanza. Sin embargo, uno de esos días lo volví a encontrar en “las canchas” como era habitual, lo saludé como de costumbre, aunque esa vez noté algo distinto en el joven, se le veía reflexivo, además de que mostraba una actitud mucho más amistosa, no rehuyó al diálogo como lo había hecho en nuestros encuentros previos. En ese momento caí en cuenta que en esa visita de campo no lo había visto practicar algún deporte como regularmente ocurría. Cuando me acerqué a él estaba sentado en las bancas que se ubican a un costado de “las canchas”, ahí en “el parque”. Rápidamente me contó sobre un accidente que había tenido algunos meses antes. Se encontraba patinando cerca del CC, cuando al llegar a un cruce vial

un automovilista que se pasó el alto lo atropelló, experiencia que incidió fuertemente en su vida y en su identidad. Un par de días después y ya durante la entrevista el joven habla sobre “lo más difícil que ha vivido”, visiblemente emocionado y un tanto confundido refiere:

“Pues el accidente que tuve y pues ya iba yo inconsciente al hospital y pues gracias a dios ya estoy aquí otra vez y haz de cuenta dramático por lo que pasó por el accidente y todo y feliz por estar aquí” (comunicación personal, 26 de octubre de 2017).

Después de saber sobre el accidente que había vivido decidí invitarlo nuevamente a participar en la investigación, otra vez accedió. Lo cité en el CC, llegó unos minutos tarde a la cita, pero en esa ocasión sí acudió. Juntos entramos al CC en donde se realizó la entrevista, en esa ocasión el joven se mostró sumamente cooperador y mucho menos distante en comparación con nuestros encuentros previos. Durante nuestro pequeño recorrido saluda a varios de los asistentes al CC, a los que se nota conoce. Nos instalamos en un pequeño cubículo que hace las veces de oficina o consultorio psicológico, según las necesidades institucionales. Sin mayores contratiempos comenzamos con la entrevista la cual flujo rápidamente. Durante el interrogatorio Gabriel se conmovió hasta las lágrimas, fue capaz de abstraerse unos instantes de esa especie de coraza relacional que regularmente su cuerpo actúa, protección que durante años le ha permitido relacionarse con los otros, con el contexto, pero también consigo mismo. Por mi parte, quedé bastante sorprendido con las palabras de aquel joven, las cuales contrastaban con esa imagen de hombre joven fuerte y temerario que había construido.

5.7.6 Edgar (19 años)

Edgar es un joven de 19 años de edad, es alto y fornido. En general, viste con ropa deportiva, que invariablemente incluye una gorra, unos tenis y una playera perteneciente a alguno de los varios equipos de futbol en los que participa cotidianamente. Indumentaria que muestra la pasión

que el joven siente por la práctica del fútbol, tal y como lo atestiguan los cinco “partidos” que juega durante la semana, encuentros que se realizan en distintas ligas amateurs que ubican a lo largo del poniente de Juárez.

El joven ha tenido una trayectoria escolar intermitente. Pasó algunos meses sin estudiar, pero al momento de la entrevista nuevamente había retomado sus estudios de preparatoria. El empleo de medio tiempo que consiguió recientemente gracias al CC, le ha permitido regresar a la escuela y solventar los gastos que su educación demanda. Sin embargo, combinar el empleo con los estudios no ha sido fácil para Edgar, al contrario, las más de las veces ha experimentado un bajo rendimiento en ambas actividades, sobre todo en la escuela. Aun así, el joven se muestra feliz por haber conseguido trabajo y por haber regresado a estudiar, aunque también se da tiempo de practicar algunas de las actividades que más disfruta. Su tiempo libre lo divide entre acudir al CC, jugar fútbol, ver a su morra y convivir con sus compas:

“Tengo como mis días apartados, unos días con mi morra, unos jugando yo, y otros con mis compas, lo que son lunes es de ley ir con mi morra, los martes echar la reta con los compas, miércoles echarnos unas birriecitas y ya jueves, viernes, sábado y domingo estar con mi morra y ya” (Edgar, comunicación personal, 27 de octubre de 2017).

A Edgar lo conocí desde mi primera visita de campo en diciembre de 2015, nos conocimos en el CC donde participé como voluntario. Él, por su parte, desde niño ha sido un visitante asiduo a la institución. Circunstancias que facilitaron nuestro encuentro y convivencia.

En aquella época Edgar se miraba delgado, no tan alto, ni fuerte como lo es en el momento de la entrevista, eso sí, siempre bromista y juguetón, las más de las veces con un sequito de niños tras de él, comitiva que, movida por el anhelo de jugar con él al fútbol, “hacer la reta en el futbolito” o simplemente para “echar el coto”, lo seguía a casi a cualquier parte, expectativas que la mayoría de las veces llegaban a cumplirse debido a que también eran placenteras para el joven. Para esos niños, Edgar representa no sólo una figura de autoridad, sino un modelo a seguir, vinculación que

da cuenta de un tipo de socialización masculina bastante frecuente en el poniente de Ciudad Juárez, en donde “los mayores”, investidos legitimidad y autoridad, orientan y guían públicamente a las generaciones siguientes en la empresa de convertirse en “hombres” socialmente validados y reconocidos. Proceso relacional que Edgar experimentó en su infancia, reproduce en su juventud (con los más jóvenes) y del cual sigue participando (con relación a otros hombres adultos con los que comienza a socializar). Al respecto el joven comenta:

“Aquí en el CC todos me conocen como el más chida, porque soy el que más agarra el coto, el que no toma sus límites, le vale verga todo... todos me toman como un ejemplo de que: ‘vamos a juntarnos con Edgar porque si nos deja jugar futbolito’, o ‘nos deja hacer esto’, pero a veces yo les digo: ‘hagan su tarea y ya después nos vamos al futbolito’ y les hacemos como un torneito y todos se acoplan conmigo, llego de la escuela y todos me dicen: ‘que Edgar, vámonos a jugar al futbolito’, les digo que no tengo feria, lo dejamos para mañana, llego, hago tarea y nos vamos a echar la reta (Edgar, comunicación personal, 27 de octubre de 2017).

Además de ser un apasionado del futbol, Edgar se ha caracterizado por ser un enamorado entusiasta y recurrente. A lo largo del trabajo de campo pude dar cuenta de algunas de sus varias relaciones amorosas que ha tendido, casi siempre mujeres jóvenes que también acudían al CC. Cuando “su morra” en turno estaba presente en el CC, el comportamiento del joven cambiaba bruscamente, dejaba de participar en las actividades estructuradas, además de que rechazaba “echar el coto” con cualquiera que lo buscara. En esos momentos su prioridad era ella, aprovechaba su experiencia y “mayoría de edad” para hacerse de cierta privacidad y poder para que la pareja pudiera estar a solas.

En los últimos tres años Edgar se ha mudado de casa varias veces, mudanzas que dan cuenta de cambios significativamente su cotidianidad y con incidencia directa en la construcción de su identidad como hombre joven.

Cuando el joven tenía dieciséis años su madre lo corrió de la casa familiar, lo hizo porque constantemente él discutía con el padrastro. Sin importar que el joven aportaba al gasto familiar o

que hubiera intentado defenderla de las violencias que la pareja le infringía, ella le pidió que se marchara. Con relación a los motivos de su expulsión el joven comenta:

“Por lo mismo, por los problemas que tenía con mi padrastro, era de que... me emputaba, porque ese güey no ayudaba, ni nada, y pos yo le daba feria a mi jefa y ella decía: ‘bueno me está ayudando de perdida’, y lo que ese güey hacía era *chingársela*, robarle dinero y todo, y pos yo me emputaba y le reclamaba y todo, y mi jefa se emputaba cuando yo hacía eso”. (Edgar, comunicación personal, 27 de octubre de 2017)

Después de dejar la casa materna Edgar se mudó con su padre. Vivieron juntos durante más de medio año, así lo hicieron hasta que “lo volvieron a agarrar”. Una vez más lo detuvieron e ingresaron al CERESO tal y como ya había ocurrido antes, de hecho, gran parte de la infancia del joven el padre permaneció preso, circunstancia que limitó significativamente la relación entre ellos. Según Edgar, su progenitor es “azteca”, vende drogas y utiliza armas, un estilo de vida que además de representar grandes riesgos para ambos, ha generado que el joven se aleje de su padre.

“Pos no me entona ir pa’ llá, porque el sigue igual con las drogas, las armas y todo, y pos la última vez que fui me quisieron *levantar* porque era su chavillo y pos quien sabe cómo me salí corriendo y dije; ‘a la verga, de aquí me voy’... salí a madres y ya dije; ‘no a la verga no vuelvo allá’”. (Edgar, comunicación personal, 27 de octubre de 2017)

La última detención del padre forzó una nueva mudanza. En esa ocasión el joven encontró refugio en la casa de “un compa”; un adulto-joven que había conocido desde hacía varios años y con quien había establecido fuertes vínculos afectivos. En aquella época ese amigo había fungido como un importante modelo identitario, tanto que incluso Edgar llegó a considerarlo como uno de sus “maestros” en el fútbol y, podría decirse, en la vida, en la empresa de convertirse en hombres, esto debido a la importancia que para él tiene esa práctica social, constructora de identidades masculinas y juveniles. Así, su nuevo anfitrión le permitió vivir en su casa y lo apoyó con los gastos de su manutención, sin embargo, dichas atenciones llegaron acompañadas de exigencias. En correspondencia con la socialización masculina y adultocéntrica, Edgar se vio forzado a acatar las “reglas de la casa”, esas que impuso “el adulto responsable”, quien supuestamente “sabe lo que

le conviene al joven”, exigencias que, además de acuerdos de convivencia, también exigían formas específicas de hablar, pensar y comportarse, no pocas veces distintas a las desarrolladas por el joven y, por lo tanto, generadoras de tensión entre ambos. Edgar y su anfitrión vivieron juntos varios meses, hasta que el joven decidió que se “juntaría” con su “morra” pues estaba embarazada, situación que, en general, el amigo criticó y desaprobó, argumentando que “ya se lo había advertido, pero no le quiso hacer caso”.

A los 18 años de edad, Edgar vivió otra mudanza. Él y su pareja en tuno decidieron hacer vida en pareja, así que se mudaron a la casa de los padres de ella, “fueron como cuatro meses... lo que duró el embarazo” (comunicación personal, 27 de octubre de 2017). Sin embargo, la relación terminó intempestivamente, así como intempestivo fue el aborto “espontaneo” que vivió la pareja, el cual, terminó por disolver esa relación.

Después de su separación sentimental Edgar intentó vivir solo, así lo hizo durante varios meses hasta que, una vez más, su madre lo invitó a regresar a la casa familiar, invitación que el joven aceptó gustosamente a sabiendas de que las fricciones con su padrastro no desaparecerían y que la carga económica tampoco disminuiría, al contrario, era casi seguro que aumentaría. Aun así, decidió regresar, probablemente motivado por el anhelo de convivencia y afecto familiar.

A pesar de sus múltiples mudanzas, Edgar siempre realizó un esfuerzo y siguió asistiendo al CC, a veces de manera regular y prolongada, otras veces de manera intermitente y breve, participaciones que, en general, incidieron en la conformación de su cotidianidad y de su identidad como hombre joven.

Para Edgar, al igual que para otros jóvenes de la zona, el CC constituye un espacio de socialización infanto-juvenil “alternativo”, relativamente seguro y libre de drogas, que los acoge durante buena parte del día. Ahí, los jóvenes como Edgar encuentran redes sociales de apoyo y de

contención, además de que pueden establecer vínculos amorosos, amistosos o eróticos, la mayoría de las veces atravesados por los discursos institucionales. El caso del CC, promueve estilos de vida saludables, resolución no violenta de conflictos y la elaboración de proyectos de vida dentro de la legalidad. En este sentido, se entiende porque para Edgar el hecho de haber llegado al CC es significado como algo de “lo más feliz que ha vivido”:

“¡Ay güey!... pos haber llegado aquí al CC, porque yo tenía un chingo de problemas con mi familia y todo, y pos me sentía, así como como un cero a la izquierda, así que nunca me metían un motivo en las cuestiones, así de que salían a paseos ellos, de que: ‘no, vamos al cine’, ‘vamos al parque’, o a veces, y pos yo que me quedaba en el cantón, y ya” (Edgar, comunicación personal, 27 de octubre de 2017).

Desde el momento en el que nos conocimos Edgar tuvo noticia de mi investigación, incluso llegamos a hablar directamente sobre ella. En ese y en otros instantes el joven me miraba cómo preguntado por qué no lo invitaba a participar en el estudio. No fue sino hasta la cuarta y última visita de campo que lo hice. En ese momento se mostró un tanto sorprendido, aunque accedió de inmediato; “arre”. Visiblemente emocionado el joven recorre los pasillos de la institución buscando el lugar idóneo para nuestra entrevista, travesía que no pasa desapercibida para algunos niños que como en otras ocasiones lo miran expectantes, atención de la que el joven también es consciente y disfruta. El joven elige el lugar de la entrevista, sus años de experiencia en el CC le permiten acceder sin mayores explicaciones a “un consultorio de psicología” que forma parte de la Institución. Rápidamente nos instalamos en un pequeño cubículo con grandes ventanas. El joven abre la puerta y entra primero al lugar, para después seleccionar el asiento más cómodo. Yo por mi parte, ocupo el lugar que quedó disponible, que dicho sea de paso es el menos cómodo. Instantes después, Edgar se levanta de su asiento para cerrar las cortinas de la habitación, lo hace con el objetivo de proveer mayor privacidad en nuestro encuentro, no sin antes saludar a algunos curiosos que nos miran desde el pasillo contiguo, testigos que muy probablemente motivaron el

despliegue de las cortinas. En general, podría decirse que él es quien dirige el desarrollo de nuestro encuentro. Se nota emocionado y feliz, aunque también se lo toma con seriedad. Cruza la pierna, al tiempo que se sienta con propiedad, incluso aclara un poco la garganta antes de emitir palabra, circunstancias que en conjunto confieren un aire de solemnidad a la situación. Prendo la grabadora y comenzamos un dialogo que se siente distinto en comparación con aquellos que habíamos establecido previamente. En ese momento decido asumir un papel más activo en la conversación, el cual, se ve correspondido con las intensas narraciones del joven.

Edgar compartió conmigo experiencias altamente significativas dentro de su historia de vida, algunas de las cuales yo conocía superficialmente, otras más fueron totalmente nuevas para mí, historias que me sorprendieron bastante, hasta ese momento nunca me había imaginado que detrás de esa actitud amable y bonachona que caracterizaban al joven, hubiera tantas experiencias difíciles y dolorosas como las que él había padecido.

5.8 Experiencia subjetiva del investigador inherente al proceso de investigación

En general, el trabajo de campo no me resultó sencillo, por el contrario, me demandó procesos permanentes de objetivación, además del ejercicio de prácticas relacionales específicas. Exigencias que se mantuvieron a lo largo toda la investigación, las cuales trascendieron su desarrollo y llegaron a transformar mi propia subjetividad.

A pesar de que siempre fui tratado con amabilidad y cortesía y que la sociedad juarense se ha conformado en gran medida por intensos procesos de migración, también es cierto que las más de las veces fui visto como “el chilango”, “el fuereño” o “el extraño”, es decir, como una alteridad que simbólicamente amenaza la cohesión de esas identidades socioterritoriales con las que intente interactuar y vincularme, de ahí que mi presencia también haya posibilitado actitudes de recelo y

desconfianza, acciones que, en primera instancia, pueden ser pensadas como defensivas y de autocuidado, las cuales encontraron refuerzo en el contexto social peligroso y violento que padece la mayoría de sus pobladores. Actitudes que las más de las veces y, no sin esfuerzo, fueron superadas, dando paso al establecimiento de intensas vinculaciones intersubjetivas con mis distintos interlocutores.

Ya en el poniente de Ciudad Juárez la relación con otros hombres no fue sencilla, sobre todo al principio, cuando recién nos conocimos. Yo buscaba conocerlos e intimar con ellos, estos, por su parte, se mostraban receptivos, sumamente cautos e incluso desconfiados. Antes de aceptarse vincularse conmigo estos hombres se aseguraron que era un “hombre de confianza”, lo hicieron mediante la imposición de distintos tipos de “pruebas”, casi siempre en correspondencia con los estereotipos tradicionales de género para los hombres. Sin importar el contexto de interacción, me “exigieron” mostrar “mi hombría”, demostrar que “tenía aguante” y que no me iba “a rajarse”, que era un “verdadero hombre” muy parecido a ellos y, por lo tanto, alguien en quien podían confiar. Así, explícita o implícitamente fue evaluado con relación a mi orientación sexual, a los motivos de mi visita, en mi consumo de alcohol, en mi habilidad para jugar fútbol, gustos musicales, osadía en la alimentación, habilidades de ubicación y traslado o en la capacidad de soportar extenuantes jornadas laborales, deportivas o de diversión. Desafíos que no me resultaron extraños, por el contrario, me parecieron bastante familiares, así que la mayoría de las veces los acepté y conquisté con la satisfacción y el orgullo de quien previamente ha experimentado el valor social y subjetivo que socialmente acompañan a este tipo de prácticas, dentro de la socialización hegemónica masculina y estratificada. Negociaciones relacionales de género que pueden ser pensadas como del tipo de complicidad entre hombres (Connel, 1995) que, aunque facilitaron el acceso al contexto y a la población de estudio, muy probablemente también contribuyeron a perpetuar algunos de

roles y estereotipos tradicionales masculinos que los sustentan y que forman parte de la subjetividad de mis evaluadores.

Sin embargo, una vez que superé con éxito las pruebas impuestas por esos hombres las condiciones relacionales e intersubjetivas cambiaron abruptamente. Comenzaron a tratarme amistosamente y a acogerme con agrado, organizaron actividades para darme la bienvenida y/o festejarme, al mismo tiempo que se mostraban gratamente sorprendidos con mis regresos, además de que también se interesaron en conocer más profundamente mi persona y mi estilo de vida. Como “otros investigadores” en los últimos 10 años yo había llegado al poniente de Ciudad Juárez para “hacer unas entrevistas”, pero diferencia de la mayoría de mis antecesores yo “sí había regresado”, no me había “rajado”, una actitud que en general fue reconocida y podría decirse agradecida por mis interlocutores. Entre mi grupo cercano “de hombres”, pasé a ser nombrado cariñosamente como “el chilaquil” (derivación lingüística de chilango), al mismo tiempo que, literalmente, me abrieron las puertas de sus casas, permitiéndome entrar en la intimidad de su cotidianidad. Los mismos hombres que al inicio desconfiaban de mí y me evaluaban, ahora me aceptaban, me hacían regalos, me permitían adentrarme en su vida cotidiana, conocer a sus familias (reales o simbólicos), participar en varias de sus prácticas relacionales habituales y apreciar sus subjetividades. Algunos de estos hombres llegaron a fungir como informantes clave o como participantes del estudio. Con relación a los primeros, es posible afirmar que se estableció una relación de amistad, la cual se ha mantenido a pesar del tiempo y la distancia, circunstancia que da cuenta de la intensidad y el tipo de vínculo construido, sin obviar que esa relación fue dialéctica, es decir, que llegaron a conocer y apreciar las generalidades de mi persona y mi subjetividad.

En general, las experiencias relacionales que mantuve durante el trabajo de campo me generaron satisfacción y beneplácito, aunque también existieron aquellas que me infundieron

temor (debido al riesgo real o fantaseado que las acompañó) e incluso desagrado (pues se contraponían a algunos de mis principios éticos.). En el caso las prácticas sociales consideradas como riesgosas procuré no repetir las, o bien minimizarlas hasta donde me fue posible. Con relación a aquellas que me generaron desagrado decidí no participar activamente en ellas, intenté ubicarme en periferia de esas prácticas sociales, asumiendo un papel más de observador casual que como participante, tratando de entender las acciones y los significados que en esos momentos estaban en juego.

Es importante señalar que en ninguna de las prácticas sociales en las que participé me sentí obligado, ni forzado. En cada una de esas ocasiones participé por elección propia, decisión que no excluye ni la imprudencia, ni el arrepentimiento que pude haber experimentado, o como diría el cantautor Gustavo Cerati en su canción *ella uso mi cabeza*; “cobardemente, pero sin vergüenza”.

Finalmente vale la pena destacar que las experiencias que se narran en este estudio como parte del trabajo de campo resultaron fundamentales para el desarrollo de la investigación, sin embargo, fueron mucho más importantes para formación como investigador y mi subjetividad, aquellas que se omitieron deliberadamente debido a la sensibilidad de la información y la confidencialidad de los participantes, experiencias que terminaron por alterar mi propia identidad, esa de hombre-adulto ahora del *sur de la Ciudad de México*.

5.9 Conocimiento de tipo emic

A continuación, se presentan fragmentos de los discursos de los participantes obtenidos mediante entrevistas semiestructuradas, un conocimiento que, aunque se construyó relacionadamente en compañía del investigador, en primera instancia está gobernado por las interpretaciones y significaciones que realizaron los participantes, un conocimiento predominantemente de tipo emic.

5.10 Análisis de los discursos de los participantes

Hernández y colaboradores (2010) mencionan que uno de los objetivos del análisis cualitativo es el de reflejar lo que nos dicen las personas estudiadas en sus “propias palabras”, motivo por el cual se utilizó una codificación y categorización “en vivo”, es decir, se emplearon segmentos de los propios discursos de los participantes agrupados por categorías, con lo cual se posibilita un mayor acercamiento a sus significaciones, lo mismo que a su análisis.

Las categorías encontradas y sus respectivos análisis se presentan por separado, organizadas a partir de tres ejes de estudio: 1) contexto generalizado de violencia, 2) contexto de pobreza y vulnerabilidad social y, 3) otros generadores de prácticas y significados para la construcción de identidades como hombre joven. Dicha organización se realizó en correspondencia con el marco teórico referencial y el abordaje metodológico que se emplearon, una selección arbitraria y artificial que obedeció a fines analíticos, a sabiendas de que la realidad social de los participantes, lo mismo que sus prácticas sociales cotidianas son complejas, las cuales que se conforma por distintas participaciones, dimensiones y temporalidades, íntimamente relacionadas, interdependientes y, las más de las veces, prácticamente indivisibles.

Esta exposición buscó exaltar las principales concordancias entre los discursos de los participantes, sin que esto implique homogeneidad en las significaciones que subyacen en torno al proceso de construcción de identidades como hombre joven, por el contrario, permite apreciar las distintas formas de elaboración subjetiva y relacional que los participantes han desarrollado ante ciertos ordenadores sociales que les son compartidos (ver tabla 3).

Tabla 3. Integración de la información construida y analizada

		Ejes de análisis			
		Contexto de violencia	Contexto de pobreza y vulnerabilidad social	Otras particularidades de las identidades como hombre joven	Participantes
Categorías de análisis	“Le dieron piso, lo mataron” (homicidio masculino) F, JL, I, G, E	“La economía está cabrona aquí” (carencias por ingresos económicos) I, F, E	“No lo mataron, ni nada de eso” (muerte no violenta de alguna persona querida) G, I, E, JL	Israel (I), 20 años José Luís (JL), 25 años Fredy (F), 21 años Tomás (T), 18 años Gabriel, (G), 19 años Edgar (E), 19 años	
	“Me dio pa’ bajo un rato” (perjuicios generados por las violencias de muerte) F, JL, I, G, E	¿La prepa?, ¿qué pasó?... porque pues no teníamos dinero” (deserción escolar) F, G, JL, T	“La loquera” (abuso de drogas) I, F, E, T, G		
	“Empezaba eso de la mafia y todo ese pedo” (narcotráfico y control social) I, G, F, E	“Al jale” (incursión formal al campo laboral) I, G, E, JL, F	“¿Sabes qué es tener sexo?” (sexualidad juvenil) E, JL, F		
	“Si nos metemos con ellos puede que hasta nos maten” (hombres jóvenes en peligro permanente por la delincuencia) G, E, T, I	“¿Pues de qué más?, pues una maquila” (trabajo en la industria maquiladora) JL, F, I, T	“Me terminé casando” (ingreso a la vida en pareja) JL, E, F, T		
	“Todos los que se juntan aquí son de barrio” (prácticas juveniles violentas) T, I, JL	“No pues desde chavillo” (trabajo infantil) G, E, I,	“Ellas traen otros pensamientos” (mujeres jóvenes) G, JL, I, T		
	“Un niño no piensa en el peligro” (hombre joven: una condición social peligrosa) I, G, E, T	“No pues algo” (conflictiva condición juvenil) I, E, G	“En el Facebook” (las TICyRS y el proceso de socialización juvenil) G, T, E, JL, F		
	“Pos los golpes” (violencia física en las relaciones familiares) T, I, E		¿En un futuro?... pues feliz (el proyecto de vida) JL, I, E, T, G		

Elaboración personal

5.10.1 Contexto generalizado de violencia

En el poniente de Ciudad Juárez, la violencia resulta un fenómeno añejo que se convirtió en un elemento estructural y estructurante de su realidad social y de las subjetividades que en ella se construyen, de ahí que tenga distintas manifestaciones y provoque una gran variedad de víctimas, además de que se hace presente en muchos de los contextos sociales que integran esa realidad, llegando a formar parte de la vida cotidiana de los participantes.

5.5.2.1 “Le dieron piso, lo mataron” (homicidio masculino)

El homicidio masculino es un fenómeno añejo en Ciudad Juárez, sin embargo, en la última década creció mantenida y exponencialmente provocando la muerte intempestiva y violenta de miles de personas, además de que generó otro tanto de víctimas indirectas. Para los habitantes de la zona poniente de Ciudad Juárez los homicidios se convirtieron en experiencias cotidianas. Millares de sus residentes fueron asesinados, aunado a las decenas de miles de personas que intempestivamente perdieron a su ser querido, experiencias que inciden en la conformación de la realidad social y en las subjetividades que en ella se construyen.

“Cuando mataron a mi compa, si pues era un compa de ahí de la prepa, siempre andábamos para todos lados juntos, siempre cotorreando pa’ llá y pa’ cá, de la prepa a comer o de la prepa a su casa o a mi casa y ahí andábamos, ya hasta que un día me entero que *le dieron piso*, lo mataron... éramos muy unidos, machín, fue lo más triste”. (Fredy, comunicación personal, 26 de marzo de 2017)

“Falleció uno de mis amigos, bueno era como mi hermano, era mi mejor amigo el que falleció teníamos catorce, quince años y pues por andar ahí pues así en los barrios y todo pues tocó la mala suerte que él fue el que falleciera... El más doloroso... mmm... pues fue la muerte de mi amigo... el momento en el que vi fallecer a mi amigo... me dolió mucho cuando lo estaban enterrando”. (José Luis, comunicación personal, 29 de marzo de 2017)

“¿Lo más difícil?... pues no sé vivir esta vida... he tenido dos, tres problemas, pero pos quitármelos es el pedo ¿sabes cuál?, ajá... si pues, lo más difícil pues... mmm... pues no sé, no seguir los mismos rollos de otros batos... mmm... o sea, ya no ir a lo de los camaradas... o sea ya no estar ahí porque es como si ya no estuvieras, lo más difícil es del día que me mataron a

esos güeyes, es lo más difícil que he vivido y pues me soltaron ya verguiado”. (Israel, comunicación personal, 25 de marzo de 2017)

“Pues la verdad con él (*el padrastro*) si conviví, él nunca nos hizo a un lado ni a mí, ni a mi hermana, siempre nos apoyó, a él también lo mataron... si, lo asesinaron” (Gabriel, comunicación personal, 26 de octubre de 2017).

“Cuando recién salió mi jefe me tocó ver cuando lo *balacearon* y yo *waché* todo, recuerdo que ese día me quedé en su cantón, me dijo; ‘vente vamos a comprar menudo’, y le dije: ‘¡simón arre!’... llegó una camioneta y le preguntaron; ‘hey X’, y ya pos mi jefe se arrimó y le dijeron; ‘presta dos bolsas’, les dijo; ‘simón’ y en lo que se volteó, pos ahí ‘taz-taz-taz’... luego un compa salió a madres, se agarró *una fusca*, correteó a los güeyes de la troquilla; ‘taz-taz-taz’, y se chingó a uno, pero lo dejaron tirado ahí, se paró el carrillo y lo aventó ahí y se fueron... a mi jefe de volada lo subimos a la camioneta de mi abuelita y fuga”. (Edgar, comunicación personal, 27 de octubre de 2017)

Cuatro de los seis participantes refirieron haber experimentado el homicidio de alguna persona cercana relacional y/o afectivamente, uno más habló sobre el intento de homicidio que sufrió su padre, experiencias que son significadas como “algo de lo más difícil y/o doloroso” dentro de la trayectoria de vida personal, con incidencia directa en el proceso de construcción de identidades como hombre joven.

Como puede observarse en todos los casos referidos por los participantes, las víctimas de los homicidios fueron hombres (incluido quien lo experimentó en la modalidad de tentativa), circunstancia que puede estar relacionada con el predominio de prácticas relacionales violentas entre dichos sujetos genéricos, que, como se observa, no pocas veces alcanzan niveles mortales (Connel, 1995; Cruz, 2014; Kaufman, 1989).

En el caso de Fredy, José Luis e Israel las personas asesinadas fueron “compas”, “amigos” o “camaradas”, alteridades juveniles con quienes existía una fuerte vinculación, empresas comunes y acompañamiento permanente y dialectico en la construcción de sus identidades como hombre joven, experiencias que inevitablemente los coloca ante la posibilidad de la propia muerte.

Con una mirada perdida y cierto tono de tristeza, Fredy evoca el homicidio de su “compa de ahí de la prepa”; palabras que muestran la importancia que el contexto escolar suele tener el establecimiento de relaciones sociales, afectivas y/o amistosas entre los hombres jóvenes, toda vez que constituye uno de los principales espacios para la socialización juvenil moderna e industrial. Siempre “andaban juntos para todos lados juntos, siempre cotorreando pa’ llá y pa’ cá, de la prepa a comer o de la prepa a su casa o a mi casa”, entre ellos se observa una intensa vinculación relacional y afectiva, generada y generadora de actividades comunes y tiempos compartidos, un tipo de vinculación en la que predominan el acompañamiento físico continuado y las experiencias placenteras y divertidas. Tan estrecha fue la vinculación entre estos jóvenes que trascendió el contexto escolar, llegando a alcanzar el ámbito familiar. En repetidas ocasiones uno visitó la casa del otro, es decir, conoció y se incorporó a la respectiva dinámica familiar en calidad de “miembro simbólico y temporal”. Así transcurría su relación hasta que “un día” y sin esperarlo, Fredy se enteró que “le dieron piso, lo mataron”, experiencia que impactó significativamente en su vida cotidiana y en su identidad toda vez que terminó por modificarlas. Intempestiva y obligadamente el joven se vio separado de quien hasta entonces había sido su compañero, no solo en la escuela, sino en la trayectoria de vida y en la construcción de identidad como hombre joven: “éramos muy unidos, machín”, pérdida que le generó un intenso y permanente sentimiento de tristeza: “fue lo más triste” que ha vivido.

Para José Luis, el homicidio de su amigo representa una de las experiencias más dolorosas que ha vivido. Con un tono de tristeza el joven narra el asesinato de su mejor amigo, otro joven con el que había establecido intensos vínculos relacionales y afectivos, tanto que incluso llegó a considerarlo como un hermano simbólico: “falleció uno de mis amigos, bueno era como mi hermano, era mi mejor amigo el que falleció”. José Luis menciona que las causas del asesinato se

debieron a las prácticas de socialización juvenil que en ese momento ambos jóvenes desarrollaban, a saber, el pandillerismo; tenía “catorce, quince años”, cuando su amigo “falleció...por andar ahí en los barrios”, una comunidad de práctica que como se ha mencionado se caracteriza por la utilización de violencia y la fuerza física como principales medios de relación entre pares. En una ocasión en la que la pandilla de José Luis estaba reunida, esta fue agredida por un grupo rival y ahí “tocó la mala suerte” de que el amigo muriera. La importancia que el joven atribuye a este evento muy probablemente se vio reforzada por el alto grado de implicación que tuvo en aquel crimen, experiencia que también amenazó gravemente su vida, circunstancia que minimiza casi hasta llegar a desconocerla. José Luis fue testigo directo del asesinato; “vio morir” a su amigo, vio como otros jóvenes lo asesinaron como castigo por haber invadido el que consideraban su territorio. Asimismo, el joven refiere que fue hasta el momento de la inhumación que sintió “mucho dolor al ver que lo estaban enterrando”, fue gracias a ritual funerario que el joven pudo acceder y externar aquellos afectos generados por el asesinato del amigo, circunstancia que al mismo tiempo lo confrontó con la irreversibilidad de la muerte y la imposibilidad de volver a ver al ser querido, significaciones que terminaron por alterar significativamente su identidad.

Por su parte, Israel habla sobre “lo más difícil” que ha vivido, relato en el que se entremezclan temporalidades, hechos y personajes, probablemente lo hace de esa manera porque hace referencia a su trayectoria de vida general, marcada por la violencia y las dificultades. Para él lo más difícil es “vivir esta vida” caracterizada por los reiterados inconvenientes que ha padecido y las dificultades que ha encontrado para resolverlos, ha “tenido dos tres problemas”, pero “quitárselos es el pedo”. Entre las mayores dificultades que el joven ha experimentado se encuentra el abandono obligado de algunas de sus principales prácticas de socialización masculina y juvenil, imposición que incluyó la abolición fáctica de sus derechos a la reunión y la asociación pública con quienes

había establecido fuertes vínculos afectivos, relacionales e identitarios. Para él lo más difícil es “no seguir los mismos rollos de otros batos, no ir a lo de los camaradas”. Abandono que fue significado por Israel como una grave afrenta a su *ser* que bien podría ser descrita como una fuerte amenaza a su identidad. Alejarse de sus “camaradas” y de “aquello que hacían juntos”, le representó perder el lugar que hasta ese momento había construido y ocupado dentro de su mundo social juvenil, “no estar ahí... es como si no estuvieras”. El relato de Israel también da cuenta de distintas experiencias de dominación que ha padecido, algunas de las cuales alcanzaron niveles mortales e irreversibles. No solo experimentó la prohibición de algunas de sus principales prácticas de socialización, también sufrió el asesinato violento e intempestivo de varios de sus compañeros, personajes altamente significativos para él toda vez que formaban parte de cotidianidad, quienes además fungían como puntales en la construcción de su subjetividad y su identidad. Por ello, lo más difícil que el joven ha vivido fue “el día que le mataron a esos güeyes”. El homicidio de los amigos no fue la única experiencia violenta que padeció el joven, también él fue víctima directa de violencia física que, aunque no terminó con su vida, si la amenazó gravemente, además de que trastocó significativamente su subjetividad y su identidad. Después de que estuvo varias horas secuestrado finalmente lo liberaron “ya verguiado”, expresión que, con base en el lugar que ocupa en la enunciación y a la referencia fálica, no solo hace referencia a los perjuicios físicos que sufrió, también a los graves daños en subjetivos e identitarios resultantes de la violencia masculina.

En el caso de Gabriel, fue el padrastro quien resultó asesinado, un hombre con quien había establecido estrechos vínculos relacionales y afectivos, los cuales, no fácilmente son reconocidos por el joven, dificultad que se relaciona con la socialización tradicional y hegemónica masculina que no solo limita el reconocimiento verbal de la afectividad, también su expresión, sobre todo entre hombres: “pues la verdad con él si conviví”. La importancia que el padrastro adquirió para

Gabriel se fundamentó, en gran medida, en las relaciones de parentalidad que el primero asumió con el joven. A diferencia del padre biológico y otras parejas de su madre, el padrastro, significó al joven y a una de sus hermanas como “hijos simbólicos”, no los alejó del grupo familiar que conformó con la madre, al contrario, los incorporó y les proveyó cuidado en términos de proveeduría; “nunca” los hizo a un lado, ni a él, ni su hermana, siempre los apoyó”. Sin embargo, al padrastro también lo mataron, lo asesinaron, es decir, compartió el mismo destino que miles de personas más ahí en el poniente de Juárez.

Para Edgar una de las cosas más difíciles que ha experimentado en su vida fue el día que vio como “balacearon a su jefe”, situación que ocurrió poco tiempo después de que su padre saliera de CERESO. Él “wachó todo”, fue un testigo presencial en el intento de homicidio que dejó gravemente herido a su progenitor, experiencia que, evidentemente, conllevó un grave riesgo a la vida del joven, aun y aunque éste nunca la haya referido en dichos términos. El atentado ocurrió en el poniente de la ciudad, en una región conocida y gestionada por el padre y el hijo, ahí en su barrio, cerca de “la casa de su abuelita”. En esa ocasión, el joven había ido a visitar su padre, llegó a su casa un día antes del atentado y ahí paso la noche. Al siguiente día por la mañana la familia se dispuso a desayunar: “ese día me quedé en su cantón, me dijo ‘vente vamos a comprar menudo’ y le dije ‘¡simón arre!’”. En el trayecto los interceptó una camioneta poblada por varios hombres. Con el pretexto de comprar marihuana los tripulantes abordaron al padre; ‘hey X’, y ya pos mi jefe se arrimó y le dijeron; ‘presta dos bolsas’, les dijo; ‘simón’”. Los supuestos compradores aprovecharon un descuido del progenitor para balearlo: “en lo que se volteó, pos ahí; ‘taz-taz-taz’”. De inmediato un compañero del papá salió en su auxilio y repelió la agresión, con una pistola dio muerte a uno de los agresores, víctima mortal que quedó tendida en el espacio público, en la calle, así ocurrió porque sus compañeros decidieron deshacerse del cuerpo: “un compa salió a madres,

se agarró *una fusca*, correteó a los güeyes de la troquilla; ‘taz-taz-taz’”. La agresión hacia el padre de Edgar, el asesinato de agresor y su abandono en el espacio público dan cuenta de la banalidad que la vida puede llegar a adquirir en el poniente de Ciudad Juárez, además de la cosificación recurrente de las víctimas y los victimarios, en tanto “mercancía” de fácil acceso y remplazo para quienes forman parte de los grupos criminales y/o de poder, en especial para su líderes (Domínguez y Ravelo, 2011; J. Monárrez, 2013; Wright, 2013). Después del enfrentamiento, Edgar y otras personas trasladaron rápidamente al padre a un hospital en donde fue atendido, su estado de salud fue crítico, permaneció en terapia intensiva durante varios días, seguidos de una larga y difícil recuperación que el joven acompañó hasta donde le fue posible.

5.5.2.2 “*Me dio pa’ bajo un rato*” (*perjuicios generados por las violencias de muerte*)

Aunque la violencia mortal ha llegado a formar parte de la vida cotidiana y de la cultura juarense en la última década esto no significa que sea inocua o que haya perdido su potencial perjudicial, por el contrario, permanentemente provoca distintos tipos de afectaciones.

Para muchos jóvenes del poniente las personas asesinadas en los últimos años no son estadísticas impersonales, son amigos, hermanos, familiares, padres, vecinos o conocidos, personas con quienes se mantenía una vinculación estrecha y cuya muerte los afecta significativamente. Ellos, por su parte, resultan víctimas indirectas de ese tipo de violencia, quienes las más de las veces, sufren en silencio la pérdida intempestiva y violenta de alguien cercano.

“Pues cuando lo matan, lo matan a él un martes y yo me enteré como al siguiente martes, fue cuando: ‘¡ah! y qué onda con este chavo, ¿no te enteraste?’, y me dice; ‘no pues es que lo mataron’... me dio pa’ bajo un rato... ¡sí!, pues como un mes acá pues analizándolo, pues no me lo creía... por decir cuando lo matan pues yo ya no quería salir, ya no quería hacer muchas cosas, por decir con él pues en veces nos íbamos nomás él y yo, nos íbamos en veces su novia o mi novia o sus amigos y mis amigos y como qué; ‘¡eh! pues vamos pa’ llá,’ ‘vamos, no hay que dejarnos caer por esta acción que pasó’, ‘vamos pues a salir a delante no’, yo pues la neta mejor en la casa y en la casa”. (Fredy, comunicación personal, 26 de marzo de 2017)

“Pues yo me cerré mucho en mi vida, no hablaba con nadie, me la pasaba todo el día callado, en la escuela no ponía atención, no estudiaba... dije: ‘¿para que, para que hago más grande el problema?, mejor prefiero alejarme de todo eso y pues empezar mi vida normal, dejar de ser lo que soy, así como dicen; ‘un pandillero’, ¿¿verdad?!, me alejé de ahí y pues te digo me cerré más con la gente”. (José Luis, comunicación personal, 29 de marzo de 2017)

“¡Sí... si pesa machín eso!... un carnal, es como un amigo, un hermano ¡yo digo más!, porque son los hermanos que vienen más contigo, ¡perderlos!... ¡si está gacho ese pedo güey!, y pus ya qué más le hacemos” (Israel, comunicación personal, 25 de marzo de 2017).

“Sí fue difícil, sobre todo para mi mamá... si muy difícil, más para uno de 19, pero gracias a Dios hemos salido pa’ delante” (Gabriel, comunicación personal, 26 de octubre de 2017).

“Yo estaba bien agüitado... dije ‘¡a la madre ya lo chingaron!’ y luego pos no sé... la imagen de verlo ahí tirado al piso, me quedé en *shock*, lo miraba y decía ‘¡no! ¿¿qué rollo?!’... y luego le doné como dos veces sangre, tuve que esperarme como tres días para recuperar lo que había donado para volver a donar, ya después se alivianó... hay veces que no puedo dormir porque tengo la imagen de verlo ahí tirado, la sangre y todo balaceado”. (Edgar, comunicación personal, 27 de octubre de 2017)

Entre las afectaciones más recurrentes asociadas con asesinato del ser querido se encuentran aquellas de tipo afectivo, las más de las veces experiencias intensas de dolor, tristeza y desánimo que, de manera general, perduraron periodos de tiempo relativamente largos, afectaciones que terminaron por alterar significativamente la cotidianidad de los participantes y, por lo tanto, sus identidades como hombre joven.

Asimismo, se encontró que, de manera, general, los jóvenes recurrieron al mutismo, el aislamiento relacional y la racionalidad “masculina” (alejada del reconocimiento de la vida afectiva), como principales formas de significación del homicidio.

En el caso de Fredy, pasaron varios días entre el asesinato de su amigo y el momento en el que el joven se enteró de lo ocurrido. Después de una semana de no saber nada de su compa, se animó a preguntar por él; “¿qué onda con este chavo?”. Al parecer, otros jóvenes con los que también se relacionaba ya sabían del asesinato, sin embargo, nadie se animó a informarle a Fredy lo ocurrido, a pesar de que era evidente la cercanía afectiva y relacional entre ambos jóvenes. Actitud que

puede ser pensada como una estrategia que, a partir del silencio y la postergación de la información, tratar de minimizar en la víctima indirecta las experiencias desagradables asociadas con el homicidio del ser querido. Fue hasta ese momento que uno de sus compañeros se atrevió a informarle lo ocurrido: “¿No te enteraste?... es que lo mataron”, información que tomó por sorpresa al joven, además de que le generó afectaciones inmediatas entre las que destacan la pérdida del interés por las actividades que hasta entonces realizaba cotidianamente; le dio “pa’ abajo un rato”. Además de perder a su amigo, Fredy extravió varias de sus prácticas sociales cotidianas íntimamente relacionadas con su identidad como hombre joven, sobre todo aquellas que eran compartidas y sostenidas entre ambos jóvenes; “cuando lo matan, ya no quería salir, ya no quería hacer muchas cosas”, circunstancia que da fe de la estrecha vinculación que existía entre ellos, “con él pues en veces nos íbamos nomás él y yo”. Fredy perdió a su amigo de manera intempestiva y violenta, no estaba preparado para ello, recién que lo supo no “se lo creía”, necesitó tiempo y esfuerzo constante para poder asimilar la muerte y los cambios que esta impone. Así, el joven no tuvo más opción que entregarse casi de manera permanente a aquellos procesos subjetivo-relacionales que buscaban significar el asesinato; en su caso, como en el de la mayoría de los participantes, dichas elaboraciones fueron predominantemente personales y basadas en la tradicional racionalización masculina: “como un mes analizándolo”. Para poder significar el asesinato, algunos de los amigos en común trataron de apoyarse mutuamente, intentaron retomar algunas de las actividades que realizaban en conjunto, se dieron ánimos y se instaron a retomar la vida cotidiana que compartían: “¡eh!, pues vamos pa’ llá,” “vamos, no hay que dejarnos caer por esta acción que pasó”, “vamos pues a salir a delante, ¡¿no?!”, arenga que no evitó que Fredy se decidiera por el aislamiento relacional con ese grupo de pares y que se recluyera en la casa familiar,

donde prácticamente enfrentó solo y en silencio el dolor por el homicidio de “su compa”: “yo pues la neta mejor en la casa y en la casa”.

A José Luis, la muerte de su amigo también lo forzó a abandonar algunas de sus principales prácticas de socialización cotidiana, incluso las identitarias. El joven dejó de participar en las actividades que realizaba comúnmente, al tiempo que asumió una actitud de ensimismamiento y mutismo; “se cerró mucho en la vida... no hablaba con nadie”, se la pasaba “todo el día callado”. En este sentido, tanto el asilamiento como el mutismo pueden ser pensados como formas de elaboración subjetiva del dolor, la tristeza y el desánimo, las cuales estarían íntimamente relacionadas con los roles y estereotipos masculinos tradicionales que dificultan la verbalización de las necesidades y afectos en los hombres, ordenadores sociales que condenan a la soledad y al silencio a muchos de los hombres jóvenes del poniente de Juárez que han sido víctimas indirectas de las violencias de muerte. Así, solo y sin poder hablar con alguien, el joven intentó objetivar lo sucedido, fue tanto el esfuerzo que requirió para lograrlo que tanto su proceso de socialización dentro del entorno escolar, como el aprendizaje resultaron perjudicados; “en la escuela no ponía atención, no estudiaba”. La experiencia del asesinato del hermano simbólico le exigió al joven intensos y permanentes procesos de significación que lo llevaron a replantearse su propia identidad juvenil, fuertemente sostenida en ese momento por su participación en el pandillerismo, toda vez que ese estilo de vida fue el que posibilitó el asesinato. Después de mucho meditarlo y contrario a la ideología y las prácticas pandilleriles, él joven concluyó que no había motivos suficientes para buscar venganza, cayó en cuenta que asesinar al asesino o a alguno de los rivales ayudaría poco a su elaboración subjetiva del homicidio, por el contrario, contribuiría a perpetuar las disputas violentas entre los grupos implicados, además de que le significaría un riesgo permanente a su propia persona: “dije: ‘¿para que, para que hago más grande el problema?’”. Sin embargo, renunciar

a buscar la dominación extrema de la alteridad significó para José Luis abandonar el barrio, abandonar su identidad de pandillero. Así, el joven decidió transformar su identidad, decidió alejarse “de todo eso” y empezar “una vida normal”, “dejar de ser lo que era” en ese momento de su vida. Decisión que, aunque puede ser pensada como una estrategia de protección y autocuidado, también implicó experiencias de dolor y dificultad relacionadas con abandonar el lugar que ocupaba en y ante la vida, circunstancia que reforzó su aislamiento relacional y su mutismo: “me alejé de ahí y pues te digo me cerré más con la gente”.

En el caso de Israel, los asesinatos de “los camaradas” constituyen experiencias de difícil elaboración subjetiva, las cuales muy probablemente continuaban siendo significadas en el momento de la entrevista, toda vez que son narradas como hechos presentes con incidencia no solo en su afectividad, sino en la reconfiguración de subjetividad: “si pesa machine eso”. Para este joven, al igual que para otros de los participantes, el amigo asesinado también representaba un hermano simbólico que no pocas veces ha llegado a adquirir mayor valía en comparación con algunos de los integrantes de la familia de origen, importancia que se ve reforzada por el papel que “el camarada” desempeña, a saber, un compañero en la trayectoria de vida con quien se establecen vínculos afectivos, se comparten empresas comunes y se construyen identidades como hombre joven: “un carnal, es como un amigo, un hermano, ¡yo digo más!, porque son los hermanos que vienen más contigo”. En este sentido, se entiende porque el asesinato de los *homies* le ha generado tantos y tan permanentes perjuicios al joven: “¡perderlos!, si está gacho ese pedo güey!”. En el relato de Israel también se observa cierta resignación e impotencia con relación a los crímenes. No sin dolor, el joven acepta que ante el homicidio de los camaradas no hay nada más que hacer, ni siquiera esperar justicia: “y pus ya qué más le hacemos”.

Con relación a las afectaciones provocadas por el homicidio del padrastro, Gabriel se muestra sumamente reticente. Al igual que la mayoría de los participantes el joven echa mano del mutismo para apuntalar el proceso de elaboración del crimen, aunque en su caso también lo hizo extensivo a la entrevista. Sin importan que el homicidio del padrastro haya sido altamente significativo para Gabriel, el joven habla poco al respecto, a lo más que llega es a describir el crimen como una experiencia difícil, dificultad de la cual rápidamente busca desasirse, al tiempo que la deposita en la figura de la madre; “sí fue difícil, sobre todo para mi mamá”. Parecería que solo a ella le compete el derecho de poder sufrir y adolecer por la muerte del ser querido, en su caso el esposo, limitación que en el caso del joven se ve reforzada por partida doble. Primero, por el lugar de “hijastro” que le correspondió a Gabriel dentro de la organización familiar, un lugar secundario, si se compara con la importancia que para el muerto tenían “los hijos de sangre”, que en este caso serían “los autorizados” para experimentar dolor y/o tristeza por el crimen. En segundo lugar, por los ordenadores de generó que limitan el acceso verbal a la afectividad en los hombres, toda vez que es considerada una cualidad femenina y, por lo tanto, indeseada para ellos. Así bien, otra manera en la que los hombres jóvenes como Gabriel hacen frente a las experiencias afectivas dolorosas o difíciles asociadas con el homicidio del ser querido es mediante la proyección, la cual busca depositar en otro, este tipo de padecimientos. Asimismo, generalmente los depositarios de las experiencias afectivas suelen ser mujeres o niños, actores sociales a los que, no sin cierta desvalorización y sojuzgamiento, se les permite experimentar emociones, compartirlas y entregarse a ellas. Gabriel hace una breve recapitulación de lo que significa la muerte de un ser querido, experiencias que comienza a reconocerlas como propias y resignifica como “muy difíciles” de enfrentar y elaborar, complicación que, según él, se intensifica debido su condición juvenil referenciada en su edad: “más para uno de 19”. Sin embrago, una vez más el joven intenta

desprenderse de los prejuicios y/o afectos personales asociados con la muerte del ser querido, en esta ocasión lo hace mediante referencias predominantemente grupales, más que individuales, además de que atribuye a la gracia divina la elaboración subjetiva y relacional que aconteció entre las víctimas indirectas: “gracias a Dios” la familia pudo salir “pa’ delante”, palabras que también denotan la importancia que para este joven, al igual que para muchos más en el poniente de Ciudad Juárez, tienen las creencias religiosas con relación al acontecer social cotidiano.

Por su parte, Edgar habla sobre las afectaciones provocadas por el intento de asesinato que vivió su padre a manos del crimen organizado. Prejuicios que se potenciaron debido a su cercanía en el evento y a la duración de la experiencia. El joven igualmente fue testigo directo del atentado, ocurrió mientras estaban juntos, muy probablemente experimentó un fuerte temor y tristeza por lo ocurrido: “estaba bien agüitado”. La violencia que recibió el papá fue de tal magnitud que lo primero que Edgar pudo interpretar fue que lo habían matado: “¡a la madre, ya lo chingaron”, interpretación que se vio reforzada por la imagen que el atentado construyó: “y luego pos no sé... la imagen de verlo ahí tirado al piso”. La experiencia fue tan intensa que por momentos escapó al entendimiento y la elaboración subjetiva, incapacitando al joven para la significación y la posible actuación contingente: “me quedé en *shock*, lo miraba y decía: ‘¡no!, ¡¿qué rollo?!’. Ya en el hospital Edgar siguió tratando de objetivar lo sucedió. En el tiempo que el progenitor permaneció hospitalizado, el joven hizo lo que consideró estaba a su alcance para poder ayudarlo, así echó mano de uno de los pocos recursos de que disponía para ello, a saber, su cuerpo, al que aparentemente llevó al límite. Refiere que en dos ocasiones le “donó sangre al padre”, pero, muy a su pesar, tuvo que esperar tres días para volverlo a hacerlo, tiempo impuesto y necesario para recuperar todo aquello que ya le había dado Finalmente, el padre “se alivió” y dejó el hospital, circunstancia que no terminó ni con las exigencias de elaboración que impuso el atentado, ni con

los perjuicios que siguió generando, por el contrario, al momento de la entrevista estas siguen operando, particularidades que pueden ser pensadas como constitutivas de una experiencia traumática la cual perdura en el tiempo e incide en la subjetividad de quienes las padecen (Kovalskys, 2006): “hay veces no puede dormir porque tengo la imagen de verlo ahí tirado, la sangre y todo balaceado”.

5.5.2.3 “Empezaba eso de la mafia y todo ese pedo” (Narcotráfico y control social).

Al explorar más sobre las causas y los posibles responsables de las violencias de muerte que acontecen en el poniente de Juárez, “la mafia” (los grupos del narcotráfico) se posicionó como el principal generador y ejecutor de violencia, mientras que el control social como uno de sus principales fines.

“Ha de tener cómo cuando tenía 12 o 13, cómo 10 años, 12... o sea que empezaba la mafia, empezaban acá a llegar esos güeyes y pos ya no querían *que calentaran el terreno*, y empezaban a *levantar gente* y pos dos, tres compas si los *levantaron* y les dieron acá, *kill...* porque esos güeyes llegaron y cómo que sabían dónde es el pedo, y uno que es cholo, no cholo, bueno pandillero... pos viene otro barrio pues se arma la campal, los vergazos, botellas, se hace un desmadre, pero esos güeyes no quieren, como que no, quieren que venga la policía o ese pedo, sí, cómo que quieren ya más terreno”. (Israel, comunicación personal, 25 de marzo de 2017)

“Pues de eso ya tiene como 5 años... no pues él andaba tomando con unos amigos y de repente llegó una *troca*, y se *los subieron* y se los llevaron, y ya; los tiraron ahí por donde está el Camino Real, de ahí ya no supimos nada... ora sí que pues cada quien, ¡¿no?! , pero a esa gente no le parece lo mismo”. (Gabriel, comunicación personal, 26 de octubre de 2017)

“Eso tiene... cómo que será, como unos cuatro o cinco años, cinco años más o menos...sí eso pasó; yo tenía 16 más o menos... ¡si lo mataron!... porque andaba en cosas malas, eso fue...pues yo nunca supe, yo creo que sí, para que lo hayan matado yo creo que sí eran cosas malas, pero pues a mi pues nunca me dijo, siempre anduvimos con él y tranquilo todo... pues yo me imagino, pues para que lo hayan matado yo creo que sí o quién sabe, pero así pasó... solo él supo... así fue de repente y pues andábamos bien todos y de repente le dieron”. (Fredy, comunicación personal, 26 de marzo de 2017)

“Yo creo que fueron los contras de él... pos es que mi jefe es *azteca* y los *mexiclas* andan en broncas, algo así... pos es que cada quien defiende su *bisne*, y pos se quiere chingar al otro, así es ese pedo” (Edgar, comunicación personal, 27 de octubre de 2017).

Las referencias “al narco” como el principal responsable de la violencia mortal en el poniente de Juárez son variadas, las más de las veces suelen ser veladas, aprehensibles en expresiones que forman parte del caló de la región, aunque también hay casos en los que su identificación resultó clara y directa. Por su parte, la búsqueda de control resultó ser el principal motivador del crimen. Cuatro de los cinco asesinatos (incluida la tentativa de homicidio) que refirieron los participantes corresponden cronológicamente con el periodo de mayor violencia en Juárez, acontecido entre el año 2008 y el año 2014, periodo en el que la inmensa mayoría de los asesinatos fue atribuida al crimen organizado (S. Sánchez et al., 2015).

Para Israel no hay duda, fue “la mafia” quien asesinó a varios de sus “compas”, les dio “kill”. Lo hizo de forma tan violenta y sistemática que llegó a constituir un tipo de juvenicidio (Quintana, 2010; Valenzuela, 2015) al servicio del control fáctico de la zona poniente. Israel habla de lo que considera el inicio del exterminio juvenil a manos del crimen organizado, el cual, coincidió con su ingreso social a la condición juvenil, es decir, con el proceso de construcción de su identidad como hombre joven. Cuando él “tenía 12 o 13, cómo diez años, 12” comenzó la reapropiación violenta del espacio público en el poniente de Juárez por parte de los carteles de las drogas, “o sea que empezaba la mafia, empezaban acá a llegar esos güeyes”. Según el joven, la mafia no quería que ningún actor social de la zona llamara la atención pública, mucho menos la de las autoridades y/o policías, toda vez que su presencia podía complicar sus actividades delictivas: “no querían que calentaran el terreno”. Así, los grupos criminales, echando mano de una notable asimetría de poder, comenzaron a dominar la zona a partir del ejercicio de todo tipo de prácticas relacionales violentas, así estos grupos comenzaron a “levantar gente”; es decir, secuestraron a muchísimas personas, a quienes generalmente obligaban a bordar automóviles, en donde eran retenidas en contra de su voluntad y violentadas, muchas veces hasta matarlas. Varios de sus amigos fueron levantados y

asesinados: “dos, tres, compas si los levantaron y les dieron acá, kill”. La estrategia de aniquilación y control que desarrolló la mafia no fue improvisada, por el contrario, tenía bastante claro qué espacios había que reapropiarse y qué actores sociales dominar: “porque esos güeyes llegaron y cómo que sabían dónde es el pedo”, conocimiento que muy parablemente está relacionado con la procedencia de los integrantes de los grupos del crimen organizado, a saber, hombres jóvenes también habitantes de la zona poniente, muchos de ellos pandilleros reclutados por dichos grupos. En ese sentido, la mafia se concentró en dominar ciertas agrupaciones juveniles presentes en el espacio público, tal y como ocurrió con “el barrio”, en tanto comunidad de práctica caracterizada por la dominación pública de los territorios sociales y las alteridades que los habitan a partir de la fuerza y la violencia física: “y uno que es cholo, no cholo, bueno pandillero, pos viene otro barrio pues se arma la campal, los vergazos, botellas, se hace un desmadre”. Israel también es claro sobre los motivos del juvenicidio, a saber, el control total el territorio: “sí, cómo que quieren ya más terreno”.

Por su parte, Gabriel también hace referencia “la mafia” como la responsable del asesinato del padrastro, sin embargo, él lo hace de forma velada, mucho más discreta. Dicho crimen ocurrió cuando el joven tenía alrededor de 14 años de edad. En esa época su padrastro y algunos de sus amigos “andaban tomando”, una práctica social masculina que resulta ser bastante común entre los hombres del poniente de Juárez, la cual no pocas veces acontecía en el entono público, en la calle, un espacio predominantemente masculino que, entre otros fines, también sirve para la diversión y el esparcimiento de dichos sujetos genéricos y donde, sin importar las prohibiciones legales, el consumo de alcohol y otras drogas se ha vuelto casi indispensable. Prácticas sociales que son capaces de captar la atención pública, “tomar en la calle” es otra forma en la que los hombres de la región pueden llamar la atención y “calentar el terreno” que esa época cayó bajo el

control “del narco”. Hasta ese lugar y sin esperarlo, arribaron otros actores sociales que, con base en el tipo de prácticas violentas empleadas se puede intuir fueron integrantes del crimen organizado, quienes, sin más, los forzaron a subir a un auto: “de repente llegó una troca y se los subieron”. Como en el caso de los camaradas de Israel, el padrastro y sus amigos fueron “levantados” y después asesinados, cuyos cuerpos, cual mercancía desechable, fueron tirados en el entorno público, en uno de los muchos parajes deshabitados que se ubican en la periferia de la zona poniente: “los tiraron ahí por donde está el Camino Real”. Después de que encontraron los cuerpos, Gabriel y su familia “no supieron nada” más, ni quienes fueron los asesinos, ni las causas del crimen, mucho menos recibieron justicia. Con relación al derecho de las personas a la asociación y al entretenimiento, Gabriel acepta la pluralidad y la capacidad de elección, cada persona puede elegir cómo pasar su tiempo libre y cómo divertirse, libertades que incluyen el agrupamiento e incluso el consumo de drogas; “ora sí que pues cada quien ¡¿no?!”, garantías individuales que los grupos criminales suelen abolir de facto ahí en el poniente, castigando con la muerte a quien incumple la prohibición que estos imponen: “pero a esa gente no le parece lo mismo”.

En el caso de Fredy el asesinato de su amigo aconteció durante sus años escolares, ocurrió mientras estudiaban juntos “la prepa”. A la edad de “16, más o menos” “mataron” a su amigo, juvenicidio que también estuvo relacionado con “la mafia”, cuya referencia también resulta sutil, aprensible en la jerga utilizada para hablar sobre los supuestos motivos. Al joven lo mataron porque “andaba en cosas malas, eso fue” expresión que generalmente hace referencia a los actos delictivos que desarrollan los grupos del crimen organizado. Sin embargo, Fredy nunca tuvo información que le permitiera intuir que su amigo formara parte del narco; “yo nunca supe”, sin mencionar que ambos se conocían bien y que compartían gran parte del tiempo y las rutinas que organizan la vida

cotidiana, sobre todo la escolar: “siempre anduvimos con él y tranquilo todo”. No sin dudas, el joven una y otra vez se aferra a su explicación, la cual encuentra fundamento en el tipo de muerte recibida, a saber, violenta e intempestiva: “yo creo que sí, para que lo hayan matado yo creo que sí eran cosas malas”, expresión que pareciera intenta justificar el asesinato, la cual estaría íntimamente relacionada con la criminalización sistemática que las víctimas mortales padecen en aquella región (M. Almada, 2012; Domínguez y Ravelo, 2011; L. Monárrez, 2017; Wright, 2013), violencia simbólica que incluso es reproducida por las propias víctimas indirectas. Sin embargo, en el caso de estas últimas, la criminalización también sirve para apuntalar en el proceso de elaboración subjetiva y relacional del crimen, lo mismo que para la protección de la propia integridad de las víctimas indirectas. Al parecer resulta más sencillo y menos peligroso criminalizar a la víctima (decir que su muerte fue porque andaba en cosas malas), que exigir al Estado el esclarecimiento del homicidio y el castigo de los perpetradores, demandas que las más de las veces resultan incumplidas y peligrosas para las víctimas indirectas que las exigen.

Con relación al intento de homicidio que sufrió su padre, Edgar se escucha seguro, para él no hay duda, el atentado ocurrió a manos de la mafia, pero no “del cartel de la Ciudad”, sino de “los de afuera”, más específicamente, de “los doblados”. La certeza del joven se basa en la identidad delincencial del padre a quien reconoce abierta y claramente como *azteca*, por lo tanto, los agresores solo pudieron haber sido “sus contras”, “los mexiclas”, explicación que se refuerza en la permanente y mortal disputa que existe entre ambos brazos armados, otrora pandillas: “andan en broncas”. Asimismo, el joven refiere que uno de los posibles motivadores de la agresión estaría íntimamente relacionado con el control territorial para las actividades delictivas que cada grupo desarrolla; “pos es que cada quien defiende su *bisne*”, control que, por un lado, limita el actuar

cotidiano de sus habitantes, mientras que, por el otro, exige defenderlo de los grupos rivales quienes también buscan apropiárselo violentamente: “se quiere chingar al otro, así es ese pedo”.

5.5.2.4 “Si nos metemos con ellos puede que hasta nos maten” (hombres jóvenes en peligro permanente por la delincuencia)

El control social que “la mafia” detenta en la zona poniente de Ciudad Juárez es reconocido y se sostiene debido al ejercicio sistemático de la violencia que no pocas veces acaba con la vida de las personas que la padecen.

“Que quitaran a todos los que venden la droga, y que los chavos con los que me junto que se retiren de eso... sí, hay muchos, son bastantes... sí, pues es lo peor... si nos metemos con ellos puede que hasta nos maten por decirles algo, mejor no nos metemos en eso”. (Gabriel, comunicación personal, 26 de octubre de 2017)

“Pos no me entona ir pa’ llá, porque él sigue igual con las drogas, las armas y todo, y pos la última vez que fui sus contras me *quisieron levantar* porque era su chavillo y pos’ quien sabe cómo me salí corriendo y dije; ‘a la verga, de aquí me voy’, salí a madres y esos güeyes iban atrás de mí, y ya, llegué a un cantón y me metí y un señor me dijo; ‘arre métase mijo, no hay pedo’ y ya, pos me metí, me brinqué para atrás de un cantón y ya salí a madres y ya dije; ‘no, a la verga, no vuelvo allá... no pos iba a querer ir pa’ llá, y no pos pa’ qué, mejor aquí, dije: ‘mejor *culito*, pero sanito’”. (Edgar, comunicación personal, 27 de octubre de 2017)

“Es que no es queriendo, tuvimos un pedo ahí en X y nos tuvimos que venir a mudar pa’ cá... sí, pos nos fueron a hacer un desorden ahí en la casa, nos quebraron vidrios y todo... el bato pos anda movido y se dio *cuadrilla* donde vivíamos nosotros y hasta el último día que llegó como a las cuatro y media de la mañana fueron a apedrearnos, quebrarnos vidrios y todo el rollo en la casa y ya, la siguiente semana y ya nos vinimos pa’ cá... no, pus nos amenazaron que nos iban a matar... pos ya por eso nos venimos pa’ acá... ahorita no puedo ir también pa’ allá... pos dicen, quién sabe, que tienen mucha gente movida aquí, allá que *en Mazatlán* y otros lados, que pueden venir hasta acá y que no sé qué, pero pos yo desde ese día que dijeron que nos iban a matar yo no he visto movimiento... pero mejor no confiarme porque si no”. (Tomás, comunicación personal, 28 de marzo de 2017)

“Una vez si me levantaron y me pusieron una verguiza, pero pus y ya, dije: ‘¡ya no!’, y ya desde ese día dije: ‘que, ¡no voy a dejar a mi jefa y a mis hermanos!, ¿¡y luego!?, van a estar llorando por mí y yo bien vale verga y no’, yo dije: ‘pues fuga’... haz de cuenta que una vez llegaron, pero contra mí, ‘a ver pues súbete’, ‘no pues ¡arre!’, y ya pues qué hacía, ya con *un cuete* pues ya me subí, y ya desde ahí me empezaron a *verguiar* y ya qué: ‘¿tú pinche barrio qué güey?’... y no pues me empezaron a dar cachetadas, vergazos, ‘¿quieres qué te quiebre?’.

dije ‘¡no!’ pues ya paniqueado, ‘¡no pues qué carnal, no hacemos nada malo, nos defendemos de quien nos tire!’, y ya, pues ya me soltaron, ya después de un día, al siguiente ya como a las ocho de la mañana, y ya me soltaron, ya me fui pal cantón, ya fui pensando, mientras se me curaban vergacillos que me dieron y los vergazos, ¡sí!’. (Israel, comunicación personal, 25 de marzo de 2017)

Cotidianamente los jóvenes del poniente de Ciudad Juárez experimentan el poderío y el dominio social que “la mafia” detenta, condiciones que permanentemente ponen en riesgo sus vidas, a veces de manera simbólica y latente y otras tantas de manera directa y concreta.

Gabriel habla sobre aquello que “no le gusta” del lugar donde vive y socializa, sobre aquello que “es lo peor” de su barrio, a saber, las personas que desarrollan el narcomenudeo, que como se sabe constituye una de las principales actividades delictivas para los grupos del crimen organizado. Así, uno de los anhelos de Gabriel es la expulsión de esos actores sociales de su entorno inmediato: “que quitaran a todos los que venden droga”. Para Gabriel el destierro de quienes comercian drogas ayudaría a que otro de sus anhelos se cumpliera; que aquellos jóvenes con los que se relaciona y consumen las sustancias pudieran alcanzar la abstinencia, deseo que da cuenta de la importancia que sus pares tienen para él, para su subjetividad y su cotidianidad: “que los chavos con los que me junto se retiren de eso”. Sin embargo, el joven rápidamente cae en cuenta que sus voluntades resultan prácticamente inaccesibles debido al gran poderío que detentan esos actores sociales, quienes además se concentran en grandes cantidades y son altamente peligrosos, sobre todo si se les confronta directamente o si estos consideran que las personas atentan contra sus intereses: “sí, hay muchos, son bastantes... si nos metemos con ellos puede que hasta nos maten por decirles algo”, de ahí que una posible confrontación es desechada casi de inmediato por el joven, dando paso a la resignación, una opción que, aunque le genera cierto desgrado y probablemente frustración identificables en su tono de voz, le permite salvaguardar su integridad y seguir participando dentro de su contexto social inmediato: “mejor no nos metemos en eso”.

Edgar también da cuenta del peligro que los grupos del crimen organizado representan para los jóvenes del poniente de Ciudad Juárez, amenaza que en su caso dejó de ser latente y simbólica y comenzó a materializarse en el intento de secuestro que experimentó. Al hablar sobre los motivos que lo hicieron alejarse física y relacionalmente de su padre, Edgar da cuenta de los peligros que el estilo de vida de éste le representan. Además de ser “azteca”, su padre comercia drogas y utiliza armas, actividades que por sí mismas son altamente riesgosas, las cuales se hacen extensivas a las personas que le son cercanas, prácticas que Edgar desapruueba, además de que han contribuido significativamente en el alejamiento que el joven ha emprendido con relación a su progenitor: “pos no me entona ir pa’ llá, porque él sigue igual, con las drogas, las armas y todo”. Sin embargo, la filiación delincencial del padre no fue el único motivo de la separación, también contribuyó la amenaza a su vida que el joven experimentó. La última vez que fue a visitar al padre, los enemigos del progenitor, “sus contras”, “los mexiclas” lo “quisieron levantar”, así lo intentaron por el solo hecho de ser su hijo: “por ser su chavillo”. Consciente del riesgo de muerte que significa ser secuestrado por integrantes de cualquiera de los grupos criminales, Edgar respondió pragmáticamente ante la amenaza y trató de ponerse a salvo, una vez más utilizó los recursos de que disponía en ese momento, a saber, sus capacidades físicas; corriendo logró escapar de sus captores: “quien sabe cómo, pero salí corriendo... salí a madres y esos güeyes iban atrás de mí”. Edgar tuvo suerte, una persona de la comunidad lo ayudó en su escape, le permitió entrar en su casa para despistar a sus perseguidores y seguir con la huida: “llegué a un cantón y me metí y un señor me dijo; ‘arre métase mijo, no hay pedo’ y ya pos me metí, me brinqué para atrás de un cantón y ya salí a madres”. Después de ponerse a salvo, Edgar comenzó a significar lo sucedido. Con cierto enfado en su tono de voz, el joven comenta que decidió no regresar más a la casa paterna; “no, a la verga, no vuelvo allá... por eso no me he parado por allá”, decisión que, aunque

cancela la interacción con su padre y su participación en ese contexto social en el otro participaba activamente, le permite sortear el poderío de la mafia y protegerse, condiciones que a su vez le ayudan a justificar y a tolerar el alejamiento de una de las personas más significativas en su vida como lo es el padre, lo mismo que a aceptar ciertas restricciones a su libre tránsito, el cual queda acotado a la zona donde se ubica el CC: “no pos iba a querer ir pa’ llá, y no pos pa’ qué, mejor aquí”. Ante el peligro experimentado, Edgar logró desarrollar una estrategia global de autocuidado y protección relativamente eficaz que se fundamentó en acciones huida y separación relacional, sin embargo, dichas acciones le resultan subjetivamente conflictivas, toda vez que contravienen algunos de los estereotipos tradicionales masculinos que socialmente presentan a los hombres como seres fuertes y valientes, que no tienen miedo y que no rehúyen a la confrontación, “no se rajan”. Con cierto humor, Edgar reconoce que tuvo miedo y que huyó de la pelea y el peligro, acciones que, aunque lograron salvaguardarlo, no lo enorgullecen del todo, pues contradicen algunos de los ideales hegemónicos masculinos, así, aunque su estrategia de huida fue eficaz no lo enorgullece, al contrario, parecería que le apena su actuar, toda vez que lo significa como propio de las mujeres, como femenino: “mejor culito, pero sanito”.

Por su parte, Tomás, habla sobre amedrentamiento que él su familia de origen experimentaron después de que su padre tuviera un altercado con un supuesto miembro de la mafia, hostigamiento que incluyó violencia patrimonial y amenazas de muerte para todos los integrantes del grupo familiar. Al hablar sobre los motivos de su reciente llegada al barrió donde aconteció la entrevista el joven da cuenta del forzamiento del mismo: “es que no es queriendo, tuvimos un pedo ahí en X y nos tuvimos que venir a mudar pa’ cá”, un tipo de migración que puede ser entendido como un desplazamiento forzado motivado por la inseguridad y la violencia, el cual suele ser sumamente común en el poniente de Juárez, al mismo tiempo que constituye otro de los perjuicios que estas

condiciones generan ente sus habitantes, incluidos los hombres jóvenes que ahí habitan y socializan. Desplazamientos que llegan a movilizar familias enteras casi siempre al interior del mismo territorio, esto con el objetivo de salvaguardar su integridad. Las agresiones y el amedrentamiento que Tomás y su familia experimentaron incluyeron daños a su vivienda y riesgos a la integridad de los integrantes: “sí, pos nos fueron a hacer un desorden ahí en la casa, nos quebraron vidrios y todo el rollo en la casa”. Sin saber bien cómo, el autor intelectual de la violencia descubrió donde estaba ubicada la casa familiar, así que sin que la familia lo esperara, una noche arribó al lugar en compañía de otras personas y comenzaron con las agresiones y amenazas: “el bato pos anda movido y se dio cuadrilla donde vivíamos nosotros y hasta el último día que llegó como a las cuatro y media de la mañana fueron a apedrearnos”. La violencia padecida por Tomás y su familia fue directa y clara, perjuicios que no terminaron en el momento en el que cesó la confrontación, por el contrario, devino permanente debido a las amenazas de muerte recibidas: “no pus, nos amenazaron que nos iban a matar”. Pocos días después de lo ocurrido Tomás y su familia decidieron emigrar, esto con el objetivo de salvaguardar la integridad: “y ya, la siguiente semana, y ya nos vinimos pa´ cá”. Aunque es tipo de mudanzas disminuyen significativamente las posibilidades de ser agredido y/o violentado por parte de los grupos delincuenciales, también es cierto que imponen intensos procesos de elaboración subjetiva-relacional entre los migrantes. Además de que las personas se ven forzadas a abandonar muchas de sus prácticas de socialización cotidiana debido a la mudanza, también experimentan la imposibilidad de regresar o acceder a estas, lo mismo que al contexto social donde acontecen. Así, intempestivamente Tomás vio expulsado y sin posibilidad de regresar a aquel contexto social en el cotidianamente participaba y donde construía identidad como hombre joven: “ahorita no puedo ir también pa´ llá”. Tomás y su familia no tienen certeza sobre la filiación delincencial de los

victimarios, sin embargo, sí se tomaron muy en serio las agresiones y las amenazas recibidas, importancia que puede estar relacionada con el gran número de prácticas relacionales violentas (que incluyen el asesinato) atribuidas al crimen organizado en esa región. Así, sin más, la familia decidió hacer caso a los rumores que sobre aquellos se decían, habladurías en las que se les atribuía poderío, despliegue de un gran número de efectivos, capacidad de agrupamiento y movilidad y, sobre todo, pertenencia “al narco”, pero no “del de casa”, sino “del de afuera”, a “los del Chapo”, “los de Sinaloa”, identidad que queda de manifiesto en el supuesto lugar de procedencia: “pos dicen, quién sabe, que tienen mucha gente movida aquí, allá que *en Mazatlán* y otros lados y que pueden venir hasta acá y que no sé qué”. Tomás sigue dudando de la veracidad de la amenaza y de la identidad de los agresores, en apariencia “las cosas” siguen igual, nada ha cambiado en su antiguo contexto de socialización, no obstante, la sombra del narco es tan pesada ahí en el poniente de Juárez que cuando se le convoca, las personas se sienten obligadas a emprender todas aquellas medias que pueden ayudar a protegerse: “yo no ha visto movimiento... pero mejor no confiarme porque si no”.

En el caso de Israel, la posibilidad de morir a manos de la mafia fue sumamente alta, casi alcanzó el límite máximo posible. El joven experimentó, por parte de integrantes del crimen organizado un tipo de violencia directa e inmediata sobre su persona, sobre su cuerpo. Israel fue forzado y sometido “por esos güeyes”. Comenta que lo “levantaron” y “le pusieron una verguiza”, es decir, que lo privaron de su libertad y lo golpearon tan brutal y continuamente que solo una referencia fálica hace honor a la dominación y violencia recibida por parte de aquellos hombres, experiencia que terminó por transformar su vida, su cotidianidad y su identidad. Después de lo ocurrido, sin más, Israel decidió abandonar la que en ese momento era su principal comunidad de práctica juvenil constructora de identidad, dijo: “¡ya no!”, y dejó “el barrio”, determinación que

no le resultó sencilla, por el contrario, sus significaciones no pudieron encontrar ni en su persona, ni en las agresiones sufridas la justificación correspondiente. El joven tuvo que recurrir a la figura de la madre y los hermanos de sangre para poder justificar el escape; en ellos deposita la importancia y el valor de cuidarse, protegerse y seguir con vida, personajes que también le permiten significar afectos de dolor, tristeza y desánimo, una vez más por medio de la proyección: “y ya desde ese día dije: ‘que, ¡no voy a dejar a mi jefa y a mis hermanos!, ¿¡y luego!?, van a estar llorando por mí y yo bien vale verga y no’, yo dije: ‘pues fuga’”. Significaciones que, como se ha dicho, estarían íntimamente relacionadas con algunos de los roles y estereotipos tradicionales masculinos, entre los que destacan la dificultad que los hombres experimentan para acceder verbalmente a la vida afectiva, sobre todo la relacionada con sentimientos de miedo y temor, lo mismo que con problemas en el autocuidado personal, al mismo tiempo que con la supuesta jefatura familiar de los hombres y con la aparente responsabilidad de protección que les corresponde. En aquella ocasión varios miembros de la mafia llegaron hasta el lugar donde el joven tradicionalmente se agrupaba con sus “camaradas”, a saber, la calle, su barrio, llegaron a buscarlo directamente a él y con la ayuda de una pistola (un cuete) lo obligaron a abordar el automóvil que conducían: “haz de cuenta que una vez llegaron, pero contra mí, ‘a ver pues súbete’”. La evidente asimetría de poder impidió que Israel actuara violentamente para defenderse, no le quedó más opción que obedecer y doblegarse ante ellos: “no pues arre... ya con *un cuete*, pues ya me subí”. Desde el momento en el que arribó al vehículo, la violencia padecida se intensificó, comenzaron las agresiones físicas, los cuestionamientos a sus prácticas cotidianas de socialización y las amenazas de muerte: “y ya, desde ahí me empezaron a *verguiar* y, ya qué: ‘¿tú pinche barrio qué güey?... me empezaron a dar cachetadas, vergazos; ‘¿quieres qué te quiebre?’”. Ante la posibilidad de ser asesinado, Edgar, temeroso y casi de inmediato, hizo lo único que estaba a su alcance para

tratar de protegerse, se sometió casi totalmente ante ellos, respondió negativamente: “¡no!”, respuesta que, aunque en el momento le ayudó a salvar la vida, en la posterioridad le causa cierto desagrado, toda vez que contraviene esos ideales de masculinidad que presentan a los hombres como los que no tienen miedo, no rehúyen y “no se abren”. Así, un tanto apenado, pareciera que busca justifica su actuar con el entrevistador: “pues ya paniqueado”. Con el objetivo de incrementar sus posibilidades de supervivencia, Israel también intentó mostrar a sus agresores que las motivaciones de la violencia recibida eran infundadas, en su subjetividad no había justificación para ello, él solamente vivía y actuaba su cotidianidad, esa de pandillero que incluía reiteradas confortaciones violentas con otras alteridades: “no pues qué carnal, no hacemos nada malo, nos defendemos de quien nos tire”. El secuestro de Israel duró varias horas en las que su vida estuvo permanentemente amenazada, finalmente sus captores decidieron dejarlo en libertad: “y ya, pues ya me soltaron, ya después de un día, al siguiente ya como a las ocho de la mañana”. Una vez que terminó el cautiverio Israel regresó a su casa, se fue “pal cantón”. Echando mano de la racionalidad masculino el joven intentó significar lo ocurrido; se fue “pensando”. Así lo hizo por un periodo de tiempo relativamente largo, el mismo tiempo que sus heridas tardaron en sanar, lesiones de distintas tipos y magnitudes, físicamente recibió golpecillos y golpazos, “vergacillos y vergazos”, subjetivamente padeció distintos tipos de violencia, que en conjunto terminaron por forzar el abandono de su identidad.

5.5.2.5 “Todos los que se juntan aquí son de barrio” (prácticas juveniles violentas)

La violencia que se vive en el poniente de Ciudad Juárez no comenzó hace una década con la instalación y operación de los cárteles de las drogas, en todo caso estos grupos, junto con otras instituciones, la llevaron a niveles nunca antes vistos en la historia reciente del país. Ejemplo de

esto puede ser “el barrio”, una comunidad práctica en la que muchos jóvenes han participado durante décadas, la cual cuenta con bastante arraigo y tradición en la zona poniente, un tipo de socialización juvenil que también da cuenta de lo estructural y estructurante de la violencia, presente en una gran variedad de prácticas, discursos y contextos sociales propios del poniente de Juárez.

“Empezamos a ver a otros batos más grandes...y yo también y entré al barrio, antes de que me viniera yo también tenía pedos... sí, con los otros batos llegamos a plomearlos y ellos a nosotros, una vez íbamos a matar a uno, pero se nos peló, éramos un chorro y ellos también, y pos unos traían cuetes y otros no... porque decían que habían matado a un compa, y pos yo la mera verdad ese compa que dicen que habían matado yo no lo conocí, cuando recién llegué y me integré a ese barrio me dijeron que habían matado a tal, y me enseñaron foto, pero la mera verdad no lo conocí, hasta el último que dijeron: ‘¿qué?!, ¡vamos a quebrar a este güey!, ¡fue el que mató a este bato!’, y ahí vamos todos, tres, cuatro, cinco güeyes en un carro... yo sólo ando en las riñas, hemos llegado hasta tirar plomazos porque la primera vez me asusté, la mera verdad porque nunca pensé que fueran a tirar plomazos, yo también le tiré, pero al último y fue al aire... pero ya era peligroso, ya era a balazos a muerte, por eso también es que me quise venir para acá... todos los que se juntan aquí son de barrio, pero la mera verdad ya no quiero llevar problemas a la casa... aquí cuando recién llegué todos me querían agarrar de bajada, y no me querían, y era bien pelionero... porque se me querían venir en bola y pos se las cantaba yo de a uno por uno, y no querían, y pos así estuve dos, tres meses aquí, me la pasé gacho cuando llegué, si no me dejaba allá que era mi barrio, menos aquí”. (Tomás, comunicación personal, 28 de marzo de 2017)

“Era vale verga, o sea que quiere buscar pedos y que me buscaran: ‘¿qué culeros?’!... pues andaba en pandillas, en riñas, tirando mi placa con dos, tres güeyes, se podrá decir: ¡barrio!, pero pues ya saliéndole por el barrio, por el vecindario, por los *homies*, respetando la zona, pues ya haz de cuenta en vez de que fuera aquí pues estaba aquí en un barrio, se llamaba X y pues acá, le salía por esos güeyes y ellos por mí... cuetazos y, de repente dos tres caídos de repente ahí, o de repente se empiezan a matar entre ellos y yo pues me desafané, dije al rato me vine tocando, mejor me abrí, ahí nos guachamos... y ya, pus me alejé del barrio y de las calles... ya me fui, y luego por allá a donde me fui, también barrio, así de repente que valí verga, que me pegaban, amarraban dos, tres güeyes con cuete, flojito y cooperando”. (Israel, comunicación personal, 25 de marzo de 2017)

“La calle es como la jungla de asfalto o la jungla de cemento, que aquí pues hasta el más débil es el que sale perdiendo, porque nosotros en ese momento si nosotros no sentíamos débiles cuando nos íbamos con otros barrios a pelear o así; si el güey que se sentía más inseguro pues lógico que le iban a dar en su ma... lo iban a golpear, ¿verdad?!, y así nosotros, así como que; ¡ah! teníamos que hacernos fuertes; ‘o sea sin llorar güey, si se echa pa ’tras cuando lleguemos al barrio, nosotros lo vamos a golpear a usted güey’, y así; no se vale llorar... un día, donde vivíamos está un barranco, estábamos ahí platicando todos los del barrio, todo igual y lo que

hacíamos platicar, practicar grafitis y todo eso, estábamos así y llegaron los de un barrio de acá arriba que son los de X, llegaron y empezaron a hacerla de pedo y pues nosotros en nuestro rollo, sino lo que vimos que la cagó un chavo de nosotros, fue que fue a rayar hasta allá, sabiendo que nosotros no podíamos cruzar de nuestro barrio, ¡¿verdad?!, y ya empezaron a hacerla de a pedo y sacaron una pistola, *un cuete* y cuando lo sacaron prácticamente todos corrimos, pero cómo qué mi amigo se quedó más impactado, cómo qué; ‘¡a no manches!’, cuando apenas quiso reaccionar yo ya había brincado el barranco y él apenas cuando iba a saltar fue cuando le dispararon, le dieron tres balazos en la espalda y pues prácticamente cayó al barranco de golpe... fue lo que pasó, a mí lo que me hizo enojar más fue de que yo fui el único que se regresó en ese momento, valiéndome si me llegaban a hacer otra cosa a mí también, yo vi que todos salieron corriendo, más sin embargo yo cuando lo vi caer a él, dije; ‘a esos que chinguen su madre, me regreso’, me regresé por él y cuando lo quise, que quise yo reaccionar y le dije; ‘¡eh!, ¡qué pedo!, ¿qué tienes?’, ya no sentía nada, y lo que hice fue agarrarlo, levantarlo y llevarlo con su mamá, y lógico lo que iba a pasar, le expliqué todo y me echó a mí la culpa, que por mi culpa él había muerto”. (José Luis, comunicación personal, 29 de marzo de 2017)

Como se ha visto el barrio constituye una comunidad de práctica masculina, estratificada y juvenil caracterizada por la búsqueda de control del territorio social y las alteridades que lo habitan, esto en correspondencia con aquellas ideologías y prácticas que tiene como eje articular la dominación, comunidades de práctica que no necesitan constituirse como pandillas propiamente dichas para operar y seguir construyendo realidad social y subjetividades.

Tomás, es un joven que, como muchos en el poniente de Ciudad Juárez, participó activamente en el pandillerismo, una práctica juvenil pública y antigua que, en su caso, se hizo presente desde sus años infantiles. Sin embargo, conforme el joven “fue creciendo” y se fue acercando a la condición juvenil adquirió nuevos significados que terminaron por orientar el proceso de construcción de su identidad como hombre joven. Un día, él y sus amigos de la infancia comenzaron a dar cuenta de “otros batos más grandes”, que también socializaban en mismo territorio, a saber, hombres jóvenes que participaban activamente en el barrio, objetivación que no solo provocó interés y un acercamiento hacia estos, sino que culminó con su ingreso formal en dicha comunidad de práctica: “yo también y entré al barrio”. Como era de esperarse, el joven se vio permanentemente envuelto en conflictos violentos con otros jóvenes pandilleros: “antes de que

me viniera yo también tenía pedos”. Disputas que amenazaron grave y persistentemente la integridad de todos los asistentes debido a las prácticas relacionales violentas utilizadas. Ambos grupos llegaron a emplear armas de fuego para agredirse mutuamente: “llegamos a plomearlos y ellos a nosotros”. El joven refiere que, incluso, en una ocasión él y sus compañeros estuvieron a punto de asesinar a uno de sus rivales, ataque focalizado que no consiguió su objetivo debido al número de rivales que enfrentaron y a las acciones de defensa que estos emprendieron: “una vez íbamos a matar a uno, pero se nos peló, éramos un chorro y ellos también, y pos unos traían cuetes y otros no, íbamos a lo que íbamos”. El relato de Tomás también da cuenta la ideología en la que se fundamenta el pandillerismo, lo mismo que de su arraigo. Según el joven, su barrio buscaba asesinar a un rival que había hecho lo propio con un compañero, crimen que, aunque ocurrió antes de que el joven hubiera ingresado formalmente a la pandilla, se asume como personal, al mismo tiempo sirve para justificar y perpetuar el ejercicio de prácticas relacionales violentas y, sobre todo, la identidad pandilleril: “porque decían que habían matado a un compa, y pos yo la mera verdad ese compa que dicen que habían matado yo no lo conocí, cuando recién llegué y me integré a ese barrio me dijeron que habían matado a tal, y me enseñaron foto, pero la mera verdad no lo conocí, hasta el último que dijeron: ‘¿qué?!, ¡vamos a quebrar a este güey!, ¡fue el que mató a este bato!’, y ahí vamos todos, tres, cuatro, cinco güeyes en un carro”. Además de las riñas con otras agrupaciones, Tomás habla de otro tipo de comportamiento que es común entre los integrantes de la pandilla, a saber, actos delictivos entre los que destacan el robo en cualquiera de sus modalidades, delitos en los que el joven decidió no participar. Él “sólo participaba en riñas” en donde asumía un rol activo, incluso llegó a disparar armas, “pero al aire”, nunca directamente contra un rival, prácticas que, aunque son bastante comunes y se realizan con cierta obligatoriedad, no dejan de provocar experiencias de miedo entre los ejecutores, un tipo de afecto que está

totalmente negado dentro de la socialización pandilleril: “la primera vez me asusté, la mera verdad”. Si bien participar en el barrio permite a sus asistentes construir identidades masculinas y juveniles, es decir, hacerse un lugar en y ante la vida, también es cierto que representa graves riesgos a quienes deciden hacerlo, peligros que no pasan desapercibidos para los jóvenes, por el contrario, muchos de ellos pueden reconocerlos y actuar en consecuencia. A pesar de que abandonar el pandillerismo le significa a muchos hombres jóvenes una interrupción en la continuidad de su identidad, muchos deciden protegerse y dejar de participar en esa comunidad de práctica: “pero ya era peligroso, ya era a balazos a muerte, por eso también es que me quise venir para acá”. Tomás, al igual que Israel o Edgar, creyó que el desplazamiento forzado que experimentó en algo podría ayudarlo a alejarse del barrio, sin embargo, en su nueva morada también se confrontó con prácticas relacionales violentas por parte de algunos de sus pares, muy similares a las experimentadas en su antiguo barrio. Para Tomás, “todos” los hombres jóvenes que se agrupan en el espacio público del nuevo contexto de socialización “son de barrio”, es decir, desarrollan prácticas relaciones violentas propias del pandillerismo. Un tipo de vinculación juvenil que complicó bastante su ingreso y participación en ese territorio social previamente gobernado y gestionado por otros hombres jóvenes. Así, desde el momento de su llegada Tomás experimentó confrontaciones violentas por parte de otros jóvenes que buscaban dominarlo física y simbólicamente: “aquí cuando recién llegué todos me querían agarrar de bajada y no me querían”. Animadversión que, en primera instancia, lo forzó a responder en los mismos términos de quienes lo increpaban. Tomás se reconoce a sí mismo como “pelionero”, una forma de ser y vincularse que provocó que lo corrieran de la secundaria y de varios trabajos, la cual siguió desarrollando en su nuevo barrio. El joven refiere que, generalmente, era víctima de agresiones grupales a las que difícilmente podía responder el solo, así lo único que pudo hacer fue exigir cierta paridad en las

confrontaciones: “se las cataba... de a uno por uno”, no “en bola” como solía ocurrir, situación que perduró durante algunos meses y generó, además de agresiones físicas repetidas, experiencias desagradables en el joven: “así estuve dos, tres meses aquí, me la pasé gacho cuando llegué”. Finalmente, Tomás hace referencia a la lógica que ha gobernado gran parte de su actuar cotidiano con sus pares, tanto en su antiguo barrio, como en el “nuevo”, esa que está íntimamente relacionada con su vida de pandillero y con el supuesto aguante y la fortaleza que caracterizarían esos ideales de masculinos y juveniles que muestra a los hombres como los sujetos sociales que denominan y que no se dejan someter, sin importar que su vida vaya en ello: “si no me dejaba allá que era mi barrio, menos aquí”.

Israel habla sobre su vida pasada, habla de cómo era antes. Dice que era “vale verga”, buscaba estar, permanentemente en conflictos violentos con otros hombres jóvenes, gustaba de asumirse tanto como actor de prácticas relacionales violentas como objeto de las mismas, lo importante para él era: “buscar pedos y que me buscaran: ‘¿qué culeros?’”. Comportamientos violentos que conforman la identidad pandilleril, de ahí que los jóvenes estén dispuestos a emprender todo tipo de acciones para alinearse con esas ideologías y prácticas violentas. Además de agruparse con otros hombres jóvenes, Israel “andaba tirando placa”, es decir, permanentemente busca mostrar a otras alteridades su adscripción pandilleril, privilegiando su cuerpo como el principal medio de expresión aprensible en la forma de vestir, posturas, gestos y ademanes. Mensajes que son significados como demostraciones simbólicas de fuerza y poder por quien los emplea, debido a que van dirigidos a otras alteridades también pandilleriles, al mismo tiempo que constituyen un reto directo para eso receptores, toda vez que su aceptación es significada como un tipo de sometimiento. Así, Israel le salía “por el barrio, por el vecindario, por los *homies*, respetando la zona”, empleaba todo tipo de prácticas relacionales violentas para “defender” activamente su

identidad pandilleril, su territorio y a sus compañeros con quienes compartía la misma empresa. Israel “le salía por esos güeyes y ellos por él”, mantenían un compromiso colectivo de protección e identidad grupal. Sin embargo, no pocas veces la violencia desarrollada dentro el pandillerismo resulta mortal. Además de la fuerza física, es común que se empleen distintos tipos de armas, incluidas las de fuego. Así, de repente “cuetazos”, balazos, que provocan la muerte violenta de alguno de los implicados: “de repente dos, tres caídos”. Asimismo, las distintas prácticas relacionales violentas que integran el “barrio” no solo se desarrollan externamente, hacia otras agrupaciones, también se reproducen internamente, entre los propios integrantes de la pandilla, quienes inevitablemente se ven atrapados en misma lógica que organiza sus relaciones de poder y el anhelado sometimiento del otro, de ahí que también exista una alta probabilidad de padecer violencia dentro de la propia pandilla que incluso puede acabar con la vida de unos de los *homies*: “de repente se empiezan a matar entre ellos”. Israel, igual que muchos otros jóvenes de la región, vivió cotidianamente el riesgo de ser herido por participar en “el barrio”, circunstancia que, aunque es conocida por el joven, se impone intempestivamente en el momento en el que algún compañero cercano resulta lastimado, experiencia que, debido a la vinculación que se establece entre pares, confronta a los jóvenes con la posibilidad de la muerte propia. En su caso, la violencia recibida por sus pares lo forzó a alejarse de ese tipo de socialización juvenil, por eso se “desafanó, se abrió... si no, al rato le viene tocando” a él. No obstante, la salida del pandillerismo resulta mucho más complicada de lo que pareciera a primera vista. Para escapar del pandillerismo no es suficiente dejar de participar activamente en él, como tampoco lo es el hecho de cambiar de residencia y abandonar el contexto social que hasta ese momento se habitaba. Así ocurrió con Israel y con muchos otros jóvenes de la zona poniente, quienes en su búsqueda de autocuidado y protección decidieron abandonar sus comunidades de práctica y el contexto social donde estas regularmente

se desarrollaban, sin imaginar que “el nuevo lugar” a donde llegarían se encontraría organizado de manera muy similar al lugar que abandonan: “también barrio”. En este sentido, los hombres jóvenes se descubren ingresando en un territorio social “ajeno”, en donde constantemente padecen intentos de dominación por parte de otros hombres jóvenes, quienes emplean prácticas relacionales violentas muy parecidas a aquellas que motivaron la huida, ahora motivadas y reforzadas por su condición de “recién llegados”. En su nuevo hogar, a Israel “le pegaron”, “lo amarraron”, lo amenazaron con una pistola, “con un cuete”, violencias a las que no respondió como tradicionalmente lo hubiera hecho. No sin frustración y para protegerse decidió aceptar de manera general el lugar de subordinación que sus nuevos anfitriones le demandaron: “flojito y cooperando”.

José Luis también da cuenta de la obligatoriedad de las prácticas relacionales violentas que acontecen dentro del pandillerismo, las cuales, además de poder, deniegan el acceso a ciertas manifestaciones de la emotividad entre sus integrantes, tales como el dolor y el miedo. Para este joven, “la calle” es “una jungla de asfalto”, es decir, una organización social donde impera la ley “del más fuerte”, capaz de generar distintitos tipos de perjuicios entre sus participantes, los cuales supuestamente se potencian si se “asumen” posiciones de subordinación: “aquí pues hasta el más débil es el que sale perdiendo”. Dentro del pandillerismo está prohibido “ser débil” y “ser inseguro”, sobre todo si se participa en alguna riña, cuando se pelea “contra otros barrios”. Por el contrario, para ser pandillero, los jóvenes tienen que “hacerse los fuertes”, es decir, inhibir las expresiones de temor y miedo: “sin llorar güey”. En su lugar hay que buscar la confrontación y la dominación violenta del otro, para lo cual hay que mostrarse “fuerte” y valeroso, mandatos que si se contravienen incrementan la posibilidad convertirse en víctima de violencia en lugar de ser el victimario que se demanda, perjuicios que incluso pueden ser provocados por los propios

compañeros, toda vez que internamente ese tipo de incumplimiento se sanciona y se castiga por los mismos medios: “si se echa pa’ tras, cuando llegemos al barrio, nosotros lo vamos a golpear a usted güey”. José Luis habla sobre asesinato de su mejor amigo, de su hermano simbólico, como consecuencia de la participación activa en el barrio. En esa ocasión José Luis y sus compañeros estaban reunidos como de costumbre, viviendo la cotidianidad de la pandilla: “platicando”, “practicando grafitis”, “todo igual”, así trascurría el día hasta que al lugar arribó un grupo rival, el cual llegó con la intención de confrontarlos: “llegaron y empezaron a hacerla de pedo”. Esa vez, la disputa permanente entre pandillas encontró justificación en la elaboración de un grafiti por parte de algún compañero de José Luis, quien lo realizó en un territorio que simbólicamente le pertenecía a los quejosos, acción que fue considerada como “un error”, una transgresión dentro de la ideología pandilleril que, por lo tanto, justifica el actuar violento entre las agrupaciones: “lo que vimos que la cagó un chavo de nosotros, fue que fue a rayar hasta allá, sabiendo que nosotros no podíamos cruzar de nuestro barrio, ¡¿verdad?!”. Sin embargo, en esa ocasión la confrontación incluyó la utilización de armas de fuego por parte de los rivales: “sacaron una pistola, un cuete”, aditamento que, evidentemente, amenazaba gravemente la vida de los demandados, quienes, al dar cuenta del arma, trataron de escapar. Aprovechando las condiciones del terreno la mayoría de los increpados consiguió ponerse a salvo: “prácticamente todos corrimos”. No obstante, hubo quien no logró responder de la misma manera, la experiencia fue tan intensa que en algunos casos terminó por impedir el desarrollo de las acciones defensivas correspondientes. El amigo de José Luis se quedó “más impactado, cómo qué; ¡a no manches!... cuando apenas quiso reaccionar... apenas cuando iba a saltar fue cuando le dispararon, le dieron tres balazos”. Como se ha dicho dentro del grupo de pares los jóvenes llegan a establecer fuertes vínculos afectivos. En el caso de José Luis se observa la importancia que el amigo tuvo en su vida y en su subjetividad, tanta que

incluso decidió arriesgar su propia integridad al tratar de auxiliarlo. Él fue “el único que regresó” a tratar de ayudar al amigo, “valiéndole si le llegaban a hacer algo”, dijo: “esos que chinguen a su madre”, palabras que dan cuenta del enojo y la frustración que experimentó, palabras que, muy probablemente, no solo fueron dirigidas a los agresores, sino también a los demás integrantes de su grupo de pares, pues consideró que nadie intentó ayudar al amigo. José Luis no pudo hacer mucho para salvar la vida de su hermano simbólico, con impotencia y dolor fue testigo de su homicidio. La única respuesta subjetiva y práctica que pudo elaborar frente al crimen fue “levantar” el cuerpo del ser querido “y llevarlo con su mamá”, a sabiendas de que muy probablemente lo iban a culpar por lo sucedido, aun así, decidió hacerlo.

5.5.2.6 “Un niño no piensa en el peligro” (hombre joven: una condición social peligrosa)

En el poniente de Ciudad Juárez cotidianamente se desarrollan distintas prácticas relacionales violentas, las cuales, en mayor o menor medida, ponen riesgo la integridad de sus habitantes, tal y como ocurre con los hombres jóvenes que ahí habitan y socializan.

“No pues el niño ya no piensa ni en el peligro, no piensa: ‘ni que sí salgo a la calle, me pueden machucar’, y pues un adolescente pues ya piensa, ¿no?!, va a cruzar la calle y ya voltea, sería ese rollo, ¿no?!, y un niño pues no piensa en el peligro que le puede pasar si sale a la calle solo, y un joven pues ya se cuida más, ¿no?!, qué pues sí ya me van a chingar aquellos putos, sería eso, ¿no?!, el pensamiento, ¿no?!, porque pues un niño ya acá o hasta eso, pues un joven también de repente: ‘no pues me vale verga, me voy’ y pues te pasa, y; ‘¡que pendejo soy, a la verga!’ o te dicen: ‘no vayas güey, te van a chingar’ y pues vas, y queriéndote creer *la verga*, pero sí te chingan, ¿no?!, a la verga, sería eso, ¿no?!... también al rato a uno nos toca que andemos ahí, una bala perdida o pos el progreso de la vida, nada más podemos hacer... pos solo disfrutar o algo así o ya pensarla más y alejarse de los problemas, sería ese pedo, nomás”. (Israel, comunicación personal, 25 de marzo de 2017)

“Cuando uno está niño, te topas acá a un bato que este que lo otro, y ya cuando estas grande, ya cuando es uno joven si te topas un señor más grande que tú o de tu edad, la neta sí se quiere echar un tiro ya uno lo piensa más; ‘está bien rucu ya no quiero nada’, ya mejor ni le busco, la neta no quiero problemas, porque un problema trae otro problema, cuando estás chiquillo no te importa meterte en problemas, y de ahí un problema se hace otro y otro...y así, y ya después ya

vas madurando y vas pensando mejor las cosas”. (Gabriel, comunicación personal, 26 de octubre de 2017)

“Ahorita está cabrón, te bailas a un güey y no sabes si está armado, por eso me la llevo chido con todos, la neta, y ya si un güey me la hace de a pedo pues trato de evitarlo, porque pos algo que me enseñaron aquí en X, es de que los golpes no resuelven nada, o sea es mejor el dialogo, el dialogo puede terminar hasta con esa pelea para no llegar a los golpes”. (Edgar, comunicación personal, 27 de octubre de 2017)

“Dicen que sí matan de este lado, que hay en lados de X que sí matan y hay lados que no, es lo que dice la gente, porque la verdad yo no sé, yo solo ando en riñas” (Tomás, comunicación personal, 28 de marzo de 2017).

En general, se observó entre los participantes que la construcción de sus identidades como hombre joven van aparejadas del reconocimiento y la aceptación de algunos de los peligros que integran su contexto social inmediato, sobre todo aquellos que acontecen en el espacio público en el que recién se incorporan según los ideales para la socialización masculina tradicional, peligros que permanentemente amenazan su existencia y que los obliga a actuar en consecuencia.

Para Israel, al igual que para muchos hombres jóvenes de la región, “ser joven” significa adquirir cierta independencia con relación a la autoridad de los padres la cual le permite realizar actividades que desde su condición infantil le estaban socialmente denegadas, privilegios que van acompañados de nuevas exigencias prácticas y de significación con relación a los riesgos que conllevan sus nuevas participaciones sociales. Israel, al igual que otros de los participantes, significa en gran medida la condición juvenil por opción y diferencia con la niñez, en tanto “adulto en formación” según los ideales sociales para la masculinidad hegemónica y adultocéntrica que provee un acceso limitado al poder a la juventud. Para este joven, el niño “no piensa ni en el peligro... no piensa: ‘ni que sí salgo a la calle, me pueden machucar’”, no es consciente de los riesgos inherentes a la propia existencia, sobre todo aquellos que forman parte del espacio público dentro de las sociedades industrializadas como en el caso de Ciudad Juárez:”. El joven, en cambio, si es consciente de los peligros que conlleva su ingreso independiente al espacio público como la

calle, conocimiento que le permite desarrollar acciones de protección y autocuidado: “pues un adolescente pues ya piensa, ¿no?!, va a cruzar la calle y ya voltea”. Sin embargo, los riesgos propios de vida cotidiana en las sociedades industriales son los únicos que preocupan a los jóvenes del poniente de Ciudad Juárez, al contrario, estos se ven supeditados por peligros contextuales específicos, a saber, prácticas relacionales violentas entre hombres que permanentemente amenazan su vida y los obligan a tratar de protegerse: “un joven pues ya se cuida más, ¿no?!, que, pues sí ya me van a chingar aquellos putos”. Israel también da cuenta del papel activo que los jóvenes suelen asumir en el desarrollo de aquellas prácticas sociales que ponen en riesgo su integridad, participaciones que, a pesar de que les representan graves riesgos que ellos reconocen, desarrollan con cierta obligatoriedad, íntimamente relacionada con las ideologías de dominación que orientan fuertemente su procesos de construcción de identidades juveniles y de género: “un joven también de repente: ‘no pues me vale verga, me voy’ y, pues te pasa y; ‘¡que pendejo soy, a la verga!’ o te dicen: ‘no vayas güey, te van a chingar’, y pues vas, y queriéndote creer *la verga*, pero sí te chingan, ¿no?!, a la verga, sería eso, ¿no?!”.

Finalmente, Israel habla sobre lo que considera riesgos inherentes a la construcción de identidades como hombre joven en el poniente de Juárez, un contexto social en el que cualquier persona corre el riesgo de morir violentamente: “también al rato a uno nos toca que andemos ahí, una bala perdida o pos el progreso de la vida, nada más podemos hacer”. Ante el contexto de peligro cotidiano, no es extraño que los jóvenes asuman actitudes de resignación, que paradójicamente abren la posibilidad al disfrute de algunas de las actividades diarias y a las acciones del autocuidado: “solo disfrutar o algo así, o ya pensarla más y alejarse de los problemas, sería ese pedo, nomás”.

Gabriel, por su parte, también emplea lo que considera comportamientos propios de la infancia para poder significar las características de su subjetividad como hombre joven. Él habla sobre la

utilización de prácticas relacionales violentas entre los hombres desde la época infantil, a saber, confrontaciones y peleas físicas entre niños. Para este joven, las riñas durante la infancia resultan comunes, además de que son significadas como “de bajo riesgo”, para los implicados: “cuando uno está niño te topas acá a un bato, que esto, que lo otro”. Condición que cambia dramáticamente con la construcción de identidades como hombre joven. Así, los jóvenes siguen experimentando confrontaciones violentas por parte de otros hombres tal y como ocurría en la infancia, sin embargo, sus significaciones cambian, su nueva condición social los confronta con los riesgos inherentes a las prácticas relacionales violentas y con los peligros que estas conllevan. Ya desde una identidad como hombre joven, si un hombre confronta a Gabriel, él puede reconocer la magnitud del peligro que implica responder en los mismos términos de quien lo increpa, significación que, a su vez, le permite evitar la pelea; una forma de protección y autocuidado que ha desarrollado: “ya cuando es uno joven si te topas un señor más grande que tú o de tu edad, la neta si se quiere echar un tiro ya uno lo piensa”. Sin embargo, no fácilmente los jóvenes evitan las confrontaciones violentas con otros hombres, toda vez que les implica abandonar algunas de las prácticas y significados que hasta entonces habían sido centrales en la conformación de su subjetividad. Finalmente, Gabriel destaca las capacidades de autocuidado y protección contextual como algunas de las principales cualidades que la condición juvenil exige desarrollar ahí en el poniente de Ciudad Juárez, significaciones que también guardan relación con la noción de “maduración” y “la racionalidad masculina” que se le atribuyen a la adultez: “ya después ya vas madurando y vas pensando mejor las cosas”.

Edgar, por su parte, habla sobre el peligro latente y permanente que él y otros jóvenes de la región experimentan cotidianamente: “ahorita está cabrón”. Riesgo que hace referencia a distintas formas de vinculación entre hombres que siguen teniendo como eje organizado el poder que

subyuga inmediatamente, en este caso asociado con su reconocimiento y el respeto que esperan recibir aquellos hombres que supuestamente lo detentan, exigencias que de no respetarse pueden ser castigadas incluso con la muerte: “te bailas un güey y no sabes si está armado”. Ante estos riesgos contextuales, Edgar ha optado por evitar cualquier tipo de conflicto con otros hombres, sobre todo si no los conoce, estrategia de protección que se ve fortalecida por la actitud bonachona y amistosa que, en general, ha asumido como parte de su identidad y, por lo tanto, en la manera en la que establece relaciones con otros hombres: “por eso me la llevo chido con todos, la neta”. Así, a sabiendas del alto riesgo que implica participar en riñas y confrontaciones violentas, Edgar ha optado por hacer todo lo está a su alcance para evitarlas, lo hace hasta donde lo considera posible: “ya si un güey me la hace de a pedo pues trato de evitarlo”. Acciones defensivas que se han visto reforzadas por el aprendizaje construido en el CC, en donde permanente e insistentemente se promueve la resolución no violenta de conflictos: “algo que me enseñaron aquí en X, es de que los golpes no resuelven nada, o sea es mejor el dialogo, el dialogo puede terminar hasta con esa pelea para no llegar a los golpes”.

Tomás, también da cuenta de los peligros latentes que cotidianamente enfrentan los hombres jóvenes del poniente de Juárez, más específicamente esos que amenazan con acabar con su vida. Tomás ha vivido, por lo menos, en dos barrios distintos, ubicados ambos en el poniente de Juárez, lugares en los que ha encontrado la misma inquietud entre sus pares, a saber, el temor de ser asesinados. El joven es claro, en su socialización cotidiana con otros hombres jóvenes ha escuchado que en su “nuevo” barrio son comunes los homicidios violentos: “dicen que sí matan de este lado”. Fue la misma lógica de organización que experimentó en su antiguo lugar de residencia: “hay en lados de X que sí matan y hay lados que no”. Prácticas y discursos de los que no tiene certeza, pero que, con base en las repetidas violencias de muerte que ahí acontecen, asume

como verdaderas, al mismo tiempo que lo obligan a protegerse y cuidarse. Las palabras de Tomás también permiten diferenciar distintos tipos de violencia que amenazan a los jóvenes y sus significaciones correspondientes. El joven menciona que “solo anda en riñas”, es decir, es pandillero y busca la dominación física de sus rivales, un tipo de violencia que, según él, generalmente no busca acabar con la vida de los rivales, a diferencia de otros actores sociales que si buscan el exterminio sistemático de las personas.

5.5.2.7 “Pos los golpes” (violencia física en las relaciones familiares)

Las prácticas relacionales violentas en el poniente de ciudad Juárez son añejas y variadas. No solo acontecen en el espacio público como en los casos del narcotráfico y el pandillerismo, también se ocurren en el ámbito privado, al interior de la casa, dentro el grupo familiar. Violencias que, con base en ideologías de control y dominación, resultan interdependientes, lo mismo que complementarias (Kaufman, 1989).

“Pos los golpes de mi jefe, antes me pegaba en la primaria, me pegaba mucho y pos cuando le pegaba a mi mamá también, pos cuando estaba chiquito no podía hacer nada, y pos los golpes que me ha dado mi jefe, bueno no es mi jefe es mi padrastro, pero como quiera es mi jefe, pero es lo más doloroso que he vivido, los golpes de mi jefe... no pos la neta es lo más doloroso que yo he vivido con mis papás, de que me pegaron cuando yo era más chiquillo antes de entrar a la secundaria, porque ya entrando a la secundaria no me pegaban, pero cuando estaba más chiquillo si me pegaban mucho, sí, por travieso... me pelié con mi papá, porque ese día yo había llegado de trabajar y ese día estaban peleando mis papás y no quise que le pegara a mi mamá y fue cuando me le dejé tender cuando nos empezamos a trenzar de adentro hacia afuera, mis compas nos vieron y fue cuando llegó la poli y me dijeron ‘no tú también vas para arriba’ y pos ni pedo, ya me tuve que quedar ahí hasta que fuera mi mamá por mí... también yo me he dado dos, tres tiros con mis hermanos y los más grandes me han tirado las tijeras, la otra vez me pelié con el de la secundaria porque no le quería hacer caso a mi mamá, le tuve que poner una cachetada y ve las tijeras en la cocina, ¿no me las aventó?!, si no me pega en un ojo o no sé, y pos siempre entre ellos mismos se pelean y pos ya es una razón que no me gusta porque yo soy el mayor”. (Tomás, comunicación personal, 28 de marzo de 2017)

“Cuando pos yo estaba morrillo, se peleaba con mi jefa y pus valía verga, ni cómo defenderla o algo así, y ya hasta que mi jefa se cansó y lo mandó a la verga y pus ahorita anda mejor, y yo pus un de repente me metía cuando ya tenía como ocho, nueve años y me metía y pus a mí

también me tocaban, pero pus, digo que, pus dos se perdonan, ¿no?!, pus ni como decir acá que, nada, esto vale verga; ¿no?!... a veces si nos damos un... si peleamos, nos damos *un cierre*, pero pos me desmadra, lo desmadro, nos damos vergazos, se los pongo y nos damos la mano no; ¡arre, chido carnal!, igual seguimos en nuestros rollos... pus si me trae coraje o le traigo coraje; ‘¿qué mijo, nos damos un cierre o qué?, ¡arre!’ y se acaba el cierre, igual sabes cómo: ‘¿qué tranza carnal?, ¿qué, vamos pa’ llá?’, igual”. (Israel, comunicación personal, 25 de marzo de 2017)

“Pos nomás lo que somos yo y mi carnalillo el más grande somos muy unidos, no somos muy apegados a mi padrastro o a mi otro carnalillo, mi carnalillo le tiene cierto rencor a mi padrastro porque una vez le soltó un patadón y le rompió el brazo y es algo que él y yo lo vemos como detestable y no lo podemos tener ni cerca”. (Edgar, comunicación personal, 27 de octubre de 2017)

Entre los tipos de violencia que mayor incidencia registran al interior de las familias que habitan en el poniente de Juárez se encuentran la física, predominancia que puede estar asociada con sus manifestaciones y efectos, toda vez que resulta sencillo ubicarlas y reconocerlas (a diferencia de otro tipo de violencias que no son fácilmente aprehensibles), además de que ha llegado a constituir una de las principales formas de resolución de conflictos entre los integrantes de la familia.

Al explorar sobre “lo más doloroso” que Tomás ha vivido, el joven se apresura a responder: “los golpes de mi jefe”. Respuesta que, en primera instancia, hace referencia al dolor físico que experimentó como resultado de las agresiones que su padre le dirigió, sin embargo, también es posible suponer que dichas palabras llevan implícitas afectividad y significaciones asociadas con el hecho de haber sido violentado por parte del padre, una persona altamente significativa en su vida. El joven refiere que las agresiones ocurrieron durante su infancia, “en la primaria”, las cuales fueron repetidas y constantes: “me pegaba mucho”. Tomás también presenció los golpes que su padre infringió a su madre, experiencias que indirectamente también le generaron perjuicios, además de que contribuyeron en el padecimiento del dolor emocional. El joven fue testigo de las agresiones que la madre recibió en aquella época, en donde predominaron las experiencias de frustración e impotencia por no haber podido defenderla debido a la asimetría de poder y fuerza

física con el agresor: “pos cuando le pegaba a mi mamá también, pos cuando estaba chiquito no podía hacer nada”. Una vez más Tomás habla del dolor que le provocaron los golpes de su padre, dolor que ahora se asocia con el hecho de saber que no es “su verdadero padre”, se enteró de ello a los 15 años mientras sus padres discutían, un hecho que “la neta” sí “le caló”. En el caso de Tomás, como en el de muchos otros jóvenes de la región, la violencia física constituyó una de las principales prácticas relacionales al interior de su grupo familiar, una estrategia institucionalizada para la resolución de los conflictos familiares que suele reproducirse por la mayoría de sus integrantes, eso sí, siempre en función de las posiciones de poder que internamente pueden ocuparse. Su madre también lo golpeó, aunque en su caso la referencia es menos explícita en comparación con la figura del padre: “lo más doloroso que he vivido con mis papás de que me pegaron cuando yo era más chiquillo”. Para Tomás los actos violentos que padeció en la infancia encuentran cierta justificación en su actuar: “sí, por travieso”. Comenta que las agresiones hacia él cesaron cuando ingresó a estudiar la secundaria “porque ya entrando a la secundaria no me pegaban”, es decir, cuando física y socialmente estuvo en condiciones de confrontar a los agresores. Se sabe que la Escuela ha sido una de las principales instituciones implicadas en la consolidación global de la condición juvenil (Fize, 2007) y el poniente de Ciudad Juárez no es la excepción, en esa región es común que el inicio de la juventud se asocie con el ingreso a “la secundaria”, condición social que como se ha visto conlleva cierta independencia y acceso limitado al poder, que en el caso de los hombres está íntimamente relacionada con la asimilación de valores y cualidades tales como la fuerza física, destreza, ambición y competitividad, casi siempre al servicio de la dominación (Leach, 1999), las cuales encuentran apuntalamiento en el desarrollo biológico de la pubertad que también suele ocurrir en esa época. En el caso de Tomás su acercamiento al poder juvenil, paradójicamente, se vio reforzado con su deserción escolar y su

consecuente ingreso al mundo laboral remunerado, circunstancia que provocó un reacomodo en las relaciones de poder dentro de la organización familiar. En ese momento el joven ya estaba en condiciones no sólo de defenderse de las agresiones del padre, sino de hacer lo propio con la madre a través de medios igualmente violentos. En esa ocasión Tomás se “peleó” con su papá, debido a que defendió a su madre. El joven recién llegaba a la casa familiar después de trabajar y como otras veces fue testigo de una de las tantas discusiones ocurridas entre sus padres, las cuales, regularmente terminaban con agresiones físicas hacia la madre. Sin embargo, algo había cambiado, el joven “se metió” porque no quiso que “le pegaran a su mamá”, así que, sin más, “se le dejó tender” y comenzó una pelea física con su padre, la cual trascendió el espacio privado y se mudó a la calle, al espacio público, “de adentro hacia afuera”, en donde otros hombres, “sus compas”, sus pares, fueron testigos y dieron cuenta de “la hombría” de ambos peleadores. La riña fue tan intensa que demandó la intervención policiaca. A los dos implicados los detuvieron y presentaron ante el ministerio público, en donde Tomás pasó algunas horas detenido hasta que finalmente fue liberado gracias a la intervención de la madre: “fue cuando llegó la poli y me dijeron ‘no tú también vas para arriba’, pos ni pedo ya me tuve que quedar ahí hasta que fuera mi mamá por mí”. El joven también refiere que ha tenido peleas físicas con sus hermanos, “se ha dado dos o tres tiros” con ellos, casi siempre desde una posición de poder que le confiere el hecho de ser “hombre” y “el más grande” de los hijos. Así, el joven reproduce y valida algunas de las prácticas relacionales violentas de las que fue objeto, lo hace con el objetivo de poner orden dentro del grupo familiar. Tomás habla de una pelea que tuvo con el hermano “más grande”, con ese que va en la secundaria, es decir, con otro hombre que comienza a reconocerse y a ser reconocido socialmente como hombre joven, quien ahora cuestiona las relaciones de poder dentro del grupo familiar y busca participar activamente en ellas (Margulis y Urresti, 1998; Urteaga y Sáenz, 2012), altercado que estuvo

motivado, según Tomás, porque el hermano “no le quería hacer caso” a la madre. Al respecto, el joven se cree con el derecho y cierta obligación de disciplinar al hermano menor, mediante la utilización de la violencia física; “le tuve que poner una cachetada”, no obstante, el agredido respondió en los mismos términos, también echó mano de la fuerza y la violencia física para defenderse, sin considerar el posible daño que pudiera ocasionar con ello, así terminó arrojándole unas tijeras a Tomás, quien al recordar lo ocurrido se nota un tanto sorprendido por ese actuar: “ve las tijeras en la cocina, ¿no me las aventó?!”. Finalmente, el joven habla de las recurrentes peleas que acontecen entre hermanos, condición que le desagradada, toda vez que constituye otra forma de romper con la tan anhelada “disciplina familiar” promovida por quienes detentan el poder, además de que lo incitan a tratar de recuperar el orden perdido, finalmente él es “el mayor” y siente que en él recae la obligación de “educar” a los hermanos menores.

Israel, por su parte, también da testimonio de experiencias violentas al interior de su familia. En su caso, igualmente presencié agresiones del padre hacía la madre, ocurridas durante su infancia, cuando él “estaba morrillo”. En esa época los progenitores peleaban recurrentemente y pues “valía verga”, es decir, las discusiones terminaban con agresiones físicas hacia la madre, al tiempo que el joven terminaba siendo testigo de la violencia, otra víctima indirecta que experimenta miedo, frustración e impotencia al ver como una persona altamente significativa para él resulta agredida a manos de otra figura igualmente importante: “ni cómo defenderla”. Israel tampoco pudo auxiliar a la madre como hubiera querido, no contaba con la fuerza suficiente para oponerse al padre por los mismos medios. Finalmente, la madre se cansó de la situación y terminó separándose del progenitor; “lo mandó a la verga”, decisión que según el joven le favoreció a ella: “anda mejor”. Israel también sufrió agresiones por parte del padre durante sus años infantiles, sobre todo cuando intentó defender a la madre: “yo pus un de repente me metía, cuando ya tenía

como ocho, nueve años y me metía y pus a mí también me tocaban”. La recurrencia de las peleas entre los padres causó cierta confusión en el joven, a pesar de las lesiones que la madre recibía el joven no lograba entender porque ambos volvían a hacer vida en pareja. Con cierto enfado, Israel reconoce que la permeancia de su madre dentro de la relación de pareja no era su decisión, acepta sus limitaciones de actuación dentro del conflicto, el cual termina por considerar como exclusivo de los padres: “digo que, pus dos se perdonan, ¿no?!, pus ni como decir acá que, nada, esto vale verga, ¿no?!”. Israel, al igual que Tomás, también vivió el predominio de prácticas relacionales violentas en la resolución de conflictos familiares, tan común en la socialización tradicional y hegemónica de los hombres (Kaufman, 1989). Actualmente, el joven vive en compañía de su hermano que es un año menor que él y con quien “a veces sí pelea”, “se da un cierre”, se dan unos “vergazos”. Si los hermanos tienen alguna desavenencia regularmente recurren a la violencia física para solucionarla, después “se dan la mano” en señal de que la pelea ha terminado y que no hay rencor por lo ocurrido: “arre, chido carnal”, así cada uno puede seguir con su cotidianidad, a seguir con “sus rollos”, “todo igual”, incluso en ocasiones parecería que las peleas físicas les permiten vincularse más estrechamente: “qué tranza carnal?, ¿qué, vamos pa’ llá”. Acciones que, más que un medio de solución de conflictos, parecieran que son formas que ambos hombres han encontrado para darle tramitación y salida a ciertos afectos, sobre todo al enojo y la tensión.

En el caso Edgar, el joven da cuenta de algunos de los daños físicos y emocionales que las agresiones intrafamiliares suelen generar entre quienes las padecen. Cuando era niño, el padrastro de Edgar repetidamente ejerció violencia física hacia él y hacia el hermano que le sigue, ambos hijos de un primer matrimonio fallido, agresiones que terminaron por afianzar distintos tipos de vinculación dentro del grupo familiar en donde observa una clara distinción a partir de la condición de género y el linaje. En el caso de Edgar y su hermano “de sangre”, las agresiones contribuyeron

en el fortalecimiento del vínculo afectivo y relacional entre ellos: “pos nomás lo que somos yo y mi carnalillo el más grande somos muy unidos”, al mismo tiempo que generaron un distanciamiento con el padrastro y su con su hermano menor, hijo de este. Cosa distinta ocurrió con las mujeres de la casa; la madre y las hermanas (la más joven también hija del padrastro), quienes, según el joven, mantienen una buena relación con todos esos hombres. La violencia que Edgar y su hermano padecieron, alcanzó niveles que pusieron en riesgo la integridad de su “carnalillo”. En una ocasión el padrastro “le soltó un patadón y le rompió el brazo”, hecho que marcó la vida de ambos. En este sentido, Edgar percibe al padrastro con desagrado, como “detestable”, percepción que dificulta la relación entre ambos: “no lo pude ni tenerlo cerca”. Asimismo, los malos tratos que el padrastro le ha dado a la madre a lo largo de toda la relación también contribuyen a las tensiones y peleas que suelen ocurrir entre Edgar y la pareja de la madre. Desde hace algunos años las riñas entre Edgar y el padrastro no solo se han intensificado también han subido de intensidad, ahora el joven está en condiciones físicas y simbólicas para enfrentar directamente al padrastro, quien ha optado por reunir las confrontaciones directas con el joven.

5.5.3 Contexto de pobreza y vulnerabilidad social

En el poniente de Ciudad Juárez las condiciones de pobreza y vulnerabilidad social también resultan estructurales y estructurantes de su realidad social y de las subjetividades que ahí se construyen.

5.5.3.1 “La economía está cabrona aquí” (carencias por ingresos económicos)

Para muchos hombres del poniente, la pobreza y la vulnerabilidad social resultan condiciones que los han acompañado durante toda su vida, circunstancias que, sin embargo. Llegan a adquirir nuevos significados y prácticas interdependientes de sus identidades como hombre joven.

“La economía está cabrona aquí... ¡si está cabrón!, más trabajo, menos sueldo y vale verga, ¡¿verdad?!... si no tengo jale pues no como... el trabajo me da con qué comer, es como que da harta comida” (Israel, comunicación personal, 25 de marzo de 2017).

“Ahorita pues nomás vivo con mi abuela, bueno ahí también viven unos tíos y unos primos, pero cada quien con su familia, cada quien en su cuarto, independientes, pero en la casa nomás yo y mi abuelita, y yo pues ahorita que ya trabajo y gano, pus más o menos, ¡¿verdá?! con eso ayudo a los gastos de la casa, porque antes nomás de lo que ella trabajaba o en veces lo que le daban mis tíos, pero si está difícil, que pa’ la comida, que pa’ la luz, que pa’ esto, que pa’ lo otro, por eso también me metí a trabajar; ahora ya que unos tenis, una camisita o ‘que abuelita, no quiere algo de la tienda’”. (Fredy, comunicación personal, 26 de marzo de 2017)

“Mi jefa me dijo: ‘no pues vente a vivir para acá para que no se te haga pesado andar pagando renta, luz y agua’, yo lo que pagaba de renta eran 500 baros, de luz y agua 80 baros y aquí con mi jefa de renta son 1500, yo le doy 500 y mis carnalillos le dan otros 500, pos de ahí se armó lo de la renta, y por ejemplo pos con la luz hicimos un jale chicano para que no llegara tanto; eran 150 de luz, esa la pagaba yo o a veces mis carnalillos, es el aliviane entre mis carnalillos, entre los tres es darle a mi jefa para que no se le haga tan pesado también... mi carnala, la que sigue después de mí trabaja, tiene 18, mi otro carnal tiene 17 y también camella, mi carnalillo de 12 estudia, está en la secundaria, y mi otra carnalilla también estudia, y mi mamá también camella en maquila, y pos mi padrastro no camella”. (Edgar, comunicación personal, 27 de octubre de 2017)

En general, se observó que la construcción de las identidades como hombre joven, confrontó a los participantes con la intensidad de la pobreza y la vulnerabilidad social que imperan en la región, condiciones que, si bien los habían acompañado desde su nacimiento, se experimentan con mayor intensidad debido a que intempestivamente se ven forzados a tratar de contrarrestarlas.

A diferencia de los años infantiles en donde existía una fuerte dependencia económica hacia los padres o tutores, muchos de los hombres jóvenes de la zona poniente se ven forzados a colaborar activamente con la economía familiar, incluso, no son raros los casos en los que se ven forzados a hacerse cargo de sí mismos, prácticamente en solitario.

A Israel, al igual que para muchos otros jóvenes del poniente de Juárez, la condición juvenil lo forzó a hacerse cargo de sí, al mismo tiempo que experimentó las pocas oportunidades de desarrollo que el contexto social ofrece para poder transformar la situación y abandonarla: “la economía está cabrona aquí”. Desde hace algunos años Israel se vio obligado a trabajar para poder subsistir, trayectoria que le permite dar cuenta, no sin frustración, de las pocas opciones de empleo, la sobre explotación laboral y, en general, las malas condiciones de trabajo que imperan en la región, sobre todo para los obreros como él: “¡si está cabrón!, más trabajo, menos sueldo y vale verga, ¿verdad?!”. Israel no cuenta con apoyo económico por parte madre, ni de ningún otro familiar o personaje, tampoco tiene asegurada la satisfacción de las necesidades básicas de supervivencia; si no trabaja simplemente no come: “si no tengo jale pues no como”. En este sentido, Israel, al igual que otros jóvenes de la zona, no significa su actividad laboral como una experiencia recompensante o satisfactoria, ni como aquella que permite el cumplimiento de la independencia y del poder que los ideales masculinos y adultocéntricos promueven, por el contrario, la mas de las veces constituye una condición forzada que no ofrece mayores gratificaciones personales (Leach, 1999), además de que constituye una garantía de subordinación permanente, difícilmente rechazable, pues constituye una de las pocas opciones legales de que dispone para acceder de forma “segura” a la satisfacción de las necesidades básicas de alimentación y supervivencia. Su trabajo tampoco le ofrece mayores oportunidades de desarrollo, ni le permite acceder a plenamente a otras condiciones de bienestar social tales como educación, vivienda digna, servicios básicos, recreación o cultura. El trabajo simple y llanamente “le da de que comer”, le da “harta comida”.

Fredy, por su parte, también da cuenta de los efectos que las condiciones de pobreza y vulnerabilidad social generan entre la población del poniente de Juárez, a saber, las dificultades

cotidianas para poder satisfacer las necesidades básicas de alimentación y bienestar entre las familias. La mayor parte de su vida el joven ha vivido en un predio familiar caracterizado por el hacinamiento de sus habitantes y la improvisación de las construcciones. Un tipo de organización que, sin embargo, internamente muestra delimitaciones claras entre los distintos grupos familiares que lo conforman, esto debido a la segmentación de los gastos necesarios para la manutención exclusiva de quienes son reconocidos como miembros de cada uno de esos grupos: “ahorita pues nomás vivo con mi abuela, bueno ahí también viven unos tíos y unos primos, pero cada quien con su familia, cada quien en su cuarto, independientes”. Actualmente el joven trabaja y según su percepción “gana más o menos, ¡¿verda?!”, condición que le permite atenuar ciertas condiciones de pobreza y vulnerabilidad social que ha padecido histórica y cotidianamente: “yo pues ahorita que ya trabajo y gano... con eso ayudó a los gastos de la casa”. Antes de que el joven ingresara a trabajar, la economía familiar recaía principalmente en su abuela, quien, a pesar de la ayuda que recibía por parte de sus hijos y de que se entregaba formalmente al trabajo remunerado, permanentemente se veía con dificultades para satisfacer las necesidades básicas alimentarias y de servicios para ella y el joven: “antes nomás de lo que ella trabajaba o en veces lo que le daban mis tíos, pero sí estaba difícil, que pa’ la comida, que pa’ la luz, que pa’ esto, que pa’ lo otro”. Las carencias económicas que Fredy experimentó en su infancia se intensificaron durante el proceso de construcción de su identidad como hombre joven sobre el cual también influyeron, toda vez que contribuyeron en su deserción escolar y en su ingreso formal al trabajo remunerado: “por eso también me metí a trabajar”. Adicionalmente, su incursión al trabajo le ha permitido acceder a algunos bienes personales y proveer algunos pequeños satisfactores a la abuela: “ahora ya que unos tenis, una camisita o ‘que abuelita no quiere algo de la tienda’”.

Después de haber vivido solo y haberse hecho cargo de sí económicamente, Edgar regresó a vivir a la casa materna. Según el joven, fue la madre quien lo invitó a regresar, esto con el objetivo de aligerarle la carga financiera inherente a la independencia que obligadamente había adquirido debido que lo corrió de la casa familiar: “vente a vivir para acá para que no se te haga pesado andar pagando renta, luz y agua”. Hasta entonces y no sin dificultades, el joven había logrado costear los gastos que la vida independiente exige, la cual incluye, además del pago de renta y servicios, los gastos de alimentación, transporte y recreación: “yo lo que pagaba de renta eran 500 baros, de luz y agua 80 baros”. En términos concretos, el regreso del joven a la casa familiar no le representó ningún ahorro económico, al contrario, terminó desembolsando una cantidad mayor en comparación con aquella que gastaba cuando vivía solo, retorno que, más que a conveniencias económicas, muy probablemente obedeció a necesidades afectivas, toda vez que en su trayectoria de vida el joven constantemente ha sido excluido del grupo familiar, sobre todo por parte de la madre quien ha privilegiado a la pareja en turno por encima de Edgar, a quien terminó por echar de la casa en varias ocasiones. El regreso de Edgar significa un importante aligeramiento en la carga de la economía familiar, toda vez que ayuda a solventar los gastos cotidianos: “aquí con mi jefa de renta son 1500, yo le doy 500 y mis carnalillos le dan otros 500, pos de ahí se armó lo de la renta”. El caso de Edgar permite observar como las condiciones de pobreza y vulnerabilidad social imprimen a las identidades juveniles cierta obligatoriedad con relación a la contribución que las personas jóvenes deben hacer en la economía familiar. Él y sus dos hermanos menores decidieron incorporarse formalmente al trabajo remunerado para poder ayudar a su madre con los gastos de la casa, quien desde la infancia había sido la principal responsable de la economía familiar. También se observa cómo los pobladores del poniente, reiteradamente recurren a todo tipo de acciones que les ayuden a aligerar los gastos económicos cotidianos, sin importar que se

incurra en infracciones y/o delitos: “pos con la luz hicimos un jale chicano para que no llegara tanto; eran 150 de luz”.

5.5.3.2 “¿La prepa?, ¿qué pasó?... porque pues que no teníamos dinero” (deserción escolar)

Como se ha visto, las condiciones de pobreza y vulnerabilidad social influyen directamente en la subjetividad de los hombres jóvenes de la zona poniente de Juárez, lo mismo que en su cotidianidad, a veces reorganizándola significativamente, tal y como ocurre con su vida escolar y con sus identidades.

¿La prepa?, ¿qué pasó?... porque pues que no teníamos dinero, como yo vivía con mi abuelita y pues no, mi mamá en ese aspecto no me apoyaba tanto monetariamente, pues fue lo que pasó, ¿no?!, ahorita por eso me salí de la prepa, como pedían material, mucho, muy caro, pues no, no podía... y ya, de ahí me fui a trabajar con mi tío y le dábamos mantenimiento a las gasolineras y pues era todo... pues es que ahorita ya en el trabajo, el año que entra quieren hacer un curso de prepa abierta y ya, pues haciéndolo ya me meto, yo como quiera ya teniendo la prepa como quiera ya me aviento una carrerilla técnica o equis cosa”. (Fredy, comunicación personal, 26 de marzo de 2017)

“Pues ahorita me acabo de salir de la prepa... ya no he ido, ahorita lo que quiero es agarrar una carrerita técnica para aprender algo para poderle dar más adelante... ando chido, pero tengo que buscar jale sí o sí, y ya la otra semana iré a buscar o algo... es lo que estoy viendo, una pizzería o algo así, que no esté tan pesado *el jale*, pa’ no abusar”. (Gabriel, comunicación personal, 26 de octubre de 2017)

“Pues yo ya tenía diecisiete años, dieciocho, y ya de ahí pues me salí, y ya dejamos cada quien por su lado, y ya le dije al chavo: ‘sabes qué, la verdad ya llegó mi tiempo, ya es de que entre gente nueva y todo, ya llevo aquí años contigo, y ya necesito entrar a estudiar otra vez, a veces me duermo a las tres, cuatro de la mañana y pues no voy a alcanzar a estudiar’... yo necesitaba en ese tiempo dinero, y me dijo: ‘te voy a dar la oportunidad, te voy a dar chance de que tu estudies’, me dijo: ‘vas a entrar a las cuatro y vas a salir a las 12, nomás los fines de semana lo que te pido es que entres igual a las cuatro y salgas a las dos de la mañana, pero eso nada más los viernes y sábados y ya los domingos entras a las 12’, y yo miraba y dije; ‘pues sí, si me acomoda’, le dije; ‘está bien’, pues a las 12 está cerca de mi casa, llego, me duermo y ya pues a las cuatro, y ya, al llegar ahí hago mi tarea ahí mismo, la hago ahí en el trabajo... igual cuando terminé mi escuela, sentía que ya no podía, que ya no quería, decía; ‘voy a tirar todo’, ‘pero que pedo güey ya te falta un semestre para terminar’, ‘no es que ya no aguanto’, y pues en ese momento fue cuando ya la graduación y dije; ‘no lo puedo creer güey, siempre sí me pude graduar de lo que yo sentía más difícil en mi vida: la preparatoria’”. (José Luis, comunicación personal, 29 de marzo de 2017)

“Pero a los 14 años también dejé de estudiar... si, y luego me salí, me corrieron por pelearme, ya me traían los directores en la secundaria, porque me dijeron la última vez que si me peleaba me iban a correr y, pos bien chavillo, estaba más chavillo que ahorita y, pos un chavillo me buscó y me tuve que pelear y, pos me corrieron y ya no volví a entrar a la escuela, ni la he hecho abierta, tengo ahorita los 4 años que no estoy estudiando, también y pos también está mal”. Tomás, comunicación personal, 28 de marzo de 2017)

Una de las afectaciones más comunes entre los participantes íntimamente relacionada con las condiciones de pobreza y vulnerabilidad social fue la deserción escolar, la cual resulta relativamente forzada, la cual ocurrió mayormente mientras cursaban la educación media superior.

En el caso de Fredy, las condiciones de pobreza y vulnerabilidad social contribuyeron en gran medida en su deserción escolar. Él, como muchos otros jóvenes de la zona poniente, sólo pudo acceder a una satisfacción, predominantemente precaria, de alimentación, vestido, vivienda y educación, esta última hasta culminar la educación secundaria. Fue gracias a la abuela que el joven pudo subsistir y estudiar. Fue ella quien prácticamente se hizo cargo de su crianza y de su manutención desde los años infantiles, sin embargo, no pudo seguir costeando los gastos que el nuevo nivel escolar demandaba, apoyo que, en el caso de la madre, estuvo totalmente denegado para el joven: “¿la prepa?, ¿qué pasó?... porque pues que no teníamos dinero, como yo vivía con mi abuelita y pues no, mi mamá en ese aspecto no me apoyaba tanto monetariamente, pues fue lo que pasó, ¿no?!”. Al no contar con los recursos económicos necesarios para el desarrollo de las nuevas actividades escolares, Fredy se vio forzado a abandonar sus estudios de preparatoria: “ahorita por eso me salí de la prepa, como pedían material, mucho, muy caro, pues no, no podía”. Las malas condiciones económicas no solo forzaron al joven a dejar sus estudios, también le exigieron ingresar formalmente al campo laboral con el objetivo de ayuda a mitigar la situación. Como muchos otros jóvenes de la región, Fredy ingresó a trabajar gracias a un familiar; uno de sus tíos maternos (un hombre adulto) no solo lo acogió en su trabajo, también fungió como capacitador en esa empresa, un tipo de vinculación bastante común entre los hombres de la región,

en donde, independientemente de la actividad, los mayores amparan a los menores en su entono de trabajo, además de que les “enseñan” el oficio, una de las principales maneras en la que los jóvenes se convierte en hombres socialmente reconocidos y validados, además de que constituye un tipo de aprendizaje de gran valor entre la socialización tradicional masculina que ha encontrado en el trabajo una de las principales prácticas constructoras de identidades: “de ahí me fui a trabajar con mi tío y le dábamos mantenimiento a las gasolineras y pues era todo”. Aunque Fredy abandonó la escuela para comenzar a trabajar, eso no significa que haya dejado de pensar en lo ocurrido, ni que haya aceptado la situación, por el contrario, el anhelo de continuar con sus estudios de preparatoria sigue estando presente, sobre todo ahora que en su empleo existe la posibilidad de hacer “la prepa abierta”, un proyecto que según el joven intentará de conciliar con sus actividades laborales, esto con el objetivo de tener una mejor calidad de vida asociado con el nivel educativo: “pues es que ahorita ya en el trabajo, el año que entra quieren hacer un curso de prepa abierta y ya, pues haciéndolo ya me meto, yo como quiera ya teniendo la prepa como quiera ya me aviento una carrerilla técnica o equis cosa”.

Pocas semanas antes de la entrevista, Gabriel abandonó sus estudios de preparatoria. Para él continuar con una formación académica dirigida a la obtención de un título universitario resultaba inviable. Su situación económica le demanda priorizar una capacitación técnica que le permita incorporarse lo antes posible al campo laboral formal: “ahorita me acabo de salir de la prepa... ya no he ido, ahorita lo que quiero es agarrar una carrerita técnica para aprender algo para poderle dar más adelante”. Este joven, al igual que muchos de sus pares, denota un rezago escolar considerable, tiene 19 años de edad e idealmente tendría que estar cursando estudios universitarios, rezago que, las más de las veces, deja de ser transitorio y se convierte en permanente, toda vez que los jóvenes ven impedido su retorno a la vida académica. Gabriel también padece carencias económicas

considerables que no solo le han dificultado su trayectoria escolar, también le exigen incorporarse al campo laboral lo antes posible: “ando chido, pero tengo que buscar jale sí o sí”. En este sentido, el joven busca empleos de “medio tiempo” que no requieren conocimientos especializados debido a que son los que mayores probabilidades le ofrecen para poder combinarlos con el estudio: “es lo que estoy viendo, una pizzería o algo así, que no esté tan pesado *el jale*, pa’ no abusar”.

En el caso de José Luis, las carencias económicas también lo forzaron a abandonar la escuela, al mismo tiempo que le exigieron incorporarse al campo laboral. El joven comenzó a trabajar formalmente cuando concluyó con los estudios de secundaria, situación que terminó por generarle un retraso académico significativo. Cuando el joven cumplió la mayoría de edad decidió que era tiempo de abandonar el empleo que tenía en ese momento, lo hizo porque quería retomar su vida escolar, la cual, se volvía incompatible con su trabajo debido a las largas jornadas laborales que lo caracterizaban: “ya necesito entrar a estudiar otra vez, a veces me duermo a las tres, cuatro de la mañana y pues no voy a alcanzar a estudiar”. Sin embargo, su precaria condición económica, aunada al poco apoyo familiar, una vez más lo forzaron a buscar empleo, uno que ahora sí pudiera combinar con sus estudios de preparatoria. No tardó mucho en encontrar un trabajo que, en teoría, le permitiría estudiar y trabajar, estaba “cerca de su casa”, en un pequeño negocio de comida, el cual se “acomodaba” con sus horarios escolares. Antes de incorporarse a su nuevo trabajo habló con su empleador y le expuso su situación y anhelos, al final éste le dio “chance de estudiar” y trabajar; “vas a entrar a las cuatro y vas a salir a las 12, nomás los fines de semana, lo que te pido es que entres igual a las cuatro y salgas a las dos de la mañana, pero eso nada más los viernes y sábados y ya los domingos entras a las 12”. El joven aprovechó las concesiones y decidió intentarlo: “dije; ‘pues sí, si me acomoda’, le dije; ‘está bien’, pues a las 12 está cerca de mi casa, llevo, me duermo y ya pues a las cuatro, y ya al llegar ahí hago mi tarea, ahí mismo, la hago ahí”.

en el trabajo”. Trabajar y estudiar no fue sencillo para José Luis, sin embargo, después de mucho esfuerzo finalmente logró concluir la preparatoria, un logro que considera como de las experiencias más difíciles en su vida y, por lo tanto, de las que mayores satisfacciones le ha proporcionado.

Tomás también dejó de estudiar, aunque normativamente lo hizo antes que los demás participantes. El joven abandonó sus estudios de secundaria o, mejor dicho, lo expulsaron, debido a sus constantes peleas con otros jóvenes. Acción “disciplinaria” que resultan bastante común al interior de escuelas ubicadas en el poniente de Ciudad Juárez, la cual, más que ayudar a los jóvenes, termina por perjudicarlos, toda vez que contribuye a la intensa desocupación juvenil que hay en la región, en su ingreso anticipado al campo laboral dentro empleos con malas condiciones laborales asociados con la baja preparación académica, en el incremento de conductas de riesgos entre los otros estudiantes (tales como el consumo de drogas o el pandillerismo) o en su incorporación a las filas del crimen organizado que siempre está habido de jóvenes para que ocupen las posiciones basales dentro de su organización. Así, a los 14 años Tomás se vio forzado a dejar sus estudios de secundaria, una empresa que, después de cuatro años, todavía busca retomar. Asimismo, la deserción escolar junto con el consumo de drogas, también han contribuido a la discriminación que Tomás experimenta cotidianamente, un tipo de violencia que el joven termina por justificar y reproducir consigo mismo.

5.5.3.3 “Al jale” (incursión formal al campo laboral)

Otra de las condiciones recurrentes entre los participantes, íntimamente relacionada con las condiciones de pobreza y vulnerabilidad social fue su incorporación formal al contexto laboral.

No pues... un día en mi vida pues... cómo te diré, qué estos días que he vivido, pues la he vivido calmada, pues ya namás me levanto cinco de la mañana, me voy a jalar, vengo, pues estos días que, ¡ah! pues estos días cuando te topé, ¿no?!, si eras tú, ¿no?!, qué dije: ‘no pues fuga, pues voy güey ahí con X un rato y me voy pal’ cantón’, y pues de repente llegan primos

y loquera y pues se arma, pero ya le corto temprano y pues a dormir y fuga otra vez y al jale, ¡¿no?!”. (Israel, comunicación personal, 25 de marzo de 2017)

“Y pus me levanto, me doy un baño me cambio me voy ahí a X desde que como a las nueve, como a las 10 ponle que llego y pues de me voy hasta que cierran, como a las cuatro treinta o cinco, me retiro, ya me voy a lavar mi uniforme, pues casi toda la semana juego fut, lavo mi uniforme, me voy a jugar y ya cuando vengo de jugar ando un ratillo en el *Facebook* o viendo una *movi* o viendo algo acá y me paso a retirarme, ya me quedo dormido ya se acabó mi día”. (Gabriel, comunicación personal, 26 de octubre de 2017)

“Pos dependiendo, pos saliendo *del jale* tengo variedad, tengo como mis días apartados, unos días con mi morra, unos jugando yo y otros con mis compas. Lo que son lunes es de ley ir con mi morra, los martes echar la reta con los compas, miércoles echarnos unas birriecitas y ya jueves, viernes, sábado y domingo estar con mi morra y ya”. (Edgar, comunicación personal, 27 de octubre de 2017)

“Pues me levanto temprano, pues para alistarme, recojo mi cuarto, me hago de almorzar, me meto un rato a chatear, checo mis mensajes a ver si no tengo algo raro, algo extraño, ¡¿verda?!... así como de mi morra, que por qué no le marco o así... tengo hasta 10, 15 mensajes de ella; que le marque, que por qué no le marco, que si le hago caso, no le hago caso... haz de cuenta que ya termino y todo, y prendo mi computadora, me pongo a escribir un rato ahí pues las rolas que escribo y guardo, y me pongo a memorizarlas un poco, ya que veo que llega la hora, me meto a bañar, me alisto, me pongo y ya me alisto todo para irme al trabajo. A las tres de la tarde salgo a trabajar, empiezo a laborar, ahí donde trabajo empiezo a estar todas mis horas de labor hasta las 12 que salgo, llego a las 12:30 a mi casa, me cambio, me pongo mi ropa para dormir”. (José Luis, comunicación personal, 29 de marzo de 2017)

“Pues lo que hago en el día, en la mañana pues me levanto, me levanto a las 4:30 de la mañana y ya llego aquí como a las seis, y luego, pues ahí me estoy acostado, viendo la tele o en veces en el internet, ya pues eso de la hora de dormir a eso de las 10, 10:30 ya me acuesto a dormir... si salía antes, pero porque pues había todos los días juego, veníamos a ver los juegos, pero ya de repente ya nomás cuando juego, así salgo nada más a jugar y así, un ratillo y ya pa’ dentro, pues los viernes, siempre pues me voy con mi novia, comemos y luego ya nos vamos a su casa y ahí nos quedamos viendo películas o *Netflix*”. (Fredy, comunicación personal, 26 de marzo de 2017)

Al explorar la vida cotidiana de los participantes, *el jale* resultó una de sus principales prácticas sociales, con incidencia directa en la conformación de su vida cotidiana y en la construcción de sus identidades. Contextualmente, *el jale* hace referencia a cualquier tipo de actividad laboral que se desarrolla en la región, sin importar su formalismo, legalidad o su retribución, sin embargo, en

este estudio, *el jale* fue significado por los participantes como aquellas actividades laborales, remuneradas y legales.

Cinco, de los seis participantes, se encontraban trabajando en el momento de la respectiva entrevista, mientras que el joven restante había estado trabajando hasta algunas semanas previas a nuestro encuentro.

Así bien, de manera general, se observó que los participantes ingresaron “anticipada” (según los ideales sociales establecidos para la juventud) y “obligadamente” (debido a las condiciones de pobreza y vulnerabilidad que se experimentan) al campo laboral, incorporación que, una vez más, reorganiza su cotidianidad y subjetividades, con incidencia directa en el proceso de construcción de sus identidades como hombre joven.

Se sabe que dentro de las sociedad modernas e industriales el trabajo desempeña un papel fundamental para la construcción de las identidades masculinas, toda vez que muchas de estas se apuntalan en dicha actividad (Leach, 1999; Salguero, 2008; Salguero y Alvarado, 2017), sin embargo, para los participantes, el empleo adquiere otro tipo significaciones. Además de la satisfacción de las necesidades básicas de alimentación, el trabajo permite a los jóvenes de la región reorganizar su cotidianidad, acceder a pequeños privilegios, desarrollar prácticas sociales que minimizan algunos de los peligros asociados con las violencias que ahí acontecen y la construcción de identidades juveniles en forma indirecta, es decir, en otros contextos a los que pueden acceder gracias sueldo recibido, los cuales ofrecen mayores satisfactores que los que se encuentran en el desarrollo del empleo.

En el momento de la entrevista, Israel señala que ha vivido más tranquilo en comparación con sus años pandilleriles, ha vivido la vida “más calmada”. Tranquilidad que se asocia con cambios significativos en su cotidianidad entre los que destaca la rutina que el trabajo impone, una cualidad

que se observa en prácticamente todos los participantes. Diariamente el joven se despierta a las cinco de la mañana para iniciar su jornada laboral, la cual termina cerca de la cuatro de la tarde. Asimismo, después de trabajar, el joven decide reunirse con algunos de sus pares, socialización que ahora encuentra limitaciones con relación a la duración de los encuentros debido a las exigencias que la jornada laboral impone, “nomas un rato y me voy pal cantón”. En este sentido, la casa de Israel constituye el centro de reunión habitual para algunos de sus pares, sobre todo para los que le son más cercanos afectiva y relacionalmente, entre los que se ubican algunos miembros de la familia extendida; “primos”. Así, no resulta extraño que algunos de sus pares acudan sin previo aviso a su casa, llegan con la intención de agruparse y convivir, convivencia en la que no puede faltar el consumo de drogas legales e ilegales: “loquera”, una práctica añeja, lo mismo que intensa, la cual, en el caso del joven, también encuentra cierta regulación debido a la actividad laboral: “pues de repente llegan primos y loquera y pues se arma, pero ya le corto temprano y pues a dormir y fuga otra vez y al jale, ¡¿no?!”.

Gabriel por su parte, también da cuenta del establecimiento de rutinas entre los jóvenes, asociadas con el trabajo. En su caso, antes de iniciar con su empleo de medio tiempo como ayudante en un pequeño negocio ubicado en las inmediaciones del CC, el joven se da tiempo de bañarse y “arreglarse”. Después de que termina sus actividades laborales, el joven se dedica a hacer los preparativos necesarios para entregarse a la práctica del fútbol que tanto disfruta, actividad a la que hora puede acceder sin mayores dificultades gracias al sueldo que recibe en su empleo: “ya me voy a lavar mi uniforme, pues casi toda la semana juego fut, lavo mi uniforme, me voy a jugar”. Una vez que el joven termina de jugar al fútbol, regresa a su casa desde donde también puede realizar otras actividades que disfruta, a saber, convivir con otros jóvenes por medio de las redes social, ver una película o simplemente la televisión, pequeños lujos que igualmente se vuelven

accesibles gracias al sueldo que percibe: “ya cuando vengo de jugar ando un ratillo en el *Facebook* o viendo una *movi* o viendo algo acá”. Gabriel también denota cierta limitación en sus actividades recreativas o de diversión asociadas con su jornada laboral: “me paso a retirarme, ya me quedo dormido, ya se acabó mi día”.

A Edgar, *el jale* también le ha permitido construir una nueva rutina y acceder a otros contextos que le resultan sumamente gratificantes. Después de su jornada laboral el joven puede realizar varias de las actividades que más disfruta. La remuneración económica que provee su empleo facilita las frecuentes visitas a su “morra”, “salir” con ella o simplemente ir a visitarla, “echar la reta con los compas” e incluso “echarse unas birriecillas”, esta última resultó ser una práctica bastante común entre los participantes, la cual cuenta con una larga historia cultural en la región, íntimamente relacionada con ideologías que mantienen vigentes formas tradicionales y estereotipadas de ser hombre joven (Cruz, 2011), pero también con las pocas opciones de esparcimiento, diversión y cultura que los jóvenes tienen ahí en el poniente de Juárez. El trabajo también posibilitó que Edgar pudiera retomar su vida escolar, debido a que ahora puede costear los gastos que exige estudiar la preparatoria.

José Luis también habla sobre la conformación de su vida cotidiana organizada en gran medida a partir del horario laboral. El joven trabaja por la tarde, horario que dificulta la relación directa con su familia, amigos y pareja pues sus horarios de trabajo y descanso resultan prácticamente incompatibles. Aun así, el joven hace un esfuerzo y se despierta “temprano”. Lo hace de esta manera para “alistarse”, preparación que, además de su aseo personal, también incluye la limpieza de su habitación y la elaboración de sus alimentos: “pues me levanto temprano pues para alistarme, recojo mi cuarto, me hago de almorzar”. Sin embargo, existen otros motivos que influyen significativamente para que la cotidianidad de José Luis comience desde temprano, uno de ellos

es la socialización que establece con sus pares, sobre todo con su actual pareja, el otro es la pasión que siente por la música rap. Así el joven echa mano de las TICyRS para poder paliar las limitaciones relaciones que su horario laboral le impone. Después de asearse y desayunar, el joven “se mete un rato a *chatear*, checa sus mensajes”, es decir, inicia o retoma conversaciones a través de “la red”, un tipo de vinculación contemporánea que le permite establecer comunicación regular con sus amigos, pero sobre todo con su actual pareja, quien, a decir de José Luis y más allá de sus horarios de trabajo, le demanda atención intensa y permanente: “que, ¿por qué no le marco? o, así... tengo hasta 10, 15 mensajes de ella; que le marque, que, si le hago caso, no le hago caso”. Asimismo, antes de iniciar con su jornada de trabajo, el joven también se hace tiempo para poder entregarse a la composición y memorización de sus canciones, una actividad que se facilita gracias al equipo de cómputo que posee, privilegio que no es común entre los jóvenes del poniente de Ciudad Juárez. Así transcurren las mañanas del joven, hasta que llega la hora de irse a trabajar. Finalmente, al concluir su jornada de trabajo, el joven no tiene más opción más que llegar a casa a descansar y dormir poder comenzar al siguiente día con su rutina: “a las tres de la tarde salgo a trabajar, empiezo a laborar ahí donde trabajo empiezo a estar todas mis horas de labor hasta las 12 que salgo, llego a las 12:30 a mi casa, me cambio, me pongo mi ropa para dormir”.

Fredy igualmente da cuenta de una rutina diaria organizada a partir de su jornada laboral, sin embargo, en su caso, esta se caracteriza por su larga duración y la intensidad de la misma. El joven dedica diariamente casi 14 horas a su empleo, tiempo que no solo incluye el desarrollo del trabajo propiamente dicho, sino los preparativos necesarios para ello: “en la mañana pues me levanto, me levanto a las 4:30 de la mañana y ya llego aquí como a las seis”. La jornada laboral resulta tan demandante y extenuante que termina por limitar la interacción social cotidiana y directa con sus pares o con otras personas ajenas al ámbito laboral. Fredy llega a casa tan agotado después del

trabajo que solo puede optar por aquellas actividades de diversión y entretenimiento que a su vez están íntimamente relacionadas con el descanso, sobre todo aquellas apoyadas en las TICyRS, actividades a las que paradójicamente solo puede acceder gracias al sueldo recibido por su empleo: “pues ahí me estoy acostado, viendo la tele o en veces en el internet”. Así bien, las exigencias del trabajo, forzaron al joven a modificar algunas de sus prácticas de socialización entre pares, algunas sufrieron limitaciones significativas, otras más encontraron apuntalamiento en la vinculación virtual. Anteriormente, Fredy “sí salía todos los días”, convivía *in situ* con otros jóvenes, con quienes se reunía y socializaba en derredor de “las canchas”, lo hacían cada que iban a “ver los partidos” de futbol que ahí acontecen, sin embargo, desde hace algunos meses dejó de hacerlo. Ahora “sale nada más a jugar”, socializa presencialmente sólo cuando su equipo de futbol tiene programado un encuentro, participación que, sin embargo, resulta “breve”, “un ratillo y ya pa’ dentro”, una vez que el encuentro termina el joven de inmediato regresa a casa para poder descansar y prepararse para su jornada de trabajo. Así se ha reconfigurado la cotidianidad del joven durante la semana laboral. Situación que sufre cambios importantes con la llegada del fin de semana y los días de descanso. En esos momentos, la pareja sentimental se convierte en la prioridad de Fredy. Todos “los viernes” emplea más de una hora para trasladarse hasta la casa de ella, esto con el objetivo de pasar tiempo juntos. También es gracias a su empleo que el joven puede acceder a otros pequeños privilegios que disfruta en compañía de su pareja. Regularmente salen de paseo y/o a comer, para después retirarse a la casa de ella a ver televisión y descansar. Asimismo, la mayoría de las veces los gastos de las actividades que realiza la pareja son costeados por el joven, pues su novia “ahorita está estudiando”.

5.5.3.4 “¿Pues de qué más?, pues una maquila” (trabajo en la industria maquiladora)

Muchos de los jóvenes del poniente se incorporan anticipadamente al campo laboral, de los cuales, una gran mayoría ingresa a la industria maquiladora.

“Cuando vi que ya lo del niño y todo pues dije, decían: ‘es que necesitas un trabajo que tengas seguro por tu niño’, y dije: ‘¿pues de qué más?, ¡pues una maquila!’, me metí y por mi estudio, me agarraron para calidad y dije: ‘pues bueno está bien’, ya pues ahorita ya llevo dos años y pues gracias a eso pues estoy más tranquilo, tengo pues mi dinero... Trabajo en una empresa maquiladora, soy como... auditor de calidad, ósea prácticamente nomás checo que vayan bien todos los trabajos de los operadores... Si pues te digo que, pues está en corto y aparte es un trabajo muy fácil, pero lo que más me inspira a mí lo que más me gusta es la cocina, es una inspiración porque es lo que más me gusta; cocinar y así hacer recetas y todo eso, aunque se oiga muy de mujeres, pero es lo que más me gusta... estoy así pues juntando mi dinero para comprar un carro, comprarme una casa, pues para valerme, para independizarme por mí mismo otra vez, porque te digo que ya no quiero estar ahí con mi familia, a las tres de la tarde salgo a trabajar, empiezo a laborar ahí donde trabajo, empiezo a estar todas mis horas de labor hasta las 12 que salgo, llego a las 12 a mi casa, me cambio, me pongo mi ropa para dormir”. (José Luis, comunicación personal, 29 de marzo de 2017)

“Me levanto a las 4:30 y me baño, almuerzo, de ahí de la casa salgo a las 5:10 y agarro el camión, ya llego ahí como a las que será 6:10, y a las 6:30 empezamos a trabajar, de 6:30 a 8, que vienen siendo dos horas, después salimos a almorzar, y luego de ahí del almuerzo a otras cuatro horas salimos a comer y pues mi hora de salida pues es a las 4:30 ¡y ya!, tomo el camión de ahí de la empresa y llego aquí como a las 5, 5:20, 5:10, y luego pues ya llego y como ahí en la casa... ahí estaba un tío y una vez él me dijo: ‘no pues ve a ver que te dicen’, y me recomendó y todo, y fui yo, y bien y empecé... me agarraron de operador primero y luego ya de ahí pasaron siete meses ya de ahí me fui a soldador ahorita en el trabajo que estoy..., ahorita vengo sacando a la semana alrededor de... como unos mil ochocientos libres más o menos... pues esta chida, siempre me gustó soldar a mí, se me hace chido y es fácil el trabajo pues no está difícil... porque en la secundaria había taller de soldadura y me metí ahí, estuve dos años pa’ aprender, y si le agarré bien”. (Fredy, comunicación personal, 26 de marzo de 2017)

“Porque voy a la maquila, pasa el camión, la especial a las cinco, cinco y 10 y ya me subo y fuga pal jale ese... pues te cobran por la comida, bueno te quitan como ochenta baros por sema y pues estas comiendo ahí comida, almuerzo y comida ... Si está chido *el jale*, pus siendo lo sencillo no es tanto pedo, yo digo que, si hay más pedo desde que entras a que sales ya, pero de jale, jale, no es jale, veo que está pelado lo que haces ahí y ya pues de lunes a viernes pus y luego feria y luego más tiempo extra que te quieran meter ahí que; ‘no voy a meter más tiempo extra pa’ ganar más feria, ¿¿no?!, pues chido, ta’ chido... no pues la vez que estaba era menor, pero pues firmaron; mi jefe, ¿¿no?!, y ya le entré y agarré *el jale*... Si asaltaba, pero personas, no creas qué a tiendas, y de repente pos agarré el rollo, y; ¡a la verga!, ¡no voy a andar quitándole sus cosas a una persona si trabaja por ellas!, dije: ‘¡no pues mejor fuga!’, ‘¡a trabajar!’, y ya, estaba trabajando como obrero... y todo ese pedo, fue cambiando un poquito la vida, ¿¿no?!, ya ser más calmado...”. (Israel, comunicación personal, 25 de marzo de 2017)

“No es tanto que a mí me guste faltar a los trabajos, pero pos por problemas, por pelionero me corren de las maquilas, por lo mismo me han corrido por pelionero, no tanto por otra cosa... desde los 15, nada más que cuando tenía 15 me metí a una maquila que tenía 16 años, pero con otros papeles, y pos ya empecé ahí, y ya cuando cumplí los 16 me podía meter ya con mis papeles y pos fue la segunda maquila que pisé hasta el año pasado y ya no volví a pisar otra maquila, y hasta que volví a encontrar aquí en el centro y ya no he vuelto a trabajar desde ahí, desde hace tres semanas”. (Tomás, comunicación personal, 28 de marzo de 2017)

Los jóvenes del poniente saben que trabajar en la maquila representa bajos sueldo y malas condiciones laborales que incluyen largas jornadas laborales. Sin embargo, también reconocen que es una de las pocas opciones que tienen para recibir un sueldo seguro, seguridad social y algunas otras prestaciones, lo mismo que para construir un proyecto de vida dentro de la legalidad que se ajusta a las exigencias que impone la organización social del poniente de Ciudad Juárez.

José Luis ha trabajado desde los quince años de edad, lo había hecho en un par de negocios de comida ubicados ahí en el poniente de Juárez, trabajos que, aunque demandantes, resultaban altamente gratificantes para el joven, debió a que la cocina es otra de sus grandes pasiones en la vida, una pasión que, dicho sea de paso, pareciera busca mantener oculta debido a que la significa como “femenina”. A los veintidós años, José Luis se enteró que sería padre, noticia que lo forzó a replantear muchas de sus prácticas de socialización cotidianas entre ellas el trabajo, esto con el objetivo de acceder a mejores condiciones sociales y recibir lo mejor posible al hijo venidero. En este sentido, lo que más le importaba al joven era acceder a seguridad social para poder proveer de servicios de salud a la futura madre, seguimiento al embarazo y atención durante el parto. Necesidades que, aunque él ya había intuido, también se vieron reforzadas por algunas de las personas que le son más allegadas: “cuando vi que ya lo del niño y todo pues dije, decían: ‘es que necesitas un trabajo que tengas seguro por tu niño’. Sin mayor esfuerzo el joven encontró la solución a sus nuevas necesidades: “¿pues de qué más?, ¡pues una maquila!”. Así, José Luis se dispuso a buscar trabajo dentro de la industria maquiladora y no tardó mucho tiempo en

encontrarlo, respuesta pragmática que, sin embargo, también le exigió nuevas elaboraciones subjetivas. José Luis sabía que trabajar en la maquila significaba obtener las prestaciones sociales que buscaba, pero también tenía presente que ese tipo de empleo condena a la mayoría de sus trabajadores a la sobreexplotación laboral y que muchas veces termina por engullirlos, además de que no es el trabajo que a él le hubiera gustado desarrollar, aun así, decidió aceptar el empleo. Sus estudios de preparatoria le permitieron al joven ingresar a trabajar como “auditor de calidad”, un puesto con cierta jerarquía, mayor ingreso económico y menores esfuerzos físicos en comparación con “los operadores”, circunstancias que en conjunto lograron minimizar algunas de las incomodidades experimentadas con su nuevo empleo: “me metí y por mi estudio, me agarraron para calidad y dije: ‘pues bueno, está bien’”. Para José Luis su trabajo es sencillo y no le demanda mayor esfuerzo físico, ni mental, “está en corto”, aunque no lo significa como gratificante, ni satisfactorio. “Aunque se oiga muy de mujeres”, a él lo que le apasiona es “cocinar y así, hacer recetas y todo eso”, agencia que no ha sido sencilla para el joven debido a que contraviene algunos de los roles y estereotipos tradicionales para los hombres que forman parte importante de su subjetividad. No sin esfuerzo José Luis reconoce que cocinar es lo que más disfruta, lo que más le “inspira” en la vida, un empleo que ha realizado desde que se incorporó formalmente al campo laboral y que, muy a su pesar, por el momento no puede seguir realizando. Actualmente José Luis se ha separado de la madre de su hijo, pero sigue trabajando en la industria maquiladora, un tipo de empleo que ahora le permite ejercer su paternidad, sobre todo términos de la proveeduría, mientras que su participación en el cuidado y la crianza del hijo han resultado intermitentes. Asimismo, el trabajo en la maquila también le ha permitido consolidar el cambio de prácticas relacionales cotidianas emprendido desde hacía varios años, le permite vivir “más tranquilo”, recordando que la tranquilidad que no es sinónimo de satisfacción plena, ni de desarrollo personal.

Actualmente, el joven cuenta con un sueldo “regular” y seguro, una circunstancia que abre la posibilidad al ahorro, a la adquisición de bienes y a mejorar la calidad de vida, condiciones que hasta entonces se presentaban como inaccesibles: “pues gracias a eso pues estoy más tranquilo, tengo pues mi dinero... estoy así pues juntando mi dinero para comprar un carro, comprarme una casa, pues para valerme, para independizarme por mí mismo otra vez”. Es gracias a su trabajo que el joven también puede planear su salida de la casa familiar e independizarse formalmente, un anhelo que se ha visto reforzado por las repetidas experiencias de abandono y distanciamiento que ha padecido dentro del grupo familiar, en especial por parte de sus padres.

Por su parte, Fredy da cuenta de las fuertes exigencias físicas que el trabajo en la maquila demanda, las cuales no solo incluyen la intensidad de las actividades, también la duración de la jornada y el tiempo empelado en los traslados. Así, la cotidianidad del joven inicia a las 4:30 de la mañana, a esa hora se despierta de lunes a viernes para poder asearse y desayunar antes de comenzar el recorrido que lo llevará a su lugar de trabajo. Con relación a los traslados, el joven dedica poco más de tres horas diarias a esa actividad, sin importar que ese recorrido sea relativamente corto y pueda realizarse en mucho menos tiempo, sin embargo, el joven no dispone de automóvil propio que le permita optimizar el tiempo de traslado, tampoco puede echar mano del transporte público debido a sus graves deficiencias. Así, los trabajadores de la maquila como Fredy, regularmente se ven forzados a utilizar el transporte empresarial, sin que eso signifique que sea de fácil acceso, ni que haya eficiencia en los tiempos de recorrido. Generalmente, las obreras y obreros, se ven en la necesidad de caminar distancias considerables para llegar a los lugares en donde el transporte empresarial los recoge, caminos poco socorridos y peligrosos sobre todo para las mujeres. Adicionalmente, los recorridos en ese tipo de transporte terminan por ser largos y cansados para el personal que lo utiliza. Desde el momento en el que el joven arriba a su lugar de

trabajo inicia con su jornada laboral propiamente dicha. Una actividad que no se interrumpe salvo por un par de breves periodos en los que él y sus demás compañeros comen algo, descansan y/o conviven brevemente. Así transcurren diez intensas horas de trabajo para Fredy, quien mientras narra las actividades parece caer en cuenta de lo agotador que suele resultarle su actividad laboral, un tanto aliviado exclama: “¡y ya!”. En este sentido, la cotidianidad del joven se ve fuertemente gobernada por su actividad laboral, que, junto con el contexto de violencia que acontece en el espacio público inmediato, han contribuido en el declive de sus participaciones cotidianas y públicas que otrora solía desarrollar con sus pares, en “las canchas”, ahí en su barrio. Fredy ingresó a trabajar a la maquila gracias a otro de sus tíos, un hombre adulto que desde hacía algún tiempo ahí trabajaba, quien no solo le informó del trabajo, también lo “recomendó” para que pudiera ingresar a laborar. Alegatos que convencieron a Fredy de ir a buscar un trabajo que terminaría por conseguir: “ahí estaba un tío y una vez él me dijo: ‘no pues ve a ver que te dicen’, y me recomendó y todo, y fui yo, y bien, y empecé”. Al principio Fredy fue contratado como operador (obrero), sin embargo, rápidamente conquistó un ascenso, su capacitación previa durante la escuela secundaria le ayudó a conseguir el puesto de soldador, un empleo que provee un mayor sueldo en comparación con el que ganaba como obrero, lo mismo que un mayor nivel jerárquico dentro de la empresa: “ahorita vengo sacando a la semana alrededor de... como unos mil ochocientos libras más o menos”. Para el joven, ser soldador le resulta agradable, “está chida”, no solo “gana más o menos”, también es una actividad que disfruta desde que estudiaba la secundaria y aprendió el oficio, además de que le parece sencillo: “siempre me gustó soldar a mí, se me hace chido y es fácil el trabajo, pues no está difícil”.

Israel también habla de las exigencias que demanda su trabajo en la maquila. Al preguntarle sobre los motivos que lo llevan a despertarse diariamente a las cinco de la mañana el joven

responde que es porque “va a la maquila”. Se levanta a esa hora porque poco tiempo después pasa el camión empresarial que lo lleva a su trabajo. Israel corrió con suerte, su casa está ubicada muy cerca del lugar por donde transita “la especial” y lo recoge. Caminado y en menos de cinco minutos llega a aquel lugar. Israel no desayuna antes de ir al trabajo, así lo hace porque allá tiene servicio de comedor en donde puede desayunar y comer. Por “ochenta baros”, tiene derecho al almuerzo y a la comida, una prestación laboral que suele ayudar bastante a los trabajadores de la industria, la cual compensa parcialmente los bajos sueldos y las largas jornadas laborales. Para Israel su trabajo tiene cosas agradables, lo mismo que desagradables. Según el joven, “está chido *el jale*”, porque las actividades que lo integran le resultan sencillas, “no hay tanto pedo”, significación que se refuerza debido a la seguridad del pago recibido, los días de descanso y a la posibilidad de incrementar el monto recibido: “pues de lunes a viernes pus y luego feria, y luego más tiempo extra que te quieran meter ahí que: ‘no voy a meter más tiempo extra pa’ ganar más feria’, ¿¿no?!, pues chido, ta chido”. Con relación al desgrado que el joven experimenta en su trabajo este se relaciona con la extensión de la jornada laboral, la cual cotidianamente se alarga hasta por 12 horas: “yo digo que, sí hay más pedo desde que entras a que sales, y ya”. Para Israel, al igual que para muchos otros jóvenes de la región, el trabajo en la maquila resulta ser una experiencia relativamente añeja, toda vez que en el poniente de Juárez es bastante común que los jóvenes ingresen a ese trabajo antes de cumplir la edad mínima requerida, esto bajo la anuencia de los padres y el beneplácito de las transnacionales. Los primeros, además de como un apoyo a la económica familiar, ven al trabajo como una práctica social que puede ayudar bastante a la regulación comportamental de los hijos. Las últimas permanentemente están habidas de mano de obra joven e inexperta: “no pues la vez que estaba era menor, pero pues firmaron; mi jefe, ¿¿no?!, y ya le entré y agarré *el jale*”. En el caso de Israel, su incorporación formal al trabajo aconteció

alrededor de 16 años de edad, incursión que estuvo motivada por carencias económicas, pero sobre todo por el anhelo de cambiar el que hasta entonces era su principal estilo de vida, ese de “pandillero” que, además de riñas, incluía robos con violencia: “si asaltaba, pero personas, no creas que a tiendas”. Sin embargo, el joven un día “agarró el rollo”, dijo: “¡a la verga!, ¡no voy a andar quitándole sus cosas a una persona si trabaja por ellas!”. Reflexiones que fueron correlativas al padecimiento de experiencias violentas que acabaron con la vida de algunos de sus compañeros y que amenazaron gravemente la suya. Así, la mejor opción que Israel y sus padres pudieron encontrar para abandonar aquel estilo de vida fue su incorporación formal al trabajo: “dije: ‘¡no pues mejor fuga!, ¡a trabajar!’”. Además de cambiar “un poquito la vida”, el trabajo le permitió comenzar a vivir “más calmado”, lo ayudó a alejarse del pandillerismo y resignificar sus prácticas sociales cotidianas y su realidad: “me fui abriendo y ya fui pensando todo el rollo”.

Tomás, por su parte, habla sobre su trayectoria laboral, la cual ha estado marcada por los reiterados despidos que ha experimentado. Según el joven las destituciones que ha padecido han ocurrido no por su falta de compromiso o inasistencias, sino porque es “muy pelionero”, porque reiteradamente echa mano de la violencia física para intentar resolver conflictos, conductas que dentro de la industria suelen ser castigadas con despidos. Así bien, trabajar en la maquila, indirectamente exige a los jóvenes que desean trabajar ahí, la modificación de algunas de sus principales prácticas de socialización cotidiana, tales como confrontaciones violentas, peleas físicas, consumo de drogas, ausentismo, solo por mencionar solo las más representativas. Prácticas que deben ser eliminadas o en su caso atenuadas, debido a que pueden complicar fuertemente su permanencia laboral. Exigencia que muchos jóvenes como Tomás no pueden alcanzar, al contrario, una vez más terminan siendo expulsados de otro contexto social, en este caso el laboral. El joven también refiere que ingresó a trabajar a la maquila anticipadamente, premura que no solo hace

referencia a los ideales sociales de juventud, sino a los ordenamientos jurídicos vigentes en el país que establecen que la edad mínima para trabajar es de 16 años, previo consentimiento de los padres o tutores. Sin embargo, Tomás, como muchos otros jóvenes, entró a trabajar a la industria maquiladora cuando apenas había cumplido quince años de edad, lo hizo utilizando una identidad falsa, utilizó “otros papeles”, una práctica social que como se ha dicho suele ser bastante común entre los jóvenes de la región, siempre en contubernio con las empleadoras, acciones que están íntimamente relacionadas con la cultura de ilegalidad que impera en esa región: “desde los 15, nada más que cuando tenía 15 me metí a una maquila que tenía 16 años, pero con otros papeles y pos ya empecé ahí”. Tomás ha trabajado en dos maquilas, la segunda vez lo hizo cuando ya había cumplido 16 años, en esa ocasión ya utilizó sus documentos personales, aunque también lo despidieron “por pelionero”. Desde entonces, el joven no ha vuelto a “pisar” otra maquila, en su lugar ha optado por incorporarse a otro tipo de empleo; trabajó como ayudante en pequeños negocios locales que no ofrecen ninguna prestación social, sin embargo, el resultado ha sido el mismo, una y otra vez lo han despedido por pelionero.

5.5.3.5 “No pues desde chavillo” (trabajo infantil)

Para la mayoría de los participantes la vida laboral comenzó tempranamente, casi siempre en la infancia, las más de las veces, también motivada por las carencias económicas familiares, aunque con significaciones distintas en comparación con aquellas elaboradas como parte del proceso de construcción de identidades como hombre joven.

“No pues desde chavillo, pues antes como, bueno pues estaba morillo; mi abuelita y mi mamá, iba en la secundaria ahí estaba ayudando a mi abuelita vendiendo zapatos y todo el pedo, mi mamá pues ya tiene mucho que no fue, pero desde que yo tenía como 10 años y había una señora que vendía mandado y luego yo iba con una canastilla y luego yo decía: ‘que no quiere que le ayude a vender’, y ya iba a venderle chivas a todas *las segundas*, y sí agarraba la canastilla con una cosa de cada cosa que vendía y ya, de ahí me dice: ‘vámonos a talonear’, y pues la

señora me daba una feria por ayudarle, sí le ayudaba bastante y luego ya los de los puestos: ‘fíame, yo le pago a X’, así se llamaba la señora que me daba *el jalecillo*... ella es la que me hacía el paro, si me daba una feriecilla machín también, sólo que iba los fines de semana ahí nomás, para gastar en la semana... en una carnicería, pero me salí y luego en una carpintería, también en la obra anduve dándole ¿qué no tengo jale?, pues vámonos a la obra un rato”. (Gabriel, comunicación personal, 26 de octubre de 2017)

“Pos no sé, porque mi familia no me da [apoyo], porque la neta ahorita ... siento que mi familia pos me sigue atacando... no necesito de su ayuda, porque de hecho nunca necesité de su ayuda, siempre me las ingenié, desde morrillo, cuando necesitaba feria no le pedía a mi jefa, por lo mismo, para que no dijeran que yo me la chingaba, hacía lo poco que me había enseñado mi jefe, me enseñó, a techar, jarrar, poner azulejo y todo eso, iba con los vecinos... porque yo desde los 12 años me empecé a valerme por mí mismo, porque pues toda mi familia trabajaba y era el único que estudiaba en la mañana, me tenía que hacer de almorzar, me tenía que hacer de comer y así empecé a trabajar”. (Edgar, comunicación personal, 27 de octubre de 2017)

“Y ya, empecé a trabajar cuando tenía como 13 años... pues ya me ponía a limpiar vidrios o los patios: ‘¿qué seño?, ¿qué necesita?, ¿qué limpie el patio o algo así?’, no que ‘simón’, y ya pus lo que me dieran, ¡no!?, y ya con eso me hacía un paro”. (Israel, comunicación personal, 25 de marzo de 2017)

En general, se observó que el trabajo durante la infancia se desarrolla de manera informal e intermitente, acotado a actividades secundarias y de apoyo que acontecen dentro del entorno social inmediato y/o familiar. Participaciones que, aunque implicaron esfuerzos físicos considerables y ciertos riesgos a la salud o la integridad, no son significadas en términos de obligatoriedad, sobreexplotación, ni peligrosidad, sino como una forma elegida de apoyo a la economía familiar, o bien como un medio para mejorar pírricamente la calidad de vida.

Gabriel, al igual que la mayoría de los participantes, se incorporó “tempranamente” al trabajo remunerado, ingreso que resultó un tanto forzado debido a la precaria economía familiar que desde entonces ha padecido. Al preguntarle sobre su historia laboral menciona que ésta comenzó en su infancia, desde “chavillo”, desde que “estaba morrillo”, más o menos “cuando tenía unos 10 años” de edad. En esa época tomó la decisión de buscar empleo remunerado, a diferencia del que ya realizaba habitualmente con la abuela desde hacía varios años, quien vendía zapatos en *las segundas* y donde no recibía ningún pago formal. Así, Gabriel buscó un “jalecillo” dentro del

mismo contexto laboral que ya conocía, uno que no interfiriera mayormente con su vida escolar y, sobre todo, que proporcionara un sueldo. Comenzó “ayudando a una señora que vendía mandado” en el mismo lugar donde la abuela trabajaba. Empleo que consistía en recorrer ese tipo de comercio, al mismo tiempo que ofrecía alimentos a los asistentes, actividad que exigió esfuerzos físicos considerables para un niño, aunque sólo fuera los fines de semana. Así, los días de trabajo había que “talonear”, caminar mucho, trasportar la mercancía, cargar “la canastilla con una cosa de cada cosa que vendía”, para después ofrecerla entre los asistentes a aquellos negocios. Al final Gabriel “si le ayudaba bastante” a la “señora”. Más que las exigencias físicas, el joven recuerda con agrado a su primer empleo formal, o más específicamente a su primera empleadora, considera que ambos se ayudaron mucho, él disminuyendo significativamente la carga física para ella, ésta proveyéndole de un pago en esa época consideraba como basto, toda vez que le permitía acceder a pequeños lujos y privilegios dentro de su vida cotidiana, sobre todo la que acontecía en la vida escolar infantil: ella le “hacía el paro y le daba una feriecilla machín para gastar en la semana”. Con el ingreso y la asunción de la identidad juvenil, Gabriel modificó sus participaciones en el campo laboral. En esa época comenzó a trabajar mucho más estructuradamente en el negocio de la abuela, aun y aunque no recibiera ningún sueldo. Esa ha sido otra de las maneras en las que ha apoyado a la economía familiar; trabajando formalmente sin recibir pago alguno. Algunos años más tarde, el joven cambió de empleo, lo hizo empujado por las necesidades económicas, las cuales, comenzó a experimentar con mayor intensidad, al mismo tiempo que le demandaron asumir un papel mucho más activo y formal para tratar atenuarlas. Gabriel, como muchos otros jóvenes de la región, comenzó a desarrollar trabajos de “apoyo” o de “medio tiempo”, esto con el objetivo de contribuir a la economía familiar y poder seguir estudiando. Así, el joven ha trabajado como ayudante en varios oficios: “en una carnicería, pero me salí y luego en una carpintería”. Mención

aparte merece su trabajo en “la obra”, un empleo predominantemente masculino, el cual se apuntala en el cuerpo, en tanto instrumento “fuerte” y “resistente”, una de las pocas herramientas de que disponen los hombres de las clases bajas para poder acceder al mundo laboral, para poder ser “productivos” y acercarse precariamente a la “proveeduría” y al ideal masculino que los valida y reconoce como “verdaderos hombres” (De Keijzer, 2006; Leach, 1999), empleos caracterizados por las extenuantes jornadas laborales, sueldos precarios, riesgosos y afectaciones considerables a la salud y sin ningún tipo de prestación laboral, que en el caso de los jóvenes, además los incapacita para realizar otras actividades, como las académicas.

Edgar también comenzó a trabajar desde sus años infantiles; “se las ingenió desde morrillo”. Sin embargo, en su caso, el ingreso al campo laboral, además de estar motivado por las carencias económicas familiares, se vio fuertemente reforzado por experiencias de violencia y abandono que padeció dentro del grupo familiar: “pos no sé, porque mi familia no me da [apoyo], siento que mi familia pos me sigue atacando”. Actualmente el joven refiere que no necesita apoyo familiar para subsistir, caso contrario a lo ocurrido durante la infancia, en donde muy probablemente le hubiera gustado ser auxiliado por ellos, no solo en el tema monetario, sino afectivo. Aun así, el joven tuvo que arreglárselas solo, tuvo que “ingeniárselas”, sobre todo cuando se vio con necesidades económicas. Edgar aprendió que no le resultaba conveniente pedirle ayuda financiera a la madre, debido a que ese hecho podría ser interpretado por los demás miembros de la familia como un abuso hacia ella, significación que entonces sí justificaría el trato desigual que el joven recibía por parte de su madre y demás miembros de su familia: “cuando necesitaba feria no le pedía a mi jefa, por lo mismo, para que no dijeran que yo me la chingaba”. Desde sus años infantiles, el joven tuvo que desarrollar acciones para poder satisfacer algunas de sus necesidades económicas, lo hizo con los únicos recursos de que disponía, a saber, su cuerpo, las enseñanzas que su padre le transmitió

con relación al desarrollo de algunos oficios y a la red de apoyo contextual con la que contaba en aquellos años, pues ahí ofertaba dichas habilidades: “hacía lo poco que me había enseñado mi jefe, me enseñó, a techar, *jarrar*, poner azulejo y todo eso, iba con los vecinos”. En aquella época, la difícil condición económica forzó a los adultos de esa casa a trabajar, por su parte, los hermanos fueron inscritos en el turno escolar vespertino el cual se ajustaba mejor a los nuevos horarios laborales, mientras que Edgar fue el único miembro de la familia que continuó estudiando por las mañanas, circunstancia que, además de acrecentar su sentimiento de abandono, lo forzó a hacerse cargo de sí mismo a una edad temprana. El joven comenta que, desde los doce años, es decir, en los límites entre la infancia y la juventud según los ordenadores contextuales, empezó a “valerse por sí mismo”. Primero lo hizo con relación al autocuidado y posteriormente en el ámbito económico mediante el trabajo remunerado: “trabajaba y era el único que estudiaba en la mañana, me tenía que hacer de almorzar, me tenía que hacer de comer y así empecé a trabajar”.

Israel, por su parte, comenzó con el trabajo remunerado cuando apenas había cumplido trece años de edad. En esa época había iniciado sus estudios de secundaria, una experiencia que debido a las nuevas exigencias económicas que conlleva, lo confrontó con la intensidad de la pobreza y la vulnerabilidad social que hasta entonces habían sido paliadas por los padres. En este contexto, Israel buscó la forma de hacerse de algo de dinero para poder paliar su precaria condición económica. En ese momento se le ocurrió ofertar servicios de limpieza dentro de su contexto social inmediato para poder hacerse de algo de dinero, comenzó limpiando “vidrios” y/o “patios”, un trabajo intermitente que por momentos le permitió acceder a pequeñas cantidades de dinero, que generalmente empleaba en su alimentación y en algunos pequeños privilegios asociados con su nueva vida escolar.

5.5.3.6 “No pues algo” (conflictiva condición juvenil)

Entre los ideales sociales de juventud, se encuentran aquellos que representan a esos actores sociales como escolares y económicamente dependientes de sus padres y sin trabajo formal. Supuestos que la mayoría de las veces resultan inalcanzables para muchos de los jóvenes del poniente de Ciudad Juárez, debido a las condiciones de pobreza y vulnerabilidad que ahí imperan. De ahí que la deserción escolar y el ingreso anticipado al campo laboral impacten directamente en la construcción de las identidades como hombre joven.

“¿Los jóvenes?, pus no sé, cómo que pus su juventud; ¡¿no?!, ya su... pues ir a la escuela, ¡¿no?!, ir, pasársela chido, ¡¿no?!, yo digo, ¡¿no?!, ese pedo, ¡¿no?!,... sí pues acá, yo casi no he vivido nada de eso, pues acá, yo he vivido siempre ya más, ya más de que pues, ya más, me aplico más, necesito unos tenis, necesito chingarle, desde pequeño, un joven pues va a la escuela, se la pasa ya con sus jefes, no se anda cuidando que lo pueden verguear o algo así, ese es el pedo....no pues algo, pues tengo... pues tengo 20, pero pues ya, bueno yo diría que ya me aplico más a jalar, ¡¿no?!, a tener feria pa’ mí, que, pues nadie me va a dar, si no tengo jale pues no como, sería eso”. (Israel, comunicación personal, 25 de marzo de 2017)

“Pues yo soy joven y adulto a la vez porque pos me gusta hacer cosas de jóvenes, pero también hago cosas que supuestamente los adultos hacen, de que yo compro mis propias cosas o me hago valer por mí mismo y hacer lo que mi papá, pos de chavo ir a convivir con mi morra o con el barrio”. (Edgar, comunicación personal, 27 de octubre de 2017)

“Ellos ya tienen responsabilidades en casa, con su familia, trabajando, chinglándole siempre, nosotros los jóvenes también trabajamos, pero es más como: ‘no que pa’ mi ropa, que pa’ mis tenis, que me voy a cortar el pelo, que una cachucha, que ahora me voy a ir a bailar,’ que esto, que lo otro”. (Gabriel, comunicación personal, 26 de octubre de 2017)

Se encontró que el hecho de que los participantes hayan dejado de estudiar y que hayan ingresado formalmente al campo laboral, conflictúa su autorreconocimiento dentro de los ideales sociales que conforman la identidad como hombre joven, toda vez que se descubren excluidos de aquellas representaciones sociales que muestran a los jóvenes como dependientes económicos de los padres, estudiantes y sin trabajo formal.

Israel habla sobre lo que considera son las características de los jóvenes. Para él, en primera instancia, la juventud se particulariza por estudiar y disfrutar ese momento de vida: “ir a la escuela

y pasársela chido”, experiencias que le resultan predominantemente ajenas debido a la deserción escolar que padece desde que terminó la educación secundaria y porque, según él, su vida ha estado gobernada por problemas y dificultades permanentes: “pues acá, yo casi no he vivido nada de eso”. Desde su nacimiento, Israel ha vivido sumido en condiciones de pobreza y vulnerabilidad social, las cuales experimentó con mayor intensidad a partir de su proceso de construcción de su identidad como hombre joven, al tiempo que lo forzaron a tratar de atenuarlas de distintas maneras: “yo he vivido siempre ya más, ya más de que pues, ya más, me aplico más”. Israel señala que desde “pequeño”, ha tenido que trabajar para poder satisfacer algunas de las necesidades de alimentación y vestido que experimenta regularmente: “necesito unos tenis, necesito chingarle, desde pequeño”. Asimismo, el joven señala que, además del ingreso formal al mundo laboral, la deserción escolar, la vida lejos de los padres y el peligro de ser agredido por otros hombres dentro de su contexto social inmediato constituyen situaciones que rompen con aquellos ideales sociales que se tienen sobre “los jóvenes”: “un joven pues va a la escuela, se la pasa ya con sus jefes, no se anda cuidando que lo pueden verguear o algo así”. En este sentido, las palabras de Israel denotan algunos de los tipos particulares de exclusión social que los jóvenes del poniente de Juárez experimentan cotidianamente, esto con relación a los ideales sociales que conforman las identidades como hombre joven, condiciones que terminan por conflictuar sus elaboraciones identitarias en términos del autorreconocimiento identitario y el acceso a aquellas condiciones sociales ideales. Al preguntarle directamente a Israel si él se considera un joven, se muestra sumamente confundido, se nota que hace un esfuerzo para poder dar una respuesta al cuestionamiento, después de un breve, pero intenso proceso de significación finalmente y con cierto titubeo responde que parcialmente: “no pues algo”. Israel trata de apuntalar en la edad su pertenencia a la identidad juvenil: “pues tengo 20”, una identidad a la que ahora le incorpora su actividad laboral en términos de

obligatoriedad para poder satisfacer las necesidades básicas de supervivencia y su búsqueda permanente de dinero para costear los gastos personales que resultan del hecho de vivir solo y sin ningún tipo de apoyo: “pero pues ya, bueno yo diría que ya me aplico más a jalar, ¿no?!, a tener feria pa’ mí, que, pues nadie me va a dar, si no tengo jale pues no como, sería eso”.

Por su parte, Edgar se reconoce y asume como “joven y adulto”. Lo hace de esta manera porque, por un lado, identifica en su persona gustos y comportamientos supuestamente juveniles; “de cavos”, tales como las relaciones amorosas, el agrupamiento y la convivencia con sus pares dentro del contexto social donde habita: “de chavo ir a convivir con mi morra o con el barrio”. Sin embargo, también descubre que posee algunas características de “los adultos”, a saber, trabajo y autosatisfacción de los insumos necesarios para la supervivencia, actividades que supuestamente corresponderían a los progenitores, sobre todo el padre, en relación con la supuesta jefatura familiar masculina y la proveeduría que estereotipadamente se le atribuye a esos hombres adultos: “pero también hago cosas que supuestamente los adultos hacen, de que yo compro mis propias cosas o me hago valer por mí mismo”.

En el caso de Gabriel, también hace referencia a la adultez y a algunas de sus supuestas características para poder reconocerse y asumirse dentro de identidad juvenil. Según Gabriel, los adultos se caracterizarían, en primer lugar, por las responsabilidades que asumen, compromisos íntimamente relacionados con roles y estereotipos tradicionales masculinos que presentan a los hombres como; adultos, casados, trabajadores, padres y jefes de familia, proveedores, responsables, quienes además deben de estar produciendo permanentemente: “ellos ya tienen responsabilidades en casa, con su familia, trabajando, chingándole siempre”. Sin embargo, Gabriel encuentra semejanzas entre su representación de la adultez y su particular condición juvenil. Dentro de su realidad social, los jóvenes, al igual que los adultos, también trabajan, aunque

estos últimos lo hacen con objetivos distintos. En el poniente de Ciudad Juárez, los jóvenes trabajan no solo para apoyar a la economía familiar, también lo hacen para poder proveerse pequeños lujos asociados con el arreglo personal y con algunas actividades de diversión y entretenimiento: “los jóvenes también trabajamos, pero es más como: ‘no que pa’ mi ropa, que pa’ mis tenis, que me voy a cortar el pelo, que una cachucha, que pa’ esto, que pa’ lo otro”. En este sentido, las responsabilidades con relación al trabajo y la proveeduría personal entre los jóvenes, no suelen significarse como obligados e ineludibles, a diferencia de los adultos, en quienes supuestamente constituyen elementos característicos.

5.5.4 Particularidades de otros de los principales generadores de prácticas y significados dentro del proceso de construcción de identidades como hombre joven

Como se ha visto, los contextos de violencia, pobreza y precariedad social constituyen elementos estructurales y estructurantes de la realidad social del poniente de Ciudad Juárez y de las subjetividades que ahí acontecen, con incidencia directa en la construcción de identidades como hombre joven. Sin embargo, no son los únicos elementos sociales que posibilitan la construcción de prácticas y significados que forman parte de dichas elaboraciones identitarias.

5.5.4.1 “No lo mataron, ni nada de eso” (muerte no violenta de alguna persona querida)

Los asesinatos dolosos no son las únicas experiencias afectivas significativas dentro de la trayectoria de vida de los participantes con incidencia directa en el proceso de construcción de sus identidades como hombre joven. La muerte no violenta de algún ser querido constituye otro tipo de experiencia que también influye significativamente en dichas elaboraciones identitarias.

“Eso mismo, también es lo más difícil, lo más duro... también la pérdida de mi abuelo, ya tiene mucho, ¿verdad?!, pero bueno es de lo más pesado también... no lo mataron ni nada de

eso, llegando al hospital él murió de una enfermedad que tenía y pus eso ha sido de lo más duro que me ha tocado vivir, mi abuelo era para mi papá, siempre nos criamos juntos, mis abuelos también eran mis papás también... pues es que como él trabajó en EL Paso y llegó así; bien malillo, ¿¿verdad?!, pero pues no supieron que fue lo que le pasó y no le he preguntado a mi abuela qué le pasó, por miedo, no le quiero recordar, pues no quiero saber cómo se va a poner, si fue por una enfermedad que tenía o algo que o un paro o algo, no sé, porque estuvo muy rápido, solamente... si fue muy rápido, porque se lo llevaron, llegando al hospital lo trasladaron en camilla, cuando se nos fue”. (Gabriel, comunicación personal, 26 de octubre de 2017)

“Pos la muerte de mi jefe, lo apreciaba, era chido el bato, nunca se fumó un toque conmigo, ni nada de eso, la verdad de repente si hace falta, pues nunca estuvo en mi vida y el día que lo vi, fui y vine, después me habló, fue un viernes, me habló: ‘¿qué Israel?, ¿qué anda haciendo?’, ‘no pus aquí tranquilo’, y lo mandé a la verga y pal lunes, martes, me avisaron: ‘no, lánzate pa’ cá, falleció tu jefe’, y pus me quedé acá, ¿¿no?!, lo tomé como un juego; ‘me quieren mamar nomás’, y mi tío me habló ya llorando, y pus ya me la creí, ya me quedé como acá: ‘jah no mames, que culero!... él trabajaba en la obra, pero se electrocutó, estaba echando una losa y quién sabe, con esas madres, un tubo para amacizar, así derechilla la levantó y pegó con los cables de luz, y como él traía una placa, se había caído en un andamio o algo así, y pus la pinchi luz, todo esto lo electrocutó, falleció, a la verga.” (Israel, comunicación personal, 25 de marzo de 2017)

“Hijo de su madre, pos lo más difícil fue recientón, en todo el año, el haber perdido a mis chavitos, fue los más culero; de ir acá chido en la escuela y después pasó eso y cómo que decaí gacho, se me fue todo el ánimo, no encontré algo que me alivianara, empecé a fumar mota, pero dije: ‘no pos qué gano’. y pos dije: ‘no gano nada con meterme a las drogas o andar pisteando’, y ya, pos me separé de la morra con la que iba a tener un chavito y ya como que dije: ‘no pos ya estuvo’ y me fui ganando poquillo a poquillo y volví a caer, y ya aquí en el CC me estuvieron haciendo el parillo, X me dijo: ‘yo sé lo que siente, yo he pasado eso y pos por algo han pasado las cosas’, y si, ya fui ganado... la morra con la que andaba yo, pus no se cuidaba, le decían que no hiciera tales cosas y le entraban por un oído y le salían por el otro y ya al momento de que tuvo la amenaza de aborto pos ese día yo iba a la escuela, me llamó y me dijo que estaba sangrando y ya fui por ella y la lleve de madres al hospital, pero ya habían dicho que no se podía hacer nada, que tenían que retenerlo, bueno retenerlos porque eran dos, eran unos gemelitos, ya dijeron que no se podía hacer nada y tuvieron que hacerle un legrado y ya”. (Edgar, comunicación personal, 27 de octubre de 2017)

“¿El más doloroso?... pues fue la muerte de mi amigo, también la de mi hermano esos han sido los momentos más dolorosos esos dos y el otro que... iba a ser papá por segunda vez pero se le vino el niño a mi esposa, esos tres han sido mis momentos más dolorosos ... hace tres años falleció mi hermano mayor y de ahí mi mamá y mi hermana se cohibieron mucho, se cerraron porque ellas cómo si estaban con él en ese momento, cuando nos enteramos que falleció, nosotros nos quedamos, así como que en shock... pero a mí me decían que por qué yo no lloraba, por qué, sí sabía que mi hermano había fallecido o algo por qué no lloraba, llegaban mis amigos o llegaban amigos de mi hermano y me abrazaban: ‘no mijo, llore lo que tenga que llorar, si quiere llorar llore, está, pues, en su momento’, ¿¿verdad?!, y yo así como que; no hay motivo, no hay razón y, yo ya estaba asimilando lo que le iba a pasar, porque ya todos sabíamos

que mi hermano no iba a pasar de ahí, él tenía una enfermedad que se llama pues es crecimiento de corazón... a mi mamá le tuvieron que dar tranquilizantes y pastillas para tranquilizarla, a mi hermana igual, mi hermana se empezó a perder en el alcohol por eso, mi mamá pues se cerró ya mucho y de ahí fue cuando empezamos a perder comunicación... porque te digo que yo ya había asimilado todo lo que pasaba, porque o sea yo ya había pasado la muerte de uno de mis amigos, que era como pues era prácticamente mi hermano, después de ahí pues yo empecé a te digo que empecé a cambiar mucho empecé a meterme más al el rap y a ir a la iglesia y pues dicen que, ahí en la iglesia, pues el duelo y todo eso y yo pues hablaba con los compañeros de ahí de la iglesia y decían: ‘no carnal, usted échele ganas, tu ahorita eres el único hombre que tienen ahí y pues no te tienen que ver caer, tienes que hacerlo pues por tu hijo, por tu hermana, tus papás, porque si ven que todos están llorando y tú también, va a ser más grande el dolor para ellos, tú tienes que ser, pues como quien dice el fuerte ahí, el bastón, para que no caigan’, y yo pues cuando estábamos ahí en el entierro prácticamente estaban llorando todos mi mamá, mi hermana y yo pues tranquilas siéntense, tranquilícense, todo bien... también el de mi esposa que estábamos juntos y me decía que empezaba a sangrar y que le dolía mucho y pues la llevé de urgencias al hospital, pero pues no la atendían y pues yo creo que si la hubieran atendido a tiempo no hubiera pasado eso, sino que a ella le decían que ya se le había venido el niño, pues yo me quedé, así como que no podía hacer nada, y pues yo me quedé como que... cuando me dijeron eso, pues si me dio un chorro de tristeza y si me solté llorando en ese momento, que, porque, o sea, porque no pudo ser algo bien como con el primer hijo y de ahí ella también se empezó a cerrar mucho a cohibir, ya no hablábamos como antes, ya no era como antes, ya era más como estar peleando por la nada, yo le preguntaba algo bien a ella y me contestaba, así como con gritos y así, y ya, en ese momento yo creo que si no hubiera fallecido, si no se hubiera venido el niño otra cosa sería, puede que estuviéramos juntos otra vez y así, pero pues este ese momento sí fue un poco doloroso para mí”. (José Luis, comunicación personal, 29 de marzo de 2017)

Al explorar más sobre las experiencias “más difíciles” padecidas por Gabriel, el joven habla de la muerte de dos de sus seres queridos, en ambos casos hombres quienes en algún momento fungieron como figuras paternas. Sin embargo, se observan diferencias significativas con relación a los significados para cada una de las defunciones. Por un lado, el joven experimentó el homicidio de su padrastro asociado con el crimen organizado, caracterizado por la opacidad, tanto en los motivos, como en la identificación y castigo de los perpetradores, circunstancias que han dificultado gravemente su elaboración subjetiva. Por otro lado, Gabriel padeció la muerte “natural” del abuelo, debido a “una enfermedad que tenía”, un hecho que ocurrió “hace mucho”, experiencia igualmente dolorosa y difícil, “pesada”, que significa como “lo más duro que le ha tocado vivir”, la cual ha perdurado a través del tiempo y sigue incidiendo en la subjetividad del joven. Para

Gabriel resulta importante puntualizar que a su abuelo “no lo mataron, ni nada de eso”, insistencia que muy probablemente busca evitar que una de las personas que más ha querido sufra la reiterada criminalización que acontece con las víctimas mortales en Ciudad Juárez. El abuelo murió “llegando al hospital” debido a una condición médica preexistente. La importancia que Gabriel atribuye a la muerte del abuelo se debe, en gran medida, a que durante mucho tiempo este fungió como su principal figura paterna, además de que, junto con la abuela, se hizo cargo de su crianza: “mi abuelo era para mi papá, siempre nos criamos juntos, mis abuelos también eran mis papás también”. Sin embargo, la muerte del abuelo también está íntimamente relacionada con las condiciones de pobreza y vulnerabilidad social que rigen en la zona poniente de Juárez. El abuelo, como mucha gente en la ciudad, se vio forzado a trabajar en El Paso, Texas, en su caso desarrollando actividades de “mantenimiento” en una casa, un empleo en el que no recibía seguridad social ni ninguna otra prestación. Según el joven, el abuelo enfermó en aquel lugar, pero no recibió atención médica a pesar de que su salud se agravó significativamente: “pues es que como él trabajó en EL Paso y llegó así; bien malillo, ¿verda?!”. El padre simbólico se vio en la necesidad de regresar a Juárez para ser atendido en un hospital de la ciudad, en donde murió al poco tiempo de haber ingresado, sin que se conocieran bien las causas de la muerte: “pero pues no supieron que fue lo que le pasó”. La supuesta opacidad en la muerte del abuelo se ha visto reforzada por la negativa del joven a explorar lo ocurrido, argumentando que “no le quiere recordar a la abuela” el suceso, toda vez que le atemoriza su reacción: “no le he preguntado a mi abuela qué le pasó, por miedo, no le quiero recordar, pues no quiero saber cómo se va a poner”. Dicha actitud, también puede ser pensada como otra forma de proyectar en la figura de la abuela las experiencias afectivas inherentes a la muerte del abuelo, las cuales le corresponderían al joven.

Por su parte, Israel, habla sobre el fallecimiento de su padre; “la muerte de su jefe” como “lo más doloso” que ha experimentado en su vida. Sin embargo, el joven denota ciertas dificultades para expresar verbalmente los afectos asociados con aquel personaje, dificultad que se refuerza debido al tipo de vinculación que se construyó entre ambos. Lo más que el joven pudo decir de su padre es que “lo apreciaba”, lo quería, que era agradable, “era chido el bato”, valoración que se sustenta en el hecho de que nunca consumieron drogas juntos: “nunca se fumó un toque conmigo, ni nada de eso”, un comportamiento que el joven significa como una forma en la que el padre cuidó de él. Al rememorar la muerte del papá, con cierta tristeza el joven cae en cuenta que en varias ocasiones ha extrañado su compañía: “la verdad de repente si hace falta”, anhelo que es añejo en Israel, debido que considera que el padre “nunca estuvo en su vida”. También con cierta culpa, Israel recuerda las últimas veces que interactuó con el progenitor, primero presencialmente y posteriormente por teléfono. La vez que se encontraron convivieron brevemente. El día que el padre le marcó por teléfono el joven no quiso hablar más tiempo con él: “el día que lo vi, fui y vine, después me habló, fue un viernes, me habló: ‘¿qué Israel?, ¿qué anda haciendo?’, ‘no pus aquí tranquilo’, y lo mandé a la verga, fue un viernes, me habló ‘¿qué Israel?, ¿qué anda haciendo?’, ‘no pus aquí tranquilo’, y lo mandé a la verga”. La muerte del padre resultó intempestiva e inesperada para el joven, lo mismo que dolorosa y un tanto traumática. Cuando le informaron de lo ocurrido el joven no daba crédito, no podía aceptar la muerte del padre, fue necesario que varios familiares le confirmaran lo acontecido para que finalmente lo creyera, aceptación que llegó acompañada de cierta tristeza: “no, lánzate pa’ cá, falleció tu jefe’, y pus me quedé acá, ¡¿no?!, lo tomé como un juego; ‘me quieren mamar nomás’ y mi tío me habló ya llorando, y pus ya me la creí, ya me quedé como acá: ‘¡ah no mames, que culero!’”. Asimismo, la muerte del padre también estuvo relacionada con las condiciones de pobreza y vulnerabilidad

social que gobiernan en la zona poniente de Juárez y con algunos de los ideales masculinos que dificultan el autocuidado entre los hombres (De Keijzer, 2006, 2016; Leach, 1999; Connel, 1995). El padre trabajaba “en la obra” y ahí murió, un trabajo sin seguridad social, ni prestaciones, el cual se basa en grandes esfuerzos físicos que no pocas veces perjudican la salud de los trabajadores, tal y como ya había ocurrido con el padre quien previamente había padecido un accidente de trabajo que mermó significativamente sus capacidades físicas. Un trabajo que se desarrolla dentro de contextos laborales en donde impera la falta de condiciones de seguridad y equipamiento, las más de las veces porque no se proveen, pero también porque los trabajadores repetidamente se resisten a adoptar prácticas de cuidado y protección: “él trabajaba en la obra, pero se electrocutó, estaba echando una losa y, quien sabe con esas madres, un tubo para amacizar así derecha, la levantó y pegó con los cables de luz, y como él traía una placa, se había caído en un andamio o algo así, y puso la pinchi luz, todo esto le electrocutó. Falleció, a la verga”.

Edgar, habla sobre “lo más difícil que ha vivido”. Visiblemente emocionado el joven narra esa experiencia que considera “reciente”, cuyos efectos perjudiciales se manifestaron a lo largo de casi un año: “hijo de su madre, pos lo más difícil fue recientón, en todo el año”. El joven “perdió a sus chavillos”, a sus hijos, experiencia que significa como “lo más culero”, “lo más difícil” que ha vivido en su corta vida. Según el joven, en esa época “todo iba bien” en su vida, no hacía mucho había comenzado a vivir con su pareja en turno debido a que estaba embarazada, además de que había logrado mantenerse en la escuela preparatoria, así transcurría su cotidianidad hasta que “pasó eso”, hasta que aconteció un “aborto espontáneo” que acabó con la vida de “sus chavitos”, circunstancia que le provocó en el joven una caída anímica significativa y duradera; “decayó gacho”, se le fue “todo el ánimo”. Edgar ensayó, sin mayor éxito, distintas prácticas sociales con la esperanza de mitigar los experiencias dolorosas y displacenteras que en ese momento padecía,

incluso echó mano del consumo de drogas (marihuana y alcohol) para ver eso le ayudaba a minimizar la intensidad de aquellos afectos, esto en correspondencia con el uso cultural de las sustancias tan arraigado entre los hombres de aquella región: “no encontré algo que me alivianara, empecé a fumar mota”. Sin embargo, eso no fue suficiente, no pasó mucho tiempo desde el momento en el que Edgar comenzó a utilizar drogas para que decidiera dejar de hacerlo. El joven rápidamente comprendió que los perjuicios derivados del consumo de dichas sustancias resultaban mayores en comparación con los supuestos beneficios que ofrecían: “pero dije: ‘no pos qué gano’. y pos dije: ‘no gano nada con meterme a las drogas o andar pisteando’”. En este sentido, el joven también decidió terminar la relación sentimental con aquella mujer, esto como parte de una estrategia global que buscaba significar la muerte de sus chavillos: “y ya, pos me separé de la morra con la que iba a tener un chavito y ya como que dije: ‘no pos ya estuvo’”. Acciones que, en conjunto, gradualmente y no sin retrocesos, le ayudaron a recuperar el ánimo perdido: “y me fui ganando poquillo a poquillo y volví a caer”. También ayudó bastante a esta empresa el CC, toda vez que ahí encontró una sólida red de apoyo, empatía por parte de otros hombres, prácticas y significados “alternativos” asociados con la muerte, lo mismo que la tan anhelada contención emocional que desde hacía mucho había estado buscando: “y ya aquí en el CC me estuvieron haciendo el parillo, X me dijo: ‘yo sé lo que siente, yo he pasado eso y pos por algo han pasado las cosas’, y si, ya fui ganado”. Al explorar más sobre las causas de la muerte de sus hijos, Edgar habla sobre el aborto que terminó intempestivamente con el embarazo de sus “gemelitos”, además de que le atribuye a la madre gran parte de la responsabilidad en lo ocurrido, debido a los supuestos descuidos cometidos por esta y a su negativa para seguir las indicaciones de cuidado que previamente había recibido, actitudes que muy probablemente también contribuyeron en su decisión de terminar esa relación sentimental: “la morra con la que andaba yo, pus no se cuidaba,

le decían que no hiciera tales cosas y le entraban por un oído y le salían por el otro”. Para Edgar, la pérdida de los productos en gestación es representada como la muerte de los hijos, un tipo de significación que en las últimas décadas se ha vuelto cada vez más común entre los futuros padres, quienes deciden asumir su paternidad desde el momento del embarazo, de ahí que signifiquen al feto como hijo y persona, una acción que además está íntimamente relacionada con la importancia que este adquiere en la vida del progenitor (C. González et al., 2017). Edgar hizo todo lo que estuvo a su alcance para tratar de evitar el aborto, se trasladó rápidamente hasta el lugar donde estaba su pareja, para después llevarla urgentemente a un hospital con la intención de que recibiera atención médica, sin embargo, no fue suficiente: “pos ese día yo iba a la escuela, me llamó y me dijo que estaba sangrando y ya fui por ella y la llevé de madres al hospital, pero ya habían dicho que no se podía hacer nada, que tenían que retenerlo, bueno retenerlos, porque eran dos, eran unos gemelitos”. Para Edgar la pérdida de sus “gemelitos” ha sido tan significativa que decidió utilizar su cuerpo para afianzar el proceso de elaboración del duelo, decidió tatuarse un “homenaje”, es decir, una imagen que retrata a la persona que ha muerto, en su caso una que hace referencia a sus “gemelitos” no natos.

Al preguntarle a José Luis sobre “lo más doloroso” que ha vivido el joven responde casi automáticamente que el asesinato de su amigo, ocurrido en una riña entre pandillas, sin embargo, rápidamente rememora otras dos muertes a las que también les otorga el mismo estatus, a saber, el fallecimiento del hermano mayor y el aborto del que sería su segundo hijo: la muerte de mi amigo, también la de mi hermano esos han sido los momentos más dolorosos esos dos y el otro que... iba a ser papá por segunda vez, pero se le vino el niño a mi esposa”. La muerte del hermano aconteció tres años antes de nuestro encuentro, una experiencia dolorosa que impactó negativamente en el ánimo de todos los miembros de la familia, sobre todo en la madre y en la hermana, quienes

terminaron por caer en el mutismo y el aislamiento, repercusiones que, según el joven, estarían vinculadas con la cercanía relacional entre esos miembros de la familia. Estas mujeres no solo estuvieron con el enfermo en el momento de su muerte, también compartían con él la casa, además de que se habían involucrado activamente en sus cuidados, actividades que forman parte de los ideales femeninos tradicionales que asignan a las mujeres funciones de cuidado de los otros, al mismo tiempo que encuentran su contraparte en el desasimiento que los hombres suelen asumir al respecto, tal y como ocurrió con José Luis y su padre: “hace tres años falleció mi hermano mayor y de ahí mi mamá y mi hermana se cohibieron mucho, se cerraron porque ellas cómo si estaban con él en ese momento”. En el momento de aquella muerte, José Luis vivía en compañía de su pareja en turno y de su hijo, lo hacían en la casa de los padres de ella, toda vez que les permitieron estar ahí en lo que “construían algo”. Por teléfono, la familia le informó al joven el fallecimiento del hermano, quien de inmediato lo comunicó a su pareja, una noticia que, aunque ya se esperaba, provocó intensas emociones en ambos, las cuales por momentos escaparon al entendimiento y a la elaboración subjetiva: “cuando nos enteramos que falleció, nosotros nos quedamos, así como que en shock”. Ya en el velorio, José Luis se muestra tranquilo, no manifiesta sus afectos por medio del llanto como sí lo hacían la madre y la hermana, sosiego que incluso causó extrañeza entre sus allegados. Entre sus amigos más cercanos fueron reiteradas las invitaciones a llorar, en tanto manifestación por antonomasia del dolor y la tristeza, la cuales, tradicionalmente resultan denegadas dentro de la socialización tradicional masculina, toda vez que son percibidas como signos de debilidad, es decir, contravienen los ideales masculinos de fuerza y valentía. Aunque, paradójicamente, encuentran cabida en determinadas circunstancias como la muerte del ser querido, una situación en la que los hombres están autorizados a mostrar ese tipo de afectividad; normativa y reguladamente pueden llorar y mantener contacto físico entre ellos, sin temor a que

su hombría pueda verse cuestionada, empresa que debido a la potencia de la socialización previa, muchas veces resulta inaccesible para esos hombres que sufren: “pero a mí me decían que por qué yo no lloraba, por qué, sí sabía que mi hermano había fallecido o algo por qué no lloraba, llegaban mis amigos o llegaban amigos de mi hermano y me abrazaban: ‘no mijo, llore lo que tenga que llorar, si quiere llorar llore, está, pues, en su momento’, ¡¿verdad?!”. José Luis, no lloró, no encontró “motivo”, ni “razón” para hacerlo, él “ya sabía lo que iba a pasar” y, por lo tanto, ya “lo había asimilado”. Así, echando mano de la supuesta “racionalidad masculina” el joven pudo enfrentar la muerte del hermano, actitud que contrastó con la que adoptaron la madre y la hermana, quienes se mostraron visiblemente afectadas, tanto que ambas necesitaron apoyo farmacológico para poder contener sus manifestaciones afectivas: “a mi mamá le tuvieron que dar tranquilizantes y pastillas para tranquilizarla, a mi hermana igual”. El fallecimiento del hermano terminó por dificultar más la, ya de por sí, deteriorada relación familiar, experiencia que, según el joven, provocó que la hermana incrementara su consumo de alcohol y que a la madre se entregara al mutismo y al ensimismamiento, actitudes estas últimas que posibilitaron un cese en la precaria comunicación que hasta entonces mantenía con José Luis: “mi hermana se empezó a perder en el alcohol por eso, mi mamá pues se cerró ya mucho y de ahí fue cuando empezamos a perder comunicación”. Al explorar más sobre la forma en la que el joven enfrentó la muerte del hermano, José Luis comenta que ésta se fundamentó en el aprendizaje previo derivado del asesinato del hermano simbólico, experiencia que le permitió asimilar el segundo fallecimiento: “porque te digo que yo ya había asimilado todo lo que pasaba, porque, o sea, yo ya había pasado la muerte de uno de mis amigos, que era como pues era prácticamente mi hermano”. Entre las prácticas sociales que ayudaron al joven a significar ambas muertes destacan “el rap” y la asistencia a “la iglesia”, esta última una comunidad de práctica constructora de identidades juveniles en la que predominan

ideologías religiosas y patriarcales, íntimamente relacionadas, interdependientes y complementarias. En la iglesia, otros hombres lo orientaron sobre las formas en las que Edgar “debería” enfrentar la muerte del hermano, estrategia que se basó en gran medida en ideales masculinos hegemónicos que posibilitaron que el joven se posicionara como “el hombre de la casa”, “el fuerte de la familia”, “el que no podía dejarse caer”, que “no podía llorar”, alguien que tenía que sacrificar su bienestar emocional, en beneficio de aquellas personas “débiles” como los niños y las mujeres: “pues dicen que, ahí en la iglesia, pues el duelo y todo eso, y yo pues hablaba con los compañeros de ahí de la iglesia y decían: ‘no carnal, usted échele ganas, tu ahorita eres el único hombre que tienen ahí y pues no te tienen que ver caer, tienes que hacerlo pues por tu hijo, por tu hermana, tus papás, porque si ven que todos están llorando y tú también, va a ser más grande el dolor para ellos, tú tienes que ser, pues como quien dice; el fuerte ahí, el bastón, para que no caigan’”. Con relación al aborto del que sería su segundo hijo, José Luis, igual que Edgar, significa la experiencia como la muerte de un hijo, interpretación que, por un lado, estaría relacionada con la rápida asunción de la paternidad con relaciona ese producto, mientras que, por el otro, con la experiencia previa de paternidad (C. González et al., 2017). Asimismo, el joven menciona que la amenaza de aborto comenzó intempestivamente mientras se encontraba reunida la familia. Ella le informó de sus malestares, él, por su parte, respondió “llevándola” rápidamente a un hospital: “estábamos juntos y me decía que empezaba a sangrar y que le dolía mucho y pues la llevé de urgencias al hospital”. Los esfuerzos de José Luis no fueron suficientes y finalmente se concretó el aborto, sin embargo, para el joven la responsabilidad de lo ocurrido recae en el servicio médico al que acudieron: “pero pues no la atendían y pues yo creo que si la hubieran atendido a tiempo no hubiera pasado eso, sino que a ella le decían que ya se le había venido el niño”. La confirmación del aborto impactó fuertemente a José Luis, por unos instantes no pudo comprender

lo que estaba pasando: “pues yo me quedé, así como que, no podía hacer nada, y pues yo me quedé, como qué”. Después de la confusión, José Luis experimentó una intensa tristeza, que, muy a su pesar, le provocó un llanto copioso que fue incapaz de contener, al que le siguieron ideas de reproches y comparaciones entre lo que recién había ocurrido y la experiencia previa con su primogénito: “cuando me dijeron eso, pues si me dio un chorro de tristeza y si me solté llorando en ese momento, que, porque, o sea, porque no pudo ser algo bien como con el primer hijo”. La interrupción involuntaria del embarazo caló hondo en la pareja. El joven refiere que después de lo ocurrido ella se ensimismó y dejó de realizar las actividades que otrora realizaba cotidianamente: “ahí ella también se empezó a cerrar mucho a cohibir”. José Luis comenta que fue a partir de esa experiencia que la relación amorosa comenzó a transformarse; entre ellos, dejaron de hablar y relacionarse como regularmente lo hacían, en su lugar se instalaron peleas y discusiones, la más de las veces motivadas por actitudes hostiles que ambos asumían sin que existiera algún motivo aparente, aunque muy probablemente obedecían a aquellas experiencias de dolor y frustración provocadas por el aborto que no habían alcanzado otro tipo de significaciones: “ya no hablábamos como antes, ya no era como antes, ya era más como estar peleando por la nada, yo le preguntaba algo bien a ella y me contestaba, así como con gritos y así”. Para José Luis, la pérdida de su segundo hijo fue determinante en la ruptura de la relación: “yo creo que sí no hubiera fallecido, si no se hubiera venido el niño otra cosa sería, puede que estuviéramos juntos otra vez”.

5.5.4.2 “La loquera” (abuso de drogas)

Otra práctica social que suele ser bastante socorrida entre los hombres jóvenes del poniente de Ciudad Juárez y que tiene incidencia directa en su proceso de construcción de sus identidades suele

ser *la loquera*, un término contextual que hace referencia abuso de drogas legales, pero sobre todo ilegales.

“¡Loquera!... “pase”, “mota”, “birria”, ¡nomás!... la pachanga entre *homies*, pero entre drogas, una que otra morrita, pues de repente le caen y se arma... si no tengo nada qué hacer pues: ‘¡pásenle!’; vivo nomás con mi carnal y yo nomás y no pues: ‘¡cáiganle!’; si viene visita y de repente es un primo mío el que va, y a veces sus compillas, ¡no pues cáiganle! y como no son así como que bules, pos: ‘¡pásenle!’, o sea bulancones: que andan acá, te mira un güey y ahí andan: ‘¿qué?, ¿qué me miras?... asaltos de repente, cuando entraba en la loquera del aerosol... pintura, con así que estaba picadote pos sí asaltaba”. (Israel, comunicación personal, 25 de marzo de 2017).

“La neta yo era pues bien pedotote y fumaba, andaba pa’ todos lados, así de desastroso... pues de borrachote, andábamos de canijos, de locos por ahí... si pues un toquecillo de vez en cuando, una birria, cigarros y así... por decir; me echaba una birria y chida, pues el cotorreo, el ambiente y todo, podía con un toquecillo así igual, porque tenía varios compas que se echaban un toquecillo y se ponían agresivos..., no, yo era tranquilo, de esos de “los normalones”, ya relajado y todo tranquilo... pues aquí mismo, y en veces nos íbamos pues a las casas de unos compas y así, por decir pa’ allá arriba, de este lado, salíamos a diferentes partes, a fiestas y ahí era donde se hacia el desastre”. (Fredy, comunicación personal, 26 de marzo de 2017)

“Ahorita si vas a una fiesta lo primero que vas a ver van a ser drogas, alcohol y entras a la casa y vas a ver que ya hay un chingo de gente drogándose o hasta en los pasillos teniendo relaciones y no me entona, la única vez que fui a una fiesta entré y un chingo de olor a mota y otros güeyes ahí periqueando, y otros güeyes ahí inyectándose dices: ‘a chinga pos que ganan con eso’... O sea, me gusta tomar, pero no así a tal exceso porque yo si tomo, es unas dos, tres y ya estuvo, porque a mí nunca me gustó ver cuando mi papá se ponía así borrachote y estaba ahí en el piso vomitando y luego también con lo de las drogas, yo las dejé porque mi tío falleció de eso, consumió mucha heroína y se inyectó mal, le dio tuberculosis con una jeringa que ya había usado un bato, la usó él, contrajo una enfermedad y ahí dije yo: ‘no pus ya estuvo, drogas ya cero’”. (Edgar, comunicación personal, 27 de octubre de 2017)

“No pos siempre me la mantengo en la calle, bueno no siempre, no tanto, ni todo el día, pero si todos los días me la mantengo aquí en el parque, desde la mañanita hasta la noche y pos ya que todo mundo está aquí, pos es todo lo que hago en mi día nomás, y como ahorita dejé de trabajar pues con más razón vengo aquí al parque y pos ya es lo único que hago la neta, puro estarme drogando y ya... ya ahorita soy un drogadicto como dice toda la gente, yo me siento lo que dice la gente, todos los días fumando mota y andar en la calle y pos cómo que... ¿cómo le llamarían a uno así?... pos drogadicto, ¡¿no?!”. (Tomás, comunicación personal, 28 de marzo de 2017)

“Se ponen bien grifos, fuman piedra, cómo te diré... los chavos de mi generación están perdidos todos, o sea, van por un mal camino... pues en el camino de las drogas, a mí se me hace que van mal, yo, dos, tres veces sí les he tratado de hacer reflexionar: ‘que te ves mal’, con esto, con lo otro, y les digo: ‘como compa te quise hacer ver, pero tú no me hiciste caso, no te

voy a insistir, tú sabrás qué haces, pero yo que no le pongo a nada, no quisiera verme así', para que ellos vean lo que yo les digo". (Gabriel, comunicación personal, 26 de octubre de 2017)

En primera instancia, es posible proponer que *la loquera* constituye una práctica social predominantemente masculina, íntimamente relacionada con la socialización y el agrupamiento juvenil en el poniente de Ciudad Juárez, sobre todo en las actividades de diversión y entretenimiento, experiencias que la más de las veces acontecen en espacios cerrados que ayudan a los participantes a minimizar algunos de los peligros presentes en el espacio público inmediato.

Para Israel, *la loquera* incluye el consumo grupal de cocaína (pase), marihuana (mota) y birria (cerveza). Ingesta que sirven de base para el agrupamiento juvenil y la diversión (la pachanga) que acontecen dentro el espacio privado, en la casa de alguno amigo, en donde existe selectividad entre los asistentes, acotada a todos aquellos amigos que “no son bules, bulancones; que andan acá, te mira un güey y ahí andan: ‘¿qué?, ¿qué me miras?’”, es decir, jóvenes que se caracterizan porque son capaces de inhibir el desarrollo de prácticas relacionales violentas contra sus pares. *La loquera* es una práctica amplia y flexible que también puede incluir el ejercicio de la sexualidad masculina tradicional, a saber, heterosexual, centrada en la genitalidad y la penetración, al mismo tiempo que cierta cosificación de las mujeres jóvenes toda vez que son significadas como agregados de la diversión masculina y juvenil y como depositaras genéricas del deseo sexual de ellos: “una que otra morrita, y de repente le caen y se arma”. Así, *la loquera* constituye una práctica social que ofrece a sus participantes relativas condiciones de seguridad con relación los peligros que acontecen en el espacio público, aunque, paradójicamente, internamente termina por afianzar otras conductas de riesgo, tales como abuso de drogas y relaciones sexuales sin protección. Asimismo, *la loquera* resulta ser una práctica social relativamente improvisada que puede acontecer en cualquier día y hora, sin obedecer a ningún otro motivo que nos sea simplemente el de consumir drogas y divertirse en grupo. En el caso de Israel, su participación en *la loquera* se ve reforzada

por la aparente desocupación que acontece en su tiempo libre, íntimamente relacionada con la falta de opciones de diversión y entretenimiento para los jóvenes del poniente de Juárez, al igual que por la vida independiente que mantiene en compañía del hermano menor: “pues de repente le caen y se arma... si no tengo nada qué hacer pues: ‘¡pásenle!’ , vivo nomás con mi carnal y yo nomás, y no pues: ‘¡cáiganle’”. Hace unos años, para Israel, *la loquera* también incluía el consumo de inhalantes; “aerosol” y “pintura”, sustancias volátiles de bajo costo y alta disponibilidad que producen vapores químicos que se inhalan para obtener efectos psicoactivos que además generan rápidas afectaciones a los sentidos implicados y a nivel cerebral. Un tipo de intoxicación que, en el caso del joven, posibilitaba la comisión de delitos como el robo con violencia: “con así que estaba picadote pos sí asaltaba”.

Fredy, por su parte, se sincera con el entrevistador y habla de cómo el abuso de drogas legales e ilegales formaba parte de las que en otro momento eran prácticas comunes de agrupamiento y diversión: “la neta... era bien pedote y fumaba, andaba pa’ todos lados, así de desastroso... pues de borrachote, andábamos de canijos, de locos por ahí”. Hace algunos años, Fredy bebía cerveza (birria) repetidamente y en exceso, también consumía regularmente marihuana (un toquecillo) y tabaco (cigarros), prácticas que realizaba en compañía de otros jóvenes con los que se reunía para divertirse, festejos caracterizados por excesos en el consumo de drogas y, según el joven, por cierta pérdida de control entre los asistentes. Asimismo, las palabras del joven permiten apreciar el lugar de antonomasia que el consumo de drogas tiene en la diversión y el entretenimiento de muchos de los jóvenes de la zona poniente de Juárez. En su caso, la “birria” le permitía sentirse a gusto en esas reuniones, le permitía relacionarse con otros jóvenes, dentro de ambientes sociales que significa como agradables, pero generados en gran medida por el consumo de las sustancias: “por decir; me echaba una birria y chida, pues el cotorreo, el ambiente y todo”. Fredy refiere que en

aquella época tenía la capacidad de consumir marihuana sin sufrir alteraciones comportamentales significativas, caso contrario a lo ocurrido con varios de sus amigos y acompañantes quienes repetidamente presentaban comportamientos violentos, que el joven asocia con el consumo de las sustancias: “podía con un toquecillo así igual, porque tenía varios compas que se echaban un toquecillo y se ponían agresivos”. En este sentido, el joven podía inhibir el desarrollo de algunas prácticas relacionales violentas que suelen ser tan comunes entre los jóvenes de esa región. En su caso, no buscaba el poder, ni la dominación de la alteridad como algunos de los ideales juveniles contextuales demandan, al contrario, él podía asumir una actitud pacífica y amigable: “yo era tranquilo, de esos de los *normalones*, ya relajado y todo tranquilo”. Asimismo, el joven también refiere que las reuniones con sus amigos, además de reiteradas, ocurrían en distintas locaciones dentro de la zona poniente de Juárez, eso sí, siempre en el espacio privado, que como se ha dicho ofrece condiciones relativas de seguridad a los asistentes.

Por su parte, Edgar también da cuenta de cómo el abuso de drogas se relaciona con el agrupamiento juvenil y su diversión. Desde la periferia de la práctica social, el joven narra lo que, según él, ocurre en “las fiestas” de los jóvenes, una vez más caracterizadas por desarrollarse en espacios privados (en casas) y por el consumo de drogas legales e ilegales: “ahorita si vas a una fiesta lo primero que vas a ver van a ser drogas, alcohol y entras a la casa y vas a ver que ya hay un chingo de gente drogándose”. Edgar, refiere que también es común que al interior de las fiestas acontezcan relaciones sexuales sin mayor privacidad: “hasta en los pasillos teniendo relaciones”, prácticas sexuales que, que más allá del papel activo que los jóvenes asumen en su desarrollo, están íntimamente relacionadas con las condiciones de pobreza y precariedad en las que viven cotidianamente, aprehensibles en falta de espacios para la intimidad y la sexualidad que, a su vez, posibilita el desarrollo de prácticas sexuales “rápidas” y “directas” que dificultan el autocuidado

de los jóvenes y su disfrute. Tanto el consumo de drogas, como las prácticas sexuales relativamente públicas, resultan prácticas que le desagradan al joven; “no me entona”. Edgar habla sobre “la única vez que fue a una fiesta”, experiencia que le resultó suficiente para decidir no acudir más a ese tipo de reuniones. Lo que más llamó la atención del joven fue la intensidad del consumo de marihuana (mota), cocaína (periqueando) y heroína (inyectándose) que ahí ocurría, lo mismo que la prevalencia entre los asistentes, circunstancias que le demandaron desarrollar posicionamientos y posturas al respecto: “entré y un chingo de olor a mota y otros güeyes ahí periqueando, y otros güeyes ahí inyectándose, dices: ‘a chinga pos’ que ganan con eso”. En varios momentos de su vida el joven ha consumido drogas ilegales, sobre todo “mota” y “coca”, sin embargo, ha podido suspender totalmente su consumo. Actualmente, Edgar solo consume alcohol, aunque lo hace de forma moderada: “me gusta tomar, pero no así en tal exceso, porque yo si tomo es unas dos, tres y ya estuvo”. Así, a través de la abstinencia de drogas ilegales y la ingesta regulada de alcohol, el joven ha sido capaz de minimizar los riesgos asociados con el consumo esas sustancias, actitud que se ha visto fuertemente reforzada por antiguas experiencias en las que Edgar dio fe de los perjuicios que *la loquera* puede llegar a provocar. En este sentido, se sabe que *la loquera* es una práctica añeja entre los hombres del poniente Ciudad Juárez, la cual se ha desarrollado por generaciones. De ahí que no resulte extraño que los hombres jóvenes de esa región hayan tenido experiencias previas asociadas con dicha práctica, no porque hayan participado directamente en ella, sino porque algún familiar y/o conocido cercano lo hacía habitualmente, tal y como ocurrió con el padre y el tío de Edgar, experiencias que inciden en la forma en la que el joven se posiciona y actúa con relación al consumo de drogas: “a mí nunca me gustó ver cuando mi papá se ponía así borrachote y estaba ahí en el piso vomitando, y luego también con lo de las drogas yo las dejé porque mi tío falleció de eso, consumió mucha heroína y se inyectó mal, le dio tuberculosis con

una jeringa que ya había usado un bato, la usó él, contrajo una enfermedad y ahí dije: ‘yo no pus ya estuvo, drogas ya cero’”.

Entre los jóvenes del poniente de Juárez se observan distintos y muy variados tipos de participación con relación a *la loquera*, la cual ocurre en distintos contextos, grados y magnitudes, además de que encuentra distintos motivadores, posicionamientos y posturas. Sin embargo, en algunos casos el consumo de drogas puede ser tan intenso y permanente, tanto que incluso puede llegar a reorganizar la cotidianidad de algunos hombres jóvenes de la zona. Jóvenes como Tomás cuya vida no sólo se organiza a partir del consumo de drogas, sino que llega a constituir la principal práctica social generadora de identidad como hombre joven. Este joven “siempre se la mantiene en la calle”, “puro estarse drogando”, “desde la mañanita hasta la noche”, comportamiento que, aunque le genera daños a su salud, estigmatización, discriminación y segregación dentro del contexto social, sobre todo por parte de “los adultos”, en la praxis le ha permitido integrarse a la organización social masculina-juvenil que acontece en su nuevo barrio, esa que se desarrolla en el espacio público y que históricamente ha estado gobernada por los hombres a través de prácticas relacionales violentas, eso sí, ocupando uno de los lugares más bajos dentro la estructura jerárquica que ahí se ha conformado: “y pos´ ya que todo mundo está aquí, pos´ es todo lo que hago en mi día nomás”. En el caso del joven, el consumo de drogas devino interdependiente de su condición de desempleo; ahora que no trabaja el joven consume mayor cantidad de droga, además de que dedica más tiempo a esa práctica, pero probablemente las afectaciones asociadas con el consumo previo influyeron en la pérdida del trabajo: “y como ahorita dejé de trabajar pues con más razón vengo aquí al parque y pos ya es lo único que hago la neta, puro estarme drogando y ya”. Tomás denota cierta conciencia del estigma y la discriminación que padece debido a que consume drogas, sin embargo, el joven termina por incorporar esos discursos y asumirlos como verdaderos que lo

llevan a justificar la violencia que padece e incluso autoinfligírsela: “ya ahorita soy un drogadicto como dice toda la gente, yo me siento lo que dice la gente, todos los días fumando mota y andar en la calle y pos cómo que... ¿cómo le llamarían a uno así?... pos drogadicto, ¡¿no?!”. Al respecto Domínguez y Ravelo (2011) mencionan que este tipo de identidades llevan implícita una doble victimización, la primera con referencia al cuerpo del joven y las condiciones sociales que posibilitan su adicción a las drogas, mientras que la segunda hace referencia a su criminalización y por tanto su persecución policiaca, pero también social que padecen.

Al explorar con Gabriel “a qué se dedican” los jóvenes de ahí en su barrio, éste contesta contundentemente: “se ponen bien grifos, fuman piedra”, es decir, a abusar de drogas, sobre todo marihuana y cocaína. Para este joven, “todos” sus pares “están perdidos”. Él cree que “los chavos de su generación... van por un mal camino, el camino de las drogas... se ven mal”, interpretación que, más allá de los daños y riesgos asociados al consumo de drogas entre los consumidores, denota juicios morales que estigmatizan el consumo y generan discriminación y exclusión entre los consumidores, actitudes que, paradójicamente, dificultan más las posibilidades de desarrollo personal entre aquellos que dependen de esas sustancias debido a que invisibilizan las condiciones sociales y/o personales que la posibilitaron. Para Gabriel, los consumidores de drogas resultan alteridades con las que se relaciona cotidianamente, toda vez que comparten y negocian el mismo espacio público, a saber, “las canchas”, “el parque”, “la calle”, jóvenes con quienes además establece vínculos amistosos y afectivos ambivalentes. En este sentido, el joven busca ayudar a “sus compas” a lograr la abstinencia de las sustancias, lo intenta echando mano de “la racionalidad masculina” y de juicios morales, estrategia que las más de las veces resulta ineficaz y probablemente termina por tensar la relación entre ellos: “yo, dos, tres veces sí les he tratado de hacer reflexionar: ‘que te ves mal’, con esto, con lo otro, y les digo: ‘como compa te quise hacer

ver, pero tú no me hiciste caso, no te voy a insistir””. El joven también echa mano de su persona para tratar de apoyar a los consumidores, Gabriel se presenta como modelo juvenil aspiracional que busca ayudar a los jóvenes a alcanzar la abstinencia, una actitud que también le permite protegerse ante el consumo de drogas: “pero yo que no le pongo a nada, no quisiera verme así”, para que ellos vean lo que yo les digo”.

5.5.4.3 ¿Sabes qué es tener sexo? (sexualidad juvenil)

Si bien las personas constituyen seres sexuados que construyen sexualidad a lo largo su vida, ésta adquiere significados particulares inherentes a la construcción de identidades como hombre joven.

“Somos muy inocentes a esa edad, no sabemos, bueno yo no sabía a esa edad cosas como: ‘me aventé una puñeta’, y yo decía; ‘qué es una puñeta’, y todos se reían de mí porque no sabía ni qué rollo, y ya cuando fueron pasando los años yo ya fui aprendiendo más que era una puñeta o que esto o aquello... pos la mentalidad que tiene uno de niño a cuando la tiene de grande, porque de niños no saben ni que rollo, no sabes, uno como niño le preguntas; ‘oye, ¿sabes qué es tener sexo?’, pos te va a decir ‘no pos no sé qué es’... y un joven sí va a saber”. (Edgar, comunicación personal, 27 de octubre de 2017)

“Pues lo que yo diferenciaría es que a un niño tú le dices: ‘mira esa niña’, ‘está bien fea, piojosa o así’, o sea no hacen mucho caso a las mujeres. ¿¿verdad?!, o sea tu les dices; ‘¡eh, ira tu novia!’, y el niño, así como que; ‘¡eh, no es cierto!’, y se enoja, y un chavo le dices; ‘mira esa chava’, y; ‘¡ah, no pues si güey, está bien buena!’, es como que la diferencia, como que el cambio de ver a la mujer, ¿¿no?!, es lo que yo digo que diferenciaría a un niño de un chavo.” (José Luis, comunicación personal, 29 de marzo de 2017).

“¿Cuándo empieza uno a ser joven?... cuando ya le empiezan a gustar a uno, por decir, las mujeres a los hombres, así que te gustan otro tipo de cosas... las mujeres, pero por decir yo siempre fui al futbol y pues mujeres casi no me llamaban la atención, pero por decir antes de eso pues los juguetes y esto, el otro y ya después las mujeres”. (Fredy, comunicación personal, 26 de marzo de 2017)

De manera general, el reconocimiento y la aceptación de la sexualidad en términos de actividad, genitalidad y heterosexualidad constituye otra de las principales características de las identidades

homo hombre joven, particularidad que les permite acceder a esa identidad, agenciársela y preservarla.

Para Edgar, al igual que para muchos otros jóvenes de la región, la condición juvenil no sólo está íntimamente relacionada con el acceso y el ejercicio de la sexualidad, sino que representa uno de sus elementos constitutivos. Una vez más Edgar, emplea la oposición entre la niñez y la juventud para dar cuenta de las características de la condición juvenil. Para este joven, la infancia se caracteriza por el desconocimiento de la sexualidad juvenil caracterizada por la genitalidad, el autoerotismo, la eyaculación, la virilidad y la penetración: “somos muy inocentes a esa edad, no sabemos, bueno yo no sabía a esa edad cosas: ‘me aventé una puñeta’, y yo decía ‘qué es una puñeta’ y todos se reían de mí porque no sabía ni qué rollo”. Asimismo, el relato de Edgar permite apreciar la importancia del grupo de pares en la configuración de la sexualidad juvenil y las identidades como hombre joven. En ese sentido, el grupo de pares no solo evalúa el saber sexual (en este caso sobre el autoerotismo y la eyaculación), también posibilita su aprendizaje público que las más de las veces toma como principales ejes el poder, la violencia y la complicidad que encuentran representación en las figuras del “experto” (generalmente un hombre joven “mayor”), el “aprendiz” (un hombre joven recién llegado de “la infancia”) y los testigos (otros hombres jóvenes), esto con el objetivo que cada uno de los adeptos pueda adquirir y dar cuenta de saberes y prácticas sexuales específicas, alineadas con dichos ideales masculinos y juveniles. En este sentido, el proceso de socialización en torno a la sexualidad juvenil comúnmente recurre al alardeo, una práctica que además de volver público dicho saber, confiere poder a quien la desarrolla. Así, con el pasar del tiempo (y la socialización) y la racionalidad masculina, Edgar fue “comprendiendo” qué era “una puñeta”, que era el autoerotismo genital y la eyaculación, aprendizaje que muy probablemente se apuntaló en la experiencia personal la cual además de ser

compartida es celebrada por otros hombres, toda vez que los valida socialmente. Una vez más, el joven hace referencia a la racionalidad como una característica que diferencia el saber sexual entre el niño y el adulto, aunque ahora lo hace con relación a la experiencia de la relación sexual en términos de la genitalidad y la penetración peneana: “pos la mentalidad que tiene uno de niño a cuando la tiene de grande, porque de niños no saben ni que rollo, no sabes, uno como niño le preguntas; ‘oye sabes qué es tener sexo’, pos te va a decir ‘no pos no sé qué es’”. Así, para Edgar ser joven significa adquirir prácticas y saberes relacionados con ese tipo de sexualidad: “y un joven sí va a saber”.

José Luis, al hablar sobre “aquello” que diferencia al niño del joven también hace referencia a la sexualidad como el principal diferenciador. Este joven, al igual que muchos otros en la región, da cuenta de algunas de las dificultades que los hombres jóvenes experimentan en la asunción la sexualidad, problemática que se asocia con el histórico predominio de la racionalidad en la construcción de las identidades masculinas y la consecuente negación de las experiencias afectivas y/o corporales, procederes que suelen alcanzar al campo de la sexualidad, permitiendo el desasimiento del deseo sexual personal, al mismo tiempo que su transferencia hacia las mujeres, significándolas como la encarnación de su sexualidad, deseo y erotismo masculino (Donoso, 2002). En su caso, el joven reconoce la existencia de la sexualidad desde la condición infantil, aunque también refiere dificultades en su asunción e intentos de desprendimiento, para lo cual, no pocas veces se echa mano de actitudes violentas dirigidas a la pareja sexual que normativamente resulta ser una mujer, con lo cual se abona a su reiterada cosificación: “pues lo que yo diferenciaría es que a un niño tú le dices: ‘mira esa niña’, ‘está bien fea, piojosa o así’, o sea no hacen mucho caso a las mujeres ¡¿verdad?!, o sea tu les dices; ‘¡eh, ira tu novia!’ y el niño, así como qué: ‘¡eh, no es cierto!’ y se enoja”. Para José Luis, el joven, el “chavo”, a diferencia del niño, ya es capaz

de reconocer su sexualidad y asumirla: “un chavo le dices: ‘mira esa chava’, y; ‘¡ah, no pues si güey, está bien buena!’”, agencia que resulta parcial, toda vez que se apuntala en la imagen de la mujer-deseo y bajo la complicidad de otros hombres con los que dialécticamente se da fe de la sexualidad, espectadores que también gozan del cuerpo femenino y que en su expresión más radical terminan por anular a la persona toda para concentrarse en una sola parte que deshumaniza a la pareja sexual y la cosifica: “es como que la diferencia, como que el cambio de ver a la mujer, ¡¿no?!, es lo que yo digo que diferenciaría a un niño de un chavo”.

Para Fredy, la juventud comenzó con la emergencia del deseo sexual-heterosexual: “cuando ya le empiezan a gustar a uno, por decir, las mujeres a los hombres”, atracción que reorganizó su práctica social cotidiana, toda vez que la correspondiente pareja sexual adquirió una importancia que hasta entonces no poseía, supeditando otras actividades que resultaban más importantes, actitud que también denota la utilización de la imagen femenina para dar sentido y orientar el deseo sexual entre los hombres. Este joven reconoce que, en su infancia y muy a su pesar, existió en él cierto interés por las mujeres, el cual estuvo subordinado a otras prácticas sociales como el fútbol o el juego infantil: “por decir yo siempre fui al fútbol y pues mujeres casi no me llamaban la atención, pero por decir, antes de eso pues los juguetes y esto, el otro”. Fue hasta que asumió su identidad como hombre joven que su interés por las mujeres encontró cabida dentro de la socialización cotidiana entre pares, permitiendo que adquiriera una importancia superlativa: “y ya después las mujeres”.

5.5.4.4 “Me terminé casando” (ingreso a la vida en pareja y/o la paternidad)

Aunado a la relativa agencia de la sexualidad en términos de genitalidad y actividad que la identidad juvenil posibilita e integra, también resultó común que los participantes ingresaran

“anticipadamente” a la vida en pareja (incluso a la paternidad) relaciones erótico-amorosas que las más de las veces terminan con la misma rapidez que con la que comenzaron.

“Fue mi primer novia y pues mi esposa... me terminé casando y tuvimos un hijo... y pues ahorita ya no estamos juntos, ya nos separamos, ya tenemos un año separados, al igual yo sigo frecuentando a mi hijo que ahorita pues es mi motivo... yo ya había cumplido 22 y ella ya había cumplido los 18 y pues al mes que cumplió los 18 pues se embarazó, bueno se le..., sí pues, se embarazó, ya pues les dimos la noticia y todo pues, todos felices, ¿¿verdad?!, nos casamos, tuvimos al niño y todo y, pues así duramos hasta prácticamente un año que fue cuando nos empezamos a separar, pero porque decía que yo le prestaba más atención a veces al rap que a ella, le digo: ‘sí, pero, este, no te falta comida, no te falta techo, ni nada, yo a veces te digo vamos a los eventos para que me acompañes, podemos llevar al niño’, porque pues era al aire libre, más sin embargo ella no quería... ella sola fue la que tomó la decisión de irse y pues yo me sentía igual como que: ‘¡ah!, pues ¿qué hago?’, pero pues al igual ahorita sigo frecuentándola a ella, sigo viendo a mi hijo y a veces seguimos con la esperanza de volver a regresar, ya está un poco más grande el niño y pues ya podemos dejarlo con su abuela, ¿¿verdad?!, y ya pues podemos ir ella y yo”. (José Luis, comunicación personal, 29 de marzo de 2017)

“Duré dos años sin tener novia, hasta que entré a la prepa, porque fue como el desatarme... y pos sí me valía verga y andaba con una y con otra y después ya me calmé, conocí a esta morra, a la que iba a ser la mamá de mis chavillos, con ella duré 8 meses... pos lo que duró el embarazo que fueron 4 meses y ya, vivíamos en el cantón de sus jefes... y ya cuando pasó lo de mis chavillos me separé de aquella ruca... tenemos varias cosillas en común, por ejemplo, de que yo me junté, ella se juntó, pero ella más chava cuando tenía unos 14 años, y pos yo me junté aproximadamente hace más de un año”. (Edgar, comunicación personal, 27 de octubre de 2017)

“Lo más feliz que me ha pasado en la vida... pues... estuve juntado con pues con... mi esposa, por decirlo así, pues eso hasta ahorita ha sido lo más feliz, pero pues ahorita también ya valió queso... ella me hizo cambiar mucho y aparte pues la neta yo era pues bien pedotote y fumaba, andaba pa’ todos lados así de desastroso y cuando llega ella, pues me calmé un poco... no sé, yo creo que me pegó el amor, sí, ya te digo que cuando la conocí pues yo la conocí en la iglesia, nos conocimos en la iglesia y también me fui acercando un poco más a la iglesia, yo creo que fue todo, un poco de todo.... de eso tiene... pues cuando la conocí tenía yo... 17 años y tiene poquito, el año pasado en mayo que nos separamos... vienen siendo, no sé, qué será... unos tres años más o menos vivimos tres años juntos... Pues por broncas, porque ya eran puras peleas todos los días, pues ya al último decidimos cada quien por su lado, mejor para no estar teniendo los mismos problemas, se hizo rutinario eso de estar peleando y peleando y por eso”. (Fredy, comunicación personal, 26 de marzo de 2017)

“Si pos me invitaron a la fiesta de la quinceañera y andaba bien pedo, y pos ya pedo ya no reacciono, ya no sé ni lo que hago, la neta, y pos la morra me encontró besándome con otra y ya, hasta ahí se acabó todo, y ya cuando volví con ella ya estaba bien pedo y todo, y me dice: ‘ya no quiero saber nada de ti’, y pos la neta la regué, ya hasta que ahorita no he salido con ninguna, no le he tirado el rollo a ninguna, ni nada... la mera verdad si la quería, pero pos ya

borracho no me puedo controlar... no le gustaba que fumara enfrente de ella, si sabía, pero yo lo hacía a escondidas, si llegué a ir con ella dos, tres drogado, pero me controlaba porque si no iba a valer queso... eso lo bueno, cuando recién empecé con ella era lo bueno, de que ella vivía allá en X y yo acá, y pues ya cuando fue pasando el tiempo y la fui queriendo más y más, ya decía que se quería venir a vivir pa' cá conmigo, pero fue cuando la quinceañera, ¡si no!". (Tomás, comunicación personal, 28 de marzo de 2017)

“No pos yo digo que a trabajar, hay unas que tienen 12 y 14 años y ya están casadas, ¡ah chinga!, ¡me sacó de onda!, te digo que tienen 14 y 15 años, y ya están casadas o trabajan, pos no hay suficiente feria en su familia o en su casa, no que le voy ayudar a mi jefe o le voy ayudar a mi jefecita, ¡¿no?!”. (Israel, comunicación personal, 25 de marzo de 2017)

En general, se observó que el acceso a la relación sexual entre los participantes, las más de las veces resultó regulado mediante la pareja legítima (Foucault, 1976), en este caso, un matrimonio simbólico que se constituye a través de la vida en pareja. Asimismo, también fue común que las relaciones sexuales estuvieran fuertemente vinculadas con la procreación y que constituyeran uno de los principales motivadores del matrimonio.

José Luis habla sobre la formalización de su primera relación erótico efectiva, habla sobre su primera novia, esa con la que se terminó casando y accedió a la paternidad. Sin embargo, al momento de la entrevista el joven refiere que su matrimonio ha terminado, que vive separado de su otrora esposa, pero que aun así sigue frecuentando a su hijo, quien incluso se ha convertido en uno de sus principales motivadores de vida: “al igual yo sigo frecuentando a mi hijo que ahorita pues es mi motivo”. Cuatro años antes de nuestro encuentro, José Luis había comenzado una relación de noviazgo con una joven que a su vez es cuatro años menor que él. Sólo bastaron un par de meses desde que inició esa relación para que aconteciera un embarazo que, al parecer, no fue planeado, el cual también le resultó un tanto ajeno: “ya había cumplido 22 y ella ya había cumplido los 18 y pues al mes que cumplió los 18, pues se embarazó, bueno se le... sí pues, se embarazó”. Igualmente, José Luis refiere que una vez que la pareja confirmó el embarazo ambos decidieron comunicarlo a los familiares de ella, quienes supuestamente se alegraron por la noticia, a la que le

siguió la prepararon la boda, el casamiento y el posterior nacimiento del hijo: “ya pues les dimos la noticia y todo pues, todos felices, ¡¿verdad?!, nos casamos, tuvimos al niño y todo”. José Luis, al igual que muchos otros jóvenes del poniente de Ciudad Juárez, decidió hacer vida en pareja y casarse, decisiones que estuvieron fuertemente motivadas por un embarazo, circunstancia que denota la fuerte relación que existe entre la sexualidad genital, la procreación y el matrimonio, un tipo de vinculación regulado y sostenido histórica y culturalmente. Sin embargo, el matrimonio de José Luis fue relativamente corto, duró menos de tres años, separación que según comenta el joven, comenzó poco después de que se convirtiera en padre: “así duramos hasta prácticamente un año que fue cuando nos empezamos a separar”. En el caso del joven, los problemas de pareja estuvieron relacionados con la supuesta prioridad que este le otorgaba a la música rap, por encima de la que le ofrecía a su pareja y a las actividades familiares: “porque decía que yo le prestaba más atención a veces al rap que a ella”. Reclamo que José Luis encontraba injustificado, toda vez que consideraba que cumplía satisfactoriamente con su rol tradicional de esposo y padre, a saber, ese de proveedor que además lo autorizaba a seguir desarrollando la práctica del rap como cuando vivía solo, sin esposa e hijo: “sí, pero, este, no te falta comida, no te falta techo, ni nada”. En ese sentido, el joven también da cuenta de un conflicto que repetidamente acontece entre los participantes. Hombres jóvenes que después de muchas dificultades finalmente pueden acceder a ciertos placeres y/o libertades que otrora les estuvieron denegados (relaciones sexuales, consumo de drogas, actividades de diversión, pequeños lujos personales como ropa, comida, servicios, etc.), al mismo tiempo que se ven exigidos a participar en prácticas sociales (el trabajo remunerado, la vida en pareja o la paternidad) que limitan los privilegios recién adquiridos, esto como resultado de condiciones sociales de las que difícilmente pueden abstraerse, en este caso la pobreza y la vulnerabilidad social que ha padecido durante décadas, pero también la vida en pareja y la

paternidad que eligió asumir. Así, José Luis intentó conciliar su añeja pasión juvenil por la música rap (que incluye su participación activa, repetida y prolongada dentro de esa escena musical) con el matrimonio y la paternidad, intento que resultó infructuoso, entre otras cosas, por la negativa que encontró por parte de su pareja sentimental, quien nunca estuvo de acuerdo con sus intentos de conciliación: “yo a veces te digo vamos a los eventos para que me acompañes, podemos llevar al niño’, porque pues era al aire libre, más sin embargo ella no quería”. Con relación a la ruptura sentimental el joven considera que esta fue responsabilidad exclusiva de la expareja; “ella sola fue la que tomó la decisión de irse”, acción que causó desconcierto en el joven, además de que lo forzó tratar de revertirla, toda vez que deseaba continuar con la relación, sin embargo, no encontró la forma de lograrlo: “y pues yo me sentía igual como que: ‘¡ah!, pues, ¿qué hago?’”. A pesar de que José Luis tiene una nueva pareja sentimental, también sigue manteniendo una estrecha relación con su expareja, un tipo de vinculación que refuerza su anhelo de reunir nuevamente a la familia que ya había formado: “pero pues al igual ahorita sigo frecuentándola a ella, sigo viendo a mi hijo y a veces seguimos con la esperanza de volver a regresar”. El hecho de que los jóvenes decidieran tener un hijo le significó al joven enfrentar nuevos conflictos de pareja, los cuales contribuyeron significativamente en su disolución, dificultades asociadas con la crianza del recién nacido, toda vez que esta recayó principalmente en ella, él, por su parte, no tuvo mayor implicación en los cuidados del hijo, creyó que con trabajar y llevar dinero a la casa era más que suficiente. En este sentido es que el joven imagina que ahora que el hijo “ya está más grande” la madre puede abstenerse temporalmente de proveerle cuidados al hijo y transferir esa responsabilidad a otra mujer, a saber, la abuela materna, circunstancia que, según el joven, abriría la posibilidad a que ella se incorpore en las actividades de diversión y/o entretenimiento que José Luis desarrolla y disfruta, planes que terminan por desconocer los anhelos e interés de ella, además de que sigue

reforzando el estereotipamiento para mujeres y hombres con relación a la crianza y el cuidado de los hijos: “ya está un poco más grande el niño y pues ya podemos dejarlo con su abuela. ¡¿verdad?!, y ya pues podernos ir ella y yo”.

Edgar, por su parte, habla sobre los avatares de su vida amorosa. Comenta que a pesar de que comenzó a tener novia al iniciar la escuela secundaria, pasó un par de años sin ninguna “morra”, circunstancia que cambió abruptamente cuando ingresó a estudiar la preparatoria. En ese tiempo el joven pudo agenciarse de su sexualidad en términos de genitalidad y deseo sexual irrefrenable, así, Edgar “se desató”, “le valió verga”, “andaba con una y con otra” comenzó a tener varias parejas sentimentales y/o sexuales, casi siempre “formales”, mediante noviazgos, que las más de las veces, resultaron efímeros. Así ejerció su sexualidad hasta que conoció a “la morra que iba a ser la mamá de sus chavillos y se calmó”, hasta que, apoyado en gran medida en el encuentro de la pareja sexual y afectiva, pudo “darle salida” y controlar su sexualidad. Después de pocos meses de haber establecido una relación erótico-afectiva con “aquella ruca” aconteció un embarazo que también motivó la unión de la pareja. Edgar y su pareja decidieron vivir juntos, vivieron en la casa de los padres de ella durante cuatro meses que fue el mismo tiempo que duró el embarazo debido a aconteció un aborto involuntario, experiencia que también terminó por disolver la relación: “pos lo que duró el embarazo que fueron cuatro meses... en el cantón de sus jefes... y ya cuando pasó lo de mis chavillos y me separé de aquella ruca”. El joven también habla sobre su actual pareja, sobre “su morra”. Menciona que una de las características que permitió que la relación se constituyera fue la coincidencia en la trayectoria de vida de ambos, sobre todo en lo referente a la vida erótico-afectiva, caracterizada una vez más, por el ejercicio de la sexualidad normada a través de la pareja legítima: “tenemos varias cosillas en común, por ejemplo, de que yo me junté, ella se juntó”. Ambos jóvenes ya habían vivido con la pareja en turno, sin embargo, ella lo hizo algunos

años antes, a los 14, mientras que él a los 17, circunstancia que permite apreciar algunas diferencias asociadas con el ejercicio de la sexualidad entre hombre y mujeres jóvenes. Si bien ambos se observa una asociación entre la relación sexual y la pareja legítima, en el caso de ellas parecería que lo hacen a menor edad, es decir, encuentran menos libertades en el ejercicio de la sexualidad genitalizada y la relación sexual, mientras que los hombres logran postergar algunos años más aquella unión.

Para Fredy, “lo más feliz” que ha experimentado en su vida es el hecho de haber vivido en pareja, unión que el joven significa como un matrimonio simbólico en el que confluyen la relación sexual y el amor romántico: “estuve juntado con pues, con... mi esposa, por decirlo así”. Sin embargo y muy a su pesar, la felicidad y el matrimonio terminaron, así que en el momento de la entrevista la pareja ya se había separado: “pero pues ahorita también ya valió queso”. Con cierta nostalgia el joven habla sobre la expareja, a la que además le atribuye la causa del cambio comportamental e identitario que en esa época experimentó; ella “lo hizo cambiar mucho”, significación que guarda relación con aquella que atribuye a las mujeres el deseo sexual masculino. En este sentido, Fredy encuentra en “al amor” (erótico y afectivo representado en la pareja) la regulación comportamental que experimentó: “la neta yo era pues bien pedotote y fumaba, andaba pa’ todos lados así de desastroso y cuando llega ella, pues me calmé un poco”. Aunado a la relación de pareja, su incursión en “la iglesia” también contribuyó significativamente en la reconfiguración de su identidad como hombre joven. En aquellos años, Fredy comenzó a participar activamente en “la iglesia”, que como se ha mencionado constituye una comunidad de práctica constructora de identidades juveniles bastante socorrida en el poniente de Juárez, fue ahí donde el joven conoció a la que sería su esposa, al mismo tiempo que deconstruía su identidad como hombre joven: “también me fui acercando un poco más a la iglesia, yo creo que fue todo, un poco de todo”. En

“la iglesia” y a los 17 años, Fredy conoció a la que sería su novia y pocos meses después su esposa. La pareja vivió junta durante tres años, hasta que finalmente se separaron: “de eso tiene... pues cuando la conocí tenía yo... 17 años y tiene poquito, el año pasado en mayo que nos separamos... vienen siendo, no sé, qué será... unos tres años más o menos... vivimos tres años juntos”. Para el joven, la causa de la separación ocurrió por “broncas”, porque “ya eran puras peleas todos los días... se hizo rutinario eso de estar peleando y peleando”, ante lo cual decidieron separarse. Actualmente el joven tiene una nueva relación amorosa, a la cual dedica buena parte de su tiempo libre, una relación erótico afectiva que, subjetivamente, también le ayuda a seguir manteniendo esa nueva identidad como hombre joven, la cual busca alejarse lo más posible del consumo de drogas y de algunas conductas de riesgo asociadas con prácticas relacionales violentas entre hombres.

En el caso de Tomás, el joven habla sobre los motivos que generaron la ruptura de su última relación erótico afectiva. Tomás comenta que en una fiesta a la que acudió en compañía de la otrora novia, esta lo encontró besándose con una joven, motivo por el cual la primera decidió cortar todo tipo de relación con él. El joven reconoce que se equivocó, “que la regó”, sin embargo, en cierta medida también justifica su actuar. Así, Tomás atribuye al consumo excesivo de alcohol y la sexualidad “masculina” las causas de lo ocurrido, toda vez que la ingesta de la sustancia terminó por facilitar la emergencia de una sexualidad significada como constitutivamente indómita y necesitada de satisfacción inmediata: “andaba bien pedo, y pos ya pedo ya no reacciono, ya no sé ni lo que hago, la neta”. Asimismo, la separación impactó fuertemente en el joven. Le dolió que la relación terminara porque “la mera verdad si la quería”, aunque una vez más justifica su actuar; “pero pos ya borracho no me puedo controlar”. Tanto fue el cariño que Tomás sintió por aquella novia que desde que terminó la relación el joven decidió inhibir el ejercicio de su sexualidad, una

empresa bastante difícil para aquellos hombres que significan la sexualidad como irrefrenable: “no he salido con ninguna, no le he tirado el rollo a ninguna, ni nada”. Asimismo, el joven comenta que la expareja sabía que él consumía marihuana habitualmente, una conducta que ella intentó desterrar de la relación de pareja, de ahí que el joven se viera forzado a tratar de regular su consumo. Sin embargo, en varias ocasiones Tomás se vio rebasado por el “impulso” de ingerir la sustancia: “no le gustaba que fumara enfrente de ella, sí sabía, pero yo lo hacía a escondidas, si llegue a ir con ella dos, tres drogado, pero me controlaba porque si no iba a valer queso”. Tomás también refiere que, el hecho de cada uno de los miembros de la pareja viviera en distintas zonas del poniente de Juárez, relativamente alejadas entre sí, le ayudó a significar la separación, apartamiento físico que ha facilitado un distanciamiento relacional con la pareja, pero también un alejamiento personal con la propia afectividad: “en X, eso lo bueno, cuando recién empecé con ella era lo bueno, de que ella vivía allá en X y yo acá”. El relato de Tomás también permite apreciar la fuerte asociación que existe entre la relación sexual y el amor romántico, una vez más normado mediante la pareja legítima contextual. Así, con el pasar del tiempo y con la vinculación que la pareja mantuvo, el cariño que él experimentaba por ella creció, circunstancia que motivó que el joven comenzara a considerar la posibilidad de vivir en pareja, anhelo que fue incapaz de reconocer en su persona, una dificultad que está íntimamente relacionada con el distanciamiento afectivo tan común entre las identidades masculinas construidas a partir de la hegemonía, al igual que con la significación de la mujer como la depositaria del deseo sexual masculino, en este caso, la vida en pareja que en deseaba: “pues ya cuando fue pasando el tiempo y la fui queriendo más y más, ya decía que se quería venir a vivir pa’ cá conmigo, pero fue cuando la quinceañera”.

Israel, por su parte, no ha vivido en pareja, tampoco ha sido padre, sin embargo, igualmente da cuenta de la regularidad de ambas prácticas entre los jóvenes del poniente de Ciudad Juárez. Desde

la periferia de la práctica el joven habla sobre el matrimonio y la procreación, prácticas que le resultan comunes entre sus pares. Para él, las mujeres jóvenes se dedican a dos grandes actividades, a saber, el trabajo remunerado o el matrimonio: “no pos yo digo que a trabajar, hay unas que tienen 12 y 14 años y ya están casadas”. Con relación a la condición de la vida en pareja, el joven se muestra sorprendido, no tanto por el comportamiento en sí, sino por la edad en la que suele acontecer; “¡ah chinga!, ¡me saco de onda!”, parecería que juzga que “las mujeres jóvenes” ingresan al matrimonio (las más de las veces simbólico) de manera “anticipada” en comparación con los hombres, quienes generalmente esperan algunos años más para hacerlo. Caso contrario ocurre con la incorporación formal al campo laboral entre ellas y ellos, la cual, encuentra cierta justificación y, por lo tanto, normalización, asociada con las condiciones de pobreza y precariedad que imperan en el poniente de Juárez.

5.5.4.5 “Ellas traen otros pensamientos” (mujeres jóvenes)

La construcción de identidades como hombre joven en el poniente de Ciudad Juárez, resultan indisociables de las identidades como mujer joven.

“No pues nos diferencia el sexo, ja ja ja... pero qué será... pues que no tenemos los mismos pensamientos, ellas traen otros pensamientos, bueno no todas, algunas traen otros pensamientos, algunas traen el rollo de: ‘vamos a bailar’, otras de: ‘no, yo me quedo a estudiar’... no pues que nos pueden dar hijos, bueno nosotros somos los que los hacemos y ellas son las que los crían”. (Gabriel, comunicación personal, 26 de octubre de 2017)

“Las chavas son como un poco más serias, o sea se me figuran como que son un poco más de casa o así, algunas, porque algunas si son como que más medio acá, o sea, medio pasaditas, ¡¿verdad?!, pero para mí una chava que si sea una joven, una joven para mí es una chava que sea de casa, que sea más así más de estar con sus papás, con su familia, para mí eso es una chava, una chava joven, y pues un joven es así como que un chavo más vale madre, como que le da igual todo lo que piense la gente y lo que digan, así como dice la canción de *maná*; ¡me vale madre!”. (José Luis, comunicación personal, 29 de marzo de 2017)

“Pues las morras que se juntan ahí, pues en tu vecindario, ¡¿no?!, en tu barrio, o que las conoces, nomás son pa’ *un palo* y a la verga, hasta que se termina la fiesta, pues mientras se

acaba la loquera, ¿no?!, te la avientas y pues ahí nos guachamos, me miras en la calle pues no te conozco o algo así, o pues quieres otra vez pues cáele o algo así... ella es diferente, yo digo, quién sabe vea, yo digo que va a terminar la prepa apenas, pero, es más seria, es más a sus estudios... pero una morrita pos le puede pasar algo o como en este pedo que trata de blancas, ¿no?!, se la pueden llevar y pueden valer verga y, pos ya un bato se junta con sus camaradas vienen por él o algo así, ya pueden valer verga las cosas y pos ya, si son un grupo de morritas, pa' rriba, ¿no?, a todas, sería más peligroso para una morra, ¿no?!, que para un bato, si pos para mi si sería más peligroso que anduvieran las morras acá, ¿no?!". (Israel, comunicación personal, 25 de marzo de 2017)

“Ellas son más, ¿cómo te diré?, más mejores que los hombres, porque hay mujeres que estudian y hay hombres que pos' no... pos yo me imagino que son mejores que los hombres, que ellas sí pueden y los hombres no, dejar algo atrás y los hombres no... porque una mujer puede dejar lo que yo no puedo... a las mujeres no les gustan las drogas y los hombres no pueden dejar las drogas y las mujeres si y lo que las mujeres no pueden dejar de los hombres... pos, no sé, la verdad no sé... las mujeres no tienen la misma fuerza que los hombres”. (Tomás, comunicación personal, 28 de marzo de 2017)

En general, las representaciones que los participantes tienen de las mujeres jóvenes, las más de las veces, resultaron la contraparte “lógica” de las principales prácticas y significados que sustentan sus identidades como hombre joven. Así, las mujeres jóvenes fueron significadas globalmente a partir de estereotipos y roles tradicionales de género, tales como la supuesta pasividad femenina y las prácticas reproductivas, en contraposición con la supuesta fuerza y actividad “masculinas” y las labores productivas.

Gabriel habla sobre las posibles diferencias entre las jóvenes y los jóvenes. En primera instancia, el joven hace referencia a los genitales como la característica distintiva entre ellas y ellos: “no pues nos diferencia el sexo, ja ja ja”, respuesta que no lo deja satisfecho, al contrario, le genera cierta pena y nerviosismo que lo motivan a rápidamente elaborar otra contestación. Ahora, Gabriel encuentra en “el tipo de pensamiento” el principal diferenciador. Pare él, “ellas traen otros pensamientos” distintos a aquellos que poseen los hombres y de los cuales puede dar fe. Aunque el joven rápidamente cae en cuenta que existe diversidad interna entre “los razonamientos femeninos”: “bueno no todas, algunas traen otros pensamientos”, la supuesta heterogeneidad

resulta solo aparente, toda vez que termina por encasillar a las mujeres dentro algunos de los estereotipos y roles tradicionales para ellas, en versiones juveniles. Si bien, para Gabriel existen mujeres que participan activamente en el espacio público, lo mismo que en actividades de placer y diversión como tradicionalmente lo han hecho los hombres jóvenes en esa región, dicha agencia estaría íntimamente relacionada con la reiterada cosificación que también padecen las mujeres jóvenes. Para él, algunas jóvenes de su contexto se agrupan para “ir a bailar”, una actividad que más allá de las satisfacciones que puede ofrecer a quienes la desarrollan, guarda relación con la feminización de la práctica por sí misma y con visión masculina que concibe el cuerpo de las mujeres como objeto para la mirada y el deseo de los hombres (Donoso, 2002). Asimismo, otro de los pensamientos que supuestamente caracterizarían a las mujeres jóvenes es el de “quedarse” en casa “a estudiar”, práctica social que remite al histórico encierro que las mujeres han experimentado dentro del espacio privado y a su desconocimiento como agentes de placer (diversión), una actividad que contextualmente resulta fuertemente feminizada, sobre todo cuando se cursan los niveles medio superior y superior, toda vez en esos años escolares muchos hombres jóvenes se ven forzados a abandonar la escuela y a incorporarse al campo laboral: “otras de: ‘no, yo me quedo a estudiar’”. Una vez más, Gabriel da cuenta de aquellos estereotipos y roles de género que integran su identidad como hombre joven. El joven concibe a las mujeres jóvenes como personas “dadoras” de vida a las que les corresponden roles predominantemente reproductivos: “no pues que nos pueden dar hijos... ellas son las que los crían”, mientras que, a los hombres jóvenes como él, les competen roles productivos con valor social, significaciones que incluso alcanzan el propio proceso de fecundación: “nosotros somos los que los hacemos y ellas son las que los crían”.

Por su parte, José Luis también se ciñe a algunos de los estereotipos y roles de género tradicionales para describir a las mujeres jóvenes. Para él “las chavas son un poco más serias”, en comparación con los hombres, una actitud que guarda relación con la supuesta “sumisión” y “pasividad” femeninas, en contraposición con la “fuerza” y “actividad” masculinas. El joven, también significa a las mujeres jóvenes como “un poco más de casa”, como pertenecientes al espacio privado. José Luis también hace referencia a la existencia de “otro tipo de mujer joven”, ese que rompe con los roles y estereotipos tradicionales para ellas, es decir, cuyas prácticas sociales resultan parecidas a las que comúnmente desarrollan los hombres jóvenes, sobre todo cuando transgreden algunos de los ordenamientos sociales femeninos, mujeres que son: “como que más medio acá, o sea, medio pasaditas, ¡¿verdad?!”. Una vez más el joven refiere que para él, la joven ideal es aquella que pertenece al ámbito privado, con vínculos sociales acotados a los integrantes de la familia de origen, sobre todo con los padres, un tipo de relación caracterizado por la autoridad y el poder intergeneracional y de género; de los progenitores (adultos) sobre los hijos (niños y jóvenes) y de los hombres sobre las mujeres: “pero para mí una chava que si sea una joven, una joven para mí es una chava que sea de casa, que sea más así más de estar con sus papás, con su familia, para mí eso es una chava, una chava joven”. José Luis sigue describiendo a las mujeres jóvenes y, para ello, toma como referencia a los jóvenes, una actitud íntimamente relacionada con la ideología que caracteriza al sistema patriarcal que postula a los hombres y a lo masculino como la medida de las cosas y el mundo, lo valorado y lo socialmente anhelado, teniendo en su contraparte a las mujeres y a lo femenino como aquello que carece de valor y/o lo indeseado. Así, a diferencia de un hombre que es “vale madre” y que no le importa que hablen de él, una mujer “piensa más antes de actuar” porque sí le importa la valoración y el juicio social diferenciado y desigual que sobre ella puede hacerse, sin importar que los comportamientos desarrollados

genéricamente resulten idénticos. En el caso de los hombres, la supuesta trasgresión del orden social establecido en realidad refuerza aquellos ideales masculinos de “valentía”, “actividad” y “fuerza” que los jóvenes comienzan a “conquistar” como parte de la empresa de convertirse en hombres jóvenes socialmente valorados, mientras que, para las mujeres, las supuestas infracciones rompen con los que socialmente se esperaría de ellas.

Israel, por su lado, también hace una clasificación de las mujeres jóvenes. El joven habla de las mujeres de su barrio, más específicamente sobre aquellas que se agrupan, que participan activamente en el espacio público, en actividades de diversión y entretenimiento juvenil y en el ejercicio de su sexualidad, mujeres que contravienen los estereotipos y roles tradicionales para ellas, de ahí que dichas acciones sean significadas por Israel como propias de mujeres “de segunda”, en tanto objetos sexuales de fácil acceso, lo mismo que precederos al servicio del placer y la diversión masculina: “pues las morras que se juntan ahí, pues en tu vecindario, ¿no?!, en tu barrio, o que las conoces, nomás son pa’ *un palo* y a la verga, hasta que se termina la fiesta, pues mientras se acaba la loquera, ¿no?!”. Asimismo, las palabras del joven también estarían relacionadas con el histórico “poder masculino” y su incidencia en la sexualidad, el cual contribuye en la significación de las relaciones sexuales como “conquistas”, es decir, un signo más de fuerza y poder para ellos y sobre la consecuente cosificación de la pareja sexual que tiene entre sus características el desconocimiento del deseo y placer sexual en la mujer: “te la avientas y pues ahí nos guachamos”. El relato del joven igualmente denota algunas dificultades “típicamente” masculinas, con relación al ejercicio de la sexualidad juvenil y adulta, a saber, la dificultad que los hombres tienen para integrar la vida afectiva y el placer sexual, una incapacidad que complica las relaciones cotidianas entre hombres y mujeres que han compartido experiencias sexuales: “me miras en la calle pues no te conozco o algo así o pues quieres otra vez, pues cáele o algo”. Por otro

lado, Israel también habla sobre su tipo de mujer ideal, ese que “es diferente” de aquellas que ha descrito previamente, es decir, que, en general, asume una actitud sumisa y pasiva en y ante la vida, una forma de ser y estar que, para este joven, resulta sumamente atractiva, tanto que incluso ha decidido formar un noviazgo (que a su vez aspira a convertirse en matrimonio) con una de sus representantes. Para Israel, su novia “va a terminar la prepa... es más seria, es más a sus estudios”, descripción que da cuenta de algunos de los principales ideales femenino-juveniles propios del contexto social, a saber, estudiantes de nivel medio superior, acceso denegado al placer (no participa en actividades de diversión juvenil, ni mantiene relaciones sexuales como sí lo hacen “otras mujeres”) y pertenencia al espacio privado. Es importante señalar que, interdependiente de la organización de género imperante en el poniente de Juárez, las condiciones de inseguridad y violencia que ahí ocurren también contribuyen a la reclusión de esas mujeres jóvenes en el espacio privado. Al respecto, Israel habla sobre la violencia de género que padecen las mujeres jóvenes que habitan en el poniente de Juárez, la cual, les representa graves peligros. Para el joven, “las morras” que deciden participar y agruparse en el espacio público como la calle corren grandes riesgos de ser secuestradas, explotadas sexualmente o víctimas de feminicidio: “pero una morrita pos’, le puede pasar algo o como en este pedo que, trata de blancas, ¡¿no?!, se la pueden llevar y pueden valer verga... pos ya si son un grupo de morritas, pa’ rriba, ¡¿no?!, a todas”. Según Israel, ser una mujer joven en el poniente de Ciudad Juárez implica padecer mayores riesgos dentro de la vida cotidiana en comparación con aquellos que experimentan los hombres jóvenes de la misma zona, riesgos que se exacerbarían al participar en el espacio público. En este sentido, la significación de Israel resulta fuertemente influida por aquellas ideologías de dominación que privilegian la utilización de prácticas relacionales violentas generalmente gobernadas por los hombres, supuestos que no solo sirven para dominar a las mujeres y a otros hombres, también los

“prepara” para “protegerse” a través de la violencia, además de que termina por invisibilizar los grandes riesgos inherentes a ese tipo de participaciones: “pos ya un bato se junta con sus camaradas vienen por él o algo así, ya pueden valer verga las cosas... sería más peligroso para una morra, ¡¿no?!, que para un bato”.

Tomás, igual que la mayoría de los participantes, recurre a la oposición hombre-mujer para poder hablar sobre las jóvenes. Sin embargo, en su caso se observa una marcada referencia a su persona, a su trayectoria de vida y a esa particular identidad como hombre joven que ha logrado supeditar otras, esa de “drogadicto”. Así bien, pareciera que Tomás deposita en “las mujeres jóvenes” gran parte de aquellos atributos de los que supuestamente carece y anhela y que parecieran inconciliables con su identidad como hombre joven. Para él, las mujeres “son mejores” que los hombres; “porque hay mujeres que estudian y hay hombres que pos´ no”, una práctica social que, aunque resulta feminizada no deja de ser ni socialmente valorada, ni anhelada por ellos. Según Tomás, las mujeres también son mejores que los hombres porque ellas, a diferencia de ellos, sí pueden lograr cualquier cosa que se propongan, pueden abandonar cosas, comportamientos y/o circunstancias si se lo proponen: “son mejores que los hombres, que ellas sí pueden y los hombres no, dejar algo atrás y los hombres no”. Tomás refiere que una mujer “puede dejar lo que él no puede”, sin importar que lo haya intentado en varias ocasiones, a saber, el consumo de marihuana, una práctica que, aunque puede ser significada como predominantemente masculina, también puede corresponder con lugares de subordinación dentro de la organización social del poniente de Juárez. Si bien la ingesta de drogas forma parte de los ideales sociales que integran muchas de las identidades masculinas que se construyen en Ciudad Juárez (Cruz, 2011, 2014), su valor está condicionado al control que los hombres pueden ejercer sobre dicha práctica, caso contrario ocurre cuando los hombres son incapaces de “dominar” la drogas y sus efectos, cuando se vuelven

“drogadictos”, entonces pasan a ocupar lugares de subordinación e incluso marginales dentro de la organización jerárquica masculina que ahí acontece. En este sentido, el joven incluso llega a proponer que a las mujeres “nos les gustan las drogas”, a diferencia de los hombres, quienes las consumen regular e intensamente. Tomás trata de encontrar en las mujeres las mismas dificultades que observa en su persona y en los hombres en general, sin embargo, no le resulta sencillo hallar “algo” que ellas no pueden conquistar: “lo que las mujeres no pueden dejar de los hombres... pos, no sé, la verdad no sé”. Después de hacer un esfuerzo considerable, finalmente el joven logra encontrar algo en lo que los hombres son mejores que las mujeres, a saber, la fuerza física: “ellas no tienen la misma fuerza que los hombres”, palabras que al mismo tiempo dan cuenta de aquellos roles y estereotipos tradicionales de género a partir de los cuales se organiza buena parte de su subjetividad y de sus relaciones sociales cotidianas.

5.5.4.6 “En el Facebook” (las TICyRS y el proceso de socialización juvenil)

Como se ha mencionado, Juárez es una ciudad predominantemente pobre y precaria, pero enlazada al mundo globalizado, el cual tiene entre sus principales características la utilización de las TICyRS. “Nuevas” formas de vinculación que inciden significativamente en la práctica social cotidiana de los jóvenes y en la construcción de sus identidades, además de que también generan novedosas acciones de discriminación (Reguillo, 2003; Urteaga y Sáenz, 2012).

“Así van cayendo las morritas, pero si caen dos, tres, pero nomás va uno con su humildad y ya le digo: ‘qué, pues pásame tu Facebook para estar en contacto’, y ya, así contacta uno por Facebook; ‘qué, te puedo visitar o qué’, y ya así, ya nos vemos y todo”. (Gabriel, comunicación personal, 26 de octubre de 2017)

“Desde la primaria en quinto fue la primera novia que tuve, luego en sexto y en secundaria, ya después las tenía porque ya tenía Facebook y pos’ ya... las conquisto por el Facebook, o sea hablándoles bien ... (Tomás, comunicación personal, 28 de marzo de 2017)

“Yo con la morra con la que ando ahorita, estuvo muy... pus primero la conocí por Facebook nunca la conocí así en persona, duramos como dos meses hablando en Facebook y pues la fui tratando y le fui preguntando cosas como qué le gustaba o pasatiempo favorito de ella y muchos de ella era jugar futbol y me quedaba así como que; nunca me había encontrado a una morra que le gustara jugar fut o que le gustara hacer esto o aquello, y hubo un momento en el que empezamos a hablar, yo como que dije: ‘¡ah chinga! tenemos varias cosillas en común’”. (Edgar, comunicación personal, 27 de octubre de 2017)

“Estábamos ahí en su casa estábamos conviviendo ahí, estábamos ahí platicando, ¡¿verdad?!, conviviendo y estábamos tomando un poco cerveza y todo, y estábamos en Facebook; ahí haciendo unas transmisiones en vivo y un chavo dice: ‘¡oh!, saben que, yo quiero una batalla con José Luis’, ‘ahí escríbele’, y yo así como que; ¡oh!, y me dice: ‘¿qué güey, te la rifas o qué?’, y le dije; ‘simón, ahí sí te preparas güey, no vayas a salir como en la última batalla que te valió madre e improvisaste todo güey, ahora sí escríbele’”. (José Luis, comunicación personal, 29 de marzo de 2017)

“Pues si los domingos que: ‘¡eh! vamos a jugar la reta’, y ahí un mensaje por el Facebook y; ‘¡eh!, ¿qué onda pues?, ¡vamos pues!’, y empieza a llegar una reta, empieza a llegar otra y, pues ya, empiezan a saber varios jóvenes y ya empiezan a llegar”. (Fredy, comunicación personal, 26 de marzo de 2017)

Se sabe que las TICyRS son amplias y variadas, al igual que los usos que se les dan. Sin embargo, entre los participantes se observó que su utilización obedeció las más de las veces al establecimiento de relaciones erótico-afectivas con las mujeres y amistosas y de vinculación entre hombres.

En el caso de Gabriel, como muchos otros jóvenes de la región, utiliza redes sociales como Facebook para establecer relaciones amorosas o eróticas con mujeres. Así, el joven echa mano de esa tecnología para conocer “dos, tres morritas” y hacerlas “caer”, expresión que se relaciona con una concepción de la sexualidad masculina organizada a partir de la heterosexualidad, el poder y el dominio de las mujeres, eso sí, siempre con “humildad”, mostrándose como “un caballero” que intenta ocultar el interés sexual de los hombres, estrategia que sirve para “apropiarse” del cuerpo femenino supuestamente sin deseo, ni interés sexual: “‘qué, pues pásame tu Facebook para estar en contacto’, y ya así contacta uno por Facebook, ‘qué, te puedo visitar o qué’, ya así ya nos vemos”. Muchas de las relaciones que Gabriel ha establecido recientemente han comenzado

gracias a dicha red social, vinculaciones que generalmente terminan con encuentros personales, que las más de las veces resultan ser cortos y transitorios.

Tomás, por su parte, habla brevemente sobre la historia de sus noviazgos, los cuales iniciaron y se han desarrollado en gran medida dentro de contextos escolares como “la primaria”, o “la secundaria”, espacios de socialización en los que hombres y mujeres pueden interactuar y relacionarse, al mismo tiempo que construyen identidades etarias y de género complementarias y mutuamente dependientes: “desde la primaria, en quinto fue la primera novia que tuve, luego en sexto y en secundaria”. Sin embargo, Tomás dejó de estudiar, no pudo concluir la educación secundaria, es decir, dejó de participar en esos espacios de socialización que históricamente le habían permitido establecer relaciones erótico-amorosas. Así, el joven recurrió al Facebook para seguir teniendo novia: “ya después las tenía porque ya tenía Facebook y pos’ ya... las conquisto por el Facebook”. Tomás también da cuenta de una sexualidad masculina y juvenil en la que se privilegia el deseo sexual en los hombres, al mismo tiempo que concibe a las mujeres como objetos sexuales para la satisfacción y el reconocimiento social, de ahí que resulte necesario conquistarlas (dominarla), la más de las veces “ocultando” el interés sexual, o bien echando mano del amor romántico para poder acceder al erotismo y la relación sexual: “hablándoles bien, bonito a las morrillas, ya hasta el último que caen”.

Por su parte, Edgar habla sobre su actual pareja sentimental a la que conoció por Facebook. Fue gracias a esa red social que los jóvenes pudieron conocerse y relacionarse: “yo con la morra con la que ando ahorita estuvo muy... pus primero la conocí por Facebook, nunca la conocí así en persona, duramos como dos meses hablando en Facebook”. Fue a partir de este medio relacional que la pareja comenzó a conocerse y a descubrir que tenían varios gustos y experiencias comunes, coincidencia que ayudó bastante en la consolidación del actual noviazgo: “pues la fui tratando y

le fui preguntando cosas como qué le gustaba o pasatiempo... hubo un momento en el que empezamos a hablar, yo como que dije: ‘¡ah chinga! tenemos varias cosillas en común’”.

Por su parte, José Luis utiliza las TICyRS para establecer distintos tipos de vinculación, sobre todo con sus pares. En este sentido, las TICyRS han devenido una de las principales formas de relación cotidianamente para este joven, sobre todo aquella que acontece con sus pares, preponderancia que incluso ha alcanzado a la práctica del rap y a las actividades de diversión y entretenimiento que regularmente realiza en sus días de descanso laboral. Así, en no pocas ocasiones José Luis ha combinado la práctica del rap, las reuniones presenciales con sus amigos y las vinculaciones virtuales con otros jóvenes que gustan de las mismas prácticas, a saber, la práctica del rap, el consumo de alcohol y otra drogas y la constante rivalidad en las que algunos hombres suelen ingresar: “estábamos ahí platicando, ¡¿verdad?!, conviviendo, y estábamos tomando un poco cerveza y todo, y estábamos en Facebook; ahí haciendo unas transmisiones en vivo y un chavo dice: ‘¡oh! saben qué yo quiero una batalla con José Luis’, ‘ahí escríbele’, y yo así como qué; ¡oh!?, y me dice: ‘¿qué güey, te la rifas o qué?’, y le dije; ‘simón, ahí si te preparas güey, no vayas a salir como en la última batalla que te valió madre e improvisaste todo güey, ahora sí escríbele’”.

A Fredy, las TICyRS también le han permitido mantener una vinculación con sus pares y desarrollar algunas de las actividades recreativas que más disfruta, a saber, jugar al futbol, práctica social que otrora desarrollaba cotidianamente, pero que debido a la exigencia de su jornada laboral ha tendido que disminuir, acotando sus participaciones casi siempre a los fines de semana, que son sus días de descanso en el trabajo. En este sentido, el joven igualmente utiliza el Facebook para establecer contacto con varios de sus conocidos que también gustan de jugar al futbol, lo hace de

esta manera para poder agruparse y practicar juntos dicha práctica, estrategia que la mayoría de las veces resulta efectiva y logra congregarse a varios jóvenes que gustan de “echar la reta”.

5.5.4.7 ¿En un futuro?’... pues feliz (el proyecto de vida)

Como se ha mencionado, ser un hombre joven significa ingresar a una condición social que por referencia a la edad social resulta inevitablemente perecedera (Feixa, 2006; Taguena, 2009; Valenzuela, 2014). En este sentido, en futuro de los hombres jóvenes simbólicamente los conduce a la adultez, otro estadio biográfico socialmente construido que a pesar de los ideales sociales hegemónicos también es abierto y flexible. Destino que resulta fuertemente orientado por el contexto social que se habita y se padece, al mismo tiempo que por la trayectoria de vida personal y la capacidad de agencia en la construcción social de la realidad y de sus identidades.

“En un futuro... pues feliz”, así con mi familia, como que llegando mi momento de felicidad, o sea de que ya pasó lo más difícil en mi vida, ahora sí ya más feliz, como dicen, ahora si ya después de que llegó el momento de que la vida me trató como una perra, porque pues a veces toda la gente piensa que no, pero sí, la vida es una perra, porque es lo más difícil que puedes vivir... porque como dicen: ‘detrás de una sonrisa hay miles de momentos de tristeza’, ¡¿no?!, y pues yo en mi futuro ya me veo realizado, mi familia, mis hijos, nietos, conviviendo en mi casa, compañeros, así pues grabando en mi casa, este ayudándole a chavos igual a salir adelante en esos rollos, de que ya no estén acá en pandillerismo, igual ósea mis proyectos... haciendo proyectos pa’ la calle, jóvenes así que estén metidos en las drogas, cosas así, tratar de hacerlos reaccionar, es como vivir en un futuro tratando de ayudar a la gente. (José Luis, comunicación personal, 29 de marzo de 2017)

“Con mi trabajo y una familia, se podría decir, ¡sí!, y digo que una familia y un trabajo... me miro acá ser un raperote chingón... yo digo que más, con más escuela, con escuela del X, escuela de este bato, yo digo que más, con más escuela, más chido rapeando y pues en mi jale, en mi jale de la maquila, más chido, ya un hijo, ¡¿no?!, una familia por quien ver, yo digo, ¡¿no?!, podría ser eso, una familia, ¡¿no?!, un chavito”. (Israel, comunicación personal, 25 de marzo de 2017)

“¿En un futuro?, ¿cómo me gustaría ser?, pues igual, así siguiendo trabajando, cuidando pues, si Dios quiere, a mis niños, dándole a mi esposa, ahí en una familia unida ahí en conjunto... en cinco años pos ya haber terminado la prepa y estudiando la universidad todavía porque pienso darle hasta donde se pueda... y pos de aquí a unos diez años ya con la uni terminada, ya con mi carrera de entrenamiento deportivo terminadita, yo digo que con mi morra

todavía, porque pos así como estamos yo digo que vamos a durar mucho, que sí llegamos lejos, poniendo de mi parte y igual ella, si me imagino casándome”. (Edgar, comunicación personal, 27 de octubre de 2017)

“Pos un hombre de bien, no como ahorita que un hombre con cerveza y mota, porque si me arrepiento de ser así, ahorita porque dejé de estudiar, dejé todo por un vicio y pos en un futuro si quisiera ser algo en la vida, también un hombre derecho, con una familia bien y todo”. (Tomás, comunicación personal, 28 de marzo de 2017)

“Pues con un chingo de chavas, ya me quisiera ver yo más acá, más renovado, así que la gente se sorprenda y acá, que digan a este tiene mucho dinero, que la gente se sorprenda de verme... no pues a todos los aspectos, en yo, en mí mismo, pues que viva bien, no, todo está bien, pero ya vi que la gente nunca está conforme; ‘ay, ya viste el carro que tiene’, ‘ay, este cambia de carro a cada rato’, pero también empiezan con que: ‘este ya se metió en algo’, pero ni siquiera van a saber mis ingresos cuales son, que van a ser dignos, de trabajo formal y pues ya que la gente invente, no van a saber que mi dinero es digno... sí, ojalá, primeramente Dios”. (Gabriel, comunicación personal, 26 de octubre de 2017)

Más allá de las distintas significaciones que cada uno de los participantes elabora con relación al proyecto de vida personal y venidero, en general, sus empresas aspiran a acceder a una mejor calidad de vida en comparación con lo experimentado dentro de su trayectoria y/o desde la condición como hombre joven, aspiraciones que las más de las veces se organizan a partir de algunos de los principales ideales sociales para la adultez y el género tales como la vida laboral, el matrimonio, la paternidad y los roles de proveeduría y la jefatura familiar.

Asimismo, los participantes buscan preservar en sus proyectos de vida futuros algunas de sus elaboraciones identitarias juveniles, sobre todo esas de las que se han agenciado, disfrutaron y valoran.

José Luis, se visualiza viviendo un futuro “feliz”, considera que ese será el momento en el que finalmente podrá acceder a una felicidad que hasta ahora le ha sido predominantemente denegada. Para el joven, al igual que para la mayoría de los participantes, el hecho de formar una familia, distinta a la del grupo de origen, se ha convertido en un elemento central dentro de su proyecto de vida y, por lo tanto, una condición indispensable para acceder a la anhelada felicidad, deseo que

muy probablemente guarda relación con las carencias afectivas y de cuidado que han caracterizado las relaciones familiares tanto infantiles como juveniles. José Luis considera que la vida que ha padecido es “una perra”, es decir, una vida que significa como difícil tolerar y sobrellevar, la cual se ha ensañado con él. Aunado al distanciamiento relacional y afectivo con su familia de origen, el joven participó activamente en el pandillerismo, experimentó el asesinato de su mejor amigo, la muerte de su hermano mayor, la pérdida involuntaria del que sería su segundo hijo, además de la separación de la otrora pareja sentimental con la que todavía anhela una reconciliación, circunstancias que diferenciadamente le han provocado intensas y prolongadas experiencias de dolor y tristeza, las cuales, con marcadas dificultades ha podido elaborar subjetiva y relacionalmente, apoyado en gran medida en práctica del rap, pero también en la iglesia y en su trabajo de cocinero: “porque como dicen: ‘detrás de una sonrisa hay miles de momentos de tristeza’”. En este sentido, el joven significa la experiencia de autorrealización a partir de la capacidad de formar una familia y preservarla, en el hecho de tener descendencia, así como en el establecimiento de relaciones familiares cotidianas dentro de su casa: “yo en mi futuro ya me veo realizado, mi familia, mis hijos, nietos, conviviendo en mi casa”. Adicionalmente, José Luis incorpora a su proyecto de vida la presencia de “los compañeros”, esos con los comparte la pasión por la música rap que ha jugado un papel central en la reconfiguración de su identidad como hombre joven, tanto que incluso en su futuro se visualiza “grabando en su casa”. En ese sentido es que el joven anhela apoyar a otros jóvenes del poniente de Juárez para que puedan cambiar su estilo de vida y su identidad, busca replicar con otros jóvenes la estrategia que él significa como determinante en la transformación subjetiva y relacional que experimentó, a saber, la práctica del rap como principal vía para abandonar el pandillerismo y/o en el consumo de drogas: “este ayudándole a chavos igual a salir adelante en esos rollos, de que ya no estén acá en pandillerismo,

igual ósea mis proyectos... haciendo proyectos pa' la calle, jóvenes así que estén metidos en las drogas, cosas así, tratar de hacerlos reaccionar, es como vivir en un futuro tratando de ayudar a la gente”.

Israel, también habla sobre cómo se visualiza en un futuro. En primera instancia, el joven imagina su porvenir a partir dos condiciones sociales íntimamente relacionadas con los ideales hegemónicos masculinos, a saber, el trabajo y la conformación de una familia, anhelos que encuentran refuerzo en la trayectoria de vida personal y en el proceso de construcción de identidad como hombre joven. Así bien, Israel pudo encontrar en el trabajo aquella práctica social en la que apuntaló el intempestivo y urgente cambio identitario que se vio forzado a emprender. Fue gracias *al jale* que el joven pudo alejarse del pandillerismo y la delincuencia, es decir, pudo transformar esa identidad juvenil de “pandillero” que hasta entonces había amenazado gravemente su vida. Asimismo, el trabajo le ha permitido al joven satisfacer precariamente algunas de las carencias económicas que, aunque lo han aquejado a largo de toda su vida se intensificaron con su ingreso y la asunción a la identidad juvenil, al mismo tiempo que le abrió la posibilidad a seguir formando parte del contexto social y a construir un proyecto de vida dentro de la legalidad. Con relación a su deseo de formar una familia propia como parte de su proyecto de vida futuro, este se ha visto reforzado tanto por la ideología de género hegemónica que presenta al hombre como adulto, casado, proveedor y jefe de familia, al igual que por la trayectoria de vida personal, también caracterizada por el marcado distanciamiento físico, relacional y afectivo que ha experimentado dentro de su familia de origen, desapego que influye en el anhelo de conformar una nueva familia que supuestamente posibilitaría resarcir dichas carencias. Asimismo, el proyecto de vida de Israel, al igual que el de la mayoría de los participantes, también busca preservar algunos de sus principales elementos identitarios como hombre joven, en su caso la música rap. En un futuro, el

joven se visualiza como “un raperote chingón... con más escuela”, es decir, como un hombre con mayor aprendizaje y experticia socialmente comprobada en el ejercicio de dicha práctica social, esto íntimamente relacionado con la socialización tradicional masculina y juvenil que concibe a los jóvenes como sujetos en fase de preparación para el mundo adulto, quienes son guiados públicamente por otros hombres “más grandes” que hacen las veces de modelos identitarios que los orientan en la empresa de convertirse en verdaderos hombres, en este caso adultos “chingones”: “con escuela del X, escuela de este bato, yo digo que más, con más escuela, más chido rapeando”. Una vez más Israel habla sobre futuro, refiere su anhelo de mantener su trabajo en la maquila y poder ascender en él, condiciones que mejorarían su calidad de vida, refuerzan su deseo de cuidado familiar (en términos de proveeduría económica), al mismo tiempo que abren la posibilidad de convertirse en padre: “pues en mi jale, en mi jale de la maquila, más chido, ya un hijo, ¿no?!”.

Como parte de su proyecto de vida venidero, Edgar refiere que desea preservar su trabajo, una actividad sin la cual difícilmente podría satisfacer las necesidades básicas de supervivencia. Asimismo, el joven comenta que; “si Dios quiere”, también le gustaría tener hijos y cuidarlos, palabras que, en primera instancia, muestran la importancia que las creencias religiosas tienen en la subjetividad y en el actuar cotidiano de muchos de los jóvenes del poniente de Juárez, preponderancia que también incide en la conformación de sus deseos futuros y las posibilidades de su consecución. Edgar también se visualiza “cuidando a sus hijos” y “dándole a su esposa”, palabras que denotan procesos permanentes de negociación subjetiva y relacional asociados con algunos de los principales roles y estereotipos tradicionales de género para los hombres adultos y con los aprendizajes construidos en el CC en donde se promueve la construcción de “nuevas” masculinidades que pugnan por la igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres. Por un lado, discursivamente el joven busca romper con algunas de las exigencias sociales que la

hegemonía masculina impone al desear participar activamente en el cuidado y la crianza de los hijos. Mientras que, por el otro, se visualiza desarrollando prácticas sociales estereotipadas para los hombres adultos, tales como la proveeduría económica y la jefatura familiar. Antinomia, que da cuenta de proceso mismos de construcción de identidad como hombre joven, el cual integra tanto los ordenadores sociales dominantes y tradicionales como ideologías y comportamientos “alternativos”. Edgar también expresa su deseo de construir una familia propia, caracterizada por la cercanía relacional y afectiva entre sus miembros, un tipo de vinculación contrario y, por lo tanto, relacionado con las experiencias de abandono que ha padecido dentro de su familia de origen. Después de mucho esfuerzo el joven regresó a estudiar la preparatoria, una empresa que desea concluir para después realizar estudios universitarios, de ahí que en un futuro mediano se vea “terminado la prepa... y ya con la *Uni* terminada”. Edgar es un apasionado del fútbol, ímpetu que muy probablemente ha influido en la elección de la carrera universitaria a estudiar, a saber, “entrenamiento deportivo”. Adicionalmente, el joven se visualiza en un futuro “casado” con su actual pareja sentimental, aspiración que se fundamenta la dinámica relacional que la pareja ha construido y en el esfuerzo que ambos desarrollaran para conseguir la unión, la cual se vería cristalizada con el matrimonio, una práctica social fuertemente relacionada con la legitimación de la relación sexual, la vida en pareja y las creencias religiosas (Foucault, 1976).

Tomás, por su parte, anhela un proyecto de vida futuro en el que logra convertirse en “un hombre de bien”, aspiración que se contrapone a su actual identidad como hombre joven, esa de drogadicto, construida a partir del consumo compulsivo de las sustancias, la deserción escolar y su condición de desempleo, que, aunque le ha permitido formar parte de la organización social de la zona poniente de Juárez, relacionarse con los otros y consigo mismo, también le ha generado insatisfacciones y arrepentimientos debido a la discriminación y exclusión social que la

acompañan, violencias que el joven justifica e incluso se autoinflige. En este sentido es que el joven aspira a alcanzar una realización personal a partir la abstinencia de drogas (dominar el consumo), la reincorporación al campo laboral y la conformación de una familia propia, acciones que lo convertirían en un “hombre derecho”, un proyecto al que se le suma la conformación de una familia propia, significación que guardan relación con algunos de los principales estereotipos y roles tradicionales para los hombres adultos que los presentan como casados, con trabajo y como proveedores económicos.

En el caso de Gabriel, el joven se visualiza en un futuro “con un chingo de chavas”, es decir, teniendo muchas parejas sexuales, esto sin la necesidad de echar mano de “la pareja legítima” contextual, ni del matrimonio, como tampoco de la vinculación afectiva. Asimismo, el proyecto de vida futuro del joven también incluye el deseo de verse “más renovado”, le gustaría transformar su imagen, cambio que, más allá del posible “estilo” de vestimenta, hace referencia a las condiciones de pobreza y vulnerabilidad en las que ha estado sumido a lo largo de toda su trayectoria de vida. En este sentido, la anhelada renovación que persigue el joven, se apuntala en la consecución de “grandes” cantidades de dinero que, por un lado, lleva implícito el deseo de la movilidad social que le permitiría acceder a una mejor calidad de vida, mientras que, por el otro, se alinea con el reconocimiento y validación social tan común en la socialización hegemónica masculina: “así que la gente se sorprenda y acá, que digan a este tiene mucho dinero, que la gente se sorprenda de verme”. Sin embargo, el joven también reflexiona que la renovación y el reconocimiento social que busca no resultarían fáciles de asimilar por parte de algunos de los habitantes del poniente de Ciudad Juárez con los que regularmente socializa, esto debido a la representación que se tiene sobre los grupos narcotráfico que, entre otras características, presenta a sus integrantes como poseedores de dinero y lujos que se presumen públicamente, características

que guardan relación con aquellas que él persigue en su vida futura: “ya vi que la gente nunca está conforme; ‘ay, ya viste el carro que tiene’, ‘ay, este cambia de carro a cada rato’, pero también empiezan con que: ‘este *ya se metió en algo*’. Según Gabriel, los supuestos cuestionamientos a su futura bonanza económica estarían mal infundados, debido a que su proyecto de vida descansaría en actividades legales y alejadas de las acciones del crimen organizado: “pero ni siquiera van a saber mis ingresos cuales son, que van a ser dignos, de trabajo formal y pues ya que la gente invente, no van a saber que mi dinero es digno”. No obstante, Gabriel omite hablar sobre las acciones necesarias para poder conseguir su proyecto de vida, pareciera que la anhelada transformación es más un deseo que una empresa que pudiera estar construyendo, de ahí que también atribuya a la gracia divina la posibilidad de realización.

“En ese instante gigantesco, he visto millones de actos deleitables o atroces; ninguno me asombró como el hecho de que todos ocuparan el mismo punto, sin superposición y sin transparencia. Lo que vieron mis ojos fue simultáneo: lo que transcribiré, sucesivo, porque el lenguaje lo es. Algo, sin embargo, recogeré”.
(Jorge Luis Borges, 1947, El Aleph)

Capítulo 6 Reflexiones finales

En este capítulo se presentan los principales hallazgos encontrados en la investigación y las reflexiones que de estos se desprenden. Se destacan las principales prácticas y significados que intervienen en la construcción de identidades como hombre joven asociados con los contextos de violencia, pobreza y precariedad social. También se exponen otras particularidades en la construcción de identidades como hombre joven en el poniente de la ciudad.

6.1 Algunas consideraciones a manera de cierre

En las últimas décadas las condiciones de violencia, pobreza y vulnerabilidad devinieron estructurales y estructurantes de la realidad social del poniente de Ciudad Juárez y de las subjetividades que ahí construyen. Condiciones sociales que, en primera instancia, constituyen sistemas simbólico-relacionales diferenciados que inmediata y cotidianamente subyugan a las personas que los padecen, los cuales resultan interdependientes y complementarios con otros aparatos de poder como el patriarcal, el adultocéntrico, el colonial y/o el neoliberal que también se caracterizan por la dominación de unos sobre los otros, generalmente minorías sobre mayorías.

En este sentido, hablar del poniente de Ciudad Juárez es hacer referencia a un territorio sociocultural que integra valores y pautas de interacción y comunicación específicas que identifican tanto interna como externamente, elaboraciones que, la mayoría de las veces, se desarrollan a partir del predominio de ideologías y/o prácticas que tienen como eje articulador el poder que sujeta, somete y/o destruye, desventajas que encuentran representación en el fenómeno

amplio y extendido de la violencia que ahí ocurre o. en las condiciones de pobreza y vulnerabilidad social que han imperado en esa zona desde hace décadas.

Adicionalmente, a los hombres jóvenes del poniente de Ciudad Juárez sistemática e históricamente les han correspondido lugares de subordinación dentro de gran parte de los vínculos sociales en los que participan, desventajas a las que además se le suman experiencias cotidianas de exclusión, discriminación y criminalización asociadas con su lugar de residencia y/o con las formas en las que construyen identidades.

Sin embargo y a pesar de las asimetrías de poder que los participantes experimentan cotidianamente, en el presente estudio se observó que estos responden activamente en la construcción de la realidad social del poniente de Juárez, lo mismo que en la conformación de sus identidades como hombre joven, agenciamiento que incluye negociaciones permanentes, tanto intersubjetivas (con los otros y con el aparato social) como subjetivas, consigo mismos.

Con relación al contexto de violencia en el poniente de Ciudad Juárez, se sabe que cotidianamente ahí acontecen en distintas formas y manifestaciones que, a su vez, generan una amplia variedad de víctimas, sin embargo, en el presente estudio se encontró que la violencia de muerte, representada en el homicidio masculino, constituye uno de los principales ordenadores en la vida cotidiana y/o afectiva de los participantes, el cual incide directamente en la construcción de sus identidades como hombre joven.

Cuatro de los seis participantes padecieron el asesinato doloso e intempestivo de algún ser querido, uno más fue testigo directo del atentado con armas de fuego que pretendía acabar con la vida del progenitor, experiencias que fueron significadas como “algo de lo más difícil o doloroso que se ha vivido”. En todos los casos, las víctimas directas fueron hombres, lo mismo que los supuestos victimarios, circunstancia que permiten suponer el predominio de prácticas relacionales

violentas entre estos sujetos genéricos, en las que se observan fuertes asimetrías de poder que no pocas veces llevan al extremo mortífero el imperativo de dominación que exigen ideologías como la patriarcal y/o la adultocéntrica.

En este sentido, los participantes que padecieron el homicidio doloso del ser querido (incluido el grado de tentativa) también pueden ser considerados como víctimas indirectas de ese tipo de violencia, quienes a su vez resultaron sistemáticamente invisibilizadas y, por lo tanto, desatendidas oportuna y profesionalmente por parte del Estado, en tanto principal responsable. Condición que dificultó aún más el proceso de elaboración subjetiva y relacional que la muerte del ser querido impone. Así bien, los jóvenes padecieron distintos tipos de perjuicios producidos por la pérdida violenta e intempestiva de aquellos hombres con los que previamente habían establecido fuertes vínculos relacionales y/o afectivos. En lo subjetivo destacan las intensas y duraderas experiencias de dolor, tristeza y desanimo asociadas con los asesinatos. Por su parte, los jóvenes reiteradamente recurrieron al mutismo, el asilamiento relacional y la “racionalidad” como las principales formas de elaboración relación y subjetiva del crimen, acciones que, a su vez, terminaron por modificar significativamente la que hasta entonces era su cotidianidad, lo mismo que sus identidades como hombre joven, debido a que dicha estrategia implicó un abandono intempestivo de algunas de sus principales comunidades de práctica juveniles (escuela, pandillerismo, comunidad, entre otras), operaciones que guardan relación con los supuestos que configuraran la llamada masculinidad hegemónica en la que los hombres ven denegado el acceso verbal a la afectividad, sobre todo aquella que contraviene los ideales de fuerza, valentía y temeridad. En lo social, son claras las violaciones a los derechos humanos de los participantes debido a la impunidad que impera sobre el delito y a la obvia falta de justicia para esas víctimas indirectas, que adicionalmente resultan inviabilizadas y por lo tanto desatendidas por parte del Estado.

Con relación a la supuesta autoría de los asesinatos (incluida también la tentativa), cuatro de los cinco participantes coincidieron en atribuírsela a los carteles del narcotráfico, imputación que no en todos los casos fue clara y directa, aun así, se hizo presente en las prácticas utilizadas para asesinar o en los supuestos motivos del crimen. Así bien, fue “la mafia” quien “levantó” y le dio “kill” a “los camaradas”, fueron “los contras” del padre, “los mexiclas”, quienes intentaron asesinarlo, al padrastro lo “levantaron en una troca” y “lo tiraron” por ahí, al amigo “le dieron piso” porque “a lo mejor andaba en cosas malas”. Víctimas mortales que adicionalmente padecen violencia simbólica, la cual queda de manifiesto en la criminalización sistemática de que son objeto, actitud que incluso llega a reproducirse entre las víctimas indirectas. Sin embargo, en el caso de estas últimas, la criminalización también se emplea para apuntalar el proceso de elaboración subjetiva del homicidio, pareciera que a las víctimas indirectas les resulta menos complicado justificar el crimen del ser querido, que esperar infructuosamente su esclarecimiento y la justicia que muy probablemente no llegará, sin posibilidades reales de exigirla debido al riesgo que esto le representa a las personas que se atreven a hacerlo.

En ese sentido fue que, en general, los participantes significaron a los grupos el narcotráfico como aquellos actores sociales que, desde hace más de una década, detentan buena parte del control social de la zona poniente de Juárez, dominio de facto que opera tanto en el plano físico con el ámbito simbólico, el cual se ha focalizado en la regulación de las actividades que acontecen en el espacio público; en “la calle”, en “el parque” o en “las canchas”, contextos sociales que tradicionalmente han servido al agrupamiento y la construcción de identidades masculinas y juveniles en esa región, de ahí su impacto en el proceso de construcción de identidades como hombre joven. Asimismo, dicho control se ha fundamentado en gran medida en el ejercicio sistemático de prácticas sociales violentas muchas veces mortales, estrategia que, a través del

sometimiento extremo de otros actores sociales de la región (incluidos los hombres jóvenes), busca evitar que “se caliente el terreno”, es decir, atraer la atención pública o policiaca que pudiera comprometer el desarrollo de las actividades delictivas altamente redituables propias de los grupos del crimen organizado.

En el estudio también se encontró que los participantes atribuyen gran poderío a los grupos del narcotráfico que a su vez les representa graves peligros para su vida, sobre todo si se realizan acciones que pudieran atentar contra sus intereses, tal y como lo confirma la aniquilación sistemática de miles de jóvenes que ocurrió en esa región, la cual puede ser entendida como otra forma extrema de control social por parte de la delincuencia organizada. Asimismo, dichas significaciones guardan relación con la negativa que, en general, asumieron los participantes para hablar directamente o en mayor profundidad sobre “la mafia”, actitud que también puede ser pensada como parte de una estrategia global de autoprotección personal, lo mismo que contextual, ante estos grupos criminales.

Como se ha mencionado, los distintos tipos de violencia que acontecen en el poniente de Ciudad Juárez no comenzaron hace una década con la presencia incontrolada de los grupos del narcotráfico, en última instancia estas agrupaciones junto con instituciones como el Estado y La Familia permitieron que estas alcanzaran niveles mortales y de incidencia nunca antes vistos en la historia reciente de la entidad y del país. Así bien, la presente investigación también encontró que dentro de su trayectoria de vida los participantes habían experimentado violencia por parte otros actores sociales, siendo la violencia física y la omisión de cuidados las más recurrentes y los contextos comunitario y familiar los más socorridos, experiencias que también resultan añejas.

Con relación a la violencia física que acontece en el contexto social inmediato, se observó que después de los grupos del narcotráfico, esta se concentró en el barrio, en el pandillerismo, una

comunidad de práctica juvenil predominantemente masculina, estratificada y jerárquica que privilegia la utilización de la fuerza y la violencia física para dominar públicamente el territorio social y las juventudes que ahí habitan y socializan. Un tipo de grupalidad con bastante arraigo y tradición en el poniente de Ciudad Juárez, la cual durante generaciones ha permitido a miles de jóvenes de la región transformar la exclusión social en identidad, además de construir una familia simbólica que, entre otras cosas, les posibilita resarcir parcial y atemporalmente algunas de las carencias afectivas y de cuidado experimentadas dentro de la familia de origen.

Así bien, tres de los seis investigados participaron activamente en el pandillerismo, es decir, construyeron identidades juveniles a partir de la dominación colectiva y pública de la alteridad y el empleo de la fuerza y las agresiones físicas, asumiendo un papel activo en el ejercicio de esos tipos de violencia, al mismo tiempo que padeciendo los efectos de ese tipo de vinculación entre pares, dinámica relacional que no pocas veces provocó la muerte de alguno de los implicados.

Dos de los tres participantes restantes no refirieron haber formado parte de alguna pandilla, sin embargo, dieron cuenta de negociaciones relacionales cotidianas que establecen con otros jóvenes que sí habían adoptado ese estilo de vida. En este sentido, la investigación también permitió apreciar que, aunque en la última década en el poniente de Ciudad Juárez el pandillerismo prácticamente desapareció en sus formas tradicionales de agrupamiento, identificación y apropiación violenta del territorio y la alteridad, debido a su reclutamiento masivo por parte de los grupos de la delincuencia organizada, lo mismo que al exterminio de esas identidades juveniles que esos grupos llevaron a cabo con fines de control social, en la cotidianidad las prácticas relacionales violentas que han caracterizado al pandillerismo siguen estando presentes y orientan fuertemente la vinculación entre los hombres jóvenes de esa región, sobre todo aquella que aconteciendo en el espacio público.

También se identificó que, como parte del proceso de construcción de identidades como hombre joven, los participantes repetidamente se confrontaron con aquellas violencias que acontecen cotidianamente en el espacio público del poniente de Ciudad Juárez, esto debido a que, según los ideales de la socialización tradicional para los hombres en aquella región, la asunción de la condición juvenil resulta inherente a la participación independiente y formal en aquellos contextos (ahora ya sin la presencia de los padres o hermanos como generalmente acontecía en la infancia).

Asimismo, se encontró que la violencia física y la de muerte fueron las violencias que más llamaron la atención de los participantes dentro del proceso de construcción de identidades como hombre joven, las más de las veces gobernadas por la representación del “narco”, violencias que se imponen de manera masiva, urgente e intensa toda vez que ponen en riesgo grave la integridad de los participantes, la de alguna persona importante para ellos y/o porque han perjudicado incluso hasta la muerte a algún hombre que les resultaba cercano relacional o afectivamente.

Igualmente se observó que los investigados respondieron pragmática, relacional y subjetivamente ante dichas violencias, desarrollando prácticas y significados asociados con el riesgo y/o el temor de padecer sus perjuicios y con estrategias permanentes de autoprotección y cuidado. Elaboraciones que les permiten, por un lado, acceder a condiciones de relativa seguridad, mientras que, por el otro, formar parte de la organización social del poniente de Juárez y continuar con su proceso de construcción de sus identidades como hombre joven, eso sí, siempre con el temor latente de sufrir afectaciones a causa de la violencia. En este sentido fue que los participantes emprendieron las siguientes acciones defensivas y de agencia: cambio de residencia, abandono de comunidades de práctica donde construían identidades juveniles (escuela, calle, barrio), distanciamiento relacional y/o afectivo con aquellas personas que pudieran representarles algún riesgo para su vida o la de su familia, incorporación a comunidades de práctica que otrora no les

resultaban atractivas como “la iglesia” o “el centro comunitario”, ingreso precipitado al acampo laboral, a la vida en pareja o a la paternidad, incluso una entrega casi total al consumo de drogas y/o a la desocupación y el desempleo. Prácticas sociales estas, que terminan por modificar su cotidianidad y formar parte de sus elaboraciones identitarias como hombre joven que las más de las veces resultan conflictivas al ser intempestivas y forzadas, lo mismo que difíciles y dolorosas, esto debido a los perjuicios directos e indirectos que la violencia genera y/o motiva.

Con relación a la violencia que acontece en el ámbito privado el estudio observó que esta también fue una experiencia recurrente entre los participantes, lo mismo que añeja, en la que destacan las agresiones físicas y la omisión de cuidados ocurridos al interior de la familia de origen, sobre todo durante los años infantiles. Así bien, las agresiones físicas suelen ser una constante entre las familias del poniente de Ciudad Juárez, un tipo de violencia que se organiza y distribuye a partir de los lugares que se ocupan dentro de las relaciones de poder dentro del grupo familiar. Durante la infancia muchos de los participantes sufrieron agresiones físicas por parte de sus padres o de algún otro miembro de la familia, generalmente un adulto o alguien mayor, además de que fueron testigos presenciales de riñas, generalmente gobernadas por quien temporalmente detenta el poder, en este caso íntimamente relacionado con la fuerza física, siendo los hombres y los adultos los principales poseedores y por tanto los victimarios más recurrentes. Economía del poder que se reorganiza significativamente en el momento en el que los participantes u otros hombres ingresan y/o asumen la identidad juvenil, toda vez que estos “nuevos” sujetos sociales acceden nuevas condiciones que les competen competir físicamente y simbólicamente con los tradicionales agresores, jóvenes que, paradójicamente, emplean las mismas prácticas relacionales violentas que padecieron, esto para “protegerse” de la violencia, resolver conflictos, evitar peleas o para preservar el orden y la disciplina familiar.

Asimismo, la omisión de cuidados que padecieron los participantes dentro del grupo familiar fue menos explícita en comparación con las agresiones físicas, tanto que incluso resulta invisibilizada entre los participantes. Aun así, las desatenciones quedan de manifiesto en el distanciamiento relacional y afectivo existente entre los progenitores y la mayoría de los participantes, acaecido desde los años infantiles, en el trato diferenciado recibido como consecuencia de las distintas configuraciones familiares en donde los hijos “legítimos” de la pareja en turno se hacen acreedores a privilegios que resultan denegados para los demás miembros de la familia, en el hecho de haber dejado de vivir en compañía de los padres y quedar bajo el cuidado y la responsabilidad de algún otro miembro de la familia, sobre todo los abuelos y, en general en una trayectoria de vida gobernada por las desatenciones, la precariedad económica y la imposibilidad para acceder y recibir bienes y servicios. Descuidos estos últimos, que están íntimamente relacionados con las condiciones de pobreza y vulnerabilidad social que, en general, padecen las familias del poniente de Ciudad Juárez, las cuales, además de impedir la satisfacción plena de las necesidades de alimentación, vestido, educación, vivienda o recreación para los más jóvenes, obligan a los responsables familiares a incorporarse en actividades laborales como la maquila que no solo proveen sueldos paupérrimos, también exigen pasar periodos de tiempo relativamente largos fuera de la casa que además resultan irregulares, dejando en relativo desamparo a los más jóvenes, sin posibilidades reales de acceder a espacios de cuidado infantil como guarderías o escuelas debido a la poca disponibilidad o a la incompatibilidad de horarios.

De manera general, es posible señalar que la violencia ha ocupado un lugar central en la corta trayectoria de vida de los participantes, la cual, ha incidido significativamente en la manera en la que cada uno se relaciona consigo mismo, con los otros y con el aparato social correspondiente, es decir, en la construcción de sus identidades como hombre joven, elaboraciones que incorporan

activa, reactiva, combinada o negociadamente prácticas y significado relacionados con la violencia que experimentan y reproducen cotidianamente.

En referencia a las condiciones de pobreza y vulnerabilidad social que imperan en el poniente de Juárez desde hace décadas se encontró que estas, al igual que la violencia, han acompañado a los participantes gran parte de su trayectoria de vida y que, sin embargo, adquieren nuevas prácticas y significados como parte del proceso de construcción de identidades como hombre joven.

En este sentido, las condiciones de pobreza y vulnerabilidad social pueden ser pensadas como desigualdades en la distribución del capital económico, pero también del material y el simbólico que conforman ese sistema sociocultural nombrado como el poniente de Ciudad Juárez. Un tipo repartición que termina por coartar la integración plena y la pertenencia social de las personas menos favorecidas. Así bien, el presente estudio encontró que la pobreza y la vulnerabilidad social generan distintos tipos de exclusión, algunos de ellos íntimamente relacionados con la construcción de identidades como hombre joven, toda vez que expulsan a los participantes de aquellos ideales que presentan a los hombres jóvenes como económicamente dependientes de los padres, escolares y sin empleo formal. Exclusión que termina por generar experiencias de frustración y enojo entre los participantes, además de conflictuar sus identidades en términos del autorreconocimiento a partir de dichos ideales o en el acceso a determinadas condiciones.

Asimismo, el estudio observó que, si bien, las identidades como hombre joven incorporan prácticas y significados relacionados con la relativa emancipación de la autoridad parental (según los ideales sociales para la condición juvenil), en el caso de los participantes, dicha independencia prácticamente alcanza la absolutez, toda vez llega acompañada de un intempestivo desamparo económico, de hogar y/o familiar, de ahí que sus identidades también incluyeran elaboraciones

subjetivas y respuestas pragmáticas ante las nuevas y apremiantes exigencias que la vida independiente y obligada exige.

Con relación a los tipos de exclusión social que los participantes padecen, se encontró que la deserción escolar fue una constante dentro su trayectoria de vida, experiencia que trastocó significativamente sus identidades como hombre joven debido a que dicha condición contraviene el ideal social del hombre-joven-estudiante. Asimismo, se observó que, la mayoría de las veces, la deserción escolar fue motivada y/o reforzada por las condiciones de pobreza y vulnerabilidad social, toda vez que la vida académica de los participantes (sobre todo cuando ingresan al nivel medio superior) deviene económicamente insostenible para las personas que hasta entonces se habían hecho cargo de su crianza y manutención.

Cinco de los seis participantes, refirieron haber abandono sus estudios en alguno momento de su vida, siendo la más común aquella que aconteció mientras estudiaban “la prepa”, toda vez que ésta exigía nuevos gastos económicos relacionados con la trasportación (asociada con los procesos de centrifugación y gentrificación en la ciudad que permitieron la concentración de los planteles educativos en la zona centro y oriente) y/o con los insumos necesarios para su desarrollo (alimentación, útiles escolares, uniformes y/o material), a diferencia de la educación secundaria, generalmente cercana al hogar y con prerrogativas tales como libros de texto gratuitos y en algunos casos uniformas escolares y alimentos. Así bien, la deserción escolar conlleva un rezago educativo significativo para los participantes, el cual deviene prácticamente insalvable para la mayoría de ellos, al mismo tiempo que dificulta su movilidad social, toda vez que su preparación académica los condena a la sobre explotación laboral y a los bajos sueldos, trabajando como obreros o en actividades laborales “secundarias” o de apoyo dentro de alguna otra empresa o negocio, que son los empleos legales a los que pueden acceder.

También se observó que prácticamente todos los participantes manifestaron el anhelo de retomar su vida académica y concluirla, de ahí que la deserción escolar haya resultado una condición relativamente intermitente dentro de su trayectoria de vida, la cual, muy probablemente y en la mayoría de los casos terminará por consolidarse debido a la falta de apoyo socioeconómico que padecen. En varias ocasiones los participantes intentaron retomar su carrera académica, sin embargo, después de varios años y mucho esfuerzo solo uno de ellos consiguió terminar la educación media superior, que generalmente es el máximo nivel educativo al que pueden acceder, aun y aunque también deseen continuar con sus estudios universitarios.

La precariedad económica que experimentan los participantes no solo contribuye en su deserción escolar, también los fuerza a ingresar formal y “anticipadamente” al campo laboral (según otro de los ideales sociales establecidos para la juventud), esto con el objetivo de paliar dichas carencias. Circunstancia que, en primer lugar, puede ser entendida como otra forma de exclusión social que los participantes padecen, la cual, por un lado, hace referencia al forzamiento de la incorporación laboral, mientras que, por el otro, remite a la calidad del empleo al que acceden. En segunda instancia, la incorporación formal al trabajo también conflictúa la construcción de identidades como hombre joven, toda vez que, según las visiones adultocéntrica y patriarcal, dicha actividad constituye uno de los principales rasgos identitarios para la adultez y la masculinidad hegemónica, condiciones que, en este caso, resultan simbólicamente antagónicas y, por lo tanto, excluyentes de las identidades juveniles, de ahí el esfuerzo permanente de significación que los participantes desarrollan al respecto. Finalmente, el trabajo, *el jale*, también permitió a los jóvenes el acceso a pequeños privilegios y/o contextos sociales que hasta entonces les habían estado denegados, tales como: ropa, comida, internet, diversión y entretenimiento. Prerrogativas que aunadas a su capacidad de agencia les permiten afianzar, construir o deconstruir identidades como

hombre joven fuera del contexto laboral (a diferencia de los hombres adultos para quienes tradicionalmente el trabajo suele ser una práctica articuladora de sus identidades), toda vez que pudieron incorporarse en algunas de las prácticas sociales que anhelan y disfrutan cuyo acceso les había estado denegado, con lo cual pueden transitar de aquellas identidades juveniles que contextualmente resultan relativamente impuestas (debido a la falta de acceso a privilegios y contextos) hacia aquellas elegidas, mucho más disfrutables y creativas.

Así bien, *el jale* resultó ser una de las principales prácticas sociales entre los participantes. En el momento en el que se realizó la investigación todos los jóvenes ya habían ingresado formalmente al campo laboral y, para quienes ahí continuaron (cinco de seis participantes), constituyó uno de los principales ordenadores de su vida cotidiana, con incidencia directa en la configuración de sus elaboraciones identitarias. Asimismo, el trabajo en la maquila constituyó el empleo por antonomasia entre los participantes, al que le siguieron los trabajos “secundarios” o de “apoyo” dentro de pequeños negocios locales.

Como se ha mencionado, la maquila, resulta ser un trabajo de fácil acceso, el cual conlleva bajos sueldos, largas jornadas laborales y, en general, malas condiciones de trabajo, aun así, se observó que fue bastante socorrido entre los participantes. Recurrencia que se asocia con el hecho de que ese trabajo representa una de las pocas opciones laborales que los jóvenes tienen para acceder a un sueldo seguro (más allá de que resulte precario), seguridad social (que puede ser extensiva a familiares directos como la pareja, padres e hijos) y otras prestaciones, un empleo que, contextualmente les permite construir un proyecto de vida dentro de la legalidad, el cual está socialmente negociado, es decir, les permite seguir formando parte del contexto social, al mismo tiempo que les otorga ciertas condiciones de seguridad, sobre todo ante los grupos de poder como “el narco” o “la policía”, quienes “reconocen” y “aceptan” la presencia “del maquilero” en “su

territorio”, a quien sistemáticamente se le asignan lugares marginales dentro de la jerarquía masculina contextual, de ahí que los obreros reiteradamente padezcan discriminación y exclusión, no solo por parte de aquellos hombres que contextualmente detentan el poder, también por mujeres que se alienan con esas ideologías y prácticas.

Igualmente, se observó que el ingreso a la maquila suele ser bastante sencillo entre los hombres jóvenes del poniente de la ciudad, tanto que no pocas veces se incorporan antes de cumplir la edad mínima necesaria para hacerlo, esto mediante la utilización de otra identidad jurídica; “entran con otros papeles”, una práctica social normalizada y validada contextualmente en la que los jóvenes participan activamente, pero también los empleadores, quienes están habidos de mano de obra barata, sobre todo joven, toda vez que conoce poco o nada de sus derechos laborales y, por lo tanto, muestra mayor probabilidad de sobreexplotación y control.

También se halló que, *el jale*, resulta una práctica social añeja para los participantes, la cual, generalmente inicia durante la infancia, la más de las veces de manera informal e intermitente, acotada a actividades de “ayudantía” dentro de empleos que acontecen en el entorno social inmediato y/o familiar. Participaciones que, aunque implican esfuerzos físicos considerables y ciertos riesgos a la salud o la integridad de los otrora niños, no son significadas en términos de obligatoriedad, sobreexplotación, ni de peligrosidad, sino como acciones elegidas y satisfactorias toda vez que sirven de apoyo a la economía familiar y/o como un medio para mejorar pírricamente la calidad de vida debido a que les permite acceder a pequeños privilegios como comida o ropa.

Asimismo, la investigación observó que la muerte “natural” de alguna persona querida resultó otro tipo de experiencia altamente significativa que incide directamente en la construcción de sus identidades como hombre joven, toda vez que reorganiza su cotidianidad y su subjetividad. Cinco de los seis participantes refirieron la muerte de algún ser querido como otra de las experiencias

más “difíciles o dolorosas” que han padecido. Muertes que, aunque no son provocadas por prácticas relacionales violentas, también se significan como intempestivas y dolorosas, además de que resultaron estar íntimamente relacionadas con las condiciones de pobreza y vulnerabilidad social y con algunos de los estereotipos tradicionales de género para los hombres que, por un lado, promueven comportamientos de riesgo que afianzan los ideales masculinos de valentía y fuerza, mientras que, por el otro, dificultan las acciones de autocuidado entre las personas que fallecieron. En tres casos, las muertes correspondieron a hombres igualmente importantes y queridos para los participantes (hermano, padre y abuelo respectivamente), fallecimientos asociados con enfermedades y/o accidentes de trabajo en los que se observan graves dificultades en el autocuidado por parte de las personas que perecieron, además de graves condiciones de vulnerabilidad social que notoriamente contribuyeron en la muerte debido a la falta de acceso rápido y oportuno a atención médica, lo mismo que a equipamiento y condiciones de seguridad para desarrollar el empleo correspondiente. Dos participantes más hicieron referencia a la muerte de sus hijos como experiencias igualmente difíciles y dolorosas que también reorganizaron sus vidas e identidades, en ambos casos abortos intempestivos, según los jóvenes, provocados por fallas en el cuidado del producto por parte de la madre o de los servicios de salud. En ambos casos, los jóvenes significaron la pérdida del feto como la muerte de un hijo, significación que permite ver su rápida asunción de la paternidad y la gran importancia que el hijo en gestación tenía para ellos, de ahí el dolor por su pérdida.

Asimismo, se encontró que *la loquera*, que hace referencia al abuso colectivo de drogas legales e ilegales, el agrupamiento y la diversión masculina-juvenil (toda vez que las mujeres jóvenes que llegan a participar en ella son significadas como agregados para el placer y el entretenimiento de los asistentes), resultó ser otra práctica social bastante socorrida en entre los hombres jóvenes del

ponente de Ciudad Juárez, tanto que incluso puede llegar a conformar el eje articulador de algunas de sus identidades. Asimismo, se halló que, como medio de agrupación y entretenimiento, *la loquera* regularmente acontece en el entorno privado, en casa de algún conocido cercano y que su acceso queda restringido a jóvenes que se supone tienen la capacidad de inhibir el desarrollo de prácticas relacionales violentas. Una práctica que, por un lado, provee condiciones relativas de seguridad ante las violencias que conecten en el espacio público y disminuye la probabilidad de aquellas violencias entre los asistentes, mientras que, por el otro, facilita el desarrollo conductas de riesgos entre los participantes, tales como el consumo de drogas y las prácticas sexuales sin protección y sin mayor privacidad, al mismo tiempo que dan cuenta de la falta de espacios destinados para la diversión, el entretenimiento, la privacidad y la sexualidad entre los jóvenes del poniente de Juárez.

Otro hallazgo en la investigación fue el de las prácticas y significados asociados con la sexualidad y su incidencia en la construcción de las identidades como hombre joven. En primera instancia, la sexualidad fue significada por los participantes como uno de elementos distintivos de las identidades como hombre joven, al mismo tiempo que como uno de los pocos recursos de que disponen para agenciarse de sus elaboraciones identitarias. Asimismo, se observó que el acceso al saber y la práctica sexual estuvo fuertemente determinado por el grupo de pares, un tipo de aprendizaje social que internamente está gobernado por aquellos hombres jóvenes, generalmente los más grandes del grupo, que, a través del alardeo de la supuesta experiencia y experticia, transmiten conocimiento a los más jóvenes, una forma de socialización pública asociada con la masculinidad hegemónica en la que predominan las relaciones jerárquicas en torno al poder, en este caso el saber y la experiencia sexual, en la que también se suele echar mano de discursos y

prácticas relacionales violentas dirigidas a aquellos hombres-jóvenes en formación, que denotan desconocimiento e ignorancia en el tema.

Asimismo, también se observó un marcado predominio de la sexualidad juvenil en términos de genitalidad, actividad y heterosexualidad, en correspondencia con cierta cosificación de las mujeres, en tanto objeto sexual responsable de despertar la sexualidad masculina “difícilmente” refrenable. Vale la pena destacar que, si bien los hombres jóvenes de la región encuentran en el ejercicio de sexualidad un elemento que les permite construir y agenciarse de sus identidades como hombre joven, también se observó que dicho ejercicio está íntimamente relacionado con la procreación y la paternidad, regulado a través de “la pareja legítima”, que contextualmente hace referencia a la vida en pareja. Elementos que precipitan matrimonios simbólicos que la mayoría de las veces terminan diluyéndose.

El estudio también encontró que, reiteradamente, los participantes hicieron referencia a la infancia, más que a la adultez, para poder dar cuenta de lo que consideran son las características de las identidades como hombre joven, incluidas las suyas, predilección íntimamente relacionada con el acceso limitado y restringido al poder, representado en algunas habilidades y/o privilegios inherentes de la condición juvenil, tales como relativa independencia de los adultos, la capacidad de autocuidado ante el contexto generalizado de violencia y el acceso al saber y la práctica de la sexualidad genital y la relación sexual, elementos todos los anteriores que terminan por ser constitutivos de sus identidades como hombre joven.

En este sentido, se sabe que las identidades como hombre joven simbólicamente también se construyen por oposición y diferencia con aquellas identidades como mujer-joven. Así, se pudo identificar que los participantes conciben diferencias en la manera en la que mujeres y hombres jóvenes “piensan” y actúan, significaciones que toman como base las disparidades biológicas para

justificar las discrepancias socialmente construidas para los géneros, en las que generalmente los hombres resultan mayormente beneficiados.

Así bien, se observó que, en general, los participantes clasificaron a las mujeres jóvenes en forma dual. Por un lado, hablaron de aquellas mujeres jóvenes que se ajustan a los roles tradiciones de género que presentan a las mujeres como propias del espacio privado, sumisas y pasivas, que en su versión juvenil y contextual encuentran representación en su condición de “estudiantes de preparatoria”, “mujeres de casa”, quienes participan activamente en el trabajo doméstico, no consumidoras de drogas, tranquilas y serias, es decir, que participan poco o nada en actividades de diversión y agrupamiento, cuyo ejercicio de la sexualidad resulta altamente limitado y/o restringido. Acciones y cualidades que los participantes valoran y persiguen en aquellas mujeres con las que deciden formalizar una relación erótico-afectiva a través del noviazgo o la vida en pareja. Estereotipos y roles de género para las mujeres que son interdependientes y se refuerzan con el contexto generalizado de violencia que acontece en el poniente de Juárez, en donde también desataca la violencia de género que históricamente ha afectado a las mujeres de esa región, la cual queda de manifiesto en la larga y penosa tradición de femicidios que ahí han ocurrido impunemente durante décadas. Condiciones que contribuyen y justifican la reclusión que, en general, padecen las mujeres jóvenes en esa zona de la ciudad. Por otro lado, están aquellas mujeres jóvenes que rompen con algunos estereotipos y roles tradicionales exigidos para ellas, mujeres que irrumpen en la escena pública juvenil (históricamente gobernada por los hombres), que consumen drogas y asumen posiciones mucho más activas en el ejercicio de su sexualidad, la diversión y el entretenimiento, mujeres jóvenes que no pocas veces resultan devaluadas por los jóvenes, quienes las consideran como “mujeres de segunda”, mujeres “pa’ un palo y a la verga”, al servicio de la diversión masculina y su placer sexual.

También se encontró que, a pesar de las condiciones de pobreza y vulnerabilidad social, los jóvenes recurren frecuentemente a la utilización de las TICyRS, esto con el objetivo de establecer distintos vínculos sociales, sobre todo relaciones erótico-afectivas con las mujeres y amistosas y/o de agrupamiento entre hombres. En este sentido, el Facebook resultó ser la principal red social utilizada por los jóvenes para vincularse con sus pares. Así bien, los participantes encuentran en las TICyRS no solo una herramienta de comunicación y trasmisión de información, sino un instrumento de socialización contemporáneo que, además, les ofrece condiciones de seguridad ante algunos de los riesgos que generalmente los asedian. Vale la pena señalar que, globalmente y contemporáneamente, las TICyRS también han permitido la emergencia de nuevas formas de exclusión social asociadas con su accesibilidad y disponibilidad, condiciones que afectaron en mayor o menor medida a los participantes. Así bien, en primer lugar y por distintos medios, los jóvenes logran hacerse de dispositivos electrónicos, sobre todo teléfonos celulares, que les permiten utilizar las TICyRS. También desarrollan acciones permanentes que les permiten “conectarse a internet” Quienes trabajan, generalmente destinan una parte de sus ingresos económicos al pago de esos servicios, otros más, terminan por integrarse en comunidades de práctica como iglesias o asociaciones civiles en donde el acceso a esos bienes suele ser gratuito o de muy bajo costo.

Con relación a los proyectos de vida de los participantes e independientemente de los elementos particulares que los conforman, íntimamente relacionados con su trayectoria de vida personal, en general, se configuraron a partir de anhelos futuros encaminados a mejorar las condiciones de vida “actuales”, sobre todo en el plano económico y/o afectivo. En este sentido, la conformación de los proyectos de vida estuvo íntimamente relacionado con la asunción de la identidad como hombre-adulto, de ahí que incorporaran algunos de los elementos que caracterizan a la masculinidad

hegemónica, tales como la conformación de la familia a través del matrimonio, la jefatura familiar, la proveeduría y el trabajo remunerado. Así, los participantes expresaron su deseo casarse, ser padres y formar una familia propia en donde ellos asumen su jefatura y roles de proveeduría. También anhelan conservar y/o ascender en el empleo que poseen, generalmente en la maquila, para poder proveer económicamente. Sin embargo, dentro sus proyectos de vida, los participantes igualmente refirieron su voluntad de conservar e integrar algunas de las principales prácticas y significados que les han permitido agenciarse de sus identidades como hombre joven. De ahí que los investigados también se visualicen en un futuro teniendo “muchas parejas sexuales, “practicando música rap”, con una “carrera terminada”, “dejando las drogas”, “regresando a la escuela”, incluso hay quien se imagina contribuyendo en el cambio social; ayudando a otros jóvenes a abandonar el pandillerismo, las prácticas relacionales violentas o el consumo de drogas.

En este sentido, los participantes preservaron, transformaron y/o crearon identidades como hombre joven que, en primera instancia, resultan flexibles, heterogéneas, dinámicas, pragmáticas e incluso contradictorias, siempre interdependientes del contexto sociocultural en donde se construyeron, a saber, Ciudad Juárez y especialmente su zona poniente. Identidades que permiten a los participantes seguir formando parte de esa organización social, responder a las exigencias que imponen los contextos de violencia, pobreza y vulnerabilidad que lo caracterizan, participar activamente en la construcción social de la realidad y agenciarse de sus elaboraciones identitarias. Identidades que temporal y/o contextualmente se alinean con aquellas ideologías y prácticas hegemónicas que tienen como eje articulador la dominación, pero que bajo la misma lógica también producen acciones y/o significados que se les oponen y abren la posibilidad al establecimiento de relaciones sociales más igualitarias en términos del reconocimiento de los mismos derechos y oportunidades de desarrollo, tanto en lo personal, como en lo social.

Así bien, las identidades como hombre joven que aquí se investigaron cotidiana y constitutivamente transitan entre ideologías y prácticas de dominación y aquellas que se les oponen y que generan vínculos sociales mucho más igualitarios, de ahí que estas identidades adquieran una gran variedad de formas y matices que permiten a los investigados relacionarse con los otros, con el aparato social y consigo mismos. Negociaciones subjetivas e intersubjetivas permanentes que ayudan a entender la facilidad con la que algunos de estos actores sociales ingresan al pandillerismo, delinquen, abusan de drogas, desarrollan prácticas relacionales violentas, abandonan la escuela, se integran precipitadamente al campo laboral, ejercen una sexualidad centrada en la virilidad y la potencia fuertemente regulada por la pareja legítima y la reproducción, asumen actitudes sexistas e incluso hasta misóginas, denotan dificultades en la verbalización de necesidades afectivas, desarrollan elaboraciones artísticas que simbólicamente promueven el sometimiento y la humillación del otro, construyen proyectos de vida a partir de la actividad laboral, jefatura familiar y la proveeduría económica. Al mismo tiempo que también desarrollan estrategias de autoprotección y cuidado ante distintos tipos de violencia, encuentran formas no violentas para resolver conflictos, consiguen hacer frente y paliar las condiciones de pobreza y vulnerabilidad social que los aquejan, casi siempre apoyados en actividades laborales legales, participan activamente en comunidades de prácticas “alternativas” en las que se promueven estilos de vida saludables, actividades culturales, deportivas y/o religiosas, hasta donde les es posible retoman y concluyen su trayectoria escolar, desarrollan nuevas formas de vinculación y agrupamiento entre pares, comienzan a construir proyectos de vida dentro de la legalidad en los que también aspiran a construir relaciones de pareja y/o familias caracterizadas por la cercanía relacional y afectiva de sus miembros y donde ellos asumen un papel activo en la crianza y cuidado

de los hijos, incluso promueven el cambio social que busca ayudar a jóvenes aquejados por, la pobreza, el pandillerismo, la violencia o el consumo severo de drogas.

Finalmente, estudiar el proceso de construcción de identidades como hombre joven en la zona poniente de Ciudad Juárez permite ampliar el conocimiento sobre esa compleja realidad social y sobre las identidades que ahí acontecen, conocimiento que constituye un bien común que posibilita la transformación socio-identitaria, sobre todo entre los participantes del estudio, en tanto sujetos activos en la construcción de la realidad social y de sus identidades, cuyas voces pueden ser escuchadas por otros y resignificadas por ellos.

Referencias bibliográficas

- Acosta, D. (2009). Capítulo IV Especulación del suelo, vivienda e infraestructura urbana en Ciudad Juárez. En *Diagnóstico sobre la realidad social, económica y cultural de los entornos locales para el diseño de intervenciones en materia de prevención y erradicación de la violencia en la región norte: El caso de Ciudad Juárez, Chihuahua*. Comisión Nacional para Prevenir y Erradicar la Violencia contra las Mujeres. Secretaría de Gobernación.
- Alberti, M. (1995). *La identidad de género en tres generaciones de mujeres* [Tesis de Maestría]. Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Alcaraz, M. (2014). Territorio e identidad en la Argentina. Dos elementos valiosos del diseño y la gestión de las políticas culturales. *Periférica*, 15, 223–232. <https://doi.org/10.25267/Periferica.2014.i15.15>
- Allende, I. (1982). *La casa de los espíritus*.
- Almada, H. (2009). Presentación. En *Diagnóstico sobre la realidad social, económica y cultural de los entornos locales para el diseño de intervenciones en materia de prevención y erradicación de la violencia en la región norte: El caso de Ciudad Juárez, Chihuahua*. Comisión Nacional para Prevenir y Erradicar la Violencia contra las Mujeres. Secretaría de Gobernación.
- Almada, M. (2009). Las familias en Ciudad Juárez. En *Diagnóstico sobre la realidad social, económica y cultural de los entornos locales para el diseño de intervenciones en materia de prevención y erradicación de la violencia en la región norte: El caso de Ciudad Juárez, Chihuahua*. Comisión Nacional para Prevenir y Erradicar la Violencia contra las Mujeres. Secretaría de Gobernación.
- Almada, M. (2012). *Casa: Un modelo de desarrollo juvenil*. El labrador.
- Berger, P., y Luckmann, T. (1968). *La construcción social de la realidad*. Amorrortu editores.
- Butler, J. (1990). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad* (M. Muñoz, Trad.). Paidós.
- Cáceres, P. (2003). Análisis cualitativo de contenido: Una alternativa metodológica alcanzable. *Psicoperspectivas*, 2(1), 53–81.
- Calavia, O. (2011). Reseña de “Etnicidad S. A.” [Review of *Reseña de “Etnicidad S. A.”*, por J. Comaroff, C. Frizman, y E. Marengo]. *Revista de Antropología Social*, 20, 373–376.
- Cámara de Diputados del H. Congreso de la Unión. (2014, abril 2). *Reglamento de la Ley General de Salud en Materia de Investigación para la Salud*. 1–31.
- Castellanos, A. (2018). El papel de la industria maquiladora en Ciudad Juárez. *VinculaTégica EFAN*, 555–562.
- Cervera, L. (2015). *Análisis Espacial de la Violencia en Ciudad Juárez* [Doctorado en Investigación]. El Colegio de Chihuahua.
- Cervera, L., y Monárrez, J. (2010). *Sistema de Información Geográfica de la Violencia en el municipio de Juárez, Chihuahua: Geo-referenciación y su comportamiento espacial en el contexto urbano y rural (SIGVIDA)* (p. 197) [Reporte Final]. Comisión Nacional para Prevenir y Erradicar la Violencia contra Las Mujeres. Secretaria de Gobernación.
- Cital, P. (2005). Desarrollo urbano. En L. Cervera (Ed.), *Diagnóstico geo-socioeconómico de Ciudad Juárez y su sociedad* (pp. 12–37). El Colegio de la Frontera Norte, Instituto Nacional de las Mujeres.

- Comisión Interamericana de Derechos Humanos. (2015). *Situación de los derechos humanos en México* (Documentos oficiales) [Informe de País MÉXICO]. Comisión Interamericana de Derechos Humanos. Organización de Estados Americanos.
- Comisión Mexicana de Defensa y Promoción de los Derechos Humanos A.C. (2007). *Compendio de recomendaciones sobre el feminicidio en Ciudad Juárez, Chihuahua*. Comisión Mexicana de Defensa y Promoción de los Derechos Humanos A.C.
- Connell, R. (1995). *Masculinidades* (I. Vericat, Trad.; 2a ed.). Universidad Nacional Autónoma de México. Programa Universitario de Estudios de Género.
- Consejo Nacional de Evaluación de la Política Social. (2019). *10 años de medición de pobreza en México, avances y retos en política social* (pp. 1–17) [Comunicado de prensa]. Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social.
- Cruz, S. (2011). Homicidio masculino en Ciudad Juárez. Costos de las masculinidades subordinadas. *Frontera Norte*, 23(46), 239–262.
- Cruz, S. (2014). Violencia y jóvenes: Pandilla e identidad masculina en Ciudad Juárez. *Revista Mexicana de Sociología*, 76(4), 613–637.
- Cruz, S. (2016). Cambio y transformación de la identidad chola en el contexto de violencia en Ciudad Juárez. En A. Nateras, *Juventudes situadas y Resistencias afectivas* (pp. 149–170). Gedisa. UAM.
- Cubides, H., y Duran, A. (2002). Epistemología, ética y política de la relación entre investigación y transformación social. *Nómadas*, 17, 10–24.
- De Keijzer, B. (2006). Hasta donde el Cuerpo Aguante: Género, Cuerpo y Salud Masculina. *La manzana*, 1.
- De Keijzer, B. (2016). “Sé que debo parar, pero no sé cómo”: Abordajes teóricos en torno a los hombres, la salud y el cambio. *Sexualidad, Salud y Sociedad (Rio de Janeiro)*, 22, 278–300. <https://doi.org/10.1590/1984-6487.sess.2016.22.12.a>
- Díaz, C. (2008, diciembre 14). Juventud narca: Matar para vivir. *Proceso semanario de información y análisis*, 30(1676), 6–10.
- Domínguez, H., y Ravelo, P. (2011). *Desmantelamiento de la ciudadanía. Políticas de terror en la frontera norte*. Ediciones y Gráficos Eon S.A. de C.V. UAM-Iztapalapa. CIESAS. CONACyT. Chicano Studies-University of Texas at El Paso.
- Donoso, C. (2002). ¿Eros sentimental? Explorando los desafíos de la sexualidad masculina. En J. Olavarría, E. Moletto, FLACSO (Organization), Universidad Academia de Humanismo Cristiano (Santiago, Chile), y Red de Masculinidad/es (Eds.), *Hombres, identidad/es y sexualidad/es: III Encuentro de Estudios de Masculinidades*. FLASCO-Chile : Universidad Academia de Humanismo Cristiano : Red de Masculinidad/es.
- Dreier, O. (2011). Trayectorias personales de participación a través de contextos de práctica social. En J. Ávila (Ed.), *Psicología Cultural* (Vol. 1, pp. 81–128). Universidad Nacional Autónoma de México. Facultad de Estudios Superiores Iztacala.
- Duarte, K. (2000). ¿Juventud o juventudes? Acerca de cómo mirar y remirar las juventudes en nuestro continente. *Última Década*, 13, 59–77.
- Dussel, E. (1964). ¿El ser de Latinoamérica tiene pasado y futuro? En *América Latina: Dependencia y liberación* (pp. 24–36). Fernando García Cambeiro.
- Dussel, E. (1992). *Historia de la Iglesia en América Latina: Medio milenio de coloniaje y liberación (1492-1992)*. Mundo Negro-Esquila Misional.
- El Banco Mundial. (2012). *La violencia juvenil en México. Reporte de la situación, el marco legal y los programas* (p. 87). El Banco Mundial.

- El Colegio de la Frontera Norte. (2006). *Sistema socioeconómico y geo-referencial sobre la violencia de género en Ciudad Juárez. Análisis de la violencia de género en Ciudad Juárez, Chihuahua: Propuestas para su prevención*. El Colegio de la Frontera Norte. Comisión para Prevenir y Erradicar la Violencia contra las Mujeres en Ciudad Juárez.
- EL UNIVERSAL. (2019, enero 4). “El Chapo” y Zambada usaban a Policía en guerra contra Beltrán Leyva Y Carrillo Fuentes: “Vicentillo”. *EL UNIVERSAL*. <https://www.eluniversal.com.mx/mundo/el-chapo-y-zambada-usaban-policia-en-guerra-contra-beltran-leyva-y-carrillo-fuentes-vicentillo>
- Esquivel, J. (2019, diciembre 10). *Detienen en Texas a Genaro García Luna, titular de seguridad de Calderón, por narcotráfico*. <https://www.proceso.com.mx/https://www.proceso.com.mx/610209/genaro-garcia-luna-detencion>
- Falero, A. (2005). Patrón de poder neoliberal y una alternativa social. *Política y Cultura*, 24, 97–119.
- Feixa, C. (2003). Del reloj de arena al reloj digital. *JOVENes Revista de Estudios sobre juventud*, 6–27.
- Feixa, C. (2006). Generación XX. Teorías sobre la juventud en la era contemporánea. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 4, 1–19.
- Fize, M. (2007). *Los adolescentes* (Pellaumail, Trad.). FCE.
- Foucault, M. (1976). *Historia de la sexualidad. I La voluntad de saber* (Vol. 1). Siglo XXI.
- Foucault, M. (1988). El sujeto y el poder. *Revista Mexicana de Sociología*, 50(3), 3–20. <https://doi.org/10.2307/3540551>
- Fuentes, C. M., Peña, S., y Hernández, V. (2018). La medición multidimensional de la pobreza a nivel intraurbano en Ciudad Juárez, Chihuahua (2012). *Estudios Fronterizos*, 19. <https://doi.org/10.21670/ref.1801001>
- García, D. (2011). *Estado de Derecho y Principio de Legalidad*. Comisión Nacional de Derechos Humanos.
- García, J., e Ito, M. E. (2009). Hombre joven: Propuesta de una categoría para la investigación. *La ventana*, 3(29), 67–108.
- Gergen, K. (2001). La ciencia psicológica en el contexto posmoderno. En A. Estrada y S. Diazgranados (Trads.), *Construccionismo social aportes para el debate y la práctica* (pp. 93–123). Universidad de los Andes. Facultad de Ciencias Sociales. Departamento de Psicología.CESO. http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttextypid=S0717-73562008000100009ylnq=enynrm=isoytlnq=en
- Gergen, K. (2018). Investigación cualitativa: Tensiones y transformaciones. En A. Estrada y S. Diazgranados (Trads.), *Construccionismo social aportes para el debate y la práctica* (pp. 245–280). Universidad de los Andes. Facultad de Ciencias Sociales. Departamento de Psicología.CESO. http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttextypid=S0717-73562008000100009ylnq=enynrm=isoytlnq=en
- Giménez, G. (2005). Territorio e identidad. Breve introducción a la geografía cultural. *Trayectorias*, 7(17), 8–24.
- González, C., Calva, E., y López, M. (2017). El hombre frente al embarazo y la pérdida perinatal: Una breve revisión teórica. *Alternativas en psicología*, 44–60.
- González de la Vara, M. (2002). *Breve Historia de Ciudad Juárez y su región*. Ediciones y Gráficos Eon S.A. de C.V.
- González, M. (2002). Aspectos éticos de la investigación cualitativa. *Revista Iberoamericana de Educación*, 29, 85–103.

- Guba, E., y Lincoln, Y. (1998). Competing Paradigmas In Qualitative Research. En N. Demzin y Y. Lincoln (Eds.), y M. Perrone (Trad.), *Handbook of Qualitative Research*. Sage Publications.
- Heller, Á. (1967). *Sociología de la vida cotidiana*. Península.
- Hernández, R., Fernández, C., y Baptista, M. del P. (2010). *Metodología de la investigación* (quinta). McGraw-Hill.
- INEGI. (2015). *Información por entidad*. <http://www.cuentame.inegi.org.mx>.
<http://www.cuentame.inegi.org.mx/monografias/informacion/chih/poblacion/default.aspx?tema=meye=08>
- Íñiguez, L. (2005). *Análisis del discurso. Manual para las ciencias sociales*. UOC.
- Ito, M. E., y Vargas, B. (2005). *Investigación cualitativa para psicólogos. De la ideal al reporte*. Miguel Ángel Porrúa.
- Jusidman, C. (2007). Presentación. En H. Almada, y C. Jusidman (Eds.), *La realidad social de Ciudad Juárez* (pp. 5–8). Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
- Kaufman, M. (1989). *Hombres, poder, placer y cambio*. CIPAF.
- Kovalskys, J. (2006). Trauma Social, Modernidad e Identidades Sustraídas: Nuevas Formas de Acción Social. *Psyche (Santiago)*, 15(2), 13–24. <https://doi.org/10.4067/S0718-22282006000200002>
- Lagarde, M. (1990). Identidad femenina. *Revista de la coordinación de estudios de posgrado. La mujer en la investigación y el posgrado*, 6(20).
<http://www.posgrado.unam.mx/sites/default/files/2016/04/2004.pdf>
- Lara, I. (2018, diciembre 5). *Hubo más ejecuciones con Enrique Peña Nieto que con Felipe Calderón*. <https://www.proceso.com.mx/>. <https://www.proceso.com.mx/562597/hubo-mas-ejecuciones-con-enrique-pena-nieto-que-con-felipe-calderon>
- Larrosa, J. (2006). Sobre la experiencia. *Revista Aloma*, 19, 87–112.
- Leach, M. (1999). ¿Son iguales todos los “verdaderos hombres”? *La ventana*, 9, 222–231.
- López, J., y Peña, S. (2016). La segregación socioespacial en Ciudad Juárez, Chihuahua, 1990–2010. *región y sociedad*, 29(68), 115–152. <https://doi.org/10.22198/rys.2017.68.a210>
- Maciel, M., Ruíz, A., y Cruz, B. (2016). *Doble jornada de trabajo y calidad de vida de las mujeres que laboran en la secretaria de administración del gobierno del estado de Oaxaca. Un estudio desde la perspectiva de género*.
- Margulis, M., y Urresti, M. (1996). La construcción social de la condición de juventud. En M. Margulis (Ed.), *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud* (pp. 13–30). Biblos Sociedad.
- Margulis, M., y Urresti, M. (1998). La juventud es más que una palabra. En M. Laverde (Ed.), *“Viviendo a toda” Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades* (pp. 2–21). Siglo del Hombre Editores.
- Martínez, G., y Howard, C. (2006). Mortalidad por homicidio una revisión comparativa en los municipios de Tijuana y Juárez 1985–1997. En P. Ravelo y H. Domínguez (Eds.), *Entre las duras aristas de las armas. Violencia y victimización en Ciudad Juárez* (pp. 85–113). Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- México Evalúa. (2012). *INDICADORES de víctimas visibles e invisibles de homicidio* (p. 262). México Evalúa. Centro de Análisis de Políticas Públicas.
- Meyer, M. (2010). *Abuso y miedo en Ciudad Juárez. Un análisis de violaciones a los derechos humanos cometidas por militares en México*. La Oficina en Washington para Asuntos Latinoamericanos. Centro de Derechos Humanos Miguel Agustín Pro Juárez A.C.

- Monárrez, J. (2013). Ciudad Juárez, tiradero nacional de muertos: Entre el discurso del guerrero y el caballero. *Debate Feminista*, 47, 205–234. [https://doi.org/10.1016/S0188-9478\(16\)30074-3](https://doi.org/10.1016/S0188-9478(16)30074-3)
- Monárrez, J. (2019). Feminicidio sexual sistémico: Impunidad histórica constante en Ciudad Juárez, víctimas y perpetradores. *Estado y comunes, revista de políticas y problemas públicos*, 1(8), 85–110. https://doi.org/10.37228/estado_comunes.v1.n8.2019.99
- Monárrez, L. (2017). *Relatos de resistencia: Procesos juveniles identitarios frente a la violencia. Los casos de Fearless Crew y Circolectivo de Ciudad Juárez, Chihuahua* [Tesis Doctoral en Ciencias Sociales]. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social Occidente.
- Mondragón, L. (2007). Ética de la investigación psicosocial. *Salud Mental*, 30(6), 25–31.
- Moreno, H. (2007). Situación de la seguridad. En H. Almada y C. Jusidman (Eds.), *La realidad social de Ciudad Juárez* (pp. 241–279). Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
- Nateras, A. (2015). El aniquilamiento identitario infante-juvenil en Centroamérica: El caso de la Mara Salvatrucha (MS-13), y la “pandilla” del Barrio 18 (B-18). En J. Valenzuela, *Juvenicidio. Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina y España* (pp. 270–369). Ned Ediciones, ITESO, El Colegio de la Frontera Norte.
- Nateras, A. (2016). Juventudes situadas y sitiadas. En A. Nateras, *Juventudes situadas y Resistencias afectivas* (pp. 21–50). Gedisa. UAM.
- Nicolini, C. (2015). *El análisis de contenido como técnica de investigación. Utilización del software Atlas Ti*. Universidad de Playa Ancha. Dirección de Estudios, Innovación Curricular y Desarrollo Docente. Unidad de Mejoramiento Docente. http://www.upla.cl/innovacioncurricular/wp-content/uploads/2013/06/Informe-Final-AT-14_-Camilo-Nicolini.pdf
- Núñez, G. (2004). Los hombres y el conocimiento. Reflexiones epistemológicas para el estudio de los hombres como sujetos genéricos. *Desacatos. Revista de Ciencias Sociales*, 16, 13–32.
- Núñez, G., y Espinoza, C. (2017). El narcotráfico como dispositivo de poder sexo-genérico: Crimen organizado, masculinidad y teoría queer. *Estudios de Género de El Colegio de México*, 3(5), 90-128.
- Ojeda, N. (2009). Reflexiones acerca de las familias transfronterizas y las familias transnacionales entre México y Estados Unidos. *Frontera Norte*, 21(42), 7–30.
- Organización Panamericana de la Salud (Ed.). (2002). *Informe mundial sobre la violencia y la salud: Resumen*.
- Padilla, H. (2016). El papa Francisco en Ciudad Juárez: De las expectativas a la realidad. *Cuadernos Fronterizos*, 36(12), 28–30.
- Patiño, J. (2009). La juventud: Una construcción social-histórica de Occidente. *Revista Científica Guillermo de Ockham*, 7, 75–90.
- Pearce, B. (1998). Nuevos modelos y metáforas comunicacionales: El pasaje de la teoría a la praxis, del objetivismo al construccionismo social y de la representación a la reflexividad. En F. Schnitman (Ed.), *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad* (pp. 265–283). Paidós.
- Peña, J. (2018). Recomposición de la migración laboral en la frontera norte de México. *Frontera Norte*, 59. <https://doi.org/10.17428/rfn.v30i59.645>
- Pérez, L. (2007). Situación demográfica. En H. Almada y C. Jusidman (Eds.), *La realidad social de Ciudad Juárez*. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
- Perilla, L., y Pérez, A. (2011). Algunas reflexiones sobre la ética en la investigación psicosocial. *ECOS Estudos Contemporâneos da Subjetividade*, 1(1), 23–26.

- Piñuela, J. L. (2002). Epistemología, metodología y técnicas del análisis de contenido. *Estudios de Sociolingüística*, 3(1), 1–42.
- Pizarro, R. (2001). *La vulnerabilidad social y sus desafíos: Una mirada desde América Latina*. Naciones Unidas, CEPAL, Div. de Estadística y Proyecciones Económicas.
- Poniatowska, E. (1969). *Hasta no verte Jesús mío*. Ediciones Era.
- PRONAPRED. (2015). *Diagnóstico integral del municipio de Juárez, Chihuahua, 2015*.
- Quijano, A. (2014). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En *Cuestiones y horizontes: De la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder* (pp. 777–832). CLACSO.
- Quintana, V. (2010, febrero 5). Modelo juvenicida. *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/2010/02/05/opinion/017a2pol>
- Ramírez, M. A., y Gouveia, E. L. (2011). El trabajo de campo estrategia metodológica para estudiar las comunidades. *Omnia*, 17(23), 9–22.
- Reguillo, R. (2000). La clandestina centralidad de la vida cotidiana. En A. Lindon, *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad* (pp. 77–94). Anthropos.
- Reguillo, R. (2003). Las culturas juveniles: Un campo de estudio; breve agenda para la discusión. *Revista Brasileira de Educação*, 23, 103–118. <https://doi.org/10.1590/S1413-24782003000200008>
- Reguillo, R. (2005). Leviatán desafiado. Los jóvenes ante el Estado mexicano. En A. Nassif, A. Alonso, y J. Alonso (Eds.), *El estado mexicano: Herencias y cambios. Sociedad civil y diversidad* (pp. 197–228). Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. Miguel Ángel Porrúa.
- Reyna Valeria. (1960). En *La Biblia* (p. 1:10).
- Rizo, M. (2015). Construcción de la realidad, Comunicación y vida cotidiana—Una aproximación a la obra de Thomas Luckmann. *Intercom: Revista Brasileira de Ciências da Comunicação*, 38(2), 19–38. <https://doi.org/10.1590/1809-5844201522>
- Rizzo, N. (2012). Un análisis sobre la reproducción social como proceso significativo y como proceso desigual. *Sociológica*, 27(77), 281–297.
- Rubio, R. (2005). Características sociodemográficas. En L. Cervera (Ed.), *Diagnóstico geo-socioeconómico de Ciudad Juárez y su sociedad*. El Colegio de la Frontera Norte, Instituto Nacional de las Mujeres.
- Salguero, M. (2008). *Identidad masculina. Elementos de análisis en el proceso de construcción*. Universidad Nacional Autónoma de México. Facultad de Estudios Superiores Iztacala.
- Salguero, M., y Alvarado, I. (2017). *Identidad del pescador de barco camaronero en mar abierto. Entre el aguante el orgullo y la fiesta*. Plaza y Valdés S.A. de C.V.
- Sánchez, S., y Ravelo, P. (2010). Cultura obrera en las maquiladoras de Ciudad Juárez en tiempos catastróficos. *El Cotidiano*, 19–25.
- Sánchez, S., Ravelo, P., y Melgoza, J. (2015). Violencia en la ciudad, en el trabajo maquilador y la subjetividad de obreras y obreros en Ciudad Juárez. *El Cotidiano*, 191, 88–96.
- Santiago, G. (2013). *Políticas institucionales y conformación espacial de Ciudad Juárez, 1940-1990*. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
- Schmidt, S. (1998). *Desarrollo sustentable en la frontera México-Estados Unidos*. 361–367.
- Sisti, M. (2019). *No hay un solo tipo de PIB: la lista de las mayores economías es diferente según el criterio para medirlo*. Bussines Insider. <https://www.businessinsider.es/estas-son-mayores-economias-mundo-como-mida-pib-497319>
- Sociedad Mexicana de Psicología (Ed.). (2007). *Código ético del psicólogo*. Trillas.

- Solórzano, F. (2005, junio 31). Buñuel: Entre creer y no creer. *Letras Libres*. <https://www.letraslibres.com/mexico-espana/cinetv/bunuel-entre-creer-y-no-creer>
- Sosa, L. (2014). Quedan impunes miles de crímenes en la Ciudad Juárez. *El Diario*. https://diario.mx/Local/2014-02-05_09edd940/quedan-impunes-miles-de-crimenes-en-la-ciudad/
- Taguena, J. (2009). El concepto de juventud. *Revista Mexicana de Sociología*, 71(1), 159–190.
- Uribe, M. (2014). La vida cotidiana como espacio de construcción social. *Procesos Históricos: Revista de Historia y Ciencias Sociales*, 25, 100–113.
- Urteaga, M., y Sáenz, M. (2012). Juventudes, géneros y sexos. Resituando categorías. *Revista del Centro de Investigación. Universidad La Salle*, 10(37), 5–21.
- Valenzuela, J. (2014). *El futuro ya se fue. Socioantropología de l@s jóvenes en la modernidad*. El Colegio de la Frontera Norte.
- Valenzuela, J. (2015). Remolinos de viento: Juvenicidio e identidades desacreditadas. En J. Valenzuela, *Juvenicidio. Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina y España* (pp. 270–369). Ned Ediciones, ITESO, El Colegio de la Frontera Norte.
- Valles, M. (1999). *Técnicas Cualitativas de Investigación Social. Reflexiones Metodológicas y práctica profesional*. Síntesis S. A.
- Villa, M. (2011). Del concepto de juventud al de juventudes y al de lo juvenil. *Revista Educación y Pedagogía*, 23, 147–157.
- Viveros, M. (2016). La interseccionalidad: Una aproximación situada a la dominación. *Debate Feminista*, 52, 1–17. <https://doi.org/10.1016/j.df.2016.09.005>
- Wenger, E. (1998). *Comunidad de práctica: Aprendizaje, significado e identidad* (G. Sánchez, Trad.). Paidós.
- Wright, M. (2013). Femicidio, Narcoviolence, and Gentrification in Ciudad Juárez: The Feminist Fight. *Environment and Planning D: Society and Space*, 31(5), 830–845. <https://doi.org/10.1068/d17812>
- Zaragoza, L. G. Z. (2010). Cultura, identidad y etnicidad, aproximaciones al entorno multicultural: Rompiendo costumbres y paradigmas cotidianos. *Cuicuilco*, 48.